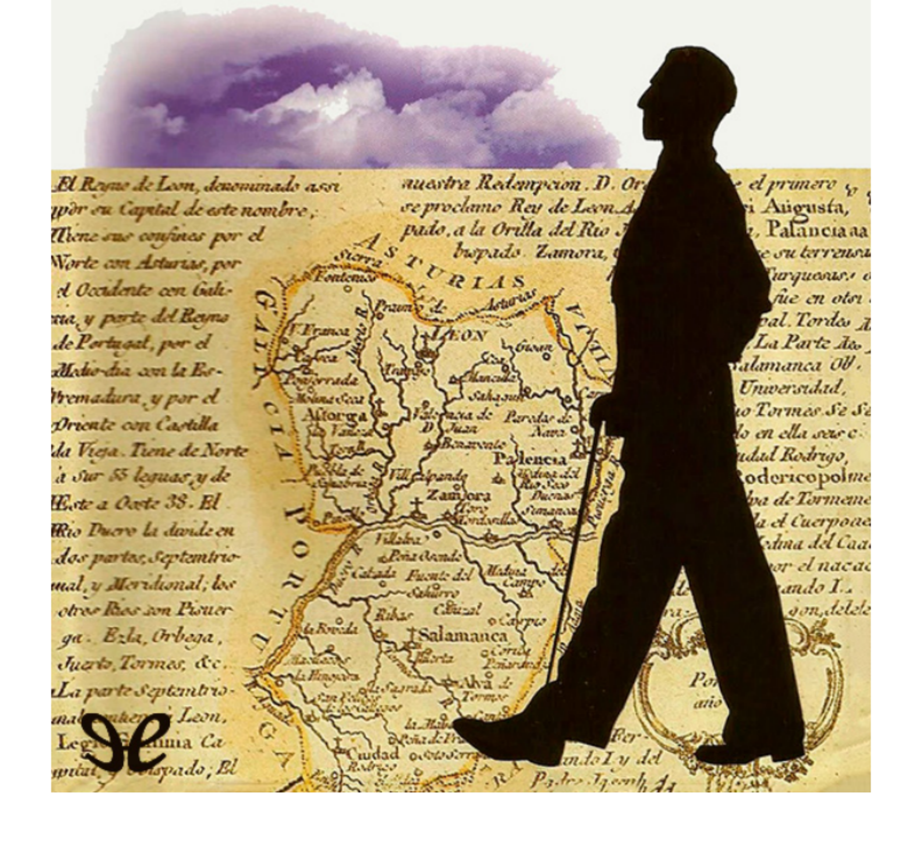
RAÚL GUERRA GARRIDO

CASTILLA EN CANAL



La construcción de un canal que uniera Castilla con el Cantábrico fue uno de los proyectos civiles más ambiciosos, emblema de la Ilustración en España. Tras recorrerlo a pie, Raúl Guerra Garrido no sólo nos acerca con este libro a una época, sino a aquella empresa de gran ambición y valor simbólico.

«Castilla en canal» es la historia de una mentalidad humanista y visionaria, que se explica por el deseo de progreso, pero también por la ingenuidad y el entusiasmo del ser humano para acometer las grandes obras. Este libro invita a ese viaje por el espacio y por el tiempo de la mano de un narrador indispensable de la literatura hispana actual, acompañado aquí por Asís G. Ayerbe, uno de los más interesantes fotógrafos españoles contemporáneos.

Un viaje apasionante que recorre una de las obras civiles más importantes del siglo XVIII en España: el Canal de Castilla.

Abundante en referencias históricas y culturales de amplio espectro, «Castilla en canal» es un interesante ejercicio de recuperación de la memoria histórica, o de memoria paisajística, que es de lo que realmente trata el libro: ¿qué sabemos exactamente del destino de un canal de 207 kilómetros que se construyó en Castilla en el siglo XVIII?

Raúl Guerra Garrido

Castilla en canal

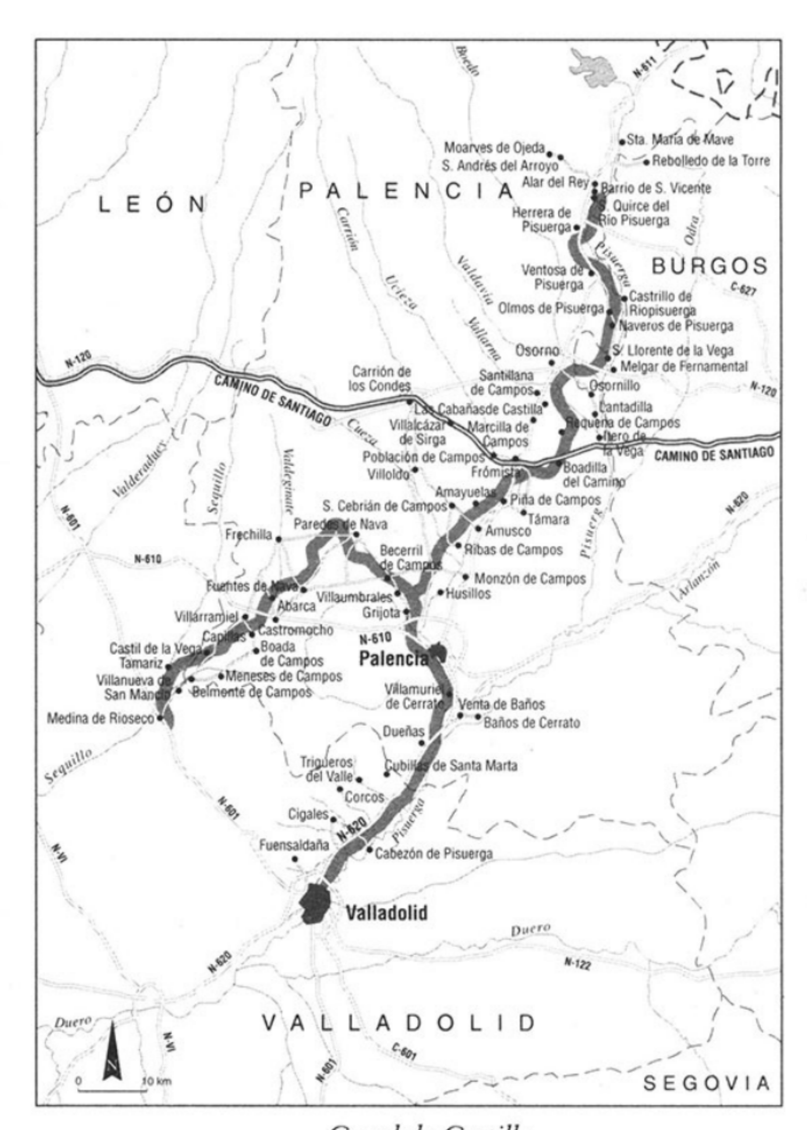
ePub r1.0

Titivillus 11.10.2019

Título original: *Castilla en canal*
Raúl Guerra Garrido, 1998
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

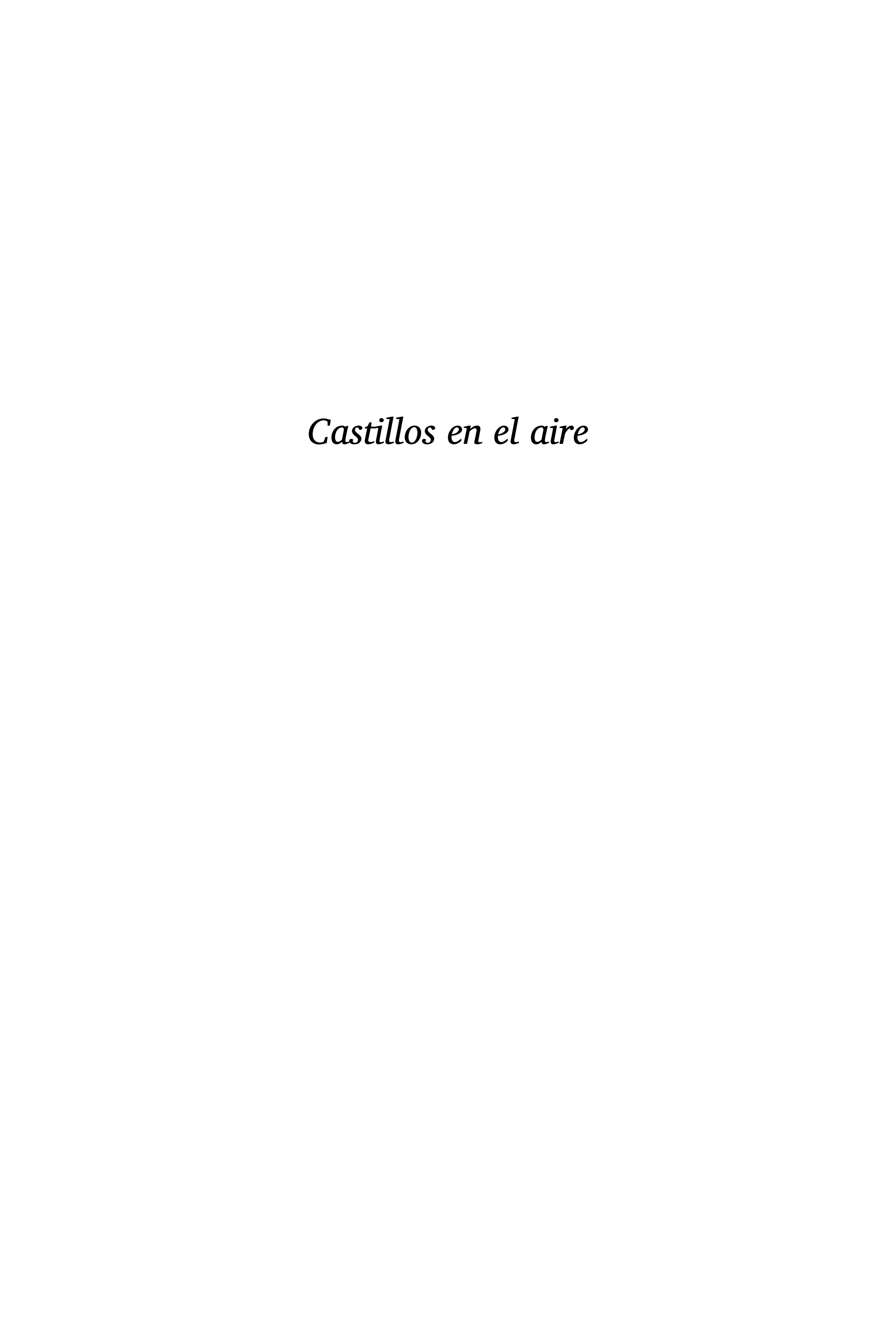




Canal de Castilla

Sola, en medio de los campos,
tierra adentro, ancha es Castilla,
y está triste: sólo ella
no ve los mares lejanos.
¡Habladle del mar, hermanos!

Himno ibérico
Joan MARAGALL



Castillos en el aire

Un castillo en el aire

Por compleja que sea la figura, su trazado siempre comienza en un punto. Memorizas cómo se inició el proyecto en el que ya estás irremisiblemente embarcado y en ese primer punto lo recuerdas de una forma nítida y precisa, como se recuerdan todas las situaciones límite, por más que ocurriera hace una eternidad y en aquel momento ni pasara por tu imaginación lo que ahora te ocupa. Ocurrió hace unos diez años, en el saco de Roma, y de hecho en tan delicado trance sólo pensaste en salir bien librado de la violenta barahúnda. Tu botín fue el libro que estabas hojeando, encuadernado en rústica, con ciento veintisiete páginas de papel casi de estraza y un texto tan ingenuo como estimulante, tanto como las mal reproducidas ilustraciones con que se adornaba, una por capítulo y doce en total. Se titulaba *Andanzas de un Poeta por Castilla la Vieja* (Imprenta de El Silencio, Caracas, 1918) y su autor era el para ti desconocido poeta Nelson García Colombani. Aún lo conservas y alguna de sus frases te saltan espontáneas a los ruedos de las teclas de tu ancestral Olivetti Hispania. ¿Para cuándo el ordenador, viejo? De «alocado proyecto de gigantes» califica al Canal de Castilla, capítulo que consideras tu punto inicial y cuya ilustración, a la largilísima, resultó decisiva. Dice el pie de la imagen: «Cruce del Canal de Castilla sobre el río Abánades a través de un puente-acueducto, mostrando la navegación mixta por vela y por sirga propia del siglo XVIII». El dibujo está hecho desde una de las orillas del río y muestra al acueducto con todo su sobrio esplendor, a través de sus tres amplios ojos se abre la campiña más allá de los edificios de la ribera y sobre él, debido a la perspectiva, una magnífica embarcación de único mástil con vela recogida

parece deslizarse ingrávida, a pesar de la evidencia de dos caballerías tirando desde el camino de sirga. Por el río navega un bote de carga a remo y por el andén del acueducto pasea una pareja de buen porte. Un paisaje bucólico, laborioso y convencional, que estalla a favor de un revolucionario progreso, con la fuerza del mejor Magritte, gracias a la presencia del velero suspendido entre el cielo y las aguas. Una lucida imagen que impresionó vivamente tu imaginación. Su lúcida bandera ondeando al viento.

También recuerdas de forma nítida y precisa el segundo punto inicial, cuando se produjo más bien segundo de una serie de puntos suspensivos, esa vez no porque se produjera en una situación límite sino absurda, circunstancia que también favorece la memoria. No digas cientos. Decenas de veces habías recorrido en uno y otro sentido las carreteras transversales que unen la N-I con la N-VI y siempre, a la ida y a la vuelta, te había sorprendido al cruzar tan diversos puentes un mismo rótulo: «Canal de Castilla». Un canal de gran anchura si lo comparabas con otros canales de riego, de modesto cauce si lo comparabas con un río, y nimio si la comparación era con los canales de Suez o Panamá; en cualquier caso una rareza cuyo designio te era ajeno, que despertaba en ti un momentáneo interés pronto disipado por los requerimientos del tráfico. Hasta el pasado verano, en julio, hace apenas un año, en que decidiste parar a disfrutar de la sombra que la chopera de los alrededores de uno de esos puentes te ofrecía. Fue a la salida de Melgar de Fernamental, hacia Osorno. Una vez en la orilla del canal decidiste disfrutar también de la frescura de sus aguas, corrían lentas mas, por templadas que estuvieran, serían un alivio para el bochorno y la sudada que llevabas encima. Metiste las manos, te mojaste el pelo y ocurrió lo imprevisto, zas, un resbalón y de cuerpo entero en medio de la mansa corriente. En el centro, apenas hacías pie, su fondo era lodoso, resbaladizo e inquietante, el salir de allí te iba a exigir un serio esfuerzo; pero lo verdaderamente imprevisto ocurrió en otro orden de cosas, en el síquico o extrasensorial, como prefieras llamarlo. Por encima del puente apareció, deslizándose solemne y majestuosa como un ángel, una embarcación de un único

mástil con la vela desplegada, y fue la voz de un ángel, no sabes cuál pero desde luego no era la de tu ángel custodio, la que te interpeló no con un «Saúl, Saúl ¿por qué me persigues?», sino con su paráfrasis, «Raúl, Raúl ¿por qué no me sigues?». Difícil de creer, pero es lo que declararías en juicio aun sin la presencia de tu abogado. Así se escribe la historia, de haber tenido aire acondicionado el vetusto Peugeot 505 no se hubiera producido tu celeste derribo o, dicho más propiamente, tu bautismo por inmersión.

El principio de un libro, de su lectura o escritura, es siempre la curiosidad. El tercer punto inicial, último de los suspensivos, no es nítido y preciso sino tumultuoso y heteróclito; acuciado por la curiosidad iniciaste una alocada exploración bibliográfica. Ibas a seguirlo, querías hacer aquel viaje, recorrer a pie el enigmático canal y con tal experiencia, si eras capaz, escribir un libro. No querías conocer previamente nada de aquello con lo que pudieras encontrarte en la caminata, pero sí conocer su pretérito, lo ya desaparecido, sin lo cual cualquier interpretación sería un puro disparate. El opúsculo de Nelson García Colombani lo conseguiste en el saco de Roma, no fue un auténtico caracazo pero sí una revuelta popular bastante aparatosa: estabas en el restaurante-pizzería Mamma Roma, de la avenida Lecuna esquina a Miseria, en Caracas, en su aneja librería de ocasión (libros, discos, *souvenirs*) cuando penetraron los malandros de gatillo alegre gritando el clásico «¡esto es un saqueo!», y en un saqueo todos los presentes, por afición u obligación, deben participar en el botín para convertirse en cómplices y no tener problemas con los saqueadores. No te quedó más remedio que afanar el libro. Pronto descubriste en él múltiples errores, todos perdonables por compensarlos su capacidad para entusiasmar al lector, incluido el clamoroso de su ilustración. El acueducto de la imagen no es el de Abánades (Palencia) sino el del cruce del Canal del Duque de Bridgewater sobre el río Irwell, entre Liverpool y Manchester, uno de los grandes canales británicos destinados al transporte de hulla y por el que podían desplazarse los barcos con navegación mixta de vela y sirga. Se construyó gracias al impulso del duque de Bridgewater, título nobiliario cuyo origen ignoras si fue debido a humor, casualidad o mérito, y el acueducto de referencia es la ópera máxima del

ingeniero James Brindley, su «castillo en el aire»: así fue nominado. La alocada exploración te llevó ineluctablemente a la bibliografía de Juan Helguera (historiador y presidente del club de fans del C. de C.). Fue una de sus reflexiones la que fijó en ti la real y titánica dimensión de la empresa a presa, esclusa a esclusa, del Canal de Castilla. Coetáneo de los canales ingleses, a diferencia de ellos, proyectados como complemento del transporte fluvial de ríos, de por si y desde siempre navegables, su destino era el de única alternativa a una cuenca hidrográfica en cuyo nomenclátor el nombre más frecuente es el de río Seco. No sabías si serías capaz, pero te decidiste a favor del viaje haciendo tuya, metabolizándola y salvando las distancias, una cita de Einstein: «No tengo ningún talento específico, pero sí una curiosidad insaciable». No sabías qué tipo de libro querías escribir, ningún genero te satisfacía, ni el periodístico de viajes, ni el ensayo sociológico, ni la novela histórica, pero sí que ibas a intentar que fuera un libro curioso.

El Canal de Castilla fue la obra más realista y prometeica de la Ilustración. A propósito de Prometeo, descubrió el fuego, sí, pero ¿qué más hizo?: es lo que se preguntarían los académicos, políticos y funcionarios a la violeta. Bajo tu punto de vista, uno de los pocos fuegos en la historia de España en el que hubiese merecido la pena inmolarse, el más maravilloso «castillo en el aire» que jamás se edificó sobre el solar de Castilla.

La intención de construir en Castilla canales de navegación viene de antiguo; el primero se concibió en el siglo XVI, pero las obras del único realizado no darían comienzo hasta mediados del XVIII y, a través de reyes, guerras, heroísmos, miserias y múltiples vicisitudes, no se concluirían hasta la mitad del XIX. El ilustrado motivo que impulsara a la construcción de esta extraordinaria obra de ingeniería no es otro que el de dotar al «granero de España» de una vía de transporte competitiva que facilitase la salida de sus productos agrícolas, principalmente trigo, al puerto de Santander desde donde se exportaba a las colonias de ultramar. Además de facilitar la comunicación entre las aisladas ciudades castellanas, repoblaría sus descampados, estimularía la creación de industrias y procuraría el resurgimiento del país. Todo ello para, en reiterada frase de los padres de la Ilustración, «el fomento de la sociedad y la felicidad del pueblo».

En 1735, el novator, científico y capitán de navío Antonio de Ulloa (imprescindible citar la ayuda del ingeniero francés Carlos Lemaur) elabora un *Proyecto general de canales de navegación y riego para los reinos de Castilla y León* y comienza la aventura de tal obra. Te gusta calificarla de epopeya civil pues eso fue, un esfuerzo colectivo a favor de la civilización. Lo construido del Canal de Castilla aún se mantiene en pie y en funcionamiento, aunque no para la navegación, a lo largo de 207 kms de longitud: los que vas a caminar. Su trazado discurre principalmente por las provincias de Palencia y Valladolid, con una pequeña incursión en la de Burgos. Con forma de Y invertida comprende tres ramales: el del Norte, que arranca de Alar del Rey, toma sus aguas del Pisuerga y a los 87 kms de su nacimiento se bifurca dando lugar a los otros dos; el de Campos, que se dirige al oeste y tras un desarrollo de 66 kms termina en Medina de Rioseco; y el del Sur, que concluye en Valladolid después de haber recorrido 54 kms. Los 148,7 metros del desnivel de su perfil se salvan con un total de 49 esclusas de sillería, cuidadosa y perfectamente trabajada. El canal constituye un magnífico muestrario de obras hidráulicas, presas, puentes, acueductos y sifones, además de las esclusas, todas ellas austeras y de una absoluta modernidad en su tiempo. Un patrimonio enriquecido con las múltiples edificaciones que jalonan los márgenes, espaciosas fábricas de harinas, molinos, batanes y algún que otro excepcional artefacto. Una obra que, en palabras de los viajeros de la Ilustración, «hará memorables a los que la empezaron y a los que la sigan y concluyan». Su conclusión fue un logro feroz.

El hueso roído

Salir de viaje es ganar un proceso contra el hábito. Lo tomas en su sentido primigenio puesto que en la actualidad el hábito es hacer turismo y confundir tal sucedáneo con el viaje. Puede que tengas razón y la aventura del viaje haya muerto a mano airada, manos de *tour operator*, pues la aventura comporta incertidumbre, sensaciones y conocimiento a partes iguales y nada de esta tríada interesa a los turistas. El viaje se ha transformado en puro transporte, principalmente aéreo, airado ante el menor retraso, y el destino se desmenuza en convencionales visitas, simples excusas para hacer la foto. El único paisaje a descubrir, que no aparece en el folleto de la agencia ni en las tarjetas postales, es el del aeropuerto y la única emoción la de si aparecerá la maleta en la cinta de llegada. El aeropuerto expresa con precisión metafórica la estandarización mundial del paisaje contemporáneo, un paisaje en el que apenas si ocurre alguna anécdota y por el que no dejan de transcurrir personas. Con una idéntica imagen se dejan fotografiar todos los aeropuertos del mundo. Su entorno es el «viaje» continuo y permanente, que no es punto de partida ni de fin de trayecto sino perenne tránsito, todos ellos enlace y correspondencia y paradójicamente emblema de su ciudad, quizás el único recuerdo de la misma para una multitud en mero tránsito, más ansiosa de abandonar su residencia habitual por hastío que de descubrir por curiosidad una nueva geografía. A nadie se le ocurre hoy ir andando a ninguna parte, ni siquiera bajar las escaleras, mucho menos a, ¿cómo dices que se llama ese canal? Más de uno te lo preguntó sin tener que forzar la sorpresa.

«Las penas, con pan apenas» es uno de los infinitos apotegmas

del poeta Nelson García Colombani. Como viajero lo sientes mucho más próximo a tus ideas que los turistas cosmopolitas de referencia y eso a pesar de que su sobrino nieto, el también poeta Heli Colombani, te desveló no hace mucho su pasmosa paradoja: quince títulos de libros de viajes por Latinoeuropa (así definía la cuenca mediterránea) sin apenas abandonar su ático (nunca dijo *penthouse*) y sin salir de Caracas, salvo en su escapada anual a La Guaira para tomar los nueve rituales baños de mar de su recetura. Comprendes así sus errores, quizá guiños o engaños; no los ensalzas pero los asumes en aras de un valor superior, el manifiesto en otra de sus sentencias: «sin imaginación, es nimio asunto lo que tus ojos vean».

¿Adónde dices? A los agotados turistas, ante tanto exotismo, tan confundidos que no saben bien si han visitado Hong Kong o a King Kong, el citarles el norte de Castilla es como hablarles de la otra cara de la luna. Nadie va a Castilla si no es de paso y el ir a pasearla se les antoja algo mucho peor que un esnobismo, una pérdida de tiempo. Por pura morbosidad consultaste las ofertas de un catálogo: Cancún, Capadocia, Seychelles, Abu Simbel, Borobudur, Usuahia, lo nunca visto; de España playas, estaciones de esquí, golf y fines de semana en Madrid y Barcelona; tan sólo una excepción en letra pequeña, Zamora en Semana Santa. Consideraste tal ausencia como el reflejo de un destino, para los españoles ninguna tierra es tan ajena, ignota e indiferente como Castilla, en el contorno de sus límites bien podría escribirse lo que en los mapas renacentistas por debajo del Cabo de Hornos se escribía: Terra Incógnita.

No hay ningún aeropuerto en el itinerario que te has trazado. A modo de calentamiento, como los futbolistas antes de saltar al césped, recurres a un texto clásico de Julio Senador, de su *Castilla en escombros* (1915). En él dio el notario de Frómista fe de lo que en sus legajos notariales no podía hacer constar.

Venid, vosotros, los politicastros de un régimen podrido que, sin saber siquiera cómo se hace una estadística, discutís sobre riegos o aranceles; y luego cuando vuestra propia ineptitud os acorrala salís del paso con ditirambos al solar del Cid; y, vosotros, los patriarcas de la vaciedad periodiquil que, tan pronto sin respeto a la miseria ajena, perpetráis alguna revistilla de salones, como sin otro bagaje intelectual que un henrygeorgismo de a 3,50 os ingerís en congresos

agrarios para hablar de ojos-puñales o proponer telegramitas de adhesión a cualquier caciquillo despreciable; y, vosotros, los representantes de la vaga y amena literatura que, sin tener noticia de dónde concluye el Guadarrama, fingís admirar a esta tierra como semillero de héroes y plantel de santos; y, vosotros, los poetas de flor natural y veinte duros que, sin haber pisado un surco representáis la pantomima de embriagaros con la fragancia de estas mieses; de embelesaros contemplando este cielo fulgurante; de sobrecogeros ante la inmensidad de estos espacios vacíos donde los pasos del caminante resuenan graves y solemnes como bajo las bóvedas de un templo; y donde la mirada, resbalando sobre el llano interminable, llega con trabajo al último confín del horizonte y se pierde en transparentes lontananzas. Dejad los unos, aunque sea por poco tiempo, la música celestial de vuestras tarariras; enfundad los otros el caramillo y la zampoña: ¡Venid a ver lo que es este país por dentro! Ante vuestros ojos van a desfilar estos bosques asolados por el hacha, estos viñedos asesinados por la filoxera, estos pueblos en ruinas, estos cultivos semibárbaros, esta incomunicación, este abandono, este analfabetismo, esta ferocidad, este hambre, que son vergüenza de España y afrentas a la civilización de nuestro siglo. Cuando hayáis visto todo esto, seguid si os parece bien. Sólo correríais peligros de consideración si el pueblo despertara; pero no despertará. Ya procuraréis vosotros adormecerle con embustes; envenenarle con relaciones de crímenes; encanallarle en las plazas de toros. Que luego para enorgulleceros de lo que entre todos habéis hecho, siempre os quedará una satisfacción: la de saber que el pueblo que fue capaz de conquistar a punta de lanza un imperio veintidós veces más grande que el de Roma en tiempos de Trajano hoy, desquiciado y vencido, se pudre al sol como un cadáver insepulto.

Quizá las cosas hayan cambiado, piensas, pero no necesitas ser un experto para saber que la posición de Castilla en el concierto de la Nación Española (diría Fichte) es la de una lenta degradación. No sólo en cuanto a la disposición en las estadísticas macroeconómicas, a su clamorosa ausencia de los puestos de privilegio en producción, renta y consumo, sino a la posición moral, a la capacidad para ser escuchada y respetada, al talento para influir en la cosa pública. Esta posición, muy débil en los dos últimos siglos, va en

consonancia con la escasa virtud empleada para intervenir en el devenir histórico reciente, y adviertes que ninguna verdad se persuade si no es proponiéndola de modo que gane el corazón, faena no para mansos, dóciles e irreflexivos sino más bien para rebeldes, inconformistas y tenaces. La imagen percibida de las naciones es el resultado de la notoriedad y la calificación de los atributos que caracterizan a cada uno. Si un territorio tiene escasa notoriedad, si es poco conocido, mal podrá promover sus mejores recursos y afectos. Tampoco necesitas ser un experto para no comprender el revoltijo de sus propias confusiones, mal repartidas por una autonomía tan inmensa como poco poblada. Recuerdas los cánticos mnemotécnicos de la escuela, «León, cinco son: León, Zamora, Salamanca, Valladolid y Palencia», mientras fuera, en el patio, quizá no el mismo día, las niñas saltando a la comba cantaban: «Santander, Burgos, Logroño, Soria, Segovia, Ávila, Palencia y Valladolid, ochocientos, mil». ¿En qué quedamos? Recuerdas en la actual autonomía dos pintadas disgregadoras, «León sin Castilla, qué maravilla» y «Bierzo ceibe». No puedes evitarlo, también saltaban las niñas a la comba con un ingenuo: «uno, dos, tres y cuatro, se compran cerillas en el estanco». La más terrible referencia escolar procede de un maestro. «Castilla miserable, ayer dominadora, envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora». No pueden ser ciertos todavía los versos de Antonio Machado, no quieres aceptarlo por más que las ausencias antes referidas sean un mal síntoma y detectes otros tan trasnochados como el que los herederos de Julio Senador, celosos pero equivocados guardianes del buen nombre del padre, se nieguen a publicar *El hueso roído*, su libro póstumo, escrito en los años de posguerra. En cualquier caso, ningún otro viaje te estimuló tanto en sus preparativos como este que de hecho ya has comenzado. No te detendrías ni aunque en los mapas además del aviso de «Terra incógnita», también figurara el de la cartografía portuguesa de la época, «so a dragoes», sólo hay dragones. Sacas del armario las adidas de siete leguas.

Ansia de horizontes

Se sostiene en un hilo la frágil, la difícil profundidad del mundo. La línea del horizonte tiene la sencillez geométrica y la fuerza del filo de una navaja, nos abre los ojos. Navegamos, no por superar el embate de las olas, ni por la invitación al viaje que el agua sugiere, sino porque existe el horizonte y su desafío resulta ineludible. Castilla es un ansia de horizontes.

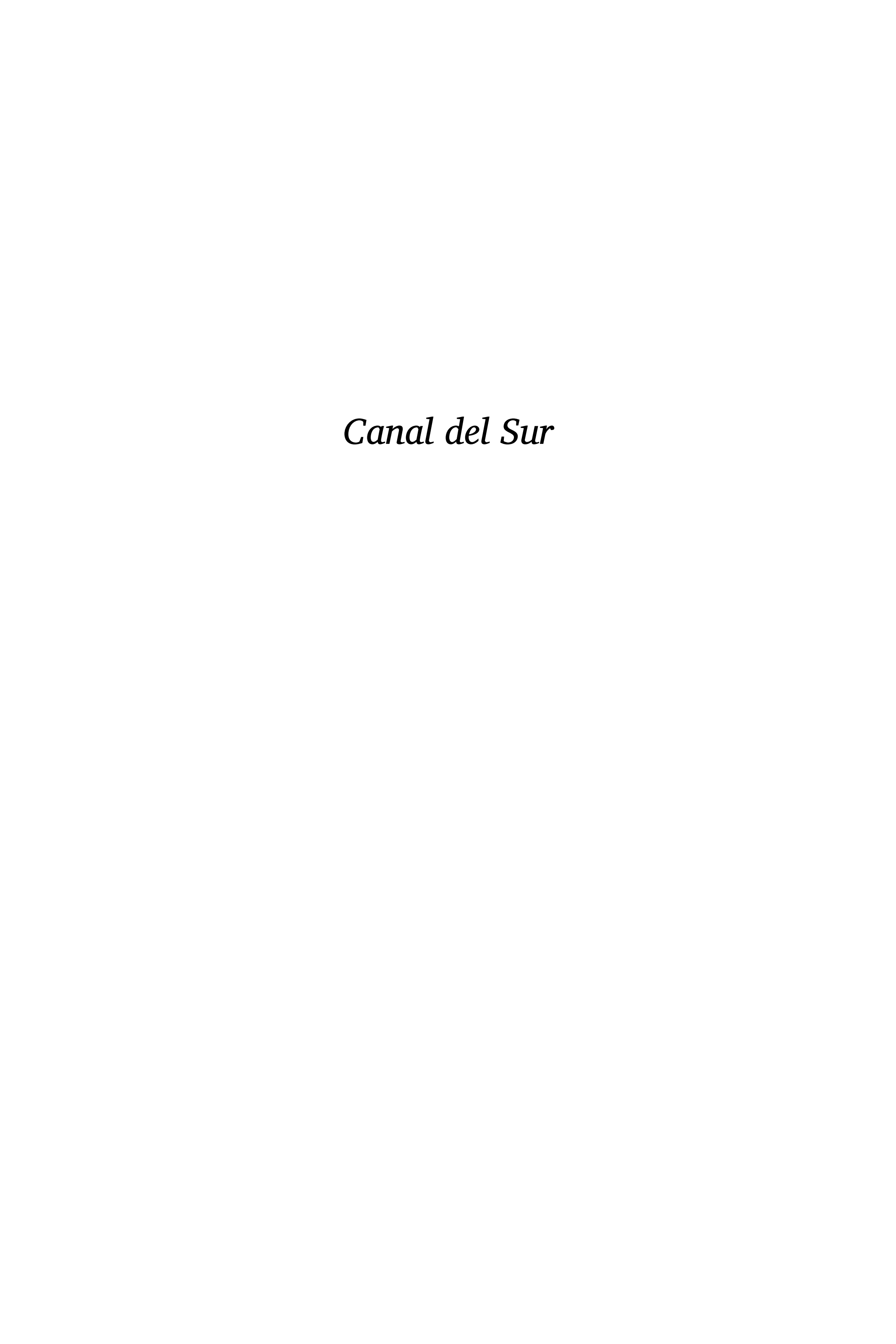
Unámonos a Unamuno, sugieres. «Fue grande el alma castellana cuando se abrió a los cuatro vientos y se derramó por el mundo; luego cerró sus valvas y aún no hemos despertado. Mientras fue la casta fecunda no se conoció como tal en sus diferencias; su ruina empezó el día en que gritando ¡Mi yo, que me arrancan mi yo!, se quiso encerrar en si». Fue grande cuando a través de la mar se derramó por la rosa de los vientos, es lo que quieres poner en evidencia y con ello el íntimo entusiasmo que la Ilustración produjo con su oferta del canal, con la oportunidad de alcanzar nuevamente la mar. Ningún país debe tanto como Castilla a las fortalezas que levantó para su defensa y desarrollo, Castilla quiere decir tierra de castillos y su canal fue su castillo (en el aire) más insólito, majestuoso e intencionado. Un castillo que movilizaría sus escasas y someras aguas para hacerlas navegables y alcanzar así, ya embarcados, la mar de sus ancestros. El XVIII fue el siglo de las grandes expediciones científicas y del comercio marítimo mundial, y Castilla luchó denodadamente por participar en la fiesta. Con el coraje de los diez mil griegos anabásicos, los castellanos excavaron el canal con el ansia puesta en descubrir la línea del horizonte y poder exclamar como ellos: ¡Thalasa! ¡Thalasa! Lo que quieres decir es que desde Castilla se divisa, no en vano figura en muchas de sus

divisas, la mar. No en vano es paradójica cuna de marinos, oficiales de derrota, capitanes de altura, almirantes y del santo patrón de toda la gente del mar. Habían pasado cientos de años, pero por más tiempo que hiberne, el instinto colectivo ni se elimina ni se degrada y eclosiona a la primera oportunidad, es brújula biológica que siempre marca hacia el norte aunque se la encierre bajo tres llaves o tres siglos. Como las aves migratorias conocen su rumbo, como las cigüeñas vuelven al mismo campanario, los castellanos solicitados por el canal reconocieron de inmediato su norte, su salida al mar. Por supuesto que el entusiasmo de la epopeya civil sólo prendió en una minoría intelectual, el pueblo bastante tenía con soportar los problemas del pan nuestro de cada día y con lucidez cazurra quizá su pregunta fuera, «¿quién habla de victorias?; lo importante es sobrevivir». La lucidez de los ilustrados fue insistir en el remedio luchando contra intereses bastardos e interesados analfabetos, «sin una victoria civil, sin una gran obra civil, aquí no sobrevive ni Dios». Ésa fue su propuesta y puesta en escena, excavar, explanar, dragar, horadar, inventarse un cauce que caminara hacia el norte en busca de El Dorado de la Razón. Algo en teoría tan simple como el huevo de Juanelo, pero en la práctica tan arduo como convencer a un español de que su problema lo remedia el trabajo. Sirva como muestra de aquel entusiasmo por salir al mar este párrafo del Padre Isla fechado en 1755, en Villagarcía de Campos: «… ahora están ocupados todos los esparteros en hacer cables para las numerosas escuadras que dicen han de cruzar por el famoso canal».

La salida al mar pasa inexorablemente por la quiebra de Reinosa en la cordillera cantábrica, por donde tantas calzas y herraduras han dejado su huella. Recuerdas el miliario de piedra arenisca de tus amigos los Otanes en su casa-torre de Santullán (Flaviobriga para los romanos); la encontraron haciendo de jamba en una próxima ermita derruida y les costó lo suyo traducir la inscripción. Reza así: «Tiberio César, hijo del divino Augusto, nieto del divino Julio Augusto, Pontífice máximo, con el poder tribunicio 35 veces, cónsul por quinta vez y octava con el Imperio. Desde Pisoraca ciento ochenta y cinco millas». Prueba evidente, entre otras muchas, de por dónde pasaba la calzada que avituallaba al asentamiento de la Legio IV Macedónica en Pisoraca o Pisuerga, hoy Herrera de Pisuerga. Es casi el mismo trayecto de la ruta de la lana que, desde

el Consulado del Mar de Burgos, llegaba al puerto de Santander para embarcar allí el preciado producto de la Mesta. Casi idéntico, pero en sentido inverso, a la ruta de los foramontanos, la de los que en el siglo IX salieron fuera de sus montanas, de su valle de Malacoria y peores cosechas, para constituirse en el primer movimiento repoblador de Castilla. Desde esa quiebra tantas veces repasada, una vez superado el Tajahierro y avistando ya los trigales palentinos, dicen los que allá estuvieron para oírlo y sabían alemán, que el recién llegado Carlos V, pletórico de entusiasmo exclamó: «¡Ahí, justamente ahí, empezaré a construir un canal que pondrá en comunicación y comercio Castilla con Flandes!». Perdido el aliento añadió en voz baja: «Las barcazas castellanas cargadas de trigo se cruzarán con las embarcaciones flamencas atestadas de paños y blondas». Le explicaron los políglotas presentes que sería preciso horadar montañas altísimas, salvar abismos de vértigo y descender, de esclusa en esclusa, temibles desniveles, a lo cual respondió el emperador con un susurro de voz: «Juro por mi honor, y pongo al Cielo por testigo, que construiré ese canal aunque sea lo primero y lo último que haga cuando me siente en el trono». Pasarían unos doscientos años, calculas a ojo de mal cronista, para que se iniciara tamaña aventura.

El mar, siempre la mar. Hombre libre, la mar es tu espejo, en la sucesión infinita de sus ondas tu alma se refleja y tu espíritu no es un abismo menos profundo. Un hombre y un camino a recorrer, esa es la esencia de la aventura. La curiosidad se te ha hecho obsesión, no estás para más consideraciones previas aunque si quieres despejar una duda, ¿cómo llamar a quien a pie recorre el camino de sirga de un canal? Sirguero no suena bien, se parece demasiado a siringuero, el recolector de caucho o siringa y, además, es homónimo de jilguero, quizá peregrino laico como cuando hiciste la ruta Jacobea. Para Dante Alighieri el término peregrino era sólo aplicable a quien viajaba a Compostela; el resto eran romeros, si viajaban a Roma, o palmeros si lo hacían a ultramar, a Tierra Santa, donde recibían la palma. Estás de acuerdo con él y abandonas la denominación de peregrino laico a favor de la de canalero. Canalero no es nombre eufónico pero sí adecuado, decides. Te calzas las adidas de siete leguas y, ansioso de enfilar el horizonte de Castilla, das el primer paso.



Canal del Sur

La casa del sol

Valladolid, campo grande. Así recuerdas el anuncio de la ciudad por los altavoces de la estación del ferrocarril en madrugadas de insomnio y tercera, un campo que jamás asociaste ni a latifundio agrícola ni a parque público sino a la grandeza de ancha es Castilla, un imperio de perenne sol cenital, la de sangre, sudor y fierro bajo un sol de injusticia. Hace sol, al mediodía de este 27 de mayo, día de San Beda Venerable, doctor de la Iglesia, el calor va a ser agobiante. Este Valladolid casi D. F. tiene mala fama o se sabe vender mal, con la mayor densidad de historia y arte por metro cuadrado de Europa no consigue el prestigio, al menos monumental, que se merece. Aquí, en un palmo de terreno, los Reyes Católicos maridáronse, murió Colón, nació Felipe II y a Cervantes lo empapelaron y dieron con sus huesos en la cárcel; piensas que perdido el pulso renacentista la ciudad no volvió a latir con fuerza hasta la llegada del Canal de Castilla y que hoy por hoy su seglar tríada impulsora, la Universidad, la Junta de Castilla y León y Fasa Renault, compuesta por ideosincrásicos ciudadanos de circulación extracorpórea o periférica, estudiantes, políticos y ejecutivos capaces de replicarse pero no de reproducirse, carece de capacidad de arrastre. Se replican los puestos (fin de estudios, nuevas elecciones, jubilación anticipada) pero no se multiplican adensando el tejido sociolaboral, fertilizándolo para el crecimiento de nuevas actividades. Quizá, piensas, la encrucijada radique en ese campo grande sin explicar.

Del urbanismo la plaza. Te entusiasman las plazas y admiras la octogonal estructura de la del Ochavo, con el fulgor añadido de la argolla que cuelga sobre los soportales del café Platerías: de ella

pendió para escarnio y escarmiento la cabeza de don Álvaro de Luna hiena y otros insultos más fuertes le dedicaron. Te entusiasma sobre cualquier otra la Plaza Mayor. Con ella nació la plaza moderna, la Plaza Mayor por antonomasia, un modelo que ha pervivido durante siglos y que ha traspasado mares hasta difundirse de alguna manera por toda América. «Una muy principal plaza» para la capital del reino, la primera programada con rigurosa uniformidad de alturas, alineaciones y soportales. Felipe II le recomienda al arquitecto Francisco de Salamanca un trazado regular y que «todos los edificios sean de ladrillo y de una manera y ancho todas las casas»: de cuatro plantas, la baja soportalada de piedra en diez manzanas, dispuestas a alturas idénticas y en ordenación simétrica de huecos y volúmenes. El esfuerzo mereció la pena, te encanta la Plaza Mayor por más que la veas desvirtuada por la incuria del tiempo y la desidia de los hombres, por revocos y altillos, y por la patética aunque entrañable fijación en el ayer de algunos establecimientos como el Café del Norte «fundado en 1861». Su público quizá pudiera explicarte la encrucijada del campo grande, aún ignorando que en el año fundacional del café, poco más o menos, se inició el declive del Canal. En esta plaza es la cita con tu admirado amigo.

José Jiménez Lozano te espera en el Lion d'Or, en la terraza, en una mesa retrancada bajo los soportales pues la sombra se agradece. Está tomando una naranjada y tú pides lo mismo pero con un chorrito de vodka, un ligero destornillador. Pepe, el hombre sabio de Alcazarén, es la conciencia y sin desánimo guía espiritual de Castilla, sus opiniones son axiomas para ti. Es él quien habla, «nuestra conciencia colectiva sería distinta si no se hubiera dado primero una convivencia entre esas tres naciones o castas, la islámica, la hebraica y la cristiana presumiblemente goda, su entrecruce y, a la postre, su conflictividad». Le apasiona el tema de judíos y conversos, señala hacia el centro de la plaza e indica el lugar exacto en donde se celebraban los autos de fe, «hasta 150 personas llegaron a quemarse en un día, a eso le llamo yo el mayor espectáculo del mundo». Nada tiene que ver, pero recuerdas cómo te llamó la atención en la autovía que hasta aquí te trajo la coincidencia de Torquemada y Hornillos en una misma salida.

Continúa Pepe su deambular histórico urbano y así averiguas cómo los liberales compensaron moralmente las masacres bautizando con el nombre de las víctimas las calles circundantes al patíbulo, la del erasmista Doctor Cazalla sirva de ejemplo. La leyenda negra de la Inquisición procede de un malentendido, ironiza, nadie entiende que perseguían el bien, no la justicia. Pasa tu amigo a lo literario y comenta la estatua con paloma del Conde Ansúrez, fundador de la villa, cuya réplica es el trofeo del «Premio Miguel Delibes» que concede el municipio; los dos habéis ganado dicho premio y el descubrir que a los dos condes se les quebraron las lanzas en vuestras respectivas bibliotecas es motivo de cómplice regocijo. Se centra en la actualidad y su pesimismo es evidente, lo del euro y demás fiducias europeas lo considera un paternalismo tan peligroso como la desamortización de Mendizábal, demagogia que transformó los diezmos y tazmías de los aparceros en hipotecas leoninas, «la integración española en el mercado único va a hacerse una vez más desde intereses políticos y económicos, y hasta culturales, ajenos a esta tierra, la agricultura va a ser la gran perdedora y Castilla es agrícola o no es nada». No dice que sus hombres no sirvan para los avatares de la industria y el comercio, pero a continuación, como si cambiara de tema, te expone una anécdota que no dudas en calificar de lapsus freudiano, la de un pastelero con obrador propio próximo a *El Norte de Castilla*: sus tartufos de chocolate eran deliciosos y los adictos a los mismos legión, dejó de confeccionarlos porque la pastelería se le abarrotaba de clientes y así, según sus palabras, con tanto agobio no hay quien trabaje a gusto.

A los vallisoletanos, al menos con quienes has hablado, no parece interesar mucho el tema del Canal. Tampoco parecen saber mucho al respecto y, sin embargo, existe una mínima presencia del mismo en la ciudad; existe una línea de autobuses, la 11, cuya cabecera se denomina La Rubia-Canal, y en el barrio de La Victoria muchas de sus calles hacen referencia explícita a su toponimia como son las calles Dársena y Parva de la Ría. Otra compensación liberal, piensas, con los sillares del antiguo convento de la Victoria se construyó parte de la dársena que allí se asienta. A Pepe también le cuesta hablar del Canal, «un proyecto para el pueblo pero sin contar con el pueblo», no es un entusiasta de la Ilustración. Le haces la pregunta motivo de este encuentro: «¿Qué significó para Castilla

la existencia del Canal?», e insistes formulándosela de otro modo: «¿Sin él en qué hubiese variado la historia de Castilla?». La respuesta, no la pregunta, es la del millón. De momento prefieres dejarla suspendida en el caliginoso aire de este mediodía.

El pesimismo parece ser la más consuetudinaria virtud de los pensadores castellanos. Recuerdas la expresiva imagen de Julio Senador a propósito de las columnas que rodean esta plaza. «Eran de granito de Ávila y cualquiera diría que, como es natural, lo siguen siendo; pero es el caso que el tiempo ha realizado su obra poco a poco y no son ya de granito porque desintegradas por una descomposición interior se deshacen al más mínimo golpe. Quiere decirse que, además de valer como columnas, valen como símbolos. Símbolo de este país, de España entera, donde todo está firme en apariencia y todo desbaratado en realidad». Piensas que motivos para el pesimismo no les faltan, pero también compruebas cómo las columnas que ante ti se elevan, con evidentes mataduras, y petachos, eso sí, aún se mantienen firmes; y también compruebas cómo con las obras de restauración, de bermejo están pintando las fachadas, la plaza gana en donosura. Quizá no tengas remedio si hasta a ti mismo llevas la contraria.

En busca de un edificio te deslizas por las sombras de la estrecha calle de la Rúa Obscura, tras despedirte de Pepe con un fuerte abrazo. El sol calienta lo suyo y lo de los demás, no van a ser buenas las próximas jornadas para caminar a lo largo de la ría, nombre con el que los comarcanos designan al Canal. De entre el infinito nomenclátor de nobles edificios que esta ciudad componen, tu favorito, también con ánimo simbólico, es el palacio solariego del Conde de Gondomar, más conocido por Casa del Sol. Su bella portada plateresca se remata con un amplio escudo del linaje, al que sobrevuela un águila más o menos imperial y sobre la cual un astro rey se impone, mejor metáfora de Castilla no encuentras. Un sol de cara redonda, entre hierática y campechana, con dieciséis rayos pétreos, simétricos y confortables; el sol que hubiera dibujado un niño en el colegio o los ecologistas como logo de su apuesta por las energías limpias y renovables: un sol capaz de derretir la coraza del más fiero guerrero. Vas a vivir una intensa temporada en la casa del sol y te estás haciendo a la idea.

Retrato de dársena con grúa

Tras tantos encuentros teóricos suena la hora de la verdad. Estás en el puente sobre la guillotina que corta el curso del agua y proclama su fin de trayecto, justo aquí acaba el Canal de Castilla. Lo ves venir desde la última curva, a lo largo de puede que más de un kilómetro, y ensancharse en la dársena hasta llegar a tus pies. No puedes calificar sus aguas de cristalinas, más bien son opacas aunque con la turbidez matizada por los reflejos del verdor, pero lo que admiras en ellas no es la estampa sino lo intangible de su mansedumbre, laboriosidad y misterio. Hace un siglo serían muy diferentes como diferente sería el ajetreo que discurriría por los ahora desiertos andenes. Tratas de explicarle por qué inicias tu recorrido justo donde el suyo acaba, por qué vas a recorrerlo a contracorriente y en dirección contraria a cómo se fueron ejecutando las obras de su construcción, marcha que sin duda alguna te va a complicar la vida: porque quieres avanzar no a lo largo de un camino material o histórico sino idealista, porque quieres caminar en el sentido que originó su nacimiento, o sea, desde el corazón de la Castilla profunda hasta la orilla del mar, siempre la mar, y sentir así el estímulo de tal progresión en cada uno de tus pasos; porque lo haces más ávido de emociones que de conocimientos. El toque bucólico de unos patos surcando las aguas acentúa la desolación del entorno, en las argollas que penden de los muelles hace mucho no se amarra una embarcación.

Los edificios de una sola planta, alargados y a lo largo de la orilla izquierda del Canal, son ahora dependencias de la Confederación Hidrográfica del Duero y parecen deshabitados. Imaginas cómo pudo ser el trajín de tanta carga y descarga, las idas

y venidas de tantos pasajeros, con las barcas abarloadas por falta de espacio y el aire estremecido por el relincho de las caballerías, el chirriar de los ejes y los gritos de órdenes estentóreas. Desde que en 1836 se abrió al tráfico el Canal del Sur, la navegación empezó a adquirir una importancia considerable; si meses antes circulaban solamente 17 barcazas, diez años después, con el Canal de Campos concluso, ya eran 106, y en pleno apogeo, en 1860, llegaron hasta 365. La tarifa para el transporte de mercancías oscilaba entre 0,5 y 1,5 maravedises por legua y arroba, según tipo de carga y estación del año; un coste cinco veces inferior al del transporte por carretera que explica el espectacular incremento de tráfico por el Canal. Existían cuatro barcos-diligencia destinados al transporte de pasajeros entre Palencia y Valladolid (tres propiedad de la empresa y uno particular) que efectuaban un servicio diario desde cada una de estas ciudades. El viaje, según Madoz, se realizaba «con la mayor comodidad y economía», duraba de seis a siete horas y la tarifa era de doce reales por persona. Imaginas un abigarrado puerto sin salitre.

Estás en el puente de la concha, sobre la guillotina, entre la cuesta de la Marquesa y la carretera de León. A ambos lados de donde te encuentras se alzaban dos almacenes gemelos, de planta rectangular y rematados por sendos castilletes, destinados al servicio público. Sus pretensiones estéticas eran inusitadas: el primero de ellos era conocido como «el griego», pues su fachada estaba decorada con frisos y columnas y rematada por tres estatuas vagamente helénicas mitológicas; el segundo, llamado «el gótico», justificaba tal denominación por poseer ventanas ojivales que le concedían un cierto aire de nave de iglesia. Eran muchas más las construcciones ahora ausentes, entre ellas el gran edificio circular destinado al almacenamiento de granos, del que aún puede avistarse un mínimo paño entre las casas vecinas. Asumes tanta ausencia y soledad para centrarte en una paradoja, resiste, no la llames hidrostática. En los cursos fluviales naturales, en los ríos, su principio y a veces hasta su fin suele ser la incertidumbre; recuerdas los infinitos arroyos del pantanoso Furtwangen en donde nace el Danubio y en donde, por concretar, dado lo arduo del problema, se atribuye su origen al grifo de una fuente en la granja del Dr. Öhrlein; y también recuerdas cómo te perdiste por entre las veredas

y meandros del delta del Ebro, un Orbe mirándose al espejo. Por el contrario, compruebas, el principio y el fin de los cursos fluviales construidos por el hombre se resuelven de forma nítida y exacta, hasta aquí y con trazo recto se detienen. Estás sobre uno de tales cortes y sabes muy bien que la corriente del canal, por más que acuda con la mansedumbre propia del regadío, no deja de acudir y no se volatiliza en el aire por más que con este calor la evaporación sea intensa: bajo tus pies el aliviadero de la concha resuelve el enigma, por su derrame el agua se soterra, salta, produce energía y, subterránea, regresa a su cauce natural. Cuatro saltos tiene este derrame hasta devolver sus aguas al Pisuerga por el paraje de la Huerta del Rey. En la alcantarilla de tal desagüe se encuentran los restos de un ingenio hidráulico, construido a comienzos del XVII por el general Pedro de Zubiaurre (émulo de Juanelo Turriano) para elevar las aguas hasta la real huerta en donde se asentaron hasta nuestros días sucesivas fábricas de las cuales paradójicamente no queda huella. El lugar no tiene pérdida, ahora está ocupado por el edificio Duque de Lerma, la construcción más característica del absurdo desarrollismo urbanístico de los años sesenta, los del desarrollo. Lo más triste del caso es que este pretencioso rascacielos nunca ha llegado a tener ningún uso (salvo el de servir de espectacular soporte para los eslogans de protesta cívica, de refugio para dudosos cadáveres y de referencia para los forasteros descarriados, tal es tu caso) y ahora se encuentra en estado ruinoso, a la espera de seguir el mismo destino de las fábricas a las que tan inútilmente sustituyó.

Paseas con Juan Helguera por la dársena, a la vera de una solitaria grúa. Hablar con él del Canal de Castilla es un privilegio, sobran los dedos de un cuerpo para contar a quienes sepan tanto como él de su canal del alma y seguro que sobran los de una mano si de medir el entusiasmo se trata. Le haces la pregunta cuya respuesta es la del millón, la misma que le hiciste a José Jiménez Lozano. «¿Qué significó para Castilla la existencia del Canal?». La respuesta de Pepe fue rotunda: «nada»; la de Juan no es menos contundente: «con relación a la industria castellana lo fue todo, la nació y la llevó a su máximo esplendor…», tratas de memorizarla. El Canal suministró energía y transporte a las fábricas de harina que en sus esclusas se asentaron, se incrementaron las cosechas, las

moliendas y las exportaciones a ultramar, siempre la mar, a Cuba y Puerto Rico. El boom harinero sentó las bases para otro tipo de industrias con sus excedentes económicos y así surgieron fábricas textiles y metalúrgicas, y además el primer capitalismo financiero de la región, el banco de Valladolid. La facilidad de transporte abarató el precio del carbón y la ciudad gracias a ello fue la tercera de España en numero de máquinas de vapor. Como ejemplo fabril harinero ahí está, frente a vosotros, aprovechando el primer salto del derrame, La Palentina (el nombre te recuerda a aquella vocalista que eligió el alias de la Japonesa porque era de Valencia), que en origen dispuso ya de ocho piedras, mecanismos de limpia y cernido, y una capacidad de molturación estimada en
66 000
fanegas anuales. Como ejemplo de otro tipo de industrias, Juan indica la fábrica textil de Lara, Vilardell e Hijos, una de las que se asentó en la Huerta del Rey; en un grabado del francés A. Guesdon, una vista general de Valladolid a mediados del siglo XIX, aparece dicho establecimiento rematado por una chimenea, lo que indica cómo desde sus comienzos empleaba al mismo tiempo la energía hidráulica y la del vapor. El Canal generó un dinamismo industrial y comercial irrepetible. Quizá no sean tan contradictorias como aparentan las respuestas de Lozano y Helguera, Pepe se estaba refiriendo al pueblo llano, a su idiosincrasia.

Seguís paseando por la Dársena, la quietud es total y los arbustos del abandono crecen por entre las grietas de los muelles. Ni una lancha a la vista, dicen que cuando en 1959 se puso fin a la navegación del Canal las enterraron todas en ese breve descampado de enfrente, junto al dique de carenas. No entiendes el por qué de un cementerio de barcazas sin dejar ni siquiera una de muestra; es sorprendente el pánico del país a las reliquias cívicas, quizá se trate de un obscuro complejo de culpabilidad que impulsó a borrar las huellas del delito. Puede que la única reliquia mecánica de todo aquel mundo sea esta grúa. Es una grúa fija, manual, de aquilón curvo continuo, sin articular y cadena de eslabones; su traza tiene la donosura de cuando para el fabricante el diseño no era un valor añadido sino instinto insoslayable. Bien pudiera tomarse como logotipo del Canal. Antes de iniciar la marcha por un camino mal empedrado, que evidentemente no es el original de sirga, posas con

Juan Helguera, junto a la grúa. Una foto para el recuerdo.

Memorias de un hombre de acción

En Leningrado, en vísperas de la perestroika, paseabas por la plaza del Palacio de Invierno admirando la ciclópea columna de Alejandro I, colosal obra de ingeniería la de su puesta en pie, cuando el discurso didáctico de una azafata de Intourist dirigiéndose a un grupo francés reclamó tu atención: «Obra del emérito Betancourt, compatriota de ustedes». Quizá no tengas ni tengamos remedio. Estás en la 42, la última esclusa del ramal Sur y en consecuencia la primera que avistas. Su receptáculo de sillería es rectangular y ofrece una característica morfológica que no volverás a ver; es la única que conserva las primitivas compuertas de hierro tipo mitra, o sea, es la única que puede ejercer de esclusa. Clausurada la navegación, las compuertas se sustituyeron por alzas fijas, con lo cual las esclusas se transformaron en simples conductos sin capacidad para elevar o descender el nivel del agua que por ellas circula. El Canal es hoy un canal de riego, no una vía de comunicación. La 42 también designa al ámbito que la rodea, zona ajardinada alrededor de la esclusa y de un coqueto chalet de la Confederación Hidrográfica del Duero, en donde se centralizan los datos de caudal referidos a toda su cuenca. Su antena, airoso toque vertical, desvía tu atención hacia la figura de Agustín de Betancourt, persona atraída por todas las novedades técnicas de su tiempo. La telegrafía también despertó su interés y entre sus interesantes diseños figura un telégrafo óptico.

Agustín de Betancourt es el español de todos los tiempos que mejor personifica el ideal de un científico y un técnico comprometido con el alcance de los saberes teóricos y la extensión de los conocimientos prácticos. Como no podía ser de otro modo en

los siglos en que vivió (Puerto de la Cruz, 1758 - San Petersburgo, 1824) fue un servidor del Estado pero fue, además y ante todo, un servidor de la sociedad. Investigador y trotamundos infatigable, su territorio a explorar siempre fue la máquina. La máquina como prolongación ortopédica eliminadora de las miserias que la fisiología impone al trabajo manual. La máquina, defenestradora del motor de sangre, con su progresiva mecanización humanizará el trabajo incrementando la productividad y facilitará el reposo. La máquina desplazará la principal fuerza productiva de los músculos al ingenio creativo, del bracero al ingeniero. Impenitente idealista diseña máquinas, maquina proyectos y es el maquinista que los lleva adelante. Suya fue la idea de crear la más disparatada colección de objetos raros que jamás antes existiera en su patria.

Se instala en París al frente de un reducido número de becarios y, contando con el apoyo político y económico de los gobernantes ilustrados españoles, inicia la recopilación de planos, maquetas y memorias científicas que tratan de recoger la ingeniería civil y mecánica más vanguardista de Europa. A destacar, puntualizas, la desinteresada y decisiva colaboración de la École des Ponts et Chaussees, por entonces la más prestigiosa escuela de ingeniería del mundo. La formidable colección (270 modelos, 359 planos y 99 memorias según el *Catálogo* publicado por Juan López de Peñalver, al que se añadirían posteriormente las innovaciones de Betancourt) se trasladó a Madrid en 42 grandes cajones que llegaron a su destino en el verano de 1791: así nació el Real Gabinete de Máquinas del Buen Retiro.

Te las imaginas aquí instaladas, en la 42, casualidades numéricas de la vida. Las estás viendo, de maderas pulidas, de fierros opacos y cobres relucientes. Su estructura mecánica, acotada y extraña a la naturaleza, simbolizando el paso definitivo del hombre por alejarse del frío de las cavernas. Las máquinas como objetos artísticos donde la eficacia sustituye a la estética. Máquina hidráulica para barrenar cañones fundidos en sólido en el establecimiento de Yndrid. Cimbras para la construcción del puente de Neuilly. Croquis del faro de Eddystone, el primero construido con cemento Portland. Tornillos de Arquímedes. Molinos de viento para el drenaje de polders. Polipastos de lanzadera. Columna de agua o bomba de pistones aspirante impelente, accionada por agua

a presión. Colas de milano. Bombas de fuego o máquinas de vapor, desde los antiguos modelos de Savery hasta las modernas máquinas de Watt de doble efecto. Aquí detienes la interminable letanía, en estas bombas quieres insistir, diciendo antes a modo de resumen: un gabinete decisivo para el estudio, ensayo y progreso de la ingeniería española.

La máquina por antonomasia del siglo XVIII es la máquina de vapor, madre mecánica de la revolución industrial y su pleonasmo, el ferrocarril. El paso decisivo fue la transformación del movimiento lineal que esta máquina producía en un movimiento circular uniforme, paso que dio el inventor inglés James Watt haciendo que el pistón recibiera la presión del vapor en ambos recorridos (de ahí el nombre de máquina de vapor de doble efecto de Watt) mientras un regulador centrífugo de bolas controlaba dicho flujo de vapor para homogeneizar el movimiento. Esta tecnología de vanguardia era sólo conocida en Inglaterra, y las máquinas se ocultaban en las fábricas como si de un secreto de Estado se tratara puesto que así era. Betancourt visitó a Watt en su taller dé Birmingham y éste, amablemente, le enseñó todos sus inventos menos el que el español buscaba. Visitó luego la factoría de Albi Mills en Londres y allí sí le permitieron examinar, aunque de lejos, el funcionamiento de una de estas máquinas parcialmente oculta. Ahí perdió el partido la pérfida Albión y no con el gol de Zarra. El vistazo delató la ausencia de las clásica cadenas de transmisión que unen la bomba con el balancín y de dicha carencia dedujo Betancourt el doble efecto o funcionamiento en ambos sentidos del pistón. Como ingeniero y hombre de acción no se limitó a informar del descubrimiento en Francia y a incorporarlo al Gabinete de Máquinas sino que, colaborando estrechamente con los grandes constructores mecánicos Perier (¿le habían financiado el viaje a Inglaterra?), fabricó en París en 1790 la primera máquina de vapor de doble efecto que se construyó fuera del Reino Unido. Su amistad con James dejó de ser lo que era.

La máquina es su horizonte a conquistar y es tan avezado explorador que, en colaboración con el ilustre matemático mexicano José Mª. Lanz, publica su *Essai sur la composition des machines* (Escuela Politécnica, París, 1808), el primer tratado de cinemática industrial de la historia y un clásico de la literatura

técnica. Se suceden las traducciones pero en español, lengua en la que fue concebido, no se publica hasta 1990 por el Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, lógicamente a título de curiosidad y homenaje. Tamaño desamor, además de su carácter liberal y afrancesado, le llevan a decir «un país como éste no es el mío» (¿o fue «no tengo por qué unir mi destino al de mi nación»?) y a ponerse al servicio del zar Alejandro I. ¡Mi columna! ¡Mi columna! Será el motor de la modernización de Rusia, en donde alcanza los máximos honores y se convierte en el cívico héroe nacional Agustín Agustinovich Betancourt.

Estás en la 42. Admiras las compuertas metálicas, a las que llaman mitra por cerrar en ángulo diedro enfrentado a la corriente, y piensas en que esta esclusa rectangular procede de las recomendaciones hechas por Betancourt en una famosa *Noticia* siendo ya Inspector General de Caminos y Canales, cargo que ocupó desde 1801 hasta su exilio. «Seguir con economía las obras útiles y dejar todas las de ostentación», puede ser el resumen de tal noticia. Las esclusas rectangulares ahorraban agua y se construían con un coste menor que el de las ovaladas, las construidas a lo largo del XVIII. Tiempo habrá para desmadejar el embrollo de las esclusas, ahora sólo quieres hacer memoria y disfrutar del rumor del agua. Está la 42 en medio del polígono industrial de Valladolid y no es fácil abstraerse de tal realidad; enfrente, Tafisa, fábrica de tableros con nombre de mujer fatal, amenaza a cuanto chopo puedas imaginarte. Las compuertas primitivas, las de las esclusas ovaladas, eran de madera.

Los últimos años de Betancourt en Rusia, hasta su muerte, no fueron felices (una máquina perfectamente diseñada es aquella en la que todas sus partes se desgastan simultáneamente, yo no soy esa máquina). Cayó en desgracia y una vez más se demostró que el desagradecimiento es la más acendrada virtud de la monarquía. De reyes o emperadores, metafísica diferencia que se te escapa. Por fortuna pudo acogerse a una de sus aficiones favoritas, la pintura. Pintor nada desdeñable, no hay más que ver los apuntes de sus artilugios mecánicos, prestó una especial atención al desarrollo de las técnicas que afectaban a tal arte y así, en el Gabinete de Máquinas, recogió las entonces novedosas «aguatinta» y «aguada». Informes que provocaron una fructífera anécdota: Bartolomé

Sureda, conserje del Gabinete, fue quien enseñó estas técnicas a Francisco de Goya, quien de inmediato las aplicó magistralmente en su «Caprichos» y en agradecimiento retrató a Sureda, cuadro hoy en la Nacional Gallery de Washington. Por cierto, puntualizas, por aquel entonces el conserje era el administrador general.

Poco te extraña que los libros de historia, más ocupados con las cuentas del Gran Capitán que con los cálculos de los inventores, apenas se ocupen de un personaje tan insólito como Betancourt. Más te extraña que los novelistas, tan proclives a las memorias de los hombres de acción, no se hayan ocupado de tan aventurera personalidad, un personaje barojiano al que sin embargo don Pío dedica sólo unas escasas líneas al biografiar a uno de sus protegidos en Rusia, el refugiado y liberal militar español Juan Van Halen. Nada te extraña que con tales apellidos la azafata soviética equivocara su nacionalidad.

Puenting

El camino de la falsa sirga se hace carretera y el asfalto, de tan próximo al Canal, te hace creer que el agua circula por su cuneta. Asomado al puente, en realidad acueducto, contemplas el insospechado abismo que el arroyo Berrocal provoca; para salvar su desnutrido cauce, el arco de apenas unos metros de luz ha de precipitarse en más de veinte. El arroyo desemboca después ladera abajo en un pletórico Pisuerga. El río, calmo, verde y europeo, ofrece un magnífico aspecto; contemplas el espigón de una antigua aceña, su tajamar a contracorriente, y más allá el edificio de lo que en su día fue la fábrica de harinas Cabildo, con 24 muelas todo un récord, lo cual no impidió que hubiera de reconvertirse en central eléctrica. Abajo, en el arroyo, gente joven maniobra las cordadas con las que se disponen a practicar un también insospechado deporte. Los sillares del acueducto sirven de natural rocódromo, pero lo que de verdad les apasiona es el *puenting*, horrible vocablo y traducción castiza del *bungee jumping*: lanzarse al vacío y saborear el vértigo de una insólita velocidad, vivir peligrosamente durante unos segundos en caída libre. La cuerda elástica anudada en los tobillos impide que se estrellen pero no evita el miedo, al menos a los no iniciados. Rehúsas la invitación, no estás para esos trotes, no te quedaría un hueso sin descoyuntar, calculas. Saltan desde el acueducto por la misma razón que el alpinista asciende a la montaña, porque está aquí, que es tanto como porque sí, razón suprema del deporte y del absurdo. Porque sí se construyó un pequeño canal navegable desde otra aceña más próxima a Valladolid, con el único objeto de permitir al devoto Felipe III llegar navegando en su galera real hasta el monasterio de los santos

Cosme y Damián; sin ningún otro interés fue el único canal navegable conocido, realizado con un fin exclusivamente religioso. El acueducto del Berrocal no es para presumir en cuestión de *puenting*, pero nunca se sabe. Eulogio el Guindo se partió el brazo derecho, fractura de cúbito y radio, al fallarle el salto mortal que llaman de besar el agua, y la mano al revirarse (eso dicen) se le quedó con ademán apardelado.

Donde las paralelas se encuentran

La paramera, con picos que no sobrepasan los mil metros, se abre en pánica llanura interminable. Estás cruzando el puente de Palazuelos, junto al monasterio cisterciense del siglo XII, y puente y monasterio se ofrecen como únicos consuelos a tanto estrago como tu vista abarca. La carretera y el tendido ferroviario se comprimen cada vez más sobre el Canal hasta arañar sus orillas, ocultando el panorama al viandante con la poderosa escenificación de sus cables, letreros, raquetas aéreas y un tráfico perenne. Los continuos automóviles y los frecuentes trenes imponen un clamor de fondo que impide oír el silencio natural del campo. Tan sólo algún piar quedo, algún contumaz grillo. A lo lejos, la esclusa 40 parece sepultada bajo un cruce de la autovía. El sol cae a plomo y no hay sombra en la que guarecerse, los chopos y alisos no son abundantes ni en número ni en tamaño. La parva aún no ha hecho su aparición, caminas por la senda de gravilla que cada cierto tiempo luce su antipático aviso: «Uso exclusivo para
C. H. D.».
Sabes que el Pisuerga te acompaña zigzagueando pero no alcanzas a ver sus aguas, sí las del Canal que te recuerdan el popular dicho de «agua de Duero, caldo de pollo». Sobre su turbia superficie afloran múltiples plantas acuáticas, ranúnculos largos y desmelenados, que cada cierto espacio se agolpan formando vegetales islas; los pájaros las aprovechan para desde ellas hacer sus abluciones. Quieres suponer que el uso exclusivo se refiere sólo a los vehículos de motor, estaría bueno.

El pensar siempre facilitó la marcha de los caminantes, piensas. No alcanzas a comprender cómo en un lugar sin límites las variadas

rutas que por él transitan en la misma dirección se han tenido que agrupar a lo largo de una franja de terreno cuya anchura máxima calculas en cien metros. Paralelas y constreñidas como espárragos en mazo. La suprema perfección de la simetría radica en las paralelas y quizá sea esta la causa: la meta de todos los rayos paralelos es focalizarse en un punto puesto que su objetivo es uno y común, un punto que la física sitúa en el infinito y la filosofía en un ideal inalcanzable. Todas estas rutas, incluida la que tú llevas, siguen la secular senda por donde las riquezas de Castilla han salido al mar, siempre la mar, siempre hacia el norte desde el profundo sur. La verticalidad geopolítica norte-sur siempre es económica y contrasta con la horizontalidad este-oeste, por donde circulan las ideas, las artes y las religiones, algo sobre lo que habrás de reflexionar cuando en la ría vertical y horizontal se crucen. Por aquí han circulado hacia el norte lanas, harinas, emigrantes y ahora lo hacen los Renault fabricados por Fasa. Su querencia no es el paralelismo sino la identidad, de ahí la angostura que te abruma. Contemplas el furibundo tráfico de la autovía de Castilla, los mastodónticos remolques cargados de vehículos, peligrosos cortavientos, circulan con inusitada rapidez. Un lema en la visera de un camión corrobora tu soliloquio: «El norte es mi sur». Eso no se le ha podido ocurrir al camionero, decides clasista, es una cita literaria. De momento no identificas al autor, quizá más adelante.

El Canal marcha ahora hundido en una profunda trinchera, la alta escarpa de la orilla recubierta de una maleza heteróclita y espesa. Puede que estos socavones decidiesen la forma de los barcos-diligencia: sobre cubierta un gran camarote comunal con bancos corridos y en su baca una jardinera abierta como la de los viejos tranvías. Los viajeros aún no se habían acostumbrado a los transportes claustrofóbicos como el metro y necesitaban, en los tramos en que no podían admirar el paisaje, al menos respirar al aire libre. En el cielo unas ligeras nubes esgrafiadas acentúan lo bronco de la canícula. Estás en la 40, el rumor del agua y la espuma del salto son un torturante alivio, piensas que las paralelas paredes de su rectangular vaso son el definitivo emblema del paralespejismo que persigues. Entre las dos cintas de agua calma, el continuo barboteo del cuenco, precipitándose en el aliviadero como una catarata, te produce un fuerte impacto óptico y anímico. Es la

visualización de cuanta energía en el Canal se acumula, recoleta y negligida. Resuena como la ola al romperse en la playa. En la margen derecha se alza un viejo edificio fabril, en su frontis este rótulo: «Fca. de Harinas César Yllera, Sistema Daverio». Piensas en el Gotha de la burguesía harinera sin atreverte a pronosticar el quehacer de sus nietos.

Con relación al futuro, como los gusanillos en el interior de la manzana, avanzan los malos pronósticos en tu razonamiento. Consideras la juventud dividida en dos tendencias, no digas dionisíaca y apolínea, dividida en estudiantes y rebeldes, en sin o con iniciativa, y no porque se te haya ocurrido a ti sino por dos noticias de la prensa local. La primera era una estadística realizada en la Facultad de Económicas de Valladolid en donde los estudiantes, con una abrumadora mayoría próxima al 75 por 100, se mostraban proclives a decidir su futuro como funcionario de la Junta de Castilla y León o como empleados de Caja España, a ser posible en altos cargos de mínima responsabilidad; este objetivo, inviable desde su propio planteamiento, sugiere un deprimente dilema. Cuando todos seamos funcionarios (ahí bien pudiera incluirse a los políticos) ¿quién hará que las cosas funcionen? O lo que es lo mismo ¿a quién administrar cuando todos trabajemos en la Administración? El que la tendencia sea estatal y cual en nada alivia a Castilla; mal de muchos, epidemia.

La segunda noticia en realidad era una entrevista con un conjunto de rock nacido en el Instituto Delicias de Valladolid y nominado «Celtas Cortos». Te encandila la idea del no te cohíbas frente al fumar perjudica seriamente la salud, de que hubieran tenido que pleitear con Tabacalera por el usufructo del título, pero esa rebeldía es un breve espejismo. Hoy en día el nombre es sinónimo de rock celta y casi nadie lo relaciona con la marca de tabaco, según ellos mismos hacen un rock celta trufado con ritmos latinos y con los guitarrazos más cañeros de la pedalera, un desparrame que poco tiene que ver ya con la cultura celta. Curiosa huida hacia adelante, piensas, si al menos se llamaran Godos Gordos serían más autóctonos. Su último título está plagado de sugerencias, «En estos días inciertos», pero la letra es de una simpleza abrumadora. No quieres ejercer de crítico musical sino llegar a una conclusión: el que un conjunto contestatario, cuya

filosofía es dar caña al personal, se desarraigue de tal forma y se vaya por ahí a repartir su ambigua leña no deja de ser una forma de emigración, consuetudinaria plaga de esta tierra.

Fatigado canalero, detienes tus pasos ante el leguario que emerge de entre las zarzas y la zarzalobera o tapaculos. Admiras su esbelta geometría prismática, las huellas de la erosión le confieren una sobria dignidad, y descifras su mensaje: «Canal del Sur, 18 1/2 a Rioseco». Perplejo tratas de adivinar a qué camino hace referencia pues Rioseco es final del ramal de Campos. Tampoco quieres darle más vueltas al asunto, a veces la complejidad es simple falta de información como ocurre con ese ignoto lugar donde las paralelas se encuentran. Ya te enterarás. Observas las paralelas vías del ferrocarril y la autovía, continúan abrumándote. La física actual dice que el tiempo es curvo, por eso quizá se encuentren un metro más allá del infinito, lo cual no alcanzas a comprender pues perteneces a la vieja escuela de con los amigos hasta la muerte pero ni un paso más allá. Para zanjar el asunto asumes la boutade de los también viejos roqueros del Blooming Slabbing, las paralelas se encuentran en el gimnasio, *dona nobis pacem*. Es una forma como otra cualquiera de enfrentarse al problema dándole la espalda, pero eso ahora carece de importancia, lo importante es dar con un manantial.

Del cielo vino

Trepas por el secadal de sus terrazas aluviales, empolvándote la barba, hasta el primer bacillar en donde acariciando hojas de promisorias cepas te pierdes. Desde el alcor contemplas el paisaje y la visión te resulta placentera. La serenidad que de forma habitual te facilita la visión de tan extensa planicie tiene un valor añadido, el del grafismo verde del Canal sobre el fondo monocromático del páramo. Percibes la circunstancia y te desasosiega el saberla artificiosa. Naturaleza y paisaje no son coincidentes: la naturaleza es lo que es en sí misma, mientras que el paisaje es el fragmento de naturaleza que tu observación selecciona en un tiempo determinado y con un estado de ánimo también muy preciso, por más que evanescente y contradictorio. El paisaje es, en consecuencia, un fenómeno cultural y como todo producto cultural sintético. Lo fotografías y piensas en el cuadro que representa una pipa y se titula «Esto no es una pipa»; si titularas la foto «Esto no es un vergel» necesitarías toda la sutileza del pensamiento pendular de Foucault para explicártela. La observación y la mano del hombre apenas han conseguido modificar con un leve trazo la inmensa geografía que contemplas y es ese mínimo logro lo que acentúa tu perplejo entusiasmo. Vuelves a tu alrededor, a una viña con viníferas peculiares, autóctonas, que una tras otra tratas de discernir, las básicas Tempranilla blanca y Garnacho rosado, de las demás que acuden a tu memoria con nombres más montaraces, pietro picudo, ojo de sapo, teta de vaca, pajaritero, caño arroyo y alguno más hasta abasta. Uvas de maduración irregular por lo estepario de su ámbito pero de muy formales caldos. Claretes de color tinto abierto, radiante y embrujador. Claretes redondos,

aterciopelados en la boca y de cálido retrogusto. El perfume es quizá lo más peculiar de estos claros, según los expertos debido a una vinificación sin contacto con los hollejos. Insistes en llamar claretes a los claretes porque así los llamaba tu abuelo, lo del rosado es palabrería de *sommelier*. Recuerdas su equívoco brindis habitual, «por este vino que del cielo vino», y sonríes. También recuerdas la estrofa de Sem Tob, viejo amigo:

Por nascer en espino
la rosa yo non siento
que pierda, ni el buen vino
por salir de sarmiento.

Sem Tob, poeta judío de Carrión, tiempo habrá de ir a visitarle, judío converso a verso poeta marrano, dos conceptos a no confundir aunque en él coincidan. Sonríes más abiertamente. Quizá no sean los de Cigales los más preclaros caldos de Castilla, pero te placen y son los que van a acompañarte a lo largo del Canal. En caminando hay que beber el de la tierra. La prepotencia de la Ribera es manifiesta, en particular la de esa finca próxima al convento de Valbuena del Duero, conocida como Vegasicilia, pero por ser sus mostos debidos a una vinífera bordelesa, al Cabernet Sauvignon, no te cae tan bien. No abandonas la memoria de tu abuelo, allá en el Bierzo, y haces tuya su arriesgada conjetura. Prietos racimos de esferas de azul nocherniego, de noctámbulas uvas de la Mencía. Casi dos tercios de la superficie total de los viñedos bercianos son de la variedad autóctona Mencía, variedad gemela pero no clónica del Cabernet Sauvignon, a veces difícil de distinguir quién es quién, y siendo el Camino de Santiago un viaje de ida y vuelta difícil de averiguar si los monjes cluniacenses que se asentaron en el hospital de San Lázaro, en Villafranca del Bierzo (como en el citado convento de Valbuena), para atender en especial a los peregrinos franceses, se llevaron el esqueje de una o trajeron el de la otra. Querías decirlo y ya lo has dicho, quizá te tomen por bebedor analfabeto pero las pistas abundan, no muy lejos de aquí está el cerro de la Mencía. En cualquier caso vas a hacer el camino con los claretes de Cigales; el suyo es un trago, lo dices en plan monástico,

con cuyo paladeo la fe se renueva, la esperanza se calma y la caridad se expande. Que caen divinamente, vaya.

Furtivos y suicidas

Caminas por la senda de gravilla para uso exclusivo de la
C. H. D.
hacia la 39 y, mientras caminas, reflexionas sobre lo que te han contado en Cabezón de Pisuerga respecto a este paraje. Juan Catalina Laguna es persona mayor, calma y meticulosa, digna de tu entera confianza, y conocedor del Canal por vecino de Cabezón y por ser pariente suyo el esclusero (él dijo inclusero) de la 40, un tal Nicasio. Te habló de sus cosas, de un medio brujo llamado Maldiós, de las carreras por la cuesta del castillo, de su añoranza por las rosquillas de palo y de cómo las barcazas estuvieron funcionando con mulas hasta los cincuenta. También te habló de un hecho insólito al que no concedió mayor importancia: «yo no he cruzado el canal helado, pero sé de varios supervivientes que hace años, cuando los inviernos eran crudos de verdad, se pasaban andando por encima del hielo por gusto o por apuesta, algo suicida, ¿no? Por una de esas apuestas murió el tío Abundio, el de los Chavarros, a quién se le ocurre si pesaría sus buenos cien kilos. Por otra parte el lugar es propicio a los suicidios, con decirle que hasta de Cigales bajan a suicidarse en esta parte de la ría está dicho todo».

Por la exclusiva senda, frente a ti, avanza un coche a una velocidad que juzgas temeraria. Sólo faltaría, piensas. Se detiene aproximadamente a un kilómetro de donde estás y de él bajan cuatro jovenzanos con más aire de excursionistas que de gente de la confederación hidrográfica. Te observan con curiosidad, parecen decidir que tu presencia es irrelevante y se ponen a lo suyo; extienden por el suelo un artilugio que no identificas, pero decides que su manipulación es propia de expertos, parecen saber lo que

hacen. Tu marcha te lleva hacia ellos; mientras los observas, ahora la curiosidad es tuya, meditas sobre lo sorprendente de lo dicho por Juan Catalina. Con esta solanera es difícil imaginarse la presencia del hielo, la visión tópica es la de las rastrojeras de ferragosto y, sin embargo, esta es tierra de estíos cortos e invernadas largas, larguísimas, de paisajes grises y traslúcidos, de carámbanos y chupiteles. Pero si difícil es imaginarse el frío, más arduo resulta adivinar el por qué del privilegio de esta zona para los suicidas cuando tan pocas posibilidades ofrece. Indiscutible es el derecho del hombre a disponer de su propia vida y cuerpo, no serás tú quien lo discuta pero, por lo mismo que para quien está en sus justos cabales el suicidio no es una cuestión de valor o cobardía sino de hacer coincidir la voluntad y la herramienta, no das con el atractivo que este kilómetro del Canal pueda ofrecer al aspirante a suicida. Se necesita una vocación de hierro para ahogarse en tan poco agua, con tres brazadas se cruza y aun sin saber nadar debe resultar compleja la maniobra de no salvarse, quizá aferrándose al légamo del fondo con el peso añadido de una cadena de hierro. La sorpresa mayúscula radica en constatar esa mezcla de Séneca y samurai en el espíritu de los habitantes de la comarca.

Llegas a la altura de los jóvenes. Están hablando de una fina cadena provista de placas metálicas cuyo uso, el primero que se te ocurre, es un disparate. Se muestran reticentes al saludo y a la explicación que solicitas. De todas formas es casi imposible hablar, con la radio del coche a todo volumen sus palabras se confunden con el «en estos días inciertos/en que vivir es un arte/quisiera poder cantar/en libertad expresarme». Se te ocurre que es un aparejo de arrastre, un tipo de pesca desorbitado para el parco botín que puede ofrecer el Canal; que tú sepas, barbos, bogas, alguna trucha descarriada y alguna bermeja, pequeño pez característico de la ría. Dicen (nunca las has visto) que también hay habaneras, bivalvos parecidos a los mejillones pero de carne más dura, incluso dicen que en algunos bares las ponen de tapas. Cuando a regañadientes te explican que van a limpiar el revueldo de las orillas los calificas de pescadores furtivos, la suspicacia de su sonrisa no es la de un trabajador manual. Es cierto que esa maleza suele arrancarse con unas cadenas que llaman aceradas, pero tú nunca las has visto. Quizá no sean furtivos pero merecerían serlo. Sigues tu camino.

Extraño tramo este de Cabezón de Pisuerga-Cigales. «El juez Ángel Requejo muere ahogado en extrañas circunstancias, tras caer su automóvil al Canal de Castilla». Ocurrió aquí, hace un par de meses y fue noticia de telediario. Tratas de imitar la nota de agencia. El magistrado de la Audiencia Provincial Ángel Requejo Liberal, de 46 años, murió el martes por la noche en extrañas circunstancias tras caer su vehículo al Canal de Castilla. El cuerpo del juez apareció en el asiento de atrás, aunque se ha descartado la tesis de un homicidio. Fuentes de la Guardia Civil, cuerpo encargado de las investigaciones, señalaron que se trataba de un accidente sin explicar, pero no de un asesinato. «Estamos casi seguros de que no hubo violencia y también está descartado el suicidio». Todo apunta a que el juez sufrió algún problema de salud cuando su coche Opel Ascona cayó suavemente al agua, dijeron dichas fuentes. El cuerpo no presentaba signos aparentes de violencia y pudo recogerse su cartera íntegra, con fotos, documentación y dinero. El coche, que tenía todos los seguros cerrados, presentaba la ventana del conductor abierta y el resto cerradas. La Guardia Civil tampoco detectó ningún rastro de sangre. La ubicación del cuerpo en la parte trasera hizo pensar, en un principio, en un posible crimen. Sin embargo, el cadáver no presentaba muestras de violencia y el hecho de que la parte de atrás del coche se hallara casi fuera del agua hace pensar que el fallecido intentó salir del vehículo por allí. Fin de la imitación. Si el juez se dirigía a Palencia ¿por qué circulaba por el incómodo y exclusivo camino de la
C. H. D.
en vez de hacerlo por la autovía? No quieres pensar en el privilegio de la zona, en el fulgor de sus inverosímiles suicidios, y aceleras el paso sin volver la cabeza para comprobar si los jóvenes son o no son furtivos suicidas.

Las ligas americanas

En aquel raso paraje la verticalidad de la chimenea reclama tu interés. Circular y altísima, de ladrillo ennegrecido, constituye un auténtico signo de admiración que a modo de punto remata un nido de cigüeñas. A sus pies los abandonados edificios fabriles que supones metalúrgicos o químicos pero no harineros, no eres un experto en arqueología industrial. Amenaza ruina y si aún resiste a la piqueta es por la oposición de los ecologistas en defensa de las aves migratorias, tu fuerte son las suposiciones. Te gustan las viejas y solitarias chimeneas tanto como los capiteles románicos, pero si ésta reclama de forma inusual tu interés es por el sorprendente rótulo que de ella pende: «club». Eso es publicidad y no las vallas de pago. No te resistes a visitarlo.

Es un club de carretera y, situado en la vía de servicio que desde la autopista se desvía a la fábrica, su nombre no puede ser más anodino: «El Laurel». En un luminoso aparece orlado de corazones que en cuanto anochezca empezarán a parpadear, seguro. En el parking del club hay coches para todos los gustos, del utilitario al Mercedes. Entras, de ser un guión cinematográfico deberías escribir: interior, noche. La luz es tan tenue que tus ojos tardan un largo minuto en habituarse, en deslumbrarse ante la blancura. Los clientes son tan variopintos como sus vehículos; las chicas no son lolitas pero dudas mucho de que todas hayan cumplido los dieciocho, como te informarán poco después «las güeritas son portuguesas y las de color somos dominicanas». Si te sorprendió el rótulo de la chimenea más te sorprende la blanca lencería, de blanco satén, de lino, de encaje, de blanco íntimo y blanco del deseo, todas encorsetadas y con ligueros. La magia blanca

transmutando a campesinas y proletarias en princesas de las mil y una noche, la cama aparte. Penélope Itú dice llamarse tu informante, estás algo desconcertado y no te apercibes de que no es apellido sino pregunta, quizá tan tonta como la que a ella le formulas.

—¿Y qué tal te va por aquí?

—Bien ¿o quieres que te cuente?

Cambias de tema y hablas del tiempo, te lo tomas, antes de volver a una pregunta personal.

—Pero ¿de qué parte de Santo Domingo?

—De San Pedro de Macorís ¿lo conoces?

Lo conoces, de allí es tu amigo el poeta Víctor Villegas, «te se fue el macho y te quedaste / lluvia con tus críos», y de allí salen muy buenos peloteros, los mejores peloteros de las grandes ligas americanas de béisbol son de Macorís, como el pitcher Chico López sin ir más lejos que él nadie lanza.

—Conoces, tú pronuncias…

Ahora la muchacha sonríe y se abre confianzuda, no se llama Penélope sino Ilonka y te cuenta una historia triste «porque quien desciende de coco hasta piñonate no para, desde niña criadita citadina o vendiendo cachuchas y demás corotos en la playa, y los hombres venga a que si das bote, que si das paloma, que si te gusta el arroz con pollo hasta que no me quedó más remedio que aplazarme con un belitre, ya tenía dos niños con él, un bronco pendejo que no era mala persona, lo malo fue que lo victimaron en una pelea y adiós a mi dolai y en fin, si la vida te potrea abusiva te desembarrancas y si entonces te proponen ir de bailarina a la madre patria pues aquí estoy, las niñas con la abuela en la isla, mis piloncitos de azúcar». Supones que Ilonka es un nombre tan falso como el cuento que acabas de oír, pero mucho temes que la historia real no sea más reconfortante. Te sientes sucio y reincides en una pregunta estúpida.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

—Pedirme otra copa, a no ser que quieras…

—Otro día.

Pagas una segunda consumición y abandonas el local. Exterior, casi noche, está anocheciendo y, en efecto, los corazones de «El Laurel» son intermitentes. Te sientes sucio porque aunque no hayas

utilizado su cuerpo utilizarás su vocabulario; te lavas las manos en la pila tosca próxima al aparcamiento y vuelves a sorprenderte, entre los vehículos allí estacionados un John Deere, mucho tienen que apretar las ganas para venir en tractor. Cuando reanudas la marcha, desde lo alto de la chimenea sus inquilinas te despiden con un sonoro crotoreo. Cuando se ponen a machacar el ajo es que no paran.

La eñe

De siempre se dijo que el paso de Dueñas era un paso difícil, pero nunca supusiste semejante caos. Los técnicos del arco y los facedores de puentes parecen haberse enzarzado en cruel batalla, tan cruel como para que ambos, arquitectos y pontífices, salieran perdedores; el resultado enfrenta sus entrecruzados ojos a los desorbitados de tu rostro. Desde el pago de los Barcos contemplas, vienes intentándolo, el puente de Candelas: hierro, asfalto, cemento, alambradas y arbustos sepultan sus sillares bajo una raqueta multidireccional. Encajonado por un largo muro, acongojado se desliza el Canal bajo tan tenebrosas luces. Sólo una fe inquebrantable pudo impulsar su progreso hacia el norte, la misma que bautizó con el nombre de los Barcos la finca ahora convertida en polígono industrial, el ansia insomne de navegar hacia el mar, siempre la mar. Te tomas una pausa y decides que quizás estés cometiendo un error, entre cazadores los barcos no son navíos sino laderas y vaguadas.

La visión desde lo alto del caos, ya en la puerta de la villa, no es menos desconsoladora. Un botijo del tamaño de un globo aerostático anonada al superviviente leguario, mudo testigo del crimen e inadvertido en la barahúnda. A los ciudadanos de Dueñas les llaman botijeros sin que se sepa muy bien por qué, aquí nunca se fabricaron tales adminículos, ni los normales, ni los de rosca ni los de gallo ni los de santos, pero ellos se sienten orgullosos del apodo y, en versos de Quintanilla Buey, gustan de los «grandes para albergar la sed que el cielo nos mande». En la barra de un bar próximo entablas conversación con una cuadrilla de alegres jovencitas, te presentan a Alicia, Botijera Mayor de las pasadas

fiestas de agosto, y es ella quien te desvela el origen: en la noche de los tiempos, derrotada la varonil tropa castellana por los sarracenos, fueron las mujeres quienes liberaron la plaza fuerte sorprendiendo a los moros mientras dormían y liquidándolos a botijazo limpio. Las mujeres de Dueñas son de armas tomar, supones que en tan fulgurante ataque participarían toda suerte de dueñas, desde las principales a las de media toca, pero que entre ellas también habría alguna doncella.

Al pretil del caos y del murallón se asoman Pepe y la burra, parece un día de fiesta aunque quizá sean los del paro. Salvar «el difícil paso de Dueñas» supuso desviar el río Pisuerga, para lo cual se demolió la ermita de Nuestra Señora de las Nieves y el Puente Viejo de Piedra, cuyas piedras fueron reclamadas por la Compañía del Canal a título de colaboración del municipio a las obras. Además de éstas, la empresa constructora utilizó los sillares de las murallas, que en aquel entonces ya estaban en estado de ruina por haberlas medio derruido los vecinos para levantar con sus restos las paredes de sus casas y corrales. La relación Compañía-Ayuntamiento siempre fue conflictiva, aquí como en otros lugares. Desaparecido el Puente Viejo, anualmente se construía uno provisional para las temporadas de verano que debían pagar los vecinos, en invierno bastaba con una lancha transbordadora. En 1845 se inauguró un puente colgante fijo, con dos cables metálicos y suelo de viguería cruzada, obra frágil que precisó de continuas reparaciones. En 1926 se inauguró el puente actual, con estructura de hormigón, al que se le siguió llamando colgante. Es el que está al otro lado del pueblo.

Te hablan de una gran obra a punto de inaugurarse, la de La Moraleja, una cárcel mixta con más de mil celdas. Sea cual sea el pecado arquitectónico que Dueñas deba hacerse perdonar, por la peculiar exaltación que de su nombre practica, con tu gracia cuenta de antemano. Ningún otro lugar cumple tan a rajatabla el lema de la Junta «cuida el castellano, es lo mejor que tenemos». En una encrucijada decisiva, cuando los cibernautas de la red atacan la letra insignia de nuestro idioma eliminándola o sustituyéndola por una barra, la revista municipal de Dueñas se llama *La Eñe*, nombre que hace extensivo a varias asociaciones cívicas. Noble defensa de una letra que no aparece en los alfabetos y documentos de la

antigüedad, ya que sólo existe en español. Su origen se remonta al desarrollo de las lenguas romances en la Edad Media; cuando una ene aparece seguida de eme, o se trata de dos enes consecutivas, la segunda letra se sustituye por una tilde en la parte superior de la ene y así nace la ñ, consonante cuya pronunciación, como la de todas las nasales españolas, se caracteriza por cierta vibración de las cuerdas vocales, es decir, por su carácter sonoro. En el resto de las lenguas romances el fonema eñe sigue necesitando de dos consonantes (gn, nh y ny), pero nosotros seguimos eñe que eñe; «laña, gañido, gañivete, boñiga / roña, gañote, toñina y rapiña». España sin eñe no sería Espa/a o España sino Expaña. Las dueñas aparecen así escritas por primera vez al filo de 1300 y así seguirán con independencia de lo que los ordenadores deseen. El acierto de Dueñas en la defensa del ondeante gallardete de tan original tilde, pieza única, te emociona, no en vano se adelantó en años al anagrama del Instituto Cervantes. Sus pecados le sean perdonados.

A punto de reanudar la marcha, ante la Casa de Cuadros (antiguo y sucesivo palacio de los Tarque, de los Buendía y de los Medinaceli, circunstancialmente hospital de los presos condenados a trabajos forzados en el Canal) surge la historia de amor que no podía faltar entre tanta dueña. Historia por entregas difícil de reconstruir en perdidos legajos oficiales. En uno, la comandantía del Canal hace saber al Ayuntamiento de la villa, que una tal María Román Alma, a la que califica de mujer pública y por más señas doncella de la revolucionaria Mariana Pineda, natural de Churriana de la Vega, próxima a Granada, ha seguido tras la cuerda de presidiarios extraídos del penal de Málaga en pos de su amante. (Hay que imaginarse a la mujer a través del tórrido verano andaluz y el helado invierno de la meseta). Sin permiso de residencia ni buen oficio conocido, ordena se la detenga y se la expulse de la villa. En otro legajo se apunta el castigo de treinta golpes de vara al confinado que ha tenido el atrevimiento de salir en defensa de la ramera. En otro oficio, inexistente, se habla del suicidio de la mujer pública confirmando cómo se ahogó en el Canal y desmintiendo el rumor de que se transformara en ondina o sirena de río. Con estos mimbres se teje la historia, piensas. Atraviesas el Ojo de la Virgen y sorteando otro enorme botijo reanudas tu camino.

Atrapados

A la salida de Dueñas, en un agradable paraje, aunque semiencajonado por carretera y ferrocarril, se halla el monasterio de San Isidoro de Dueñas, más conocido por La Trapa ya que desde 1891 está habitado por los cistercienses renovados de la estricta observancia, monjes más conocidos por trapenses. Enfrente, mirándose a través del enrejado de la autovía, como si de una entrevista carcelaria se tratara pero sin saber quién está preso de quién, se encuentra la moderna fábrica del afamado chocolate que lleva el nombre de la institución. Dos frases lapidarias de los interlocutores en su perenne vis a vis: la del enclaustrado es «respete la vivencia fiel del carisma monástico», y la del empresidiario «te pego, leche» (la más emblemática de nuestra transición política si no fuera por la de «se sienten, coño»). Dos actitudes simétricas pero simbióticas ante la vida. A la longeva asociación de La Trapa con el chocolate por motivos manufactureros quieres añadir la quizá casual de la nomenclatura. En una clasificación setecentista de pócimas, bebidas y alimentos capaces de suscitar por demás los afectos del hombre, de unos dicen que «aficionan» y de otros que «atrapan», gentil forma de distinguir entre drogas blandas y duras; al chocolate lo incluyen en la segunda categoría: «Su gusto es amargo, más desaltera el alma y refresca el cuerpo».

Cuando para el cacao Linneo propone el género theobroma, literalmente comida de dioses, culmina la escalada de elogios para el chocolate. En el siglo de las luces la técnica también sirvió al hedonismo. Casi simultáneamente coincidieron dos inventos, la chocolatera y el bidé, los cuales fueron bien acogidos por las

principales animadoras de la corte francesa, la Pompadour y la Du Barry: compitieron públicamente en la exhibición de modelos cada vez más sofisticados y lujosos, e incluso hicieron demostraciones privadas para difundir el uso de ambos artefactos entre sus íntimos. A pesar de tan entusiasta y común promoción, el destino de los dos ingenios no pudo ser más opuesto.

La chocolatera para hacer el chocolate líquido, especie de cafetera con un agujero para el molinillo, se difundió ampliamente en la corte y entre los plebeyos que podían permitírselo. Un éxito al que la Iglesia no opuso reparo, no en vano ya había decidido en concilio que el chocolate no rompía el ayuno. Llevándolo al extremo, fue un sacerdote trentino quien propuso la más disparatada gastronomía chocolatera en un libro de cocina con recetas de rodajas de hígado enharinadas y bañadas en chocolate, de un pastel de carne de ternera al chocolate con médula y frutas abrillantadas, y otras similares delicias. Un éxito total.

El bidé o «confesseur des dames» no corrió igual suerte. Acogido con entusiasmo por cortesanas y oficiales de caballería, por obvias razones de oficio, chocó frontalmente con la inquina de los clérigos por la misma razón. El desprestigio moral le condujo a la clandestinidad y el arrinconamiento al desuso. Recuerdas la anécdota de hasta qué punto se perdió su memoria: en el inventarlo notarial de desahucio de la casa n.º 12 de la calle Cantarranas esquina a Sin Salida, en Dueñas, en 1947, se describe así un bidé: «objeto de loza en forma de guitarra y uso desconocido».

En cualquier caso, el desvío a La Trapa merece la pena si uno lo prolonga hasta Baños del Cerrato para ver la visigótica iglesia de San Juan de Baños, construida por Recesvinto en el año 611. Si no atrapa, escalofría.

Estrellas de Castilla

La carretera de unión entre la autovía y Dueñas lamina la caja del Canal y no atropella a la 38 por unos pocos metros. Hay alrededor de la esclusa un ofensivo y deprimente abandono. La fachada de un derruido almacén luce el póster metálico de Nitratos de Chile, un gaucho oxidado con huellas de perdigones en el rostro y una lúcida pintada: «Emigrante, si sientes tu tierra lucha por ella». Un poco más allá, la 37 se muestra como un auténtico estercolero; crecen los arbustos transformando sus paredes en pobedas y en el ensanche de alivio se acomoda toda suerte de porquerías. Flotan envases varios, papeles apócrifos y plásticos indescifrables, el tigre destripado es de trapo, pero el perro con las vísceras fuera es de carne y hueso. Pasa a lo lejos, por la parva, un hombre con un cordel de galgos y recuerdas la geometría sentimental para uso de castellanos de Ortega y Gasset, «en ella, la vertical es el chopo, y la horizontal, el galgo». Lo que en realidad recuerdas es el exabrupto de Senador, «menos versiones poéticas y más inversiones financieras». Planean golondrinas sobre el agua, supones que para apagar su sed, y al elevar el vuelo te remiten al edificio de la Estrella de Castilla, una de las en su tiempo más importantes fábricas de harinas y sin duda la de más hermoso nombre. Es un edificio fabril y harinero clásico, de cinco plantas, recientemente restaurado para un uso todavía por decidir; su patética quietud te retrotrae a una de las adivinanzas que solía proponerte tu abuela Emérita:

Qué cosa tiene el molino
precisa y no necesaria.

No puede moler sin ella
y no le vale de nada.

Eufónico y evocativo es el nombre de la fábrica y también insólito, Castilla es tierra de noches estrelladas pero no es tierra de estrellas, ni siquiera de estelas. Fuerzas tu estancia hasta la puesta del sol y aún más, hasta ver cómo relucen las lentejuelas del más maravilloso vestido de noche. No eres un experto en constelaciones, pero sí sabes dar con el norte localizando a partir de la Osa Mayor la estrella Polar. Contemplas su brillo y te abismas en las insondables paradojas de su luminosa presencia; podría haberse apagado hace millones de años y tú seguir disfrutando de su luz vivieras lo que vivieras, del mismo fulgor que desde aquí vieron quienes ilusionados o masacrados trabajaban hace más de doscientos años en la construcción del Canal. Si sientes tu tierra, lucha por ella. Luchaban por su tierra y la noche les brindaba como consuelo a tanto esfuerzo el mismo despliegue de fantasía que ahora a ti te ofrece, simple voyeur. Con este cielo es curioso que nunca haya figurado una estrella en los pendones, banderas y escudos de Castilla, ni siquiera como logo independentista en los emblemas comuneros. Lo de la adivinanza es el ruido, ¿no? Te entusiasma meditar a estas horas de la noche, arropado por la canción callada del silencio, por más que nunca llegues a conclusión alguna. Quizá sólo quieras disfrutar del espectáculo.

La dama del Shanghai

Renuncias a visitar la cercana Venta de Baños, nada va a añadir a tu conocimiento del Canal y hay recuerdos que más vale dejar incólumes en el agridulce rincón de la memoria en que reposan. De por vida Venta de Baños será para ti la estampa de la posguerra y del ferrocarril antes de la electrificación, una imagen sórdida y poética. Nunca sabrás por qué tan fundamental nudo ferroviario se estableció allí y no en Palencia como en la época inicial de los caminos de hierro parecía más lógico. Lo supones: como en muchos otros lugares las fuerzas vivas, agónica oligarquía de inmovilistas, no quisieron contaminarse con la carbonilla del progreso. Por un obscuro designio, hicieras el viaje que hicieras, el transbordo siempre tenía lugar en Venta de Baños y nunca a la luz del día. La imagen es la de una estación solitaria con breves luces oscilantes y nubes de vapor añadiendo misterio al fantasmagórico entorno. Un silencio subrayado por el tintinear del martillo golpeando en los boogies de los vagones, roto por un traqueteo de salida o un silbido de llegada. Luces expresivas y sombras espectrales como en una secuencia de Fritz Lang. Trenes de largo recorrido, pero ninguno como el legendario correo de La Coruña-Barcelona bautizado popularmente como el Shanghai, un trayecto de 48 horas sin contar el garantizado retraso. Olvídese del Orient Express y el Transiberiano, quien no ha viajado en la tercera del Shanghai no conoce la aventura de viajar en tren. Largas horas de espera acumulándose en corazones desesperanzados, todos deseosos de evitar su destino y, sin embargo, aguardándolo con resignación. Noches de frío ártico que una usada ropa de mal abrigo, desgastada pero zurcida con digno esmero no conseguía evitar. Como tampoco

conseguía hacer entrar en calor a nadie la jadeante estufa de la cantina, ni el café con achicoria y con vete a saber qué más, servido en desangelados vasos de cristal. Sólo hasta la una, hora de cierre. Hoy no se fía, mañana sí. Largos paseos de impaciencia por andenes que se perdían en una intemperie de boca de lobo. Un rostro de mujer fugazmente entrevisto en una ventanilla desde la que es peligroso asomarse al exterior. Por otro obscuro designio siempre asocias la estación de Venta de Baños a dos incendiarias y transgresoras historias de amor. Una es de novela, *Zubeldia*, de Juan Antonio Espinosa: el viejo lobo de mar (siempre la mar) se cita con su amante en tan inhóspito ámbito para así ganar unas preciosas horas. «El expreso gallego desde Madrid llegaba a Baños sobre las once de la noche y el primero de Hendaya, para abajo, lo hacía tres horas más tarde. Era invierno y crujía la helada bajo los pies de Amorrortu, al descender del coche. Había estalactitas de hielo, con flecos de cristales y lágrimas goteantes en las mangueras de las tomas de agua. Más frío hace en Terranova, se consoló el oficial de derrota». Cuando aparece Josefina se la imagina con los ligueros negros que tan encarecidamente le ha recomendado lleve puestos, el deseo medio dormido por la escarcha se le reanima abultándole la bragueta, la toma en volandas y se precipita hacia el hotel de enfrente de la estación. De joven te encandilaba esta pecaminosa primera historia. No sabes el nombre del hotel pero apuestas por El Comercio, todos los hoteles frontales a una estación así se llamaban. En la segunda historia eras tú el protagonista, un adolescente resguardándose del frío en el rescoldo de ternura que el cuerpo de una mujer ofrece en un banco de la gélida sala de espera. La joven te llevaría cinco años de ventaja en edad y puede que ni siquiera ésos en experiencia, también te imaginaste negra su ropa interior, ahora sabes que la caricia no fue tan impúdica ni el beso tan atrevido. Dos historias triviales sin el aditivo de la época, el morbo del pecado. Es peligroso asomarse al exterior, e perigoso debrucarse. No quieres asomarte a la ventana de Baños, a la de la sala de espera, porque tendrías que disculpar la indiscreción con un «perdona, he cambiado tanto que no te reconozco».

El barranco de Albúrez

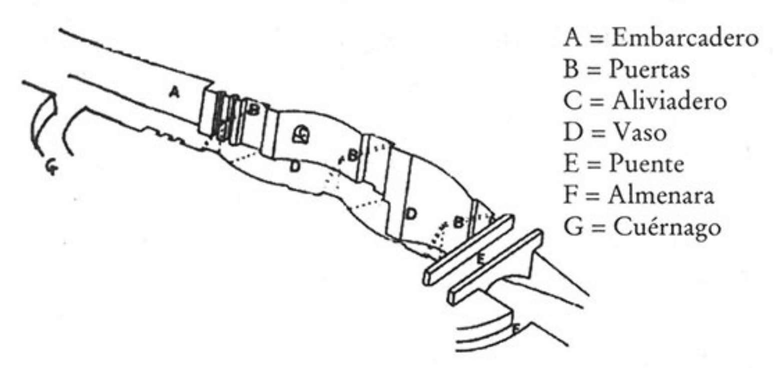
Los chopos se escapan de las hiladas de la sirga para multiplicarse en un auténtico soto; estás en el Soto de Albúrez y el acrecentado rumor del agua prologa la maravilla, como un torrente suena. Habías oído hablar y visto fotos de las cataratas del Nilo, de las cataratas que las esclusas unidas forman, y ahora estás ante la primera de ellas con la emoción que todo descubrimiento primal comporta. Como el terracampino que descubre el mar, o el danés que descubre la montaña, o el niño que descubre el hielo. El Canal de Castilla es pieza única de la ingeniería hidráulica, pero la belleza estética de las esclusas, en particular de las unidas, le transforman en una obra de arte, en uno de los monumentos arquitectónicos más importantes del patrimonio hispano: lo confirmas. El triple salto se inscribe en el paisaje con la equivocidad de un espacio entre mítico y real; la fuerza de la caída del agua, su parábola, cambio de color y espuma, contrasta espectacularmente con la mansedumbre de su curso canalizado. El desnivel es importante; sabes que no puede sobrepasar los diez o doce metros de altura, pero sajando la cuesta en que se integra parece agigantarse, hasta merecer el calificativo de barranco con que sus constructores lo designaron. ¿Cuántos hombres despeñaron aquí sus huesos? Asciendes por una senda con los bordes recubiertos por nieve de vilano y una vez en el plano superior descubres otro contraste, el de la desnuda paramera que hasta Villamuriel se extiende. Admiras, ahora desde arriba, la catarata que forman las esclusas 36, 35 y 34, un mapa de piedra en el que puede escrutarse la historia. La más alta, la 34, es una esclusa oval, la primera que contemplas, mientras que las otras dos son rectangulares como todas las que hasta hoy has visto. Esta

primera curvatura le confiere a los sillares del cuenco una plasticidad especial, un particular juego de luces, un algo escultórico que no dudas en calificar de leonardesco. Estas piedras talladas guardan una extraña relación con la luz que lleva su tiempo dilucidar, ni la reciben ni la reflejan, la emiten. Eso explica parte de su encanto bien labrado, decides. Aquí, por falta de medios, se detuvieron las obras en 1804, con la 34 sin concluir. Se reanudaron en 1831, ya por cuenta de una empresa privada, entre cuyas economías figuraba la construcción rectangular de las esclusas y razón que explica la coexistencia de ambas formas en este salto. Una historia en la que habrás de profundizar. Admiras la estética articulación de las esclusas y piensas en cuanto más te admirarías de poderlas ver no castradas, es decir enteras, o sea con las compuertas que les arrancaron en función de un uso exclusivo de regadío. En cualquier caso la composición pétrea posee una seductora armonía, un encanto que, sin el conocimiento de sus utilidades, sería el del misterio como ocurre en Stonehenge. En la margen izquierda, alrededor de la casa del encargado, hay un merendero y zona de recreo infantil con la benevolente extravagancia de una mesa-tablero de ajedrez. En la margen derecha sobrevive una central eléctrica cuyas turbinas Francis deberían salvarse de la riada del tiempo. Lo que debería hundirse para siempre es el equívoco de la pintada que luce una de sus paredes, «Viva Durruti y Castilla Comunera»; como buenos regionalistas, los comuneros creyeron defender los derechos del pueblo dando la cara por los privilegios de su clase dominante, error típico del patriota que nunca cometió Durruti. Piensas en aterramientos y desplomes, de mal en mal piensas en la maleza que aflora en las paredes de las esclusas y de pronto, sin saber a qué asociación de ideas se debe, te imaginas una maléfica partida no de ajedrez sino de dominó en la que todos los participantes han de perder, nadie puede ganar y el empate no existe. Todas esas piedras heridas son fichas de dominó. Tratas de variar una imagen cuyo significado se te escapa, ni de niño has jugado al dominó. Quizá sea culpa del bochorno.

Esclusas sin castrar

Sitúate en el siglo XVIII. El Canal de Castilla se diseñó a imagen y semejanza del francés de Languedoc o del Midi, el gran hito de la ingeniería civil europea del XVII, cuyas esclusas fueron las recomendadas un siglo antes por Leonardo da Vinci: ovales y con compuertas tipo mitra, llamadas mitra por cerrarse en diedro con el ángulo obtuso a contracorriente. Puede que estas compuertas fuesen las únicas no incluidas en el manuscrito *Los veintiún libros de los ingenios y de las máquinas* cuyo autor no fue Juanelo Turriano (el del huevo de Juanelo, famoso ingeniero cremonés al servicio de Carlos I y Felipe II) sino el aragonés Pedro Juan de Lastanosa. Tenías razón al calificarlas de leonardescas. Sitúate en 1753, cuando comenzaron las obras. Los tramos del Canal de Castilla a diferente cota se unieron con esclusas cuyo vaso o cuenco de piedra era de planta oval; se retranquearon sus extremos para permitir la inserción de las hojas de las puertas cuando éstas se hallaban abiertas y en su fondo se añadió un busco o batiente para evitar las pérdidas de agua cuando las puertas se hallasen cerradas. Las puertas de doble hoja eran de madera reforzadas por vigas transversales, con maniobra por medio de brazo, la de un cabrestante que actuaba sobre un juego de largueros. Tenían además las puertas unas portanas de guillotina a modo de tajadera que permitían el paso del agua y el subsiguiente vaciado o llenado del vaso. La forma oval de éste se eligió en razón de su resistencia al empuje de las tierras por su efecto bóveda y por la posibilidad de ensancharse en el centro dejando así pasar dos embarcaciones a la vez. Según una explicación de la época: «En los ríos y canales en quienes la navegación sea muy frecuentada, y que el agua se

conserve siempre en abundancia, será conveniente dar a las balsas una capacidad proporcionada para que pasen a un tiempo dos embarcaciones de frente: y a este efecto se podrán construir en figura oval o elíptica, como se han practicado unas y proyectado otras en el Canal de Castilla, lo que es muy ventajoso y útil, así para no desperdiciar gran cantidad de agua, como para dar más pronto avío a las barcas de transporte, que sin esta disposición tendrían los unos que aguardar el paso de los otros, para continuar su viaje». Todas las esclusas construidas antes de la Guerra de la Independencia son ovaladas, todas las construidas después con diseño de Epifanio Esteban (las siete del ramal de Campos y las que van del Soto de Albúrez a Valladolid) son rectangulares. La ventaja esencial de la planta rectangular es el ahorro: de dinero, de tiempo y de agua. Su construcción es más económica y, aunque no permite el paso de dos embarcaciones a la vez, su tiempo de maniobra es menor al desplazar menos volumen de agua. A finales del siglo XIX las compuertas de madera (el entablado de aguas arriba duraba unos doce años, el doble el de aguas abajo), las de unas y otras esclusas, se sustituyeron por otras metálicas reforzadas por vigas de hierro, y la maniobra directa a brazo se mecanizó en parte con un juego de tornos y timones que accionaban un conjunto de poleas y palancas para permitir así la apertura o cierre de las mismas.



Esquema de las dos esclusas ovales y unidas de Viñalta (31 y 32).

El orden de maniobra para el trasvase de una lancha comenzaba con su aproximación a la bocana, ya fuera aguas arriba o abajo, para recibir desde allí el permiso del esclusero; tenía preferencia, en caso de cruzamiento, la que tuviera el agua a su nivel. Esto sólo era factible de sol a sol, que era la duración del horario laboral. Supones la barcaza aguas arriba y la esclusa llena, he aquí el *modus operandi*: se abren las puertas del extremo que encara la nave y entra en el vaso; se cierran esas puertas y se abre la portana del extremo opuesto; el cuenco se va vaciando y la barcaza descendiendo con el nivel del agua; cuando enrasa dicho nivel con el del extremo inferior del canal, se abren las correspondientes puertas y la embarcación continúa su ruta, ahora aguas abajo. La maniobra en caso contrario es igual pero a la inversa; la esclusa funciona, funcionaba, como un ascensor de subida y bajada. Lamentas ver la maniobra sólo en tu imaginación. Observas otro elemento de la esclusa, la almenara, siempre en la margen derecha y en sentido descendente. La almenara permitía, permite, circular el agua aun sin estar la esclusa abierta. Controla su apertura aguas arriba una compuerta y desemboca, aguas abajo, en el propio canal utilizando para ello un cuérnago lateral a cielo abierto, tras recorrer un trecho bajo galería. El cuérnago proporcionaba la energía al artefacto fabril asociado al desnivel de la esclusa o conjunto de esclusas. Aún hay otro elemento, lamentas. Al perder la condición de navegable, el Canal se transformó para el regadío, para lo que fue preciso eliminar las compuertas sustituyéndolas por alzas fijas de cemento y practicar aliviaderos en los vasos; es el espectacular chorro que en la pared lateral del cuenco contemplas. Lamentas no poder ver la triple esclusa del barranco de Albúrez entera, sin castrar, y admiras su gallardía arquitectónica, a pesar de los desmanes sigue siendo una modernísima escultura.

Siento dejar este mundo

Su idea sobrevoló los desatendidos y subvencionados campos de girasoles. Tuvo eso que los políticos piden a los demás, iniciativa individual, y estuchó en una bolsita de plástico las pipas (tueste único) que hasta entonces se vendían a granel, creando así una poderosa industria alimentaria. En tu opinión, don Facundo Blanco Calleja es el más imaginativo empresario de toda Castilla. Admiras su capacidad de comercialización, la selva minoritaria de los productos de uso y consumo es la más dura de las junglas, pero sobre todo admiras su ingenio de publicista por más que sospechas fue una carambola. El dibujo y el texto de su único anuncio son deleznables, juzgados con los criterios de los creativos de la Madison Avenue, pero su eficacia le haría ganar el premio del «Advertising Age», si la revista fuera española. El icono es un torito y un torerito trazados con la ingenuidad de los primeros dibujos de Moro para Movierecord. El texto es el del clásico pareado: «Y dijo el toro al morir… Siento dejar este mundo sin probar pipas Facundo». Tratas de descifrar la razón de tan sorprendente éxito. El toro, su fiesta y muerte, es el más profundo mito del inconsciente colectivo español y su presencia siempre es un fuerte reclamo, siempre atrae la atención y en este caso la lleva a la frase escrita. La contracción de la sintaxis y el desvío del significado se apoyan en la rima de «mundo» con «Facundo», las dos palabras claves; descodificas la frase traduciéndola así: «todo el mundo come pipas Facundo y a todos les gustan». Si lo hubiera dicho de forma tan explícita, nadie se lo hubiera creído o lo que es peor, a nadie le hubiera llamado la atención. Su fábrica está muy cerca del Canal, a la altura de la 33 y los burcios de las bodegas subterráneas, en Villamuriel. Con

independencia de que tu interpretación sea acertada o no, basta con pisar el suelo de una sala de cine para oír el clamor del éxito de tan populares pipas.

Teorema del punto fijo

Juan López de Peñalver fue matemático, hidráulico y físico; ingeniero aplicado y dirigente de empresas públicas; poeta y traductor literario de textos políticos; economista matemático singular; masón y liberal temperado o no tan temperado; navegante semisumergido por la difícil España de la transición del XVIII al XIX; y a pesar de las dificultades un espíritu lúdico. Amante de los juegos matemático-mecánicos, de su amistad con el relojero Abraham Louis Breuguet (cuando la relojería era la tecnología punta y su taller parisino del Quai de l'Horloge una leyenda) procede su original diseño para un reloj con segundera. Y de su colaboración con Agustín de Betancourt en el informe que salvó al Canal de Castilla en 1802, su no menos conspicuo «teorema del punto fijo», texto inédito al que accediste por cortesía de Ernest Lluch y al que atribuyes nombres propios para hacerlo más visible. Helo aquí:

«Por la mañana, al amanecer del primer rayo de sol, una barca cargada a tope con sacos de harina, parte de Frómista hacia el norte. Recorre el Canal con una velocidad variable según las dificultades del terreno e incluso hace una pausa en la venta de Lucrecia para proveerse de alimentos. Al anochecer, con la luna ya nacida, atraca en la dársena de Alar del Rey. A la mañana siguiente, también con el primer rayo del alba, pero con tan sólo media carga de salazón, parte hacia el sur. Recorre el Canal con velocidad variable pero lógicamente con una media superior a la de la víspera puesto que navega a favor de corriente, transporta menos peso y no necesita detenerse en la venta. La llegada a Frómista la realiza una

hora antes de la puesta del sol. Demuéstrese que hay un punto en el Canal por el cual pasó la barca exactamente a la misma hora y minutos en los trayectos de ida y vuelta».

El problema parece sencillo pero no es fácil de resolver, piense en él durante un cierto tiempo y verá cómo la sencillez se desvanece. Los problemas de trayectorias siempre suelen ser complejos, y aunque pueden encararse a través del cálculo diferencial, el algoritmo y la estadística, las actuales compañías de transportes necesitan recurrir a complicados programas computerizados para resolver los casos similares (de red, claro, no de una sola línea) que les conciernen.

El ilustrado López de Peñalver era un singular matemático economista y suyas son las *Reflexiones sobre la variación del precio del trigo*, en donde, partiendo de los datos de Castilla, y considerando el español un mercado único, por primera vez en nuestro país se consigue formular ecuacionalmente la interrelación de las múltiples variantes de un mercado: el precio del trigo, la extracción del grano, la manipulación de la materia prima, la circulación del producto terminado y el salario debido, «sin el cual a los jornaleros se les hace hambrear, enfermar y perecer». De tan graves cuestiones puede que se consolase con el diseño de juegos como el teorema o propuesta demostrable del punto fijo, juego en cuanto que recomienda resolverlo no por vía matemática sino por el empleo del sentido común.[1] Años más tarde, en 1806, tras ser nombrado director de los Canales Imperial y Real de Tauste y de Aragón y el de Castilla la Vieja, definiría los puntos fijos como vértebras de la columna sobre la que se sustenta toda la canalización. Piensas que de haber conocido la autoridad competente sus veleidades lúdicas y literarias jamás habría accedido a tan alto cargo.

Cristo olímpico

La baja planicie de la campiña aparece a lo lejos totalmente arrasada hasta las desnudas laderas que surcadas de cárcavas suben rápidas a los páramos. Cerca ya de Palencia se divisan en primer término, disecados por la erosión, dos cónicos cerros testigos. Sobre la cumbre de uno de ellos, el llamado del Otero, se alza el inmenso Cristo de Victorio Macho. La ciudad a sus pies. La escultura, de 30 metros de altura, pasa por ser la obra más importante del palentino y en donde manifiesta de forma más evidente su estética: su preocupación por la masa por encima del vacío y su concepción del espacio escultórico como un cuerpo lleno de volumen. Aquí, dicen, jugando con planos y líneas rectas, reinterpreta el cubismo a la luz del clasicismo. Desgraciadamente, el Cristo del Otero tiene un regusto arcaizante, se ha convertido en un símbolo de Palencia pero como emblema huele a naftalina. Cuando se ejecutó, los vacíos respirables ya habían hecho acto de presencia en la escultura. En cualquier caso su monumentalidad impresiona, en particular esos ojos abiertos pero ciegos, que sin ser linterna ni lanzar codificados destellos te recuerdan a un faro sobre el cantil de la costa. Todos los Cristos que se alzan dominando una ciudad lo hacen como faros al hilo del embate de las olas; recuerdas los de Río de Janeiro, San Sebastián y Saltcod. Hay algo inquietante en este cerro que no aciertas a definir. Quizá proceda del yacimiento fosilífero miocénico que hace años se encontró en su base, en un lentejón de su marga yesífera; aparecieron restos de rinocerontes, de mastodontes proboscidios, de tortugas terrestres gigantes, de enormes corvicórneos, insospechada fauna que delata un clima cálido y húmedo subtropical ahora inimaginable. Quizá proceda del crimen

del ermitaño que aquí procuraba su salvación, el más famoso y enigmático de la provincia; lo cuenta José M.a Rincón en una novela inencontrable y también lo contaba un mural ya encalado, con viñetas de cómic y textos de copla de ciego, «era de noche y sin embargo llovía». Quizá proceda del crucificado Cristo que en la cripta ampara la tumba de Victorio Macho, a tu parecer clónico del famosísimo, el yacente en la iglesia de las Claras; ambos son figuras ennegrecidas y torturadas, terribles, sufrientes y nada caritativas con quien las contempla, no sabes si también con quien les reza. La sombra de Unamuno es alargada y se reitera en la tierra, «Cristo árida carroña recostrada con cuajarones de la sangre seca, Cristo de mi pueblo es este Cristo, carne y sangre hechos tierra, tierra, tierra». No aciertas a definir la inquietud, pero continúas percibiéndola. El Cristo del Otero es el faro que en medio de un mar de tierras baliza la costa de Palencia, isla anclada en tan aparentemente calma superficie.

En claro contraste, las calles de la ciudad brillan con el tranquilo resol de aquí nunca pasa nada. Te gustan las pequeñas capitales de provincia, no soportas la soledad de las grandes metrópolis donde pase lo que pase jamás el camarero del bar de la esquina (que por estar en la esquina no necesita nombre) te preguntará «¿qué va a ser?, ¿lo de siempre?». Aquí al segundo día ya te ponen el café solo y sin azúcar. Paseas por la calle Mayor y disfrutas del encanto de los edificios soportalados, con galerías y solanas, y también de esos escaparates que parecen mantenerse fuera del tiempo por más que los productos en oferta sean los promocionados en televisión. Las columnas son nuevas, restauradas, de cemento, y han perdido la gracia de los antiguos pies derechos de piedra o madera. Recuerdas los de Ampudia. La catedral es conocida por el eslogan de «la bella desconocida», es gótica y se asienta sobre otra previa románica, que a su vez se asienta sobre otra previa visigótica, que a su vez se asienta sobre, consúltense guías y leyendas al respecto. La cripta merece la pena, pero es una escena en el retablo de la capilla de San Cosme y San Damián, santos patronos medicofarmacéuticos, lo que de veras impacta. Describe una operación de transplante de una pierna de un hombre negro a otro blanco. El blanco parece satisfecho con el implante, mientras que el adolorido y amputado negro se difumina al fondo sin que nadie le preste atención. El

racismo quirúrgico no es tal, puesto que la Iglesia no había decidido aún atribuirles alma a los negros. Afuera, en el ábside, una llamativa frivolidad que supones fruto de una restauración mal atendida. El fotógrafo de la gárgola es un tipo risueño, pícaro, que parece cachondearse de los turistas fotografiándoles él a ellos; lo hace como corresponde a una cámara Agía de fuelle de los años treinta, colocándosela muy abajo y enfocando desde arriba a través del biselado ocular. Te fijas en su rostro y percibes su rictus no risueño sino rijoso, no pícaro sino reprimido, y descubres su secreto: no es un fotógrafo sino un exhibicionista. Lleva una gabardina larga hasta los tobillos y la cámara se la ha colocado justo en la bragueta; estás seguro, de un momento a otro se destapa. En la fachada meridional se abre la puerta de El Salvador, más conocida como la de Los Novios en explícita referencia a que en 1388 la cruzó el doliente príncipe Enrique, siendo niño, para casarse con Catalina de Láncaster. Los pobres de puerta, en las iglesias de Palencia, constituyen un arquetipo *sui generis*; son jóvenes en sazón u hombres a los que todavía no les ha alcanzado la edad, en contraste con otros lugares en donde conforman abigarrado grupo junto a niños, viejos y mujeres de condición variable. Te lo explica Coloncio Lantada, natural de Lantadilla, en la puerta del Obispo: «Usted no sabe cómo es aquí el invierno, con este clima es un trabajo durísimo, ¿sabe?, estas puertas son cosa de hombres». No eres partidario de las obras de caridad, la limosna retrasa la revolución, pero le cedes un billete; la sentencia es de tu juventud y, aunque a esta altura del partido ya no hay revoluciones que valgan, tranquilizas tu conciencia convirtiendo el óvolo en pago por el informe. La Bella Desconocida es una tienda de souvenirs situada detrás de la catedral, los cachivaches que ofrece como recuerdo no ofrecen ningún interés, pero sí lo tienen en abundancia las muestras que también ofrece de la orfebrada repostería de la región como los ciegos de Saldaña, los almendrados de Villasirga y los amarguillos de Villoldo: por ahí asoma la oreja la presencia oriental, hebrea y árabe, tan proclive a los dulces de miel y almendra. Por cualquier resquicio de esta ciudad asoma la historia.

«Palencia, armas y ciencia». Crees que los palentinos no saben promocionar, al menos para darse lustre, el hecho de que en su ciudad se fundó la primera universidad española. No son mil uno

los españoles que lo saben. La creación de una escuela catedralicia fue el punto de partida para la fundación por Alfonso VIII de Castilla de la Universidad de Palencia en 1208. El inicio de aquel primer *Estudium Generale* coincide con los años en que accedió a la silla episcopal don Tello Téllez de Meneses, entusiasta valedor de la empresa. El *Estudium* alcanzó gran notoriedad, aunque muy pronto languideció por falta de recursos. A los treinta años desapareció, cediendo tan honorabilísimo cetro a Salamanca. El estudio de las ciencias no vuelve a aflorar hasta el siglo XVIII con la fundación, en 1796, de la Sociedad Económica de Amigos del País (ocho años después de la de Herrera de Pisuerga). Con menos fuerzas de las deseables, los ilustrados arremeten contra la sistemática rémora de que los mejores campos de la región estén en poder de «manos muertas». De sus trabajos, no muchos, sólo conoces el de Pedro Rodríguez de Campomanes, *Discurso sobre la educación de los artesanos y su fomento*.

Entre los restaurantes El Ancla y La Fragata, la querencia manda, eliges el segundo para comer con Tomás López Nozal porque no es marisquería y su especialidad es la cocina castellana. Dicen que por estos fogones se inventó la menestra de verduras y quieres comprobarlo. Nozal enmarca su rostro en una negra pelambrera de melena y barba como si uno de sus retratos fuera de ese golpe de vista rezuma cordialidad y proyectos. Su charla te hace pasar por alto la deliciosa contradicción de una sopa de pan rebosante de jamón y huevo que en el menú se ofrece como sopa de pobre. Cuando te das cuenta, con el enésimo café, estás rodeado de cuadros en el estudio del pintor. Figuración expresionista, decides. Cada rostro es una pregunta sin respuesta, cada rostro es un recuadro sin fondo perdiéndose en la niebla. Cada paisaje es una respuesta al asombro, un anhelo explorando la incertidumbre. El pintor es el hombre de la mirada pero también el de la palabra, bla, bla, habla sin parar de su principal proyecto, la Casa de Agua. «Entre el paraíso bíblico, localizado recientemente en Sry Lanka, y el inmenso barbecho de la Tierra de Campos, no hay duda posible: Grijota». La modernidad y el mundo al alcance de la yema del dedo índice de la mano derecha, «networkers del mundo entero, uníos a internet». Nozal es uno de los pioneros de la plástica asistida por ordenador, realidad virtual en el sentido de compartir experiencias

en un terreno intangible, en un entorno real y poderoso pero invisible. Y provisto de un casco estereoscópico y un guante de datos, mano sintética, puede trabajar directamente sobre la materia con la ventaja de que el material no tendrá ninguna propiedad física salvo la que quiera otorgarle, el acero será tan maleable como la arcilla, la madera no salpicará ninguna astilla y el papel resistirá el impacto de un obús. Una plataforma, también, mediante la cual el artista puede desde su casa mostrar sus creaciones a una potencial audiencia millonaria y acceder a cuanta información desee. La red es el menos reservado de los clubs, lo mismo permite pasear por las calles de Yoknapatawpha que consultar un volumen de la biblioteca de Babel. Te anima a tu primer viaje como cibernauta y decides aprovecharlo para contrastar tu bloc de notas, demandas bibliografía sobre el Canal de Castilla. Los buscadores hispanos, Olé y Yahoo, no son muy profusos, con esos nombres no te extraña. En español el más avispado parece ser uno de Los Ángeles de California que amenaza con
30 000
referencias. Allá vas, pulsas la tecla y tras dos títulos de repertorio, el *desideratum*:

—Ruta del Moncayo. De Zaragoza al Moncayo. Turismo de aventura […] Advertising. Coop. El Castillo.

—El Cid Castilla Beach Hotel. A vacationer's delight, inneludes […] Delta Inc. Caribe. México.

—II Maraton Popular de Castilla-La Mancha. Clasificación, primero […] Results. Sport. Marathon.

—Etc…

Nadie es perfecto, dijo el bocazas Joe E. Brown en «Con faldas y a lo loco». Nozal navega ahora por el ciberespacio camino del estudio en que os encontráis. Sale a recibiros en la pantalla, se desdobla en amable cicerone y sus cuadros se suceden sin el encanto del caos en que aquí os circunvalan, pero igual de radiantes y más solícitos al detalle. Te sorprende su serie de Cristos, irreverentes y críticos satirizan el tiránico dominio que el Cristo del Otero ejerce sobre la ciudad, quizá el mejor de la serie sea el Cristo de los Loteros. Tan enhiesta figura te retrotrae a la idea del faro, quizá las paradojas sirvan para redimir al mundo de su imperfección. Antes de las autonomías, desde un centro oficial de la

ciudad de Palencia se controlaba el funcionamiento de los faros marinos de la costa cántabra; a la lógica le extraña que tal misión no se cumpliera en un lugar más próximo al batir de las olas y a la lógica administrativa que el rompeolas de tanto tótem no fuera Madrid, pero todo lo que ocurre es posible. La paradoja te encanta pues reafirma tu tesis de la querencia de este secano por alcanzar el mar, siempre la mar. Nadie parece recordar la existencia de tal oficina; no tienes pruebas pero sí un testigo, don Gerardo Turiel, amigo de uno de los funcionarios que trabajaron en tan secreto servicio hasta 1970. La inadvertencia pública es básica para el encanto de la paradoja; las críticas que arrecian sobre los Cristos de Nozal, acusándole de un tratamiento irrespetuoso, jamás se apercibieron de que el equipo de fútbol de Palencia se llamó Cristo Olímpico hasta la transición democrática en que cambió a F. C. Te despides. Quedáis de veros en Grijota.

Pandemónium

Estás en la dársena de Palencia, en la cremallera de la compuerta, enfilando el curso del agua que hasta tus pies llega recta como una flecha. El agua del Canal llega hasta aquí a lo largo del recto kilómetro de su único afluente, ramalillo umbilical del casco urbano, con la advertencia óptica (las hojas y pajas flotantes) de que el deslizamiento es al revés, no llega sino va. En efecto, por la tajadera en que te apoyas no hay derrame sino aporte, estás sobre la toma de aguas del río Carrión. La dársena es rectangular, simple ampliación del cauce, y se asemeja a un piscina en lo geométrico y plácido de su ámbito. Ni siquiera los dos larguísimos almacenes que la flanquean estimulan la memoria de su uso primigenio. Uno es hoy taller de artes y oficios (antes «depósito y selección de cereales» según reza un desvaído cartel) y el otro a medias discoteca y pizzería («pida nuestra pizza Dársena» reza su carta). El entorno es un parque de recreo con pérgola, pluma de lagar y fuente que reproduce en su interior el relieve de una esclusa. Desde esta cremallera hasta el Monte del Viejo es coto de pesca de ciprínidos. Los caminos de la teórica sirga son paseos bien apelmazados por los que los palentinos charlan, pedalean o corren según sus preferencias. El tiempo se desliza con la dulcedumbre del nunca pasa nada. En chandal, con buen ritmo de zancada, pasa una joven de sonrisa abierta; en el rítmico balanceo de sus pechos se columpia la alegría de la humanidad. Quizá María la Cascaja se pareciese a esta chica, pero en sus roturados pechos sólo anidaba la desesperación del pueblo llano. Sin moverte de donde estás te desplazas a 1865, el año del pandemónium, el año de los motines del Pan, el año en que el precio del pan se subió a las nubes y a

María y su gente se le quebró la dieta:

Almuerzo, cuando le dan,
comida, cebolla y pan,
y a la noche, si no hay olla,
vuelta al pan y la cebolla.

El lunes 23 de junio se inició el motín en Palencia como ya había ocurrido el domingo en Valladolid y otros lugares a lo largo del Canal de Castilla. El «populacho», liderado según la leyenda popular por La Cascaja, popular prostituta, saqueó e incendió las fábricas de harina que encontró a su paso, La Esperanza, La Palentina, las de Viñalta y el molino Pajares. Si La Treinta de Pedro Pombo se salvó de la quema, en sentido estricto, fue por su alejamiento del casco urbano (todavía hoy continúa en servicio a la vera de la esclusa 30, una de las pocas). Los desmanes culminarían con el asesinato de un militar, y la represión consiguiente con múltiples fusilamientos. Los harineros recibieron muy duras críticas, incluidas la del obispo y el gobernador militar, a las que respondieron argumentando que el almacenaje de harina, lejos de obedecer una maniobra especulativa para incrementar su precio, era fruto de su celo por no dejar a la ciudad desabastecida de pan en un año de malas cosechas y con los mercados europeos convulsionados. Las diatribas no cedieron y Enrique de la Cuétara pasó del pandemónium al panfleto con esta arenga: «Atención, clase media industrial, artesanal y mercantil. Alerta hombres trabajadores y aplicados que sostenéis vuestras familias a fuerza de sudor y desvelo. La Aristocracia no nos cree dignos de su Sociedad, nos absorbe con sus rentas y privilegios. La plebe haraposa nos roba, incendia y asesina. ¿Qué recurso nos queda? Hombres honrados, unámonos, formemos un solo cuerpo y estas clases extremas nos respetarán y apreciarán, logrando salvar nuestras medianas fortunas de la ambición de los primeros y de la rapacidad de los segundos».

Quema el sol pero nada arde a tu alrededor, el día no puede ser más plácido. Caminas por el paseo del ramalillo hasta el puente de la Arcas en donde recuperas el Canal. Las esclusas 32 y 31 forman un doble salto en la falda del Monte del Viejo, en el pago de viñas

altas nominado Viñalta, que vuelve a sumergirte en añoranzas leonardescas por su luminosidad y estructura. Podrías pasarte horas contemplando esa caída del agua, inigualable metáfora de la libertad, como las pasaste en Canaima y Soto Albúrez. Los edificios fabriles que a la vera del salto se levantan son pura decoración, nada hay tras su fachada; antes se levantaron otros para acogida de uno de los artefactos más ingeniosos del Canal, una fábrica de papel similar a la de Olmos de Pisuerga capaz de fabricar al año miles de «resmas de papel de todas clases, aprovechando el trapo que antes de este establecimiento se arrojaba a los muladares», pero sus instalaciones no llegaron nunca a concluirse y jamás funcionó a pleno rendimiento. Desapareció en 1820 y lo que ahora contemplas malamente en pie son los restos de las fábricas de harinas. Estrago sobre estrago la borrachera del escombro se acumula en el Canal. «Patios de Viñalta: ordenación de la finca de secano y enzahorrado». Extrañas afueras de ciudad. Tras el alza de la esclusa, el aliviadero se embalsa con aspecto de charca cenagosa, con una espesa mansiega a las orillas y con un denso manto de algas y hierbas laguneras flotando por doquier. Los *ranunculus aquatilis*, sus larguísimos pedúnculos, se estremecen; por entre su fronda asoma un monstruoso pez procedente de un reino futuro, la cabeza como un yelmo roto y las escamas recubiertas de una repugnante viscosidad. Desvías la mirada hacia el paisaje que te rodea, así es la vida, y asumes la contradictoria coexistencia de lo biodegradado y lo videoagradable. ¿Qué fue de madre coraje, de María la Cascaja?

Marinero en tierra

Lo sabes por propia experiencia, mucha gente de la mar no es de costaldea sino de tierradentro, nada de extraño tiene pues que este viejo lobo de mar sea terracampino o de sus aledaños, o de donde sea pero terrícola como se dice en la jerga náutica. Miguel Villar Villar, viudo y jubilado subteniente de la Armada, luce en su noble rostro los surcos de una austeridad interminable y en la luz de sus iris la parsimonia que una singladura tras otra le han concedido. Igualmente calma es su palabra.

—A los dieciocho años vi por primera vez la mar en el cine y esa visión decidió mi vida.

Se acuerda de las olas cinematográficas pero no del título de la película. De cuando vio por primera vez las olas de verdad rompiendo contra el cantil, en El Ferrol, de voluntario en la mili, hace memoria con un solo calificativo, «acojonante».

Sin dudarlo le concedes la categoría de gran descubridor. Todos los hombres somos descubridores de cabotaje, todos alcanzamos un primer beso, un primer volante, un primer vistazo a la mar, pero sólo son descubridores de altura los que alcanzan con ese beso el amor, con ese volante un rumbo y con ese vistazo asumen la insignificancia del ser humano ante la naturaleza. Miguel sabe de estas circunstancias y sentimientos. Se refiere a las olas.

—Después las vi de todos los tamaños y colores, de hasta veinte metros, más altas que esta casa y hay que tenerlos bien puestos para resistir a la capa sin descomponerse ni de tipo ni de tripas.

Estáis en El Perro Verde, en Grijota, con una botella de Pablo Barrigón a compartir. Le alientas la autoestima con la pregunta obligada de que habrá visto mucho mundo.

—¿No voy a ver, si le he dado la vuelta? He estado en todos los puertos españoles y en tantos otros que no podría numerarlos, en algunos tan perdidos de la mano de Dios como Murmansk, por ejemplo, ahí entramos con la ayuda de un rompehielos ruso.

La de los sucesos, rarezas y anécdotas es otra obligada pregunta.

—Yo soy de natural tranquilo y más que sucederme, de testigo. Algunas tremendas. He visto hacer el amor a una vietnamita con un tigre, en el Sailor’s de Singapur He visto llover peces en las playas de Malanga, todos planos, rodaballos, lenguados, caían como bofetadas. Pero lo más tremendo un mercado de esclavos en Al Matrah, jovencitos negros encordados como una recua de mulas y así vendidos, como en una feria de ganado, mirándoles la dentadura el tratante.

Refulge el clarete que se lleva a los labios. La huella de una cicatriz deambula por entre los pliegues y pecas de su mano confiriéndole a cada ademán una plácida gravedad. Ahora preguntas por lo que de oídas sabes, la razón por la cuál querías conocerle. Miguel es de tierra de secano pero no palentino sino de Alija del Infantado, en el Páramo Bajo de León, un pueblo que no llega a los mil habitantes y 24 de ellos son marinos. Un fenómeno demográfico que arrimas al ascua de tu teoría sobre la salida al mar, siempre la mar, e hizo que la Armada, en el 91, rindiera merecido homenaje a tan insólita vocación marinera. En el centro del pueblo un ancla de hierro de pestañas curvas, con una virgen del Carmen en la caña y con esbelta cadena pendiendo del arganeo, es monumento que ratifica la querencia. Miguel la explica con una abrumadora sencillez, «como el comer y el rascar, si empieza uno ya no hay quien pare», con una naturalidad que la hace aún más inverosímil, puede que la más larga travesía de los parroquianos que os circundan no sobrepase la muga de Valladolid.

—¿Y cómo es que ninguno de los 24 se enroló en la mercante?

—Lo de rascar va por pueblos y depende. De aquí mismo, bueno, de Villalón, es Juvencio, ése se pasó media vida en los petroleros y ahora su hijo también anda en ellos, en la Shell, creo.

—Muchos dicen que los auténticos marinos son los mercantes, no los de la Armada, ¿en qué consiste esa diferencia?

—Bueno, esa diferencia se da entre los de mear colonia, entre

oficiales. Entre la marinería, ¿sabe?, esa diferencia no existe; a todos, y disculpe la grosería, nos crecen los mismos percebes en los cojones.

Villar Villar, la carambola de sus apellidos te remite al poema del átomo de Piet Hein: «Naturaleza es el nombre más frecuente para miles y miles de millares de partículas, que juegan partidas permanentes de billar y de billar de billares». Lo que el nombre de Alija te sugiere es más prosaico.

—Su pueblo es de León, ¿no? ¿Cuál es la diferencia, si es que existe, entre León y Castilla?

Sonríe entre displicente y divertido.

—La diferencia es la misma que hay entre el botillo y el lechazo. Son dos cosas diferentes pero a la larga, de poder, comes lo que te pida el cuerpo y a la larga el cuerpo te pide de las dos. Y de muchas más.

Respetas su silencio, cuando recupera el discurso parece regresar exhausto de la travesía de un océano ajeno a la charla.

—Mire, uno ha dado dos veces la vuelta al mundo con El Cano y eso imprime doctrina. Cuando sabes que todos los pueblos son el mejor pueblo del mundo para sus vecinos, las diferencias te importan menos. El cuerpo se habitúa a todo, de ser joven supongo que también me habituaría a los petroleros.

Intuyes una íntima desazón que sería desconsiderado por tu parte tratar de averiguar. Rehuyes lo personal, pero te equivocas de pregunta.

—¿Es cierto que la mar es mala mujer?

—Nosotros decimos la puta mar…

Matiza en qué excepcionales condiciones de a punto de naufragio. La nostalgia florece más en su mirada que en sus palabras, la procesión va por dentro y, viudo desde hace un año, asociar mar y mujer le produce una repentina tristeza. La dos son más volubles que perversas, capaces por igual de concederte el mejor de sus favores y el peor de sus zarpazos, cuando son malas la culpa es de la luna, pero con cielo cubierto o estrellado lo que no daría por volver a navegarías. Quizá no lo haya dicho así. A punto de naufragar en varias ocasiones mas por fortuna nunca náufrago, se salvó del evidente riesgo de morir ahogado y de exponerse a una humillante evidencia. Apura un último vaso de despedida, alega

prisa pero sabes que la nostalgia le está apretando el corazón y su urgencia es la de quedarse a solas consigo mismo. Marinero en tierra, de tierradentro, se despide con una ingenua confidencia.

—Se hubiera visto que no sé nadar.

Marinero en tierra

La vieja fábrica de harinas es edificio de soledad y desolación, mustio habitáculo. Sus astillados suelos y arrasadas paredes hacen de su visita paseo por campo de minas. Refugio de garduñas nocherniegas y aves noctámbulas, todo en él es inhóspito salvo la esperanza de a la luz de la luna transubstanciarse en Casa de Agua. Tomás Nozal y otros ilustres e ilustrados quieren transformar el viejo caserón en Casa de Agua, lugar de encuentro para pintores y artistas plásticos de todo el mundo, casa de citas para la creación, exhibición y disputa, un ágora internacional del arte. La llaman Casa de Agua porque sobre la de las esclusas de Grijota se yergue y por sus entrañas de cuérnago circula, porque de agua son sus muros y el rumor del agua es su hilo musical. Abstraído escuchas tan rumoroso cántico siempre de moda.

Para promocionar el proyecto se ha diseñado una exposición itinerante y pluridisciplinar de grafismos y graffitis, intitulada «Lo Nunca Visto». La propuesta parece pretenciosa pero no lo es en absoluto, al contrario, resulta tremendamente lúdica y sencilla puesto que se trata de objetivar textual o pictóricamente cuantos dichos populares, proverbios, sentencias o lugares comunes son tenidos por sabidos pero nadie los ha visto nunca. Algo, pues, aparentemente inocente y sin embargo con plena capacidad para lo virtual y la imaginación creativa. No dan vela eh este entierro (porque sólo se vela a los muertos y el proyecto está vivo) pero a desafinar desafían a los viciosos que por allí circulan. No puedes resistir la tentación y entre sus apotegmas intercalas algunos apócrifos y otros de tu cosecha. Los reseñas como en un de quién es qué.

Salta a la vista. Mucho cuidado si es gato y araña, simbiosis no mitológica pero igual de dañina a la que está prohibido buscar tres pies.

La Vencida, que va siempre la tercera, ¿es una golfa? Quizá esté mal expresado y sea: a la tercera, bala perdida.

La cuadratura del círculo es un imposible pero no así su imagen, por ejemplo el redondel taurino de las cuadrangulares plazas de toros y el ring o anillo como cuadrilátero para practicar el boxeo.

Del vino que bebe Asunción hasta los niños saben que ni es blanco ni tinto ni tiene color. ¿De qué vino se trata? Y en cualquier caso, ¿de qué país saca su capital Asunción?

Abundio, el referente del tonto, ¿quién es? Seguramente uno de los que fueron a vendimiar y llevaron de postre uvas.

Rostro de aquel que tiene más cara que espalda. Imposible reconocerle con máscara, hermano gemelo del que tiene un morro que se lo pisa.

Moros en la costa. ¿En yate o en patera? ¿Con petrodólares o Simbad y sin merienda?

El talón de Aquiles. Como todo talón personal no se acepta por insondable, sin fondos. ¿Fue el desairado Aquiles quien descubrió que el papel moneda es la tarjeta de crédito del hombre pobre?

Pierna suelta, para dormir con ganas. Curioso eslogan en el escaparate de una ortopedia.

Del moño de la Bernarda y el tirarse a la Bartola mejor no hablar. Por más que se las cita ellas nunca acuden y, es más, nadie tiene sus números de teléfono.

Agua que no has de beber. Calculas en 300 los millones que deben trasvasar de cuanto despacho cubra la distancia entre la Junta de Castilla y León y el Consejo de Europa para poner en pie su frágil maqueta, residencia estable de artistas. Si lo consiguiesen eso sí que sería lo nunca visto. Cruzas los dedos y tocas madera, no eres supersticioso pero por si acaso. La Casa de Agua sería una original salida al mar. Dejadla correr.

Cruces de camino

El trallazo del exceso de velocidad de los coches te devuelve al reino de los vivos. Abandonas la sirga y cruzas el reblandecido asfalto pues algo ha llamado tu atención al otro lado de la paralela carretera general, una sencilla cruz de hierro de apenas medio metro de alto. No necesitas leer la placa que la ilustra para conocer su argumento. Hace años, un ministro de transportes, colocó a lo largo de toda la red vial española unos mojones denominados «punto negro» para señalar todos aquellos puntos en que se había producido alguna muerte en accidente de tráfico; ningún poder disuasorio tuvieron y terminaron quitándolos porque en algunas curvas ya no cabían más y porque los españolitos del desarrollo no estaban por levantar el pie del acelerador de su recién estrenado utilitario. Los de ahora tampoco, piensas mientras acude a tus labios lo del negro rosario de cuentas negras. Lacónico mensaje el de la placa: «Aquí dejó la vida José Buey Treceno a los 19 años, tú decides dónde quieres dejar la tuya». No te hubiera llamado la atención a no ser por la existencia de otro texto, el de una nota manuscrita colgando de la rama de un depauperado abeto (apuestas por un pasado como árbol navideño) adjunto a la cruz: «¿Tiene usted dignidad? Haga el favor de dejar esta planta, ¿no ve que está puesta a la memoria de un muerto?». Piensas en una desconsolada madre y a través de los rasgos caligráficos pretendes adivinar los fisiognómicos, barbilla voluntariosa, ojos hundidos, cuarenta y pocos años y ya con moño de picaporte. No la consideras agobiada por la duda que como una brecha se abre entre lo ineluctable de la muerte y la improbable existencia de Dios sino enrabietada por la falta de respuesta para una de esas preguntas rupestres cuya

contradicción no procede de sus irreconciliables términos sino de sus intereses encontrados: ¿por qué fabrican coches que pueden ir a más de 120 kms/h si esa velocidad está prohibida en todas partes? Te gustaría dar con ella para explicárselo, quizá tu palabra le sirviera de consuelo. Aunque no lo arranquen, el porvenir del abeto no parece muy prometedor en medio del chaparral. Vuelves sobre tus pasos, cruzando por si acaso a la carrera; no hay mucho tráfico pero así, de peatón canalero, los autos parecen ir a mil por hora. Insistes en que te agradaría dar con tan desconsolada madre, quien escribe frases como las que acabas de leer por fuerza ha de ser una mujer interesante.

Las lomas de la modernidad

Caminas sobre la roja arena batida de una pista de tenis, por una parva de polvo de ladrillo. Del Canal se eleva una tupida mansiega de juncos, de ser botánico distinguirías entre mayores, floridos, cesteros, peloteros y churreros. Dicen que los tallos de los churreros son comestibles y cocidos como los del espárrago. La caminata te ha demostrado que estás en una insospechada forma física, mucho más baja de lo que suponías, a pesar de lo cual no te arrepientes, el Canal se conoce mucho mejor a golpe de calcetín que de pedal o remo. Las aguas aplastadas y lentas concluyen en la colina que, cual telón de fondo, impide toda perspectiva salvo la de un cielo de deshilachados cirros, de nubes ajenas al goce de la lluvia. La colina, según te aproximas, se abre más y más por el triple tajo de las esclusas 27, 26 y 25: esclusas ovaladas, herida de curvos labios, paredes que se ondulan en un triple lazo. Si la curvatura férrea y trinitaria de «El Peine de los Vientos» de Chillida se abre para hendir el aire, la pétrea de esta triple escultura lo hace para, como reja de arado, labrar el surco de una catarata rupestre. Vuelve a ensimismarte la contemplación de estos saltos de agua, el desnivel que cada esclusa salva lo calculas en aproximadamente tres metros, lo que los tratados de hidráulica de la época aconsejaban, a pesar de lo cual lo consideras tan espectacular como si del Salto del Ángel se tratara. Asciendes a la cumbre de las lomas de El Serrón y contemplas los múltiples edificios restos de las fábricas de harinas y de las viviendas para ingenieros y empleados. Colindante con ellos se alza una altísima y moderna fábrica de ladrillos y piecerío cerámico, has de abstraerte de su presencia para que su coetánea modernidad no te impida la visión de la modernidad histórica

circundante, tan hecha trizas. Estás en el punto donde confluyen los tres brazos de la Y con que se suele describir el trayecto del Canal de Castilla, en donde el ramal de Campos gira 90.º, en el vértice que ceba y hace nacer el ramal del Sur. Hasta aquí llegaron tus huesos. El Serrón constituyó uno de los principales núcleos de la industria harinera palentina, siempre atenta a los más modernos adelantos fabriles, tanto que puso en boca del entusiasta Juan de Homar las siguientes palabras: «Ojalá se multiplicasen estas fábricas en los reinos de Castilla y de León». En esta cabecera se montó una de las fábricas más versátiles por la muy particular distribución de sus fases productivas, no concentradas en un sólo edificio, o sea, no escalonadas en varios pisos en disposición vertical; la molturación del grano se efectuaba en cuatro molinos de tres piedras, mientras que la limpia del trigo y el cernido de la harina se hacían en otro gran edificio exento denominado «fábrica de cedazo». A mediados del XIX eran seis las harineras aquí instaladas, de las cuales dijo Madoz: «Esta industria, que tal vez sea de las más adelantadas de España, ha hecho mudar de faz a esta provincia esencialmente agrícola, porque a ella se debe que los labradores hayan vendido y vendan sus granos con una estimación desconocida antes de su establecimiento; y que con esta ventaja se haya casi duplicado el cultivo de cereales, puesto que se han roturado la mayor parte de los terrenos que se hallaban eriales, que de otro modo nunca se hubieran reducido a cultivo». Entras en harina y a las seis fábricas las considera en un principio de seis pares de piedras, que no está mal pero no es mucho si lo comparas con los 24 pares de similares piedras de El Cabildo, de Pedro Pombo, en Valladolid, la de máxima capacidad por aquellas fechas. A partir de ahí se acometió la modernización tecnológica, hasta entonces tributaria de las técnicas de molturación del anterior siglo. Consistían éstas en el empleo de varias muelas de piedra cuyas superficies de contacto estaban rayadas con lo cual, en vez de machacarse, el grano quedaba triturado dejando la piel o tegumento en pedazos grandes, de los cuales se podían separar fácilmente harina, sémola y salvado a través de un juego de tamices. A este sistema de molturación se le denominaba «alta molinería», alta no por su técnica sino porque las muelas estaban situadas a un nivel más elevado que en los molinos maquileros tradicionales, donde se machacaba directamente el

grano mediante muelas lisas incapaces de eliminar el salvado de la harina. La gran innovación tecnológica fue el llamado procedimiento austrohúngaro (Budapest, 1839), que sustituía las muelas horizontales por cilindros trituradores y compresores que, en tres fases consecutivas, trituraban el grano, lo comprimían y disgregaban sus diversos componentes. Quien no se puso al día no disfrutó de la década dorada de los cuarenta ni sobrevivió a la feroz competencia que supuso la llegada masiva a los mercados europeos de trigos ultramarinos. Y de los que se pusieron pocos, apostillas. De esos pocos, con evidente nepotismo, citas como ejemplo a Emeterio Guerra y su fábrica La Antoñita. Lo del sistema Daverio vendría más tarde. La trampa de la 25 se eleva como una guillotina y la cuchilla del agua cabrillea antes de hundirse en la catarata. Has cumplido el primer tercio de tu ruta, el más corto, populoso y urbanizado. Paseas por la árida loma en busca de un lugar para el recogimiento, de espaldas a la moderna fábrica de ladrillos y encarando el ramal de Campos que hacia el noreste se orienta. Aquí, decides, frente a la vertical exclamación de dos gemelos y solitarios álamos.

Los fulgores de la Ilustración

Licántropo meditabundo, con un tercio del Canal de Castilla a la espalda, el resplandor de la luna llena te conduce irremisiblemente al Siglo de las Luces. Enciendes con parsimonia un Ornela del n.º 4 y con la misma morosidad contemplas el nocturno paisaje objeto de tu meditación. El cigarro es una promesa esperanzada, es algo más que una costumbre, es un rito secreto mediante el cual el fumador se encuentra consigo mismo y se reconcilia con el mundo, es tu yoga. Exhalas una primera bocanada de humo y los pensamientos acuden solícitos, entrelazándose en racimo como las cerezas y los besos. Te sientes bien. Immanuel Kant definió la Ilustración con una de esas frases condenadas a hacerse famosas, «el fin de la minoría de edad del hombre» aunque, racionalista puro, se vio obligado a añadir una coda aclaratoria: «el fin de su incapacidad para utilizar su razón sin la dirección de otro». La razón como primera piedra y el fomento de la sociedad y la felicidad de los ciudadanos como meta última: la razón decide la prioridad del fomento económico y la aplicación del conocimiento científico pone los medios. Un Siglo de Luna Llena para iluminar la obscuridad de donde procedíamos. Supones que si desde el Renacimiento doce familias eran las propietarias del 90 por 100 de la tierra de España, pocos alfabetizados podrían existir fuera de tal parentela y que con tal bagaje para pocos malabarismos andaríamos. La luz de la luna del XVIII marca el cambio del destino de los novatores, de perseguidos pasan a ser aplaudidos líderes de opinión. Los novatores son discípulos de la razón y nunca hasta entonces habían sido bien vistos ni considerados en el país las personas razonables; los novatores o innovadores eran los esforzados que trataban de

introducir en España los hallazgos de la revolución científica europea, rompiendo con el hábito establecido desde Felipe II de prohibir el estudio en el extranjero o en libros extranjeros. No te resistes a citarlo como heroico ejemplo de trasgresión, con más valor que un cantar de gesta lo consideras: *Carta filosófica médico-química* (1687) del protoilustrado Juan de Cabriada. Con la llegada de los Borbones se pone fin al casticismo y al estar siempre en contra de cualquier reforma. La cultura ilustrada fue el fundamento intelectual del reformismo y sus innovadores intelectuales teorizaron el protagonismo de la monarquía como motor de modernización. Entramos en la modernidad y conectamos con el Enlightment, el Aufklärung y las Lumiéres que refulgían por Europa. Casi a partir de cero e iniciándose con cosas tan elementales como diseñar una bandera, instalar retretes, sentar las bases de una Biblioteca Nacional, fundar la Academia de la Lengua y, minucia a minucia, hacer el esfuerzo de conocer el país para así reconstruirlo, complicado puzzle del que se ignoraba el número de piezas, la forma de las mismas y si encajaban unas en otras. Todo ello para la felicidad de los españoles. A través del humo te recreas y congratulas de su insistencia en la palabra felicidad, término más estimulante que el de bienestar, aunque puede que la felicidad no exista y que, como la libertad y el camino, se haga al andar en su busca, búsqueda que al menos proporciona alegría, la de vivir, y autosatisfacción, la del trabajo bien hecho. Se reivindica el trabajo mediante una pragmática que permite a los trabajadores acceder a la nobleza y con ello se trata de flexibilizar una sociedad de castas excesivamente estamentada, de nobles, clérigos y trabajadores en donde sólo estos últimos son pecheros, o sea contribuyentes. Los nobles, algunos, que antes sólo se decidían por la administración o la milicia, optan por el pensamiento. Tan mal considerado estaba el trabajo que los médicos sólo con la vista contactaban con el enfermo, evitaban cualquier otra auscultación, no fueran a confundirles con un trabajador manual. La Real Cédula de 1783 considera compatible con el honor el ejercicio de las artes mecánicas, quebrando así el principio de la deshonra legal del trabajo. El modelo a seguir en la reconstrucción del puzzle es la naturaleza concebida no sólo como paisaje y campo de acción para la creatividad del hombre sino como regla de oro, como norma

segura para dirigir la conducta humana en todos los terrenos, desde la organización de la economía al empleo de la técnica, que debe seguir sus pautas para vencerla de acuerdo con las recomendaciones de Francis Bacon. Ecologista caballero, proclamas. Las piezas a localizar son las básicas de cualquier economía moderna: las estadísticas como los censos de población ordenados por Aranda, Floridablanca y Godoy (personaje a revisar, crees, dada su solidaria complicidad con los novatores) o como los censos de frutos y manufacturas; la cartografía del territorio; el inventario de las riquezas materiales, documentales y artísticas del país; y la organización de las grandes expediciones científicas, principalmente botánicas, que devolvieron a España su papel protagónico en la historia de los descubrimientos. Hasta en lo bélico y diplomático se cambia de talante. Recuerdas la anécdota de cómo se creó el logotipo más famoso del mundo: $. El signo del dólar es el emblema de la colaboración española a la independencia de Estados Unidos; se atiende la solicitud del presidente Jefferson y Spain, de ahí la S, desde su centro acuñador de Cuba, pone en circulación los primeros dólares llamados popularmente *spanish dollars*; la dos barras simplifican el escudo de España a las dos columnas de Hércules que lo enmarcan: el significado de tal malabarismo es uno de los secretos mejor guardados por la CIA. Las sombras de la nocturnidad también han borrado los dos álamos gemelos que frente a ti se alzan al otro lado del Canal. De entre la inmensa bibliografía que generaron los años setecientos mencionas a título de ejemplar el *Informe sobre el expediente de la Ley Agraria* (1795) de Gaspar Melchor de Jovellanos, quizá el más significativo documento del siglo. Dado el modelo a seguir, las ciencias de la naturaleza son las encargadas de dinamizar el proceso; surgen las academias, las escuelas especiales (para lo que hasta aquí te ha traído citas la de Caminos, Puertos y Canales, fundada por Agustín de Betancourt, el personaje te fascina) y las instituciones más representativas del ilustrado movimiento setencista, las Sociedades Económicas de Amigos del País, de iniciativa privada. Quizá la más sólida de todas ellas fuese la Bascongada, fundada por los «Caballeritos de Azcoitia», que prefieres llamar «aldeanos críticos»: en su establecimiento de Vergara, Ignacio de Zavalo obtiene un acero especial tan resistente como el inglés, Fausto Delhuyar (no

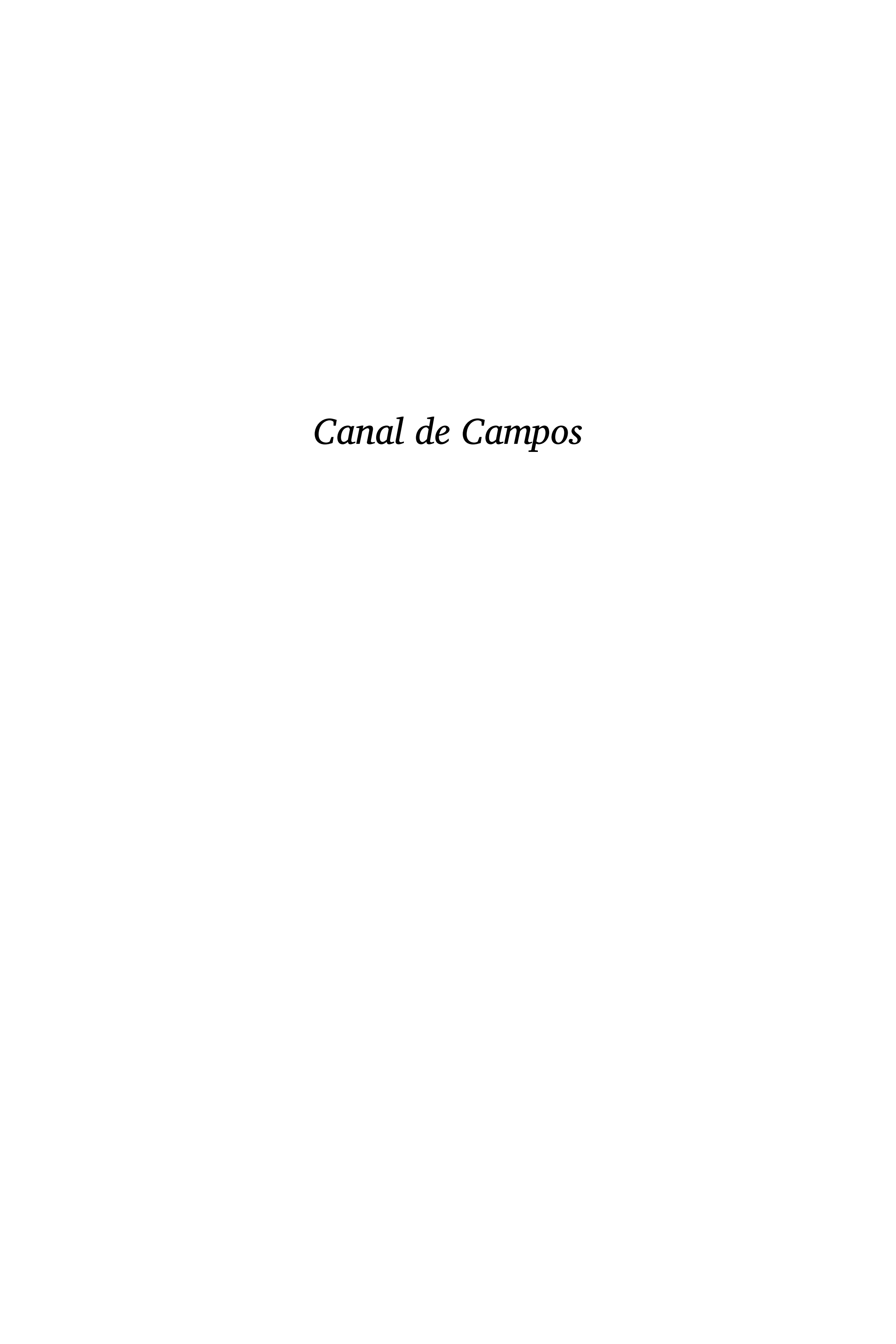
Elhúyar), junto con François Chabaneau, consigue la purificación de la platina o platino, y Juan José Delhuyar consigue aislar el tungsteno, a eso sí que lo llamarían *El año del wolfram*. En Castilla las Sociedades son más frutícolas pero menos fructíferas, entre ellas destaca la de Valladolid, que dirigió sus esfuerzos al desarrollo de la nueva agricultura mediante el impulso de nuevos cultivos, como la rubia y el azafrán, y al desarrollo e información de las técnicas de labranza, enfrentándose así al saber popular resumido en esta paremia: «labra profundo, echa basura y cágate en los libros de agricultura». Si en algo se partió de cero, ese algo fue el kilómetro cero que hoy ilustra la acera de la Puerta del Sol de Madrid, justo en la vertical del reloj que marca las uvas en Nochevieja. La red vial del XVIII era la deteriorada herencia de las calzadas romanas y de las cañadas pastoriles de la Mesta. Adecuarla a las nuevas exigencias se convirtió en el más importante desafío de la Ilustración; de ello dependían la fluidez del transporte y del comercio y, por tanto, la prosperidad soñada. Los malos caminos carreteros, y peores coches y posadas donde toda incomodidad tenía asiento, no arredraron a los viajeros de la Luz; viajar es instruirse, ganar un pulso al hábito, y el viaje como medio de conocimiento se puso de moda. Canalero insomne, sonríes solidario con aquellos tránsfugas. Publicaron muchos de sus itinerarios, sin abandonar la sonrisa eliges de un título de largo recorrido la cita que describe aquel ambiente, del *Viage a la Alcarria* (1757), de Tomás de Iriarte: «… firmes movedizos, vados falaces, puentes peligrosos, barcas rotas, despoblados de todo viviente y vegetable […] incertidumbre de los caminos en las encrucijadas, de la distancia de los lugares y de sus nombres, del rumbo y de la hora…». Un panorama a remediar con topógrafos, cartografía e ingentes obras públicas, un alocado proyecto de gigantes. Pero si algo era del gusto de los Borbones, esto era la desmesura; recuerdas que siendo Carlos III rey de Nápoles y de las Dos Sicilias, aceptó el osado proyecto de quien le dijo «dadme treinta mil hombres, majestad, y en tres años el monstruo estará decapitado»; se trataba de reducir la altura del Vesubio a tan sólo 300 metros sobre el nivel del mar, y luego abrir un estrecho canal desde la cima hasta la costa, a fin de que, si la montaña estallaba de nuevo, su lava ardiente corriese canalizada y sin riesgo alguno para la población hasta hundirse en las olas

mediterráneas. Todos estaban de acuerdo en que el retraso consuetudinario español se debía en gran parte a la falta de comunicación de una provincia con otra en el interior del reino, y todas con el mar; y también en que el remedio eran ríos navegables y buenos caminos, y que de no existir ni los unos ni los otros, canales. Los caminos eran pedregal o lodazal según las estaciones y en todas ellas casi intransitables, y sobre la navegabilidad de los ríos basta decir (si no lo dices revientas) que poseemos el único río del mundo bautizado con el nombre de Sed, más descriptivo imposible. En Europa se vivía una auténtica exaltación de las vías acuáticas y, en consecuencia, éstas fueron la alternativa. Al calor de este ideario, el objetivo de políticos e ingenieros es sumamente ambicioso aunque la mayor parte de las veces quimérico, incluso se llegó al proyecto utópico de unir con tales vías el Cantábrico, el Atlántico y el Mediterráneo. Por favor, con música de Cabezón, elegido de Dios y de los hombres, ironizas. El Canal de Castilla, junto con el de Aragón, son los dos grandes proyectos que se ponen en pie de obra; despertaron tal entusiasmo que hasta una persona tan comedida como Jovellanos, en su famoso *Informe*, se deja llevar por la fantasía. Puede que lo contemplara desde este mismo observatorio, piensas. «Este Canal en todo su proyecto se extiende al territorio de Campos y a gran parte del reino de León, y seguramente presenta la más importante y gloriosa empresa que puede acometer la nación. Supóngase esta comunicación tocando por una parte con la falda del Guadarrama, y por otra con Reinosa. Supóngase abierto un camino carretil al mar más inmediato a este punto, y a los fértiles países que abraza del Vierzo [sic], la Bañeza, Campos, Zamora, Toro y Salamanca, y se verá cómo una más activa y general circulación anima el cultivo, aumenta la población y abre todas las fuentes de la riqueza en dos grandes territorios, que son los más fértiles y extendidos del reino, así como los más despoblados y menesterosos». El transporte acuático, por agua dulce o salada, era algo imprescindible: sería de no creer a no manifestarlo la experiencia que los trigos de Orleans, distantes más de cien leguas de la mar, llegaban a Cádiz más pronto y con una economía del 75 por 100 en el transporte, cotejados con los de Palencia, a sólo cuarenta leguas de Santander. La salida al mar, siempre la mar, era imprescindible. Algo se desliza por entre las

sombras de las aguas del Canal. ¿Existen las sirenas? A ciencia cierta sólo existen en la mar, pero en los ríos las ondinas, las lamias y las xanas no sabes si son realidad o leyenda ni te importa, lo que te estás preguntando es si existen sirenas en un canal otrora navegable. Las obras de excavación del Canal de Castilla se iniciaron el 16 de julio de 1753 en Calahorra de Ribas; el primer tramo de 5000 varas, referenciado por la espadaña de la iglesia del pueblo, fue una línea recta que, apuntando hacia la loma de El Serrón en que tu culo se asienta, con su rectitud emblematizó los principios ilustrados de sencillez, economía y eficacia. Los estudios y preparativos los había comenzado cinco años antes en Francia el eminentísimo científico y marino Antonio de Ulloa, enviado allí a tal efecto por el marqués de la Ensenada. Ulloa, modelo del moderno espía industrial, regresó con una exhaustiva memoria sobre los «caminos aquatilis», con los planos del canal del Languedoc, con instrumentos geodésicos adecuados y con el ingeniero francés Carlos Lemaur, experto en trasvases, con quien formará en lo sucesivo un eficaz tándem tanto en el diseño del proyecto como en la ejecución de las obras. También te estás preguntando en qué medida influyó en el nombramiento de Antonio de Ulloa el hecho de que fuera marino, hay casualidades que parecen fruto de una larga consulta con la almohada. El proyecto fue un modelo de previsión inédito en el país, nada se dejó a la improvisación o al azar y cada detalle se estudió técnica y presupuestariamente con pulcritud de miniador. Se fijaron con precisión las dimensiones del Canal; tendría una profundidad mínima de dos varas y una anchura a flor de agua de diez; en el fondo la anchura sería sólo de veinte pies, puesto que la caja o perfil tendría un declive de cinco a cada lado para evitar que la tierra de las orillas se desmoronase hacia el interior del cauce, lo cual sería suficiente para permitir el paso de dos barcas de diez pies de manga que se cruzasen al navegar en dirección opuesta; con la tierra que se extrajese de la excavación se formarían dos diques a ambos lados del Canal para protegerlo de las inundaciones de los ríos y arroyos cercanos; y entre la base de estos diques y el borde de la caja debería dejarse una distancia mínima de cinco pies en cada una de sus orillas para construir sendos caminos de sirga por donde circularían las caballerías tirando de las barcas. Se fijaron con igual

meticulosidad, una a una, las especificaciones para los múltiples puentes, esclusas, acueductos y demás obras hidráulicas y de cantería cuya sobria y perfecta ejecución aún asombra. Con no menos pulcritud se redactó el régimen laboral de los trabajadores: las obras se contratarían y pagarían a destajo, a tanto la vara o el pie cúbico, «según se practica en Castilla», estableciéndose precios fijos y unitarios para evitar confusiones en la contabilidad, y previendo que muchos carecerían de recursos para mantenerse hasta que concluyera el tramo contratado, para asegurarles su subsistencia cotidiana, se les entregaría diariamente con carácter de anticipo una ración de pan y vino y real y medio por persona; en los campamentos, una tienda de campaña se destinaría a capilla, otra a cárcel por si hubiere lugar y otra a primeros auxilios; si el accidente o la enfermedad lo requiriese, el obrero sería trasladado al hospital de Palencia para recibir allí la asistencia médica, mientras durase su incapacidad laboral recibiría un subsidio económico a cuenta de su futuro salario. Todas estas normas se recogían en una Instrucción de 57 extensos capítulos que no es breve reglamento. El humo ciega tus ojos, te imaginas la eclosión de la obra, todo aquel hormigueo humano, y piensas que los hombres se fijan ellos mismos su precio y nadie vale sino lo que se hace valer. Hasta 2000 campesinos se enrolaron voluntariamente a la obra, contentos con el empleo y enfervorizados con un proyecto que acabaría con su secular miseria. Si se comenzó por el ramal de Campos fue por aprovechar las facilidades de un terreno tan llano, lo cual permitiría obtener resultados de avance desde la primera palada: pasaría por los términos de Grijota, Villaumbrales, Paredes de Nava, Abarca y Castromocho para concluir provisionalmente en Castil de Vela. Aunque se admitía la posibilidad de que el Canal se apartase ocasionalmente del trazado previsto cuando no se pudiera mantener el nivel de las aguas, se insistía en la conveniencia de que pasase lo más cerca posible de los referidos núcleos de población «por la mayor comodidad que de ello resultará a la transportación de frutos de unas partes a otras». En diciembre de 1754, tras el fulminante cese del Marqués de la Ensenada, desposeído de todos sus cargos y desterrado de la Corte, Antonio de Ulloa, por solidaridad, dimite de la dirección del Canal de Castilla y se reintegra a la Marina. En 1759 se inició la cabecera del ramal del Norte en el estrecho de

Nogales del río Pisuerga, donde más tarde se establecería la nueva población de Alar del Rey; no se renunciaba a seguir ascendiendo por la cordillera cántabra hacia Reinosa, hasta Olea estaba previsto, pero se decidió ir descendiendo hacia la llanura palentina en busca del empalme con lo ya construido del Canal de Campos. Este tramo norteño, el más arriscado, no quieres demorarte en sus vicisitudes, tiempo al tiempo, el más arduo, se dilató a lo largo de la fragosidad del terreno, de las guerras, de los sucesivos reinados y del estruendoso eco de la Revolución. Baste decir que el sucesor de Antonio de Ulloa, su hermano Fernando, se jubiló viejo y enfermo treinta años después, en 1786, cuando se habían excavado ya
81 800
varas del Canal del Norte pero aún faltaban 6725 para llegar al empalme de Calahorra de Ribas. A este segundo Ulloa le sucedió el novator, no novato, Juan de Homar, que desde hacía más de diez años venía trabajando a sus órdenes como ingeniero ayudante, de modo que el cambio no supuso ninguna discontinuidad. Admiras la fe, constancia y precisión de los relevos, así como su ansia por alcanzar la mar; de Juan es la idea de que un país sin mar no tiene elección: ser vil o servil. No piensas en Suiza. Por fin, cinco años después, el diez de agosto de 1791, llegó el Canal del Norte a la Calahorra; para conmemorar el acontecimiento se erigió el monolito que ahora figura en todos los folletos turísticos. El humo del cigarro y el equilibrio de su ceniza te estimulan la imaginación. Algo habrás de decir sobre el texto de la lápida que ilustra dicho monolito, pero lo dejas para cuando ante él llegues, tiempo al tiempo, ahora prefieres reconfortarte en el ensueño visionario de aquellos constructores a los que no concedes menos talla que a los maestros constructores de catedrales. Románicas, puntualizas.



Canal de Campos

Ciudad de almirantes

Si al azar pones el dedo sobre cualquier punto del mapa de España y luego lo visitas, estate seguro de que encontrarás un cúmulo de historia, arte y vivencias como para, de estar interesado, ocupar el resto de tu vida en su investigación. Si el lugar es Medina de Rioseco necesitarás varias reencarnaciones. Fue desde antiguo cruce de caminos, estuvo poblada por vacceos, celtas, romanos y visigodos y se la conoció como Forum Egurrorum o plaza de los Mercados; los Reyes Católicos no hicieron más que reconocer esta tradición al concederle el privilegio de celebrar ferias. Fue enclave fundamental en la marca castellana de la Edad Media y basándose en el poder de la lana y de la espada alcanzó su máximo esplendor en el Siglo de Oro. De ahí proceden sus cuatro monumentales iglesias: Santa María de Mediavilla, Santa Cruz, Santiago y San Francisco. Como significativo testimonio de aquel resplandor te encaran al brillo del retablo de Santiago, no parece chapado con panes de oro sino labrado sobre el mismísimo metal. La ciudad llegó a tener doce mil habitantes, casi el triple que en la actualidad. Alguien te susurra al oído: «esto va de capa caída, aquí el que muere no se repone». Desaparecidas las últimas industrias, las fundiciones especializadas en tapas de alcantarilla, la decadencia de la muy noble y muy leal ciudad resulta evidente. Lo compruebas en la calle de la Rúa, por otro nombre de Lázaro Alonso, quizá la más bella calle que jamás hayas pisado. De casas bajas, de dos plantas y asoportalada. Aquí los soportales, el altruismo hecho arquitectura o la propiedad privada cedida al bien común, crean un especial ámbito propicio al encuentro, al paseo y a la calma, son abrigaño contra la dura intemperie del invierno y umbroso solaz contra la

solanera del verano. Las columnas son de madera, algunas simples vigas sin peana; los pies derechos rematan en zapatas que reciben las carreras sobre las que descansa el maderamen del piso superior y a veces el volado del piso se sostiene sobre canes también de madera; pero el abandono hace que las columnas se inclinen y los suelos sean continua ondulación: nada tan improbable en la Rúa como un ángulo recto. Por supuesto, amenazan ruina.

Detectas un fenómeno curioso, el de las piedras móviles. En Rioseco las piedras sillares y no tan sillares son tránsfugas e incontroladas, desaparecen, aparecen, cambian de lugar y vuelven a sublimarse. Quizá sea fenómeno propio de pueblos con tanta historia acumulada, pero aquí es que hasta desapareció un castillo entero, no a través de un largo proceso secular de desmoronamiento sino de la noche a la mañana, y nadie sabe (ni tampoco parece preocuparle) adonde fue a parar. En los soportales de la Plaza Mayor tus pies se detienen por no pisar una lápida funeraria: «esta sepultura es de Pedro Pariente y María Rguez su mujer y erederos [*sic*] año 1631». No es la única, enteras o fragmentadas varias lápidas más se intercalan entre las losas del pavimento, ¿de dónde proceden tan irrespetuosos remiendos? Enfrente, en el edificio del nuevo Ayuntamiento, las piedras procedentes del claustro de San Francisco resaltan con impúdica vistosidad. La esquina de la plaza, en donde oficiaba la Posada de Quico Berrueces, conocida por el Rincón de Unamuno (desde ahí cantó don Miguel a la villa), ya no existe, ahora es un ambiguo espacio yermo.

Abandonas la pétrea labilidad para centrarte en la querencia marinera de Rioseco, recogida y puesta en versos y evidencia por Unamuno en su poema «Medina de Rioseco». Al utilizar imágenes náuticas no hace más que recoger el pálpito de la historia local; define las cuatro iglesias catedralicias como «cuatro naves de páramo» y al páramo, como «rubio mar, te ciñe el trigo», para concluir a modo de resumen:

Hunde, Medina, su cuño
sobre ti en redondo el cielo,
y hunden tus naves su vuelo
en mar seco, tu terruño.

El cómo apareció la imagen de Nuestra Señora del Rosario, La Marinera, en 1543, no hace más que reforzar la querencia por la mar, siempre la mar. Supones una flota de regreso a la patria desde Panamá y la tempestad que la acosa. Tratas de imitar el relato de la época. Al ímpetu de las alteradas olas se gobernaban las naves sin poder obedecer a otro imperio que al de los impetuosos y recios vientos que, imprimiendo su alteración en las ondas, golpeaban con tenacidad y furia los miserables navíos con grave riesgo de partirlos. Presintiéndose náufragos pasto de los peces, decidieron los pilotos clamar al Cielo, pidiendo misericordia por intercesión de la Virgen cantando su letanía. Mientras la cantaban advirtieron todos que, enfureciéndose más el mar, formaba una ola que a modo de soberbia y alta torre subía a ocupar porción de la región del aire y que en lo más eminente de aquel promontorio de cristal se dejaba divisar un bulto, que ni sabían si era algún pez de extraordinaria grandeza o algún pedazo de navío ya hundido. La montaña venía derecha a embestirlos, mas de pronto, coincidiendo con el dulcísimo nombre de María en el canto, la ola quebrantó su enormidad, depositó una caja en la cubierta del buque insignia, y la mar se hizo calma. Fin de la imitación. En el interior del cofre, por supuesto, estaba la imagen que hoy se puede venerar en el convento de San Pedro Mártir.

También es casualidad que de entre la abundante repostería riosecana, panes de anís, abisinios, amarguillos y demás, sean las «marinas» los dulces más característicos y solicitados. De hojaldre, crema pastelera, aroma de canela y sabor deletéreo, las marinas han de consumirse recién hechas. Su receta centenaria procede de León Marina, quien les dio nombre ajeno a toda veleidad marítima. No puedes evitar un gesto de desencanto. Los descendientes de León Marina, los actuales reposteros, conocidos por los Totos, mantienen una actitud similar a la del pastelero de Valladolid, el de los tartufos de chocolate: producción limitada e independiente de la demanda.

Anécdotas aparte, la querencia marinera nace en el siglo XIV, cuando Juan II nombra a Alfonso Enríquez Almirante de Castilla y éste elige Rioseco como su plaza fuerte y centro del almirantazgo. Decisión caótica bajo un punto de vista operativo, pero con una fuerza evocadora capaz de sobrevivir a todos los absurdos y pervivir

siglo tras siglo. Desde entonces los Enríquez fueron los Almirantes de Castilla, según cuentan preferían esta denominación a cualquiera de los muchos títulos nobiliarios que posteriormente acumularon. Siendo familia de tan poderosísima influencia en la corte, en especial tras haber aplastado el movimiento comunero, y de tan no menos poderosa presencia en Medina, no aciertas a explicarte cómo su castillo desapareció por arte de magia. En una noche, visto y no visto. No queda ni una piedra para el recuerdo. La saga se extinguió con Enríquez de Cabrera en 1705, pero la querencia ya estaba instalada en el subconsciente de la ciudad y quizá sea esa la razón de por qué Medina de Rioseco fue, un siglo después, una de las poblaciones que con mayor entusiasmo acogió la posible salida al mar que el Canal de Castilla les brindaba.

La monumental iglesia de Santa María de Mediavilla es la que más reclama tu interés. Mandada construir por el almirante don Fadrique II en el periodo de transición del estilo ojival al renacentista, de todas las maravillas que en su interior atesora es la capilla de los Benavente la que más estimula tu curiosidad. La supones piedra angular de un mundo por descubrir y anhelante hacia ella encaminas tus pasos. Llegas hasta su orfebrada reja y de las múltiples cosas que calculas no vas a comprender, la más estúpida es cómo tan deslumbrante conjunto puede pasar de puntillas, casi clandestinamente, por los libros de arte y por el cerebro de los adoradores del dios Guggenheim. El cambista Álvaro de Benavente, de historia paralela a los banqueros de Carlos V, para hacerse perdonar el doble pecado de ser rico y judío converso, la mandó construir en honor y alabanza de la Santísima Virgen en 1544, encargando el proyecto a los hermanos del Corral, Jerónimo (escultor) y Juan (arquitecto). Entras y tus ojos se desorbitan llenos de sorpresa e interrogantes. Hay una clara voluntad de aturdimiento en tamaña ocupación. No hay un solo espacio libre, los muros están cuajados de santos, profetas y virtudes, de los novísimos del hombre, pero también por un carrusel interminable de bestiario, cimacio de bichas, cintas entrelazadoras, grupos quiméricos y caprichos varios. Supones que bajo el plano teológico de tan desbordante diseño circula una cosmogonía no tan ortodoxa, como un palimpsesto intelectual que tratara de hacer aflorar a través del simbolismo valores no tan santos como aparenta. La imaginería en

estuco policromado, endurecido a la española con clara de huevo, se alumbra con una luz inédita procedente de Italia. Esas sibilas. Esa creación del mundo en ocho días. Esos rostros de mujer donde la voluptuosidad se sobrepone siempre al misticismo. Esa fauna omnipresente. Símbolos cuyos guiños son patentes por más que no seas capaz de interpretarlos al ignorar la llave de acceso a su código. Ahora bien, decides, conocida la existencia de un mensaje oculto, aunque el significado de cada detalle particular se escape, su intencionalidad resulta bastante obvia para una intuición imaginativa. Procuras interpretarlo con la escena más manifiesta de la capilla, la Expulsión del Paraíso, enmarcada en el medio punto dedicado a la Creación. Adán y Eva son expulsados del árbol de la ciencia y arrojados a la historia. Adán, atlético, seguro de sí mismo, cabizbajo quizá para no herirse con la espada del ángel guardián, marcha con gesto grave pero no parece excesivamente apesadumbrado. Eva le mira en escorzo, risueña y enamorada, mientras con coqueto ademán su mano izquierda más muestra que oculta sus pechos. A su vera la muerte, esqueleto precursor de los dibujos del mexicano Guadalupe Posada, toca la guitarra (de cinco cuerdas cuando aún no había nacido Espinel, el introductor de la quinta). La escena, en contra de la interpretación canónica, no está festejando el triunfo de la muerte sino el de la vida; una vida más preocupada por existir tras el nacimiento que tras el óbito. Es la transmutación de la tragedia católica en alegría pagana, que es tanto como decir la transformación del trabajo de medio punitivo en método de liberación. Quizá no tengas remedio. La tropa napoleónica, tras su victoria en la batalla de Moclin, además de arramplar con cuanto pudo, se permitió el estúpido lujo de instalar aquí sus fogones; de las ausencias no, pero de que aún persista el ahumado no tienen ellos la culpa. Esta y otras averías más dificultan la interpretación del palimpsesto cuya existencia proclamas. La paradoja de la capilla culmina con la biografía de su instigador Álvaro de Benavente, realizada como panteón familiar, aquí reposan los suyos pero no sus huesos, desapareció del mundanal ruido sin dejar más rastro que un testamento ológrafo con tan sólo instrucciones fiduciarias para acabar las obras.

Mucho más es lo que hay que ver en esta Santa María de Maravilla y Media, su retablo, su órgano, su colección de marfiles,

incluso un museo de arte religioso, pero si no preguntas por la curiosidad nadie te mostrará la lápida conmemorativa de la llegada de las aguas del Canal de Castilla a Rioseco, culminación de la civil epopeya. Has de localizarla por tu cuenta. Lees y transcribes:

«Reinando Isabel II. El 8 de noviembre de 1849, se cantó solemne Tedeum en acción de gracias al Todopoderoso por haberse echado las aguas del trozo de navegación que termina en esta ciudad de Rioseco. Ejecutado a expensas de sus concesionarios el Excmo. Marqués de Remisa, Senador del Reino, y del Excmo. Marqués de Casa de Irujo, Duque de Soto-Mayor, Grande de España de 1.ª clase, y siendo sus ingenieros D. José Rafo, Director del mismo Canal, y D. Andrés de Mendizábal, de la Orden de Carlos III. Para conmemorar tan fausto acontecimiento, distribuyó la empresa cuantiosas limosnas entre los hospitales y establecimientos de beneficencia de esta ciudad; y en prueba de lo grato que habían sido tan beneficiosos actos, el Excelentísimo e Ilustrísimo Señor Don Carlos Laborda, Obispo de Palencia, permitió la colocación de esta lápida en tan sagrado sitio».

Es uno de los problemas de marchar a contracorriente, la cronología te desborda. Hoy, cuando el Canal ya es historia, la querencia marinera de Rioseco permanece aletargada en lo más profundo del inconsciente colectivo; pero cuando se trata de cantar o estimular a la ciudad, su presencia resulta inevitable aunque sea para negarla, negación que al no referirse a pregunta previa significa añoranza como queda de manifiesto en los versos que hacen llegar a tus manos. En el poema, de un poeta local cuyo nombre no consta, sin querer queriendo se manejan los mismos elementos que en el de Unamuno, «cuatro arados, barcos sin velas», y conceptualmente resulta casi idéntico. Mimético así finaliza:

Lar de los Almirantes, alza el vuelo,
no sueñes con el mar porque eres tierra,
pero tierra elevada, casi cielo.

Retrato de dársena con barca

Bañarse dos veces en el mismo río es imposible pero no el explicarle dos veces a las mismas aguas, casi disculparse, el proyecto que a ellas te dirige. Aferrado a la barandilla de La Concha, el fondo de la dársena así llamado por su forma circular, las ves venir hacia ti turbias y opacas. No echas de menos la transparencia, lo que en ellas admiras es lo intangible de su mansedumbre, laboriosidad y misterio. Hace un siglo serían muy diferentes como diferente sería el ajetreo que discurriría por los ahora desiertos andenes. Te estás repitiendo pero es de todo punto necesario. Tratas de explicarle al ramal de Campos, como ya antes hicieras al del Sur, por qué inicias tu recorrido justo donde el suyo acaba; por qué vas a recorrerlo a contracorriente de como se fueron ejecutando las obras de su construcción, marcha que, sin duda alguna, ya te ha dado más de un quebradero de cabeza y seguirá dándotelos. Reiteras: porque quieres avanzar no a lo largo de un camino físico o histórico sino idealista; porque quieres caminar en el sentido que originó su nacimiento, o sea desde el corazón de la Castilla profunda hasta la orilla del mar, siempre la mar, y sentir la emoción de tal progreso en cada uno de tus pasos, porque lo haces más ávido de sentimientos que de sabiduría.

La desolación de este puerto interior es similar a la del de Valladolid, pero en parte desdramatizada por el hecho de haberse convertido sus aledaños en almunia pública. De vez en cuando una risa infantil desgarra el silencio. En la margen izquierda, la del derrame, sobre el primer salto y junto a la orilla, se alza la harinera de San Antonio, más tarde la visitarás, aguardas a su propietario. En la margen derecha se alinean los edificios que oficiaron de

almacenes y servicios varios; en el primero de ellos, el único de tres plantas, aún casa del encargado, luce esquinero y airoso un reloj de sol que data a la dársena, 1849. Atrasa dos horas, claro. Antonio Regaliza Centeno es un riosecano mayor y simpático que oficia de voluntario cicerone: «En mi juventud circulaban barcas de 30 toneladas, las llamábamos las españolas; las alemanas eran de 40 y las francesas de 53, creo. Los uniformes del fiel y del capataz, con sus galones rojos eran preciosos, parecían alguien, como si los estuviera viendo. En los años cincuenta empezaron a desaparecer las barcas, las desguazaron, ahora la única que queda de muestra es la que ahí ve». Es una lancha de fondo plano, metálica, de unos cinco metros de eslora, de abultados remaches; varada en el muelle tiene un extraño aspecto bélico, como un yelmo gigantesco o una lancha de desembarco. A partir de tan breve apoyatura, no sin esfuerzo, imaginas el entusiasmo que alentó el inicio de la navegación por el Canal; un entusiasmo pronosticado años antes por el inglés Townsed, viajero ilustrado y optimista: «Medina de Rioseco se resiente ya de la influencia del Canal, porque aunque sus edificaciones ofrecen el aspecto de la miseria, sin embargo el pueblo parece muy activo y alejado de esa cobarde indolencia tan visible en otros pueblos de Castilla la Vieja y la Nueva. El comercio ha aumentado, las manufacturas comienzan a hacerlos florecientes, particularmente la de sarga […] abunda en cereales y en vino, y es muy notable el cultivo del olivar. Todos esos géneros, así como las manufacturas y la facilidad del transporte por el Canal, invitan a los comerciantes a formar casas y llevar a ellas nuevos capitales». Un entusiasmo que en pocos años transformó las doce iniciales barcas de carga, propiedad de la compañía canalera, en una flota de 365 embarcaciones de propiedad mixta, de la compañía y de particulares. Divagador irredento, tu imaginación vuela por los nombres de aquellas primeras barcazas: La Constancia, La Nueva Ceres, La Hermosa, La Galatea, La Nueva Cibeles, La Florinda, La Paloma, La Filomena, La Herminia, La Proserpina, La Semiramis y La Elvira. Todos nombres de mujer, evidencia de entusiasmo. La delicada gentileza machista de dar nombre de mujer al objeto que lucirá como trofeo supremo del varón, es síntoma de confianza en el éxito de la empresa: de no ser así, el señor Benz jamás hubiera bautizado a su Mercedes con el nombre de su esposa.

No es ociosa ni aburrida la charla con Regaliza. Por él sabes que estos edificios fueron utilizados como almacenes por el Servicio Nacional del Trigo en su día y cuando el día pasó abandonados sin mayor control; cuando años después (el motivo de las obras lo desconoce) una brigada de albañiles derribaba un tabique, por el hueco del primer impacto fluyó incontenible el cereal: dos obreros murieron sepultados en tan insólita riada. Una cosa lleva a la otra. En estos terrenos de los jardines de la Concha se encontraba el primitivo cementerio de la ciudad; la Compañía del Canal, para dar remate a la dársena, tuvo que construir uno nuevo y trasladar allí todo el osario, puede que en tal traslado se perdiera más de una reliquia y también puede que por tal razón aflore más de una lápida por las calles de Medina; algunas sobraron y qué se iba a hacer con ellas. La construcción del Canal no es ajena a la movilidad de las piedras, puede que el castillo de los almirantes esté ahora sumergido empedrando su caja. También aquí los huesos son movedizos. Te cuenta Antonio Regaliza que por los de la italiana Vittoria Colonna, viuda de un almirante, pujaron no ha mucho sus compatriotas, querían hacerlos reposar en el panteón solariego de su estirpe, la de los virreyes de Sicilia; un conflicto de alta diplomacia resuelto salomónicamente (como suelen resolverse tantas columnas), a peso se les concedió el 50 por 100 de los huesos y aquí paz y en la isla gloria. También te hace caer en la cuenta del único edificio anejo al castillo que aún pervive y en plena forma: la alhóndiga o panadera de diezmos, destinada a recoger el diezmo de pan y vino y por tal llamada El Diezmo; que pasó con el tiempo a ser orfelinato donde los niños se recogían a través de un torno y llamada por tal El Torno; que pasó con el tiempo a ser rastrillo o depósito de antigüedades de los gitanos dedicados a ese comercio, los cuales por tal se autodenominan «antiguarios»; que pasó con el tiempo a ser discoteca, mediante restauración respetuosa y modélica, con el recuperado nombre de El Torno, lo cual sigue siendo hoy y evoca por la noche lo que son las catedrales por el día, un punto de visita obligatorio. La mirada de tu interlocutor se desliza plena de añoranzas juveniles por las quietas aguas de la dársena: «algunos nos bañábamos más arriba, en el puente, así nos podíamos tirar de clavo».

Aguardas en la puerta de la fábrica de harinas San Antonio, en el

primer salto del derrame. En el segundo hay otra fábrica aún en funcionamiento y en el tercero, próximo a la puerta de San Sebastián (puerta sin muralla como puerta puesta al campo), un molino maquilero en desuso. Pasado el molino las aguas del derrame vierten al río Sequillo. Don Ángel María de Hoyos, el propietario de la San Antonio, es un viejo hidalgo castellano, sobrio y enjuto, un hombre de sombrero. Abre con una clásica llave de guarda y al cederte el paso te ingresa en la historia. La fábrica, inscrita en el nacimiento de la fiebre harinera provocada por el Canal, para él simboliza la celebración de un rango personal. Se siente orgulloso de haberla tenido en marcha hasta antier pero no necesita explicitarlo verbalmente, refulge en su mirada. «No es ninguna molestia». Todos los días gira visita para comprobar el nivel del derrame y para dar de comer a los gatos. El rumor del agua y la presencia obsesiva de la madera te remiten a un mundo insospechado, primigenio, de asequibles y no tan pequeñas satisfacciones. Hasta los dientes del mayor engranaje son de roble. Desde el almacén de entrada o piquera, por medio de cangilones, el grano ascendía hasta la gambara del quinto piso para ser allí humedecido en los depósitos de agua. Los cinco pisos no son porque sí, es la altura necesaria para realizar todo el proceso de molturación en vía descendente: eliminar chinarros, triturar, tamizar, seleccionar y refinar. En la garita laboratorio del capataz, la hoja del calendario de Transportes Magín Matorras marca la fecha de clausura, septiembre de 1992. Los molinos son Daverio, pero el resto de la maquinaria, incluidos los plansichters, son muebles de madera de una plasticidad asombrosa, no desmerecerían en un museo de arte contemporáneo. En un mundo sintético, tan próximo a la realidad virtual, la presencia de esta laboriosa madera, su tacto, no puedes evitarlo y la acaricias, evoca en tu ánimo el paraíso perdido de la infancia en donde era la naturaleza, la lana, el algodón, el cuero, el barro y por supuesto la madera, quien conformaba el entorno y también las cosas. Hay otra caricia por descubrir, el interior de los caños de roble, por donde discurría la harina de uno a otro piso, está tan pulido que parece de terciopelo. Desciendes hasta las mangas de empacar, aquí se distribuía salvado, sémola, cabecera, tercerilla, cuarta y harina. «En los años malos alguna tercerilla o cuarta ascendían a primera, pero quien esté libre

de pecado que gire la primera letra». Desde el almacén de salida o panera, la harina se cargaba en las barcazas que amarraban en el muelle de la fábrica mediante una tolva a modo de tobogán. En cada barca, 200 cargas, en cada carga, 170 kilos. En los años cincuenta ya no eran muchas las barcas, apenas una a la semana. A partir de ahí, en camiones.

La nostalgia industrial trata de compensarla don Ángel con sus afanes de coleccionista. Posee en su hogar una maravillosa biblioteca de raros, originales e incunables, y un mobiliario en consonancia. No sabes bien si la afición por las antigüedades, tan extensa en Rioseco, procede del establecimiento de los gitanos en la villa o viceversa, en cualquier caso ellos son los principales proveedores. Su oferta no puede ser más amplia: Cristos, pergaminos, gorrupetas, colodras, celemines, hacheros y hasta la extravagancia de una catapulta; el origen de estos objetos es una incertidumbre, pero su compraventa un juego convenido: ante el mismo precio el vendedor simula ser víctima de un expolio y el comprador aparenta ser víctima de una estafa, con lo cual sus respectivas dignidades de expertos quedan a salvo. Pero la nostalgia de don Ángel no tiene remedio, desde el balcón de su dormitorio se dominan los jardines de La Concha, e incluso insomne puede ver y oír, quizá hasta oler, el trajín de los carros haciendo cola para descargar en San Antonio.

Das una última vuelta alrededor de la dársena, parece un estanque. Ni siquiera una grúa. La barca, sirena varada, es el único testimonio de una actividad que no volverá. La memoria de Regaliza Centeno clarifica un extendido equívoco: la que parece barca de asalto no es tal, como todo el mundo supone, sino sólo «coraza», o sea el casco metálico de la obra viva de una lancha, la parte sumergida de una lancha de pasaje cuya arboladura por encima de la línea de flotación podría alcanzar los dos metros. Recuerda cómo de chavales, desde el muelle y a través de un ojo de buey, veían a los barqueros preparar su frugal condumio en el rancho y se los imaginaban tigres de la Malasia capaces de navegar más allá de Port Said. No estás muy de acuerdo con su versión, la lancha la supones gabarra auxiliar de drenaje o para el transporte de áridos; tampoco estás seguro de tu diagnóstico pero ya da igual, ahora lo que cuenta es su poder evocativo. Antes de reintegrarte a

la sirga, posas con el amigo Antonio ante la «coraza», una foto para el recuerdo.

Picavea y no vea

De Medina, con gran porte y flanqueado por los álamos de una alameda en galería, el Canal de Castilla sale (en realidad llega) campo a través hacia el noreste. Pronto, mediante moderna tajadera de cemento y fierro, cede parte de su caudal a un canal de riego que parte raudo a fertilizar los pagos de Rioseco, Villabrágima y Tordehumos. No sueles prestar mayor atención a estos canales subsidiarios de riego, piensas que ya no dependen los riegos de los ruegos y que no es posible entonar ya la perversión caciquil del Himno de Riego, «si mando, riego; si no mando, no riego», por más que otros problemas y aguatenientes existan. No suelen llamar tu atención, pero éste de Maclas Picavea, por su nombre, te deja estupefacto. No es frecuente que a las obras públicas se las bautice con el nombre de un escritor por más regeneracionista que sea. Ricardo Maclas Picavea (Santoña, 1847 - Valladolid, 1899) es autor, entre otras obras, de la novela *La Tierra de Campos*, con la que intenta trasladar al ámbito castellano lo que Pereda había hecho a favor de la literatura montañesa, y del ensayo *El problema nacional*, con el que intentó dirimir la cuestión española en 250 páginas. También fue director de *La Libertad*, de Valladolid. Ejerció una significativa actividad política local dentro del republicanismo progresista y en su obra, como buen regeneracionista, efectúa una crítica inmisericorde del sistema político de la Restauración y, muy particularmente, de sus prácticas caciquiles. Su conciencia social es innegable, por paternalista y anticuada que ahora resulte. Su actitud más significativa desde un punto de vista intelectual es su confianza en los saberes positivos y su escepticismo respecto a los valores de

la tradición arcaizante. Acierta en el diagnóstico de «el problema nacional» pero yerra, como le ocurrió a su cofrade Julio Senador, en la terapia. El rechazo de las Cortes y el recurso a la autoridad, quizá provocada por urgencias e impotencias ante la crisis finisecular, hizo que su crítico Tierno Galván le calificara de prefascista, poniendo en evidencia las concomitancias de su obra con la cosmovisión del franquismo. Que existen puntos de contacto es una obviedad, pero no es menos obvia la dificultad de reconciliar algunos componentes esenciales de la obra de Macías (actitud secularizadora, regionalismo, crítica al aislamiento político, denuncia de la oligarquía, etc.) con la lógica de un Estado franquista inspirado inicialmente en el nacionalcatolicismo y la autarquía. Tanto es así que *El problema nacional* tuvo que esperar hasta 1970 para, como el No-Do, estar al alcance de todos los españoles. Te cae bien Picavea por más que abomines de sus remedios, te cae siempre bien quien confía en el trabajo. Su lectura la entiendes como un equívoco juego de veo-veo: juegue, vea lo que le complace y no vea lo que le desagrade. Puede que en esta alternativa se base la existencia del canal Macías Picavea, Ricardo borriquero para los enemigos.

Ríos de secano

Las hojas de los chopos se mueven ligeramente provocando una suave brisa que agradeces. Su rumor es una dulce música que ningún otro instrumento de viento puede igualar. La disfrutas como disfrutas de la cómoda marcha que la sombra de los árboles procura, el contraste con el desnudo secano de la planicie te estremece y remite al porqué del origen del Canal. Su corriente se desliza sombreada y limpia de falsas algas, en sus márgenes los carrizos hacen ostentación de sus penachos. Un bucólico paisaje longilíneo atravesando el desierto; su única molestia son los mosquitos, ya te han marcado en las sienes.

Estás en la esclusa 7. La numeración de las esclusas de Campos es independiente de la de los otros dos ramales y eso a veces produce equívocos, el más frecuente e inexplicable el que los riosecanos a la 7 le llamen «la sexta». Es rectangular, como lo son todas las de esta llanada, y sobre su cuérnago subterráneo se alza una fábrica de harinas. Te aproximas sufriendo nuevas picaduras, ahora de zarzas, majuelos y escaramochos o tapaculos. En muy mal estado de conservación, pero con todos sus huecos tapiados, ningún secreto ofrenda a tu curiosidad.

Si el tiempo es una convención que progresa linealmente, en el Canal paisaje y tiempo coinciden; de vez en cuando aparecen unos puntos de referencia o efemérides, unos mojones de la historia que permiten al hombre orientarse en esa sucesión de vivencias, para el canalera tales marcas son las esclusas pero sobre todo otras construcciones más infrecuentes. Así te sorprende la cantería del acueducto sobre el río Sequillo. Te asomas al pretil y dos azulones huyen despavoridos, no sabes si al galope o en vuelo rasante. Las

someras aguas del río, barrosas y más de charca que de curso fluvial, hacen parecer desmesura los cinco ojos de puente que las salvan. El acueducto, resuelto en piedra, constituye como es habitual un excelente trabajo de sillería y soporta, además de la estructura del propio Canal, unos amplios caminos de sirga. Veremos cuánto más resiste, reniegas al contemplar cómo en sus coyundas de acoplamiento crecen álamos ya de tronco firme. Impresiona la llanura que desde su oquedad contemplas. Calienta el sol y cuesta imaginarse el frío del invierno, cuando bajo estos arcos las filtraciones que ahora gotean cristalizan en cuñas rompedoras y en chupiteles de hielo enormes como estalactitas rupestres. Los arcos lucen huecos como caries, las de las piedras que yacen en el suelo, una vez más las imaginas como abandonadas fichas de dominó y la recurrente imagen del frío se concreta en el más inspirado villancico de Fernández Nieto: «Tápale los pies, María/ que no cesa de nevar,/ y si Dios se nos enfría/¿quién nos podrá calentar?». Cuesta creerlo, con lo que está cayendo, pero aquí de la tembladera no se salva ni Diógenes.

Impresiona el secano radical de Tierra de Campos, ahora camuflado por un manto verde que de retrasarse más la lluvia hará que las cebadas espiguen en grano vacío, un secano que resplandecerá en las rastrojeras de ferragosto. De muchas formas puede describirse lo duro de tamaña sequedad, pero crees qué ninguna con la crudeza que la simple enumeración de su toponimia revela. De los campos de tierra y de la entera piel de toro. Sequeriza, Seco, Secarejo, Secarro, Secarrón y Secastilla. Un secano que hasta los cursos fluviales invade; contabilizas 23 ríos Seco incluyendo las ramblas Seca pero no Fuentesecas. De tan sequío panorama bien podría ser récord el Sequillo si no existiera el campeonísimo río Sed y una denominación definitiva, arroyo Muerto. Estremece pensar en las penurias de los padrinos que así bautizaron sus feudos.

La magrura del Sequillo es proverbial y a ella se debe su despectivo nombre. ¡Ay esa canallesca manía de despreciar lo propio! Aldehuela, Castillejo, Torrecilla, Tiñosillos, Lugarejos. Tan magro es su cauce que no supo conservar su primitivo nombre de Seco, pero que Dios nos libre de sus crecidas de invierno. El terreno, de naturaleza compacta e impermeable, apenas absorbe las aguas

de lluvia y si el temporal persiste cada surco se convierte en un arroyo y cada cárcava en un torrente. Dada la horizontalidad de la cuenca, la crecida se extiende por la llanura sin obstáculos que la frenen destruyendo plantíos, anegando caminos y alcanzando en su cauce la altura de los puentes, de estos arcos de gran desagüe que por su aparente despropósito llamaron tu atención. Hasta su encauzamiento, en repetidas ocasiones arrasó Medina; su terraplenado deja bastante que desear, o sea cenagales pantanosos, y los mosquitos son su consecuencia. Pasada Medina de Rioseco, el Sequillo recibe el derrame del Canal y su apariencia es ya otra cosa.

Vuelves a los nombres de secano a la vista del sutil relieve de unas lejanas colinas. En etimología no hay nada más sospechoso que lo evidente; en los topónimos no es así, pero tampoco hay que confiarse en demasía: las referencias a Galicia, por supuesto hacen referencia a la bajada de sus habitantes hacia estas tierras, pero digamos cuándo. Hasta hace pocos lustros, en estío, bajaban las cuadrillas de segadores gallegos, de hoz y zoqueta, a culminar la siega, a ganarse el pan con tan cíclico rito de su lucha por la vida; pero no se establecían aquí, su trabajo era trashumante y en consecuencia no es a los segadores a quienes se deben los pueblos con nombres de los oriundos del noroeste que salpican esta geografía. Gallegos, Coruñeses, Bercianos. Tierra fronteriza, desierto estratégico entre el dominio árabe y el reino de Asturias, no es hasta el siglo IX cuando León y Castilla empiezan a repoblarse con los colonos foramontanos del noroeste, pero también con los de otros ámbitos y grupos étnicos, entre ellos los mozárabes procedentes de Toledo y de más al sur, por más que no definieran sus asentamientos de forma tan específica quizá por no tener una morriña tan acusada. Hoy no puede diferenciarse el origen de ningún grupo, aquí no falló el melting pot de razas como en Estados Unidos. De rebote, te recuerdas encapuchado en una Semana Santa en Bercianos de Aliste.

Nominador estáis, canalero. Nada existe hasta que no tiene nombre y es el nombre quien imprime carácter. En este paradójico país suelen invertir el orden del axioma, lo cual no te desagrada, y pones al inmediato Tamariz de ejemplo. En la plaza han erigido una estatua, por fortuna no ecuestre, a un ciudadano ignoto que tanto puede ser la del ciudadano desconocido como la del ciudadano por

venir, en cualquier caso única en el mundo. Nadie sabe quién fue o será tal persona pero en efigie ya tiene nombre, por su color el Purpurino. Puede que sea una forma de autoafirmación, de confianza en el futuro, de compensar el lento e inexorable decrecimiento vegetativo del lugar. En realidad procede de la Fuente Dorada de Valladolid, de cuando la desguazaron, lo cual nada explica salvo su cromatismo. Das un último vistazo al Sequillo, cuesta imaginárselo envalentonado, pero por algo han reforzado con cemento los tajamares del acueducto.

Balcón abierto a la ventura

En Castilla todos los altozanos estaban poblados de almenas. Aquí, en Belmonte de Campos, todavía lo están. El alcor sobre el cual se eleva la torre está tachonado de puertas de bodegas subterráneas, pero en el pueblo no hay ni un bar en donde calmar la sed. Siguiendo el Canal, te informan, hasta Villarramiel de beber nada y de comer menos. Resignado, inicias la ascensión.

Foso, muros, cuarteles, baluartes y obras exteriores, todo ha desaparecido ya salvo un resto de muralla que se alza como inútil decorado de un teatro sin actores. En el presunto patio de armas, dos aljibes resecos. La torre en pie es cuadrada y hermética, por una escalera de caracol subes hasta el glacis, desde donde puedes alcanzar los cuatro merlones o linternas laterales. Está coronada por guarnición de canes surmontados de parapetos. Cuatro baluartes angulares dominan los andenes de la plataforma del baluarte por los que circulas ensimismado. De diadema son sus almenas. La vista es espléndida, pero tu ánimo está retenido por el vértigo de la historia que el roce de los toscos sillares te produce. Llena de singular emoción está el alma de estas piedras solares que acaricias según acostumbras. Llamea su tacto. Cuántas manos no se habrán apoyado sobre la misma superficie que las tuyas ahora se ocupan; cierras los ojos para mejor sentir su pálpito. No te interesan los concretos hechos de guerra de quienes aquí habitaron sino conectar con su espíritu o quizá con otro mucho más inasequible, el tuyo. El tacto es tu fórmula de meditación.

Este gran torreón del homenaje es de cuatro pisos herméticos y muros tan sólo aspillerados, pues parece evidente se construyó para resistir los más violentos asaltos o para dirigir los más fieros ataques

a partir de un sólido refugio. Y, sin embargo, en su cara de poniente descubres un inaudito y amplísimo balcón que luce sobre enorme repisa de prolija cantería labrada *y se* guarnece de adornos platerescos. El contraste con la sobria y gótica estructura del edificio es mayúscula sorpresa. ¿Que insólita debilidad guerrera, o lo que es lo mismo, qué insólito amor impulsó a quien fuera a de tal modo desguarecerse? El balcón es un enigma abierto a la ventura en las tres acepciones de contingencia, felicidad y hecho extraño que se incorporará a tus sueños. ¿Qué quería contemplarse o exhibirse desde tan prominente púlpito? Sabes que en alguna parte estará escrita la explicación, siempre falsa o ramplona, y prometes no dar con ella. Pocas veces el vértigo de la historia te ha agitado de forma tan amable y enigmática.

Desciendes de la loma y la realidad te devuelve al mundo de los vivos por medio de un fantasmagórico letrero. En la modesta casilla del transformador, en lápida azulejada, lees: «Bajo el signo de Franco. Lo hizo la Obra Social del Movimiento. Año del Señor MCMXLIX». No dejes que la realidad arruine tus sueños, ningún adolescente sabe ya quién fue Ísimo Franco, el en su día famoso general. Desmantelado y en total abandono quedó este castillo tras la guerra de las Comunidades, cuando los ricoshomes fueron obligados a vivir en la corte por razones de alta política; desde entonces no ha hecho más que irse desmoronando como todos sus vecinos salvo el de Ampudia, redimido por el clan Fontaneda para en él guardar o exhibir, según días, su colección de antigüedades. Sólo en la suerte confías para que el balcón de Belmonte perviva.

Cuánto me gusta tu nombre

Continúa soplando una ligera brisa a lo largo del bosque en galería que los chopos del Canal constituyen. Provoca nuevas sensaciones y también una inédita observación. Ondula las aguas y las mínimas olas chocan contra las orillas con un efecto inesperado, en las partes descarnadas de la escarpa se producen pequeños derrumbes de tierra, la colmatación parece un proceso ineluctable. La teórica sirga aparece florida y en los taludes se agolpan las decorativas espadañas, mansiegas, zonjas o puros que de todas estas formas se llaman. Lo de puros por la forma de sus cilíndricas inflorescencias. Estos puros no son perjudiciales para la salud, al contrario, actúan como filtros vegetales depurando las aguas. Estás en la 3 de Campos, campo de soledad, ni una vivienda a la vista. Contemplas la rectangular esclusa y a tu mente acude una canción campamentaria, todos teníais una novia que era una ilusión, rubia como el oro, de ojos dulces y de nombre Soledad. Cuánto me gusta tu nombre, Soledad. Cuánto te gustaría navegar en barcaza los 153 kms que separan a Medina de Rioseco de Alar del Rey.

La soledad y el rumor de la brisa estimulan la imaginación. Te ves a bordo de la barcaza cargada de bocoyes y sacos de harina, tirada por tres mulas, timón en mano. Según cálculos de López Linage, harías el trayecto en ocho jornadas con un recorrido diario medio de 20,4 kms. Éstas serían las etapas:

1. Medina de Rioseco - Capillas.
2. Capillas - Pescador.
3. Pescador - El Serrón.

4. El Serrón - Calahorra de Ribas.
5. Calahorra de Ribas - Frómista.
6. Frómista - Osorno.
7. Osorno - Ventosa.
8. Ventosa - Alar del Rey.

El viaje de vuelta, el trayecto inverso, lo harías a favor de la mínima corriente y poniendo más atención en la maniobra, la curiosidad más calma.

Con la barcaza de vacío y tirada por dos mulas, cinco serían las jornadas con un recorrido diario medio de 30,6 kms. Las etapas serían éstas:

1. Alar del Rey - Carrecalzada.
2. Carrecalzada - Frómista.
3. Frómista - El Serrón.
4. El Serrón - Fuentes de Nava.
5. Fuentes de Nava - Medina de Rioseco.

Ni siquiera conoces aún esos lugares y ése es el desafío para los imaginativos, no reproducir lo visible sino hacerlo visible. Estás en ello. Los derruidos almacenes exhiben la escultórica osamenta de su estructura de madera, ajenos al vecino pero inadivinable Castil de Vela y apelmazados por un grave silencio. Quizá lo peor que le pueda ocurrir al hombre es estar solo, pero piensas que aún peor es no poder estar solo cuando uno lo quiere, no, lo peor de todo es no sentir jamás la soledad como algo necesario, mayor cobardía no conoces. La soledad es el más profundo método de conocimiento que existe pero ¡ay!, ése es su peligro porque sobre todo es vía de conocimiento interior, de uno mismo, y ésa es una verdad que asusta al más garrido, una verdad como para atarse los machos. ¿Qué habrá sido de todas aquellas Soledades? Contemplas las evoluciones de una lavandera en la balsa previa a la esclusa y captas una nueva sensación provocada por la brisa, por ti la describe Gerardo Diego «y hay en el aire un primoroso olor secular/

un olor dilatado/sobre el espacio y el tiempo como el ritmo del mar». Siempre la mar. Buen sitio para tener conciencia del propio existir la 3 de Campos, suspendida en este paisaje desde antes del origen del tiempo. Llámala Soledad.

Adobe doble

Lo que es la palloza a los Ancares o el hórreo a la montaña asturgalaica, es el palomar a esta tierra, símbolo arquitectónico y antropológico cuya estructura no ha variado a lo largo de su historia porque tampoco han variado las exigencias de sus inquilinos. Circulares, cuadrados o poligonales, siempre se cierran sobre sí mismos buscando las condiciones y el silencio querido por las huidizas aves. Las formas, muy variadas y vistosas, con remates de pináculo, filigranas, cerámicas y toda suerte de adornos, proyectan la capacidad y estética del maestro albañil que con sus manos las hizo. A veces hay una rara querencia oriental, quizá resabio del gusto decimonónico. Se suelen construir a las afueras del pueblo, ni tan cerca que las palomas de suyo espantadizas sean abrumadas por los vecinos, ni tan alejados que sean presa fácil de ladrones y furtivos. Su interior, con o sin patio central, suele ser laberíntico y de anillos concéntricos. Laberinto inverso pues aquí es el Minotauro quien viola la clausura en busca de la víctima. Los nichos, nidales o neales están abiertos en las mismas paredes; sea la forma que adopten, el conjunto semeja una estructura reticular.

De barro se han hecho y se pueden seguir haciendo casas, casetas y castillos, pero de la arquitectura del barro es emblema el palomar. Son de adobe o de tapial, las dos variantes básicas del barro crudo que el urbanita confunde. Repasas tus conocimientos. Si por estos andurriales te dicen «eres un adobe» te están llamando bruto o corto de luces, pero céntrate en el tema. Con respecto al adobe dice Vitrubio en el libro segundo de su *Arquitectura*. «No hacer de barro arenoso ni pedregoso porque los tales son pesados y si se mojan estando en el edificio, luego se deshacen y se caen, y a

la paja que en ellos se echa por la aspereza de la tierra no se pega, mas hanse de hacer de tierra blanca, gredosa o de tierra colorada, o de tierra arenisca macho, porque estos géneros de tierra por ser livianos tienen firmeza…». El sistema de fabricación sigue siendo el ancestral, si viajas sin prisas quizá alcances a verlo y a ver cómo se remata con él una obra. Arrancada la tierra del barrero, se criba para limpiarla de impurezas, se amontona y mezcla con paja, se añade agua al tiempo que se pisa para su mejor empape hasta los más pequeños cabones y, una vez hecha la pilada, se vuelca en unos moldes de madera rectangulares, gradillas aquí llamadas mecates, y se aprieta bien con las manos, retirándose el sobrante al pasar un rasero por encima que consigue dar una superficie lisa a la pieza. Los adobes, una vez hechos, se dejan secar al sol. Si se hubieran cocido en horno serán ladrillos. Recuerdas las drevenice o cabañas eslovacas, allí el barro se cimentaba además de con paja con estiércol de vaca y deduces: si aquí no se usa el estiércol es porque el de oveja no resulta práctico para tal menester. El tapial es lo mismo pero encofrado, así se obtienen directamente muros o tapias. Añades una variante más de la misma mezcla, el revoque que se denomina trullado porque se extiende con la llana o trulla de madera: el barro protegiendo al barro porque el peligro no es la lluvia sino el frío durísimo del invierno y el calor agobiante del verano, por ello el manto protector no es de cal sino una auténtica manta de barro y paja. Concluyes con un sofisticado toque de calidad: toda paja vale, pero ninguna como la trillada en la era con trillo de pedernal; troceada en fragmentos mínimos y homogéneos proporciona la mejor textura a las superficies del revoque. Los decoradores de gusto arcaizante la persiguen con ahínco, hace casi medio siglo que no se trilla así, pero aún quedan recónditos pajares que la atesoran tras haberla almacenado por no ocurrírseles nada mejor, la moda ha trasformado un producto de desecho en una auténtica delicatessen que se vende en sacos sellados como las nueces de California.

En la actualidad, los palomares están en su mayoría próximos a la ruina. Esta situación ha preocupado a los ecologistas, tanto por la protección de las palomas como la de una arquitectura popular tan específica, pero el remedio está por llegar. La causa de este estado es la mínima rentabilidad de los edificios porque las palomas están

amenazadas continuamente por los cazadores furtivos y acusan el efecto de herbicidas e insecticidas, así como la disminución del periodo de pajas y barbechos. Pero esta ruina, como tantos otros abandonos de esta tierra, parece endémica y venir de lejos. La cita es inevitable, discúlpate. En el *Lazarillo*, el protagonista oye de boca de uno de sus amos, hidalgo pobre, la confesión de que no es tan indigente como para no tener allá, en su pueblo «… un palomar que a no estar derribado como está, daría cada año más de doscientos palominos». Como si fueran el del humilde-orgulloso hidalgo, así se abren por lo ruin de sus muros los palomares que en este descampado de Capillas contemplas. Como una granada abierta te ofrecen el paisaje reticular de sus nichos, estética estructura de cenobio, de panal, de microchip. Plásticas formas de barro, de un mundo que irremediablemente agoniza.

Por una de esas metamorfosis de la vida, propia de una novela de agentes dobles, el adobe no desaparecerá de la faz de la Tierra de Campos sino que se extenderá por Europa y por el mundo del uno al otro confín. El más humilde de los materiales de construcción pasará a formar parte del talego más preciado e imprescindible para la construcción de la Unión Europea. Los castellanos lo llevaron consigo a donde fueron y de adobe serían probablemente los primeros habitáculos con que fundaron la aldea de Nuestra Señora del Arroyo de Los Ángeles, hoy L. A. Desde allí, hoy, Adobe Systems (Mountain View, California), multinacional dedicada a la creación de software para el diseño gráfico, te susurra al oído electrónico por medio de su presidente John Warnock: «se están haciendo muchas cosas en Adobe y en un futuro próximo la más importante sera el euro; el euro se escribirá con tipos de Adobe, no lo dude». Rocambolesca perpetuación: ondeando en uno de los billetes más codiciados del mundo, el adobe sera manoseado como nunca él mismo llegó a sospechar y con él se construirán las más sublimes aberraciones del siglo que se te viene encima.

Cecina de caballo

El puente moderno de la carretera general Palencia-León carece de interés, no así el contiguo y primigenio del Canal. Puente de grácil arco rebajado, con esa proporción armoniosa que el cemento parece haber proscrito a la actual arquitectura, une dos orillas de frondosos humerales. La filigrana del pretil es la apariencia de la erosión de su caliza y de los musgos que la habitan. Estás bajo su palio y compruebas cómo conserva en las esquinas las cuatro barras protectoras contra las cadenas de arrastre de las barcazas. Las barras, entre cayado de pastor y báculo de obispo, se clavan en la piedra mediante breves asas de fierro. Han desaparecido de casi todos los puentes y esclusas, supones que por urgencias de chatarreros de posguerra, y así hay a lo largo del Canal múltiples piedras esquineras aserradas por el recio roce férreo de los eslabones. El andén por donde debían pasar las caballerías, en donde estás, verdea como un prado e incluso en él florecen las chiribitas. Asciendes a la carretera.

«Las mulas viejas y tísicas de Campos vienen a dar con sus huesos a este recinto, donde las convierten en chorizos y cecina. Antes de meter cualquier embutido en la boca, conviene preguntar si procede de Villarramiel. Por los pellejos estos comerciantes pagan diez duros, si están bien conservados. Tienen calendarios de las fiestas de la región para acudir por las pieles, como las moscas al podrido olor. Ellos las curten y las revenden a mejores precios, pero no hay grandes fábricas de curtidos en el pueblo, que tiene aires de pequeñísima ciudad de provincia. En las casas, al lado de la lumbre y acogidos al calor, los industriales curten los pellejos de oveja, ternera y conejo, llenan de carne las tripas saladas…». Esta

asfixiante visión es la de Jesús Torbado en 1966. Si te desvías hasta Villarramiel es por comer algo caliente, de restaurán o de taberna, de lo que haya; en los pueblos que llevas atravesados en este ramal no hay ni bar, rareza única en un país como España y alarmante índice de una progresiva desertización. A los de este pueblo les llaman pellejeros porque, según dicho popular, «todos son pellejeros en Villarramiel, el cura también». El pueblo no huele a podrido ni a ningún otro mal olor, parece debidamente aseado, pero para comer te devuelven a la carretera, al lazo. En la encrucijada del lazo dos modernos edificios flanquean la estación de servicio. Uno es almacén y fábrica de pieles: «Hiper Piel Villarramiel». El otro es lo que buscas: «Hostal Mapru, comuniones, banquetes, bodas y camas». Estás en el comedor rodeado de camioneros, buena señal, y mientras eliges en el menú del día te admiras de verles embelesados en un rosa programa televisivo de mazagatos y entrepiernas, de pantojas y matojos. La cecina de Villarramiel tiene fama y decides regalarte un extra. Curioso atiendes a la conversación de un camionero con un vendedor de lotería que a ratos parece lisiado y a ratos ciego, pero que se desplaza por entre las mesas con habilidades de equilibrista.

—¿Te apetece ser millonario?

—Si tienes mi número, sí.

—Tengo el de la suerte, ¿lo quieres?

—¿Tienes el 471? Llevo veinte años jugando al 471 todos los días.

—Imposible, a no ser que estés abonado eso es imposible.

—Que lo miro todos los días, quiero decir. No ha salido jamás, pero si un día lo encuentro me lo compro entero, ¿lo tienes?

—No, pero mira lo que son las cosas, tengo el 4711.

—Mi colonia.

Lo de la colonia, la auténtica agua de Köln, lo dice una camarera joven y pizpireta que reclama tu atención por tan sorprendente uso. Ahora curioso impertinente averiguas que la chica se llama Altita, que es la hija de Altagracia, la del Cañamazo, y que estudia tercero de Filosofía en Valladolid, a pesar de lo cual llama descapullador al cortapuros. A veces se te va el santo al cielo pero así se escriben las historias, con detalles intrascendentes, los únicos fiables. La cecina de Villarramiel es de equino, te parece espléndida pero crees que la

auténtica cecina es de león, de León quieres decir, o sea de vaca. No dejas muestra y piensas que sería interesante estar aquí en sus fiestas del 24 de agosto, te lo indica un cartel, no por los encierros de reses bravas sino por ser el Día del Caballo.

Tres bellas frivolidades

De Castromocho, lo primero que apunta en la llanura es la espiga verde de su iglesia, verde de trigo verde, extraño e inverosímil remate piramidal que según crece en la rasante con más fuerza atrae tu atención. Entras en el pueblo por la «Fca. de Harinas Los Ángeles. Nuevo sistema Bühler» y te dejas llevar por el eco de su nombre. Castromocho es una redundancia y tú quieres hablar de sus frívolas veleidades arquitectónicas que con sin igual gracia y donosura contrastan en el comedio circundante.

La primera bella frivolidad arquitectónica es la espiga de trigo verde. La torre de la iglesia de Santa María tiene cinco cuerpos escalonados, rematados con una pirámide isoscélica de color verde. Este falso chapitel, absolutamente espectacular por su color, está recubierto por escamas de teja cerámica vidriada y coloreada de clara influencia árabe. No es manufactura única ni exclusiva del lugar, puesto que en colores lisos o con figuras geométricas hace acto de presencia en otras construcciones renacentistas, pero sí es rareza por estos andurriales en donde sólo volverá a repetirse en Paredes de Nava. Su generosidad cromática es algo insólito en Castilla, contrasta con la tonalidad del caserío tanto como llamaría la atención una mujer que acudiera aquí hoy al rosario con un chispeante modelo de Victorio y Luchino.

La segunda bella frivolidad arquitectónica es minimalista y recoleta, y al contrario de la anterior frecuentísima por estos lares. Sobre la torre del reloj de la otra iglesia, la de San Esteban, se alza un frágil campanario de horas, un campanil de finos hierros forjados, una orfebrada pajarera en donde la breve avecilla del badajo reposa. Sus latidos cuentan-tan-tan el paso de las horas, y el

de las cautelas e indiscreciones del pueblo, con la delicadeza que su sutil estructura confiere. A veces culminan su filigrana con ingrávidas techumbres o con no menos impalpables veletas y su sonería oficia tanto para reloj de iglesia como de Ayuntamiento. Sorpresivo hierro, ni de lanza ni de arado.

La tercera bella frivolidad arquitectónica es la casa esquinera de la plaza cuya fachada lateral conforma brevísima calle abierta a los trigales. Es vivienda única y casa de dos plantas con tres huecos en cada piso. De ladrillo visto aplantillado y retechada con teja vieja. La casa es inequívocamente modernista, y aunque ya habías observado otros edificios del neomudéjar o modernismo en ladrillo en Palencia, ninguno alcanzaba ni la desenvoltura ni la espontánea desinhibición de éste. El modernismo de la escuela madrileña es un estilo formal de gran perfección en los detalles (alfarjes en techos, enjarjes en fachadas y sobrios adornos cerámicos) cuyos máximos logros radican en Madrid. Recuerdas las Escuelas Aguirre en la calle de Alcalá y tu gusto se decanta a favor de esta casa; su armonía y gracia natural se adorna con líneas propias del art decó, circunstancia que en el neomudéjar capitalino nunca ocurre o nunca has reparado. Las ventanas y el cuádruple ventanal del piso superior se orlan con blanquiazules azulejos, curvas de apuntada suntuosidad que sugieren un ámbito en claro contraste con el que las circunda, efectivo y agradable impacto en el ojo del más distraído transeúnte. Contraste que no desentona como no desentona el oasis en el desierto. Para Ortega y Gasset (te repites) cabe una geometría sentimental castellana en donde la vertical es el chopo y la horizontal el galgo. «¿Y la curva?». «Caballero, en Castilla no hay curvas». Sin duda, don José no visitó Castromocho; de haberlo hecho su respuesta sería: «las hay, pero hay que buscarlas». El encanto y ajustado equilibrio de la fachada no lo rompen ni siquiera las tres imperiales águilas de hojalata que en ella reposan.

Puestos a enumerar, a las tres bellas frivolidades arquitectónicas añades una cuarta como Dumas hizo con sus tres mosqueteros. Ésta es rareza más que belleza y por supuesto, puntualizas, tampoco es frívola, lo de la frivolidad es una forma de decir. En el plateresco pórtico de Santa María hay un relieve de piedra que representa una joven (se supone, podría no ser tan joven o ser varón aunque dicen

es Santa Eufrasia) con larga melena y una cesta en la mano; próximo a ella, un pacífico lobo, casi risueño, la mira sentado sobre sus patas traseras. Esta inesperada iconografía de Caperucita roja, por más que la del cuento lleva un gorro rojo y ésta va a pelo, te desconcierta; no puede ser alegoría de martirio puesto que Santa Eufrasia no lo padeció, y quizá lo sea del hecho de retirarse disfrazada de hombre a un monasterio para evitar el matrimonio al que su padre quería obligarla. Quizá sea sacarle demasiada punta al catastro de un castro mocho, piensas con la mirada fija en una esperanzadora nube.

Código de circulación

La unidad mínima e indivisible de navegación por el Canal es la barcaza, lanchón o gabarra, embarcación destinada al transporte de mercancías sin propulsión autónoma y de fondo plano. Así se definieron las primeras: «estas barcas tienen 15 pies de ancho, 50 de largo y 5 de alto, llevan 800 fanegas y calan 3 y medio pies». Al ser múltiples las unidades en movimiento, la necesidad de regular su tráfico resultó imprescindible. Adelantándose al código de circulación por carretera, en el Canal se impuso el circular por la derecha; ahora bien, el exceso de velocidad no existía y el alcohol era recomendable en los meses de invierno. Charlas sobre ello con Eduardo González Fraile, experto, y con Abundio Pérez Pamparacuatro, viejo barquero. Comenzáis por el principio. A causa de la diferencia de cota en los terrenos que va atravesando el Canal es necesaria la instalación de esclusas que acumulen el desnivel de caída. Entre esclusas el trazado es horizontal, de modo que el Canal se resume en un conjunto de tramos horizontales, de desigual longitud, empalmados entre sí por esclusas que acumulan la pérdida de cota del terreno. Cada uno de estos tramos es pues un compartimento estanco donde el agua está retenida entre dos esclusas. Una excepción a esta regla son los tramos posteriores al cruce de un río, donde el tramo comienza con una retención para evitar la entrada de caudales excesivos. La horizontalidad de la lámina de agua no es exacta, tiene una pendiente insignificante (unos 5 cms/km), la necesaria para que el agua circule y al mismo tiempo no oponga resistencia a las embarcaciones que la remontan. Para la tracción de las barcazas, enganchadas con cadenas a uno solo de sus costados, se establecieron los caminos de sirga sobre las

bancadas situadas a uno y otro lado de la caja del Canal. A lo largo de ella los tiros de mulas remolcaban las embarcaciones. Se convino que el enganche fuera el costado diestro de las barcazas, en el sentido de la marcha, por lo que junto a la orilla derecha habían de circular, tanto si lo hacían en el sentido ascendente como en el descendente. Para navegar así y evitar que la embarcación se acercara mucho a la orilla se precisaba la acción del timón, capaz de producir el par de fuerza necesario para enderezar la barca. En algunas maniobras también se utilizaban pértigas. En los puentes, sobre la clave del arco y en ambos pretiles, se talló una pirámide truncada que sobresalía de su perfil, sirviendo en la navegación a modo de punto de mira para los barqueros; ocupando éstos la posición del timón y alineando la proa con la mira del puente, se enfilaba la barcaza sin ningún problema y se salvaban los andenes de piedra sin contratiempos. El cruce de barcas se hacía cómodamente pues ambas navegaban con la sirga a su costado derecho; tan sólo exigía la precaución de acercarse a dicha orilla para evitar algún roce. Cuando el cruce se producía en el paso de alguna esclusa tenía preferencia la embarcación que encontrase el cuenco cargado y a su nivel, no importando si llegaba en sentido ascendente o descendente. En caso de formarse cola en los dos sentidos, se iba dando paso alternativamente a una y otra. En caso de barcas con distintas velocidades, no era obligatorio permitir el adelantamiento más que en los cruces de los ríos y en las esclusas y, en este caso, respetando la preferencia de paso que tenía el primero en llegar. Sin embargo, se autorizaba el rebasamiento, bajo la responsabilidad del patrón, siempre que se fondeara la barca, para lo que habían de buscar lugares a propósito donde la anchura fuera suficiente. El mal estado que en muchos tramos tenían los caminos de sirga degeneró con el paso del tiempo en la utilización de una sola bancada para el remolque, siendo la mejor conservada, o la de más fácil entretenimiento, la prescrita para tal uso. En estos tramos se complicaba la maniobra del cruce, que ahora había de hacerse desenganchando la barca vacía para dejar paso a la cargada. Si las dos estuviesen en la misma situación de carga, sería la descendente la que habría de apartarse. Es posible que incluso en algunos tramos no se realizase más que un camino de sirga, como sugieren los restos del puente del Camino Real en Palazuelos (Cabezón de

Pisuerga), donde sólo son visibles las erosiones de las cadenas de tiro en un estribo del puente y no en los dos como es lo habitual. El paso de las esclusas estaba permitido de sol a sol. Después de su puesta sólo se consentía la navegación hasta la siguiente esclusa o hasta el fondeadero que los empleados del Canal designasen, siendo imprescindible la señalización de las barcas con una luz de situación mientras estuvieran en movimiento. La llegada de la hélice en el siglo XX no sustituyó al motor de sangre puesto que las ondas producidas por el oleaje provocaban peligrosos aterramientos y una colmatación excesiva. Se ensayaron remolcadores a motor, pero a la larga sólo circularon pequeños gasolinos auxiliares. El código se mantuvo igual así mismo hasta el final de la navegación. Como siempre, en los casos de duda, roce ligero o avería gruesa, el fiel o jefe de estación siguió dirimiendo el conflicto. Se rumorea que existe un *Reglamento de Navegación por el Canal*, de 1842, pero nadie lo ha visto. Abundio, el viejo barquero, tampoco.

Godos cánticos

El asociar el canto gregoriano a la inmensa llanura reconoces es una manía tan personal como la de creer que cinco, fiesta y rojo son la misma cosa en un calendario, domingo a poder elegir, sin ninguna razón lógica que hilvane el correlato. El canto lo sientes acompasado, salmódico, inmutable y eterno como los cantos rodados del cascajal que hollas. Los sentimientos son irrebatibles pues carecen de argumentación. Desvías tu ruta de canalera hacia el alcor de Autilla del Pino, el mirador de Campos, por invertir la mirada. Desde el anfiteatro de Autilla dicen, y es cierto, lo has comprobado, que a ojo desnudo se divisan veinte pueblos desperdigados por la inmensa llanura y que con prismáticos otros siete más. La modestia de la atalaya abunda en la majestuosidad de la vista y tú deseas describirla incorporado a ella para así encarnarla y recibir su pálpito. El sutil vértigo horizontal de la llanura sobrecoge, el aire es tan impalpable que supones no te costaría mayor esfuerzo el caminar por un cielo tan difícilmente azul. Caminas por la Tierra de Campos, por los Campos Góticos, por la última y definitiva Gotland de un pueblo admirable, por sobre sus huesos y lápida, la más suntuosa y sencilla tumba que uno para sí mismo pudiera imaginarse. No te extraña que más de un autor agote su vida sopesando y repasando los breves folios de su epitafio, un relato titulado *Los Visigodos*. Irás a visitarlo a su debido tiempo. Caminas bajo un sol de injusticia, a través de un inmenso mar terrificado.

Tu guía para esta ocasión es Marolo Baldajo López, jubiladísimo empleado de los extintos Ferrocarriles Castellanos de Vía Estrecha, ferrocarriles de vía métrica pues de un metro es su ancho de vía. Su

afán es mostrarte las descarnadas ruinas de la estación en que prestó sus servicios en Villamartín de Campos. Un edificio de tres plantas flanqueado por dos galpones; sólo quedan en pie los muros, dados los amplios huecos de puertas y ventanas parece transparente pues no ofrece discontinuidad alguna a la contemplación del paisaje. A su alrededor ralos hierbajos y adosados a la pared varios cardos imperiales y un garamito o tapaculos. A contraluz, la silueta de tan fantasmagórico edificio se recorta inquietante, suspendida en el azul como si de una foto de Wim Wenders se tratara: panel para escenario de una película en la cual los actores interpretan su papel con el exclusivo fin de poner en evidencia la grandiosidad de la desolación en que se mueven. Ajeno a tal grandiosidad por la fuerza de la costumbre, y sobrio como todo lo que sobre ella crece, Marolo describe su oficio: «el factor de Pequeña Velocidad mandaba en el almacén más capaz, el más apartado; el de Gran Velocidad, yo, despachaba la paquetería y los encargos familiares urgentes, por eso estaba aquí, más a mano del público; el jefe de estación atendía a la taquilla de los billetes, eran de aquéllos de cartón duro, marrones los de tercera, verdes los de segunda, de primera no creo despachara ninguno y del color ni me acuerdo». En el interior de la vaciada casona revolotean inquietos pájaros, inexplicablemente no dan con la salida. «Son papamoscas cerrojillos, con lo que está cayendo prefieren quedarse a la sombra», explica Marolo. Después, señalando con el dedo hacia el único teso que hacia el este se levanta, dice: «¿Ves la torre de aquella iglesia? Es la de Autilla del Pino».

Un sol de injusticia, repites para tus adentros. Tu sombra se refugia bajo la suela de las adidas de siete leguas, poniendo en evidencia su valor con tan huidizo comportamiento. Mi reino por una sombra. A nadie de por aquí se le ocurriría imprecar despreciativamente a un árbol con aquello de lo único que da es sombra. A tu memoria acuden las leyendas de los hombres sin sombra o de las sombras que se independizan de quien las proyecta, sombras que valen por un hombre. Recuerdas la descrita por el padre Feijoo, localizada en una próxima geografía: «Lo que tiene aprehendido el vulgo es que en la cueba [*sic*] de Salamanca el Demonio por sí mismo enseñaba las Artes Mágicas, admitiendo no más de siete discípulos por cada vez con el pacto de quedar con

uno, aquel a quien tocase la suerte, destinado desde luego en cuerpo y alma a las penas infernales; y aquí entra la historia del Marqués de Villena […] De éste dicen que haviéndose [*sic*] hecho consumado mágico en aquella escuela, entre los siete le tocó la suerte infeliz, pero él engañó al Demonio dexándole su sombra con la aprehensión de que era su cuerpo». ¿Qué más valor puede concedérsele a una sombra? Estás en un campo sin sombras. Si la palabra es la sombra del hecho, como helechos arborescentes se cuelan las sombras en tu imaginación. Como juegos de palabras.

A don Ramón Pérez de Ayala se le atribuye la frase, pero tan a propósito estaba que vaya usted a saber quién fue el primero que dijo lo de «llaman Tierra de Campos a lo que son campos de tierra». Piensas que esos campos son los Campos Góticos y que a nadie se le ocurrió el palíndromo o la viceversa de tal acepción, retruécano que como toda jugosa sentencia debe funcionar en ida y vuelta, y pones como ejemplo uno de tu cosecha: tanto vale «la patria es el origen de todas las guerras» como «la guerra es el origen de todas las patrias». Ensayas con Campos Góticos y obtienes Gopos Camticos, voz que suena a Godos Cánticos, realidad tan incontestable como que los oyes mientras por aquí deambulas.

Marolo Baldajo López, con el dedo ya en su sitio, explícita el porqué de su pregunta. «Desde aquí mismo, hace cincuenta años, no se veía ni la torre ni nada de la iglesia de Autilla». La velocidad de la erosión es noticia que te asombra, de continuar así en pocos siglos el mirador descenderá hasta el nivel de los campos con cuya vista regala a los curiosos que a él se asoman. Puede que no estés aquí para verlo. Científicamente, lo erosionable de la arcillosa arenisca terciaria explica lo homogéneo de esta plana superficie; pero sicológicamente, el verla tan sobria y saberla tan voluble, tiene un significado que no alcanzas a definir y te produce la sensación de haber sido pillado en falta. Quizá no tengas remedio, pero has aprendido una sabia lección: lo inmóvil es un fugaz instante, la serenidad sólo apariencia. De regreso hacia el Canal, tus pasos se acompasan al seco eco de los Godos Cánticos, tan gregorianos.

Fábrica de esperanzas

La Fábrica, así la llaman. El mayor laberinto no es el que tiene los pasillos más largos y enrevesados sino aquel que no tiene tabiques. Las abiertas llanuras que recorres, en su inmensidad, esconden como los laberintos en sus recónditas esquinas, visiones inesperadas, fábricas e ingenios que quedan hoy como mudos testigos de un pasado industrioso. Son momias, fósiles petrificados que, inútiles para desarrollar la función primigeniamente encomendada, hacen detenerse al viajero por su fuerza plástica, por su altiva presencia. Ya has visto unas cuantas de estas fábricas de harinas, pero la que aquí se alza es diferente empezando porque no está en servicio como tal ni amenaza ruina. En la explanada de aproximación, dos sorprendentes y opuestos ejemplos de rusticidad/modernidad avisan del inminente encuentro. El primero es el rótulo «Adobes Paff» que ilustra una casa de adobe transformada en improvisada cantina; la transliteración analfabeta del
Adobe's
Pub te regocija, pues sabes nada tiene que ver con aquello hacia donde tus pasos se orientan. El segundo es un rectangular bastidor en celosía, en cada uno de sus retículos reposa una calavera de adobe, quizá cien, todas iguales y ninguna idéntica a otra; tan sorprendente osario te estremece pero también te regocija pues sabes es el umbral de aquello que vas buscando. Más tarde averiguarás que la escultura calaverario es del catalán Martín Vilagrasa. Ingresas en el edificio. Esta antigua fábrica conserva aún en sus espacios el hálito y el pulso de la actividad industriosa, una palpitación que se aprecia en las paradas maquinarias, en las estáticas poleas, en la maraña de caños de madera por los que ya

definitivamente no circula el polvo nutricio de la harina. Sin embargo, todo este conjunto de tubos y tolvas, de molinos y correas, no está agotado, sólo parece dormido, como aquella bella durmiente que espera, en un lugar fuera del tiempo, el beso del príncipe. En realidad ya está despierta y transformada en lo que llaman La Fábrica, Centro de Arte Contemporáneo. Como toda bella resucitada, su primer acto es el de la autocontemplación ante el espejo: su imagen y la laberíntica dualidad de las imágenes de su imagen, las fotografías de Ángel Marcos. El fotógrafo asume el riesgo de coincidir con Roland Barthes (ni te cases ni te embarques), elige el punctum o elemento punzante, aquel fragmento que, descontextualizado, más capacidad tiene para metaforizar el conjunto, y acierta un pleno de catorce espléndidas láminas. Las fotos, o sea la realidad que con tus propios ojos estás viendo, resaltan la potencialidad plástica de un lugar ya hecho museo, un ámbito que acoge los restos arqueológicos de la industria del pasado siglo y los combina con las manifestaciones más vanguardistas de mañana mismo. El príncipe del beso resucitador es Evelio Gayubo, un joven castellano viejo con las ganas de hacer latiéndole en los pulsos, galerista de Valladolid por más señas, que aquí ha puesto en pie su más preciada ensoñación. Ha hecho algo de lo que en tantos planes estatales, autonómicos y provinciales se habla, en tantos proyectos administrativos se expone y tanto papel mojado produce: rehabilitar y poner en uso uno de los múltiples edificios fabriles que al Canal se asoman. Es el único y lo ha conseguido el coraje de la iniciativa privada sin rastro de ayuda oficial. Evelio se enorgullece de ello y tú consideras su hazaña como un germen de esperanza. La restauración es modélica, el suelo usurpado por el cristal nos permite contemplar el tráfico del cuérnago (el de la esclusa 1 de Campos) por sus entrañas, el continuo circular del agua, una música que alude a años y años de molienda rutinaria y benéfica, la única música que aquí hoy se escucha. Las silentes máquinas, en su carismático estatismo, se entreveran y compiten con las obras de arte; el complejo orden de la eficacia fabril nos remite al caos de la abstracción plástica. Son máquinas bellas, relucientes, de madera entrañable, unidas y atravesadas, estén en el piso que estén, por un bosque de caños también de madera, rectangulares, cada tramo con su respectiva mirilla de control, que configuran la más enrevesada

de las geometrías. Más de diez veces había de ascender y descender por ellos el grano de cereal para convertirse en flor de harina, la altura del edificio era una necesidad técnica. En funcionamiento, el ruido de molinos, sasores, plansichters y demás era una tremenda barahúnda entre la que destacaba el soniquete de «la tarara», la separadora de bellísima embocadura curva, repitiendo incesante aquello de «la tarara sí, la tarara no, la tarara niña que la bailo yo». Eso dicen los más viejos del lugar. «En pintura —dice Evelio— Castilla perdió ha mucho la estela de la modernidad, nadie quiere saber nada del arte abstracto y así me encuentro, sólo ante el peligro»; por eso aconsejas a los artistas arriscados: si llamas en su puerta, voraz incendio, así te recibirá. Con no menos ardientes llamas tú a la fábrica de Abarca Fábrica de Esperanzas, las que confiere el saber preservar palabras tan sencillas como trigo, harina y pan entre las más sofisticadas formas de vanguardia, que es tanto como recuperar el pan nuestro de cada día sabiendo que no sólo de pan vive el hombre. Tras la visita decides volver con más tiempo por delante, una decisión que empieza a hacerse reiterativa en un lugar tras otro. Si la esperanza es la materia prima de las ilusiones y la ilusión la piedra angular de las esperanzas, bien quisieras no poder nunca liberarte de tan virtuoso círculo de mal asiento.

El chiguito se escolinga por el arambol

La curiosidad te puede, quizá no tengas remedio. La literatura mural te entusiasma y la ortografía errática de los graffitis despierta al ortografista que en todo escritor duerme, aunque mejor sería decir eterografista (así escrito, con h no lo sería tanto). El ejemplo del «Adobes Paff» es una provocación, ¿cómo se dice? ¿avetarda o abultarda? Se diga como se diga «esta frase contiene dos herrores» (siempre que hayan respetado la h). Pero a lo que de veras te empuja la curiosidad es al descubrimiento de las variantes lexicales del habla popular que en cualquier geografía florecen y que también rebuscas por Tierra de Campos. No existe un dialecto terracampino, o aun palentino, pero sí existen un conjunto de voces propias, un vocabulario autóctono que sólo con mala fe puede entenderse como un mal hablar el castellano. Escuchas y tomas nota, «mansueto», «almuenza», «pispajazo», pero lo más sorprendente procede de cuando interrogas. Personas de variada edad y condición, a la solicitud de vocablos específicos, citan con casi unánime criterio las tres mismas palabras: la primera es «arambol», voz que suena a amaneceres, flores y campo abierto y que, sin embargo, designa un paisaje interior, el conjunto de pasamanos, balaustre y pie de la escalera; la segunda, quizá por una inevitable asociación de ideas, es «escolingar», colgarse, columpiarse, deslizarse; y la tercera, en tus apuntes la más frecuente, «chiguito», chiquito, niño chico. El niño se desliza por el pasamanos, es la frase inmediata a componer. Cuando localizas (no sin esfuerzo) y consultas un ejemplar del *Nuevo Vocabulario Palentino*, la sorpresa se consolida no por ser una coincidencia más sino por ser una frecuencia a tener muy en consideración. El

meritísimo vocabulario de Roberto Regaliza, editado en fascículos en 1995 por *El Diario Palentino-El Día de Palencia* (la redundancia se explica por la fusión paritaria y aritmética de los dos diarios de la ciudad), se abre con una lámina de Eulogio Gómez Iglesias, en donde un niño se desliza velozmente por el pasamanos de una escalera de respeto y en cuyo pie reza la previsible leyenda: «el chiguito se escolinga por el arambol». Las autoridades, piensas, ante tal contumacia deberían elegir la frase como lema heráldico de su territorio histórico, como emblema de sus señas de identidad. Un filólogo anglosajón diría que la frase no se corresponde con el background que de Tierra de Campos, de Palencia o de Castilla se tiene, la inmensa llanura y todo eso, pero así son las cosas y todo lo que ocurre es posible. Las voces referidas a la llanura, o sea a la geografía, la fauna, la flora y sus respectivos laboreos, son mayoría en el vocabulario de Gordaliza pero no son palabras específicas de la región sino propias del castellano, eso sí, con el toque de rareza que el desuso las confiere. «Escalambrojo» en vez de tapaculos, por ejemplo. Pertenecientes a un mundo rural en trance de desaparición, poco a poco se nos van convirtiendo en arcaísmos: «jabarda, corregüela, zarandillo/añacal, bocarón, pelujo, duela/cuezo, hornija, herrín y viscantillo». Aunque a «vezas» nos las encontramos en los anuncios por palabras: «vendo vezas seleccionadas para siembra» (veza, arbeja o algarrobo). También es sorpresa, aunque menor, el encontrar voces que creías propias y específicas del noroeste peninsular como «fandolia» (mujer casquivana), «esgalla» (mucho, cantidad), «mancar» (hacer daño) o «pingar» (colgar) entre otras. De esta última, pingar, existe un curioso derivado, «pinganillo», con su doble acepción: en el noroeste significa lámpara (colgante, claro) y aquí, carámbano. El carámbano de hielo que cuelga de los tejados y los niños chupan como sorbete, da lugar a la palabra específica del vocabulario palentino que más te atrae, «chupitel». Palabra eufónica donde las haya, su fonética nos desliza del chupachups al capitel en un juego semántico muy acorde con el dichoso background entre cuyos tópicos puede incluirse el frío del invierno. Tan frío que carámbano acumula un nombre más, «candelito». Por entre las anotaciones de tu cuaderno de campo no eliges a bulto (porque «abulto» es lo propio de persona zafia) sino que seleccionas entre los falsos

diminutivos el de «corito», vocablo de acepción trilliza: 1) los obreros que acarrean los pellejos de vino a la bodega. 2) corteza del tocino del cerdo. 3) adj.- dícese del que está desnudo, en cueros. La tercera es la variante más arraigada en el habla popular, tanto que «escoritarse» es desnudarse. Regresas a la frase emblemática terrapalentina a la que añades una palabra más: «el chiguito se escolinga corito por el arambol». La frase ya te la habían dicho así múltiples personas, no te repitas, no digas de variada edad y condición. Es todo un sorprendente compendio de la lengua pero, como dice el merengue, sorpresas nos dan la vida. Son la sal de la vida.

La Nava espacial

No quisieras caer en el tópico de lo inefable para describir la sensación que los altos cielos de estas tierras de campos de tierra en tu ánimo producen. Algo tendrás que decir, por más que un tópico sea un problema sin resolver, puesto que la sensación es aguda, punza como un infarto, y además reiterada. Puede que desde ningún otro lugar del mundo se alcance a ver tanta cantidad de cielo, tan alto, diáfano y transparente, tan impoluto y sutilmente dilatable. Lo sientes como si te asomaras por segunda vez a una ventana inédita, un vano que rompe el muro de las habituales percepciones y a través del cual te asomas al espacio exterior, al vacío sideral. Sólo desde otro ámbito no menos llano e infinito has tenido la misma sensación de ir a bordo de una nave espacial, desde la barrera de Ross en McMurdo Station, en la Antártida. Miras al enceguecedor fuego azul y te sientes navegante de pasión tranquila, ambición moderada y libertad condicional. Desde aquí, perdido en la Nava, el tópico es sentirse mascarón de proa de un bergantín llamado Tierra.

Están doblando por ti

Sus calles largas y estrechas sobre sí mismas se repliegan, se entrecruzan con las adyacentes y, de una sutil forma, predisponen al peatón para la sorpresa de una repentina plaza que en espectacular espacio se abre. El muy particular aire de Paredes de Nava es el de una ciudad abierta, plaza a plaza abierta a la sorpresa de doña Gregoria Matorras del Ser, madre del general San Martín, Libertador de América. No te lo esperabas, sabías de muchos próceres vinculados por nacimiento a la villa pero no de esta mujer, su efigie rodeada de placas con agradecimientos argentinos, de la embajada, de un colegio del Mar del Plata, de los socios del River Plate. De tal lectura te distrae la voz del ángel con agónico tañido, está tocando a encordar. Rebota el son entre las torres. Iglesias de torres verticales de piedra, casi todas culminadas con mudéjares ladrillos, signo evidente de la falta de fondos para rematar las obras. Caminas hacia quien así te llama.

La voz del ángel está tocando a encordar, a posa, o sea a muerto. Su voz nítida, intermitente y calma acentúa el caliginoso silencio de la planicie. Su distanciado tañer te inunda de nostalgia, esa extraña felicidad tan propia de los melancólicos, y contra pronóstico no agobia tu atribulado espíritu sino lo apacigua con el bálsamo de la serenidad. Por supuesto que te solidarizas con el dolor de los deudos, pero es otro sentimiento el que te está motivando. Quizá lo mejor de Paredes ya no vuelva, su señorío, sus ferias, fiestas y mercados, pero tampoco ya nadie distinguirá entre el toque a muerto rico y el toque a muerto pobre, como ya no es posible elegir en la farmacia entre el gran elixir cordial para ricos y el pequeño elixir cordial para pobres. «Porque ahora todos somos pobres»,

explicita Milagritos, la del bar de su propio nombre, frente a la iglesia del repique, mientras te sirve un verde, un verdejo. No sabes muy bien por qué pero quieres dejarte arrastrar por el ambiente de luto.

La iglesia es la de Santa Eulalia y en el atrio aguarda el pueblo entero a don Rodrigo, el vecino difunto. La torre de Santa Eulalia no es ajena al efecto que te invade, rematada en isoscélica pirámide de tejas vidriadas, chapitel de vivos colores y dibujos de punto de cruz, su espectacular policromía concede un matiz especial al tránsito de la muerte. En contraste y complemento a lo expresado por Jorge Manrique en sus conocidísimas *Coplas a la muerte de mi padre*. El poeta descansa su estatua de bronce en escaño situado frente a la pared lateral de la torre; de acuerdo con él, eso supones, tratas de conciliar los opuestos con una de sus coplas no dedicadas a su padre, también don Rodrigo, casualidades de lo consuetudinario, sino con otra amorosa algo menos conocida:

No tardes, Muerte, que muero;
ven, porque viva contigo,
quiéreme, pues que te quiero,
que con tu venida espero
no tener guerra conmigo.

Entras en la iglesia tras el féretro, de alguna forma quieres participar en el dolor colectivo que así, por compartido, deja un resquicio al gozo de estar en paz con uno mismo. En un funeral como éste, de *corpore insepulto*, acompañado por el desafinado coro de tus amigos, te gustaría rematar el viaje; algo incompatible con el modo de ser de para quien todo el ancho mundo es como un país extranjero. La iglesia es enorme y sólo por contemplar el retablo de Berruguete, otro nativo, bien merece Paredes una visita. Resuenan los godos cánticos en la bóveda de tus recuerdos junto con los versos de John Done leídos como entradilla en la novela de Hemingway: «Nadie es una isla. La muerte de cualquier hombre me disminuye porque estoy ligado a la humanidad; y por consiguiente, nunca preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti». No es angustia lo que sientes sino una consoladora nostalgia, ni

siquiera el torturado y torturante Cristo que sobre la gloria del retablo se alza, de amonestador patetismo acentuado hasta lo inverosímil por la presencia de los dos ladrones crucificados, consigue desasosegarte. Sin duda alguna es el Cristo más patético que jamás hayas podido ver. No te importaría que estuviera doblando por ti la voz del ángel si uno más de este coro de señores fueras. Como dice su refrán, «nadie en Campos es señor si no tiene un terrón» y todos son señores porque todos cuentan con un palmo de terreno donde descansar de muertos. Yo que usted no lo diría, forastero: el mismo terruño con el que no pudieron ganarse la vida.

Sales de la ciudad abierta. La contradictoria sensación del funeral continúa reconfortando tu ánimo, quizá no tengas remedio. Tras la rasa del horizonte van desapareciendo poco a poco los edificios de Paredes de Nava, la torre de Santa Eulalia resiste y destaca airosa con su enigmático colorido. No estás de acuerdo con Jorge Manrique en que la mar sea el morir pero no vas a discutirlo con quien murió a tan temprana edad, a otro no se lo consentirías. Cuando tras la rasante desaparece Santa Eulalia, y ya nada más se divisa del caserío, todavía emerge enorme y poderoso el silo de Paredes blancas. Los silos son ahora los pajarones de Campos.

El libro de arena,

De poseer tierras y no haber sido jamás sorprendido en faena agrícola y de tener estudios y no haberlos ejercido nunca, procede su prestigio. De atesorar libros y haberlos leído procede su fama. Así te dijeron: «en su casa tiene más de cien, qué digo cien, más de mil libros, y los ha leído todos». El que alguien adquiera el rango de famoso por ser un asiduo lector no es manca maravilla ni fenómeno que no deba conocerse. Vas en su busca.

La casa solitaria preside el teso de los Melgos, cúbica y rectilínea, de ladrillo, tiene el aire de los edificios industriales de principios de siglo, cuyo mejor exponente son las viviendas de los jefes de estación de ferrocarril. Desde el exterior dudas en llamarla casa de campo, masía o cortijo, pero en cuanto entras das con la palabra definitoria: biblioteca. No se ve pared, no hay un palmo de ninguna de ellas que no esté recubierto de libros. El olor reclama tu atención, es mezcla *sui generis* de papel viejo y flor naciente, la casa está tan llena de plantas que, de moverse, es difícil no tropezar con un tiesto. Don Jacinto García Pichel parece alegrarse de la visita, aunque la soledad no parece abrumarle sino al contrario, es lo primero que te explícita al contar la ocupación de sus no ociosas horas, en qué se le va el día.

—En releer, regar el jardín y repasar un cuento breve que empecé hace varios años y ya tengo casi a punto. Se titula «Los Visigodos» y creo que con un par de años más lo remato.

Sientes un escalofrío al oír el título, pero le ahorras la información, al menos de momento. Admiras su meticulosidad y tratas de ser amable.

—¿Ha publicado alguno de sus cuentos? Me gustaría…

—No, no. Ésta es mi primera intentona.

Le supones octogenario y envidias la viveza y lúcida serenidad de su mirada. Otra llamativa circunstancia son los libros de su biblioteca/hogar, todos manoseados, todos textos originales, de ensayo o de ficción, sin ejemplar alguno de ensayo divulgativo, antología comentada, mis mejores páginas o diccionario de cualquier materia. Flanqueando *El origen de las especies*, el *Canto general* y *La familia de Pascual Duarte*, lo heteróclito de tal disposición la supones no caótica sino sujeta a un orden secreto cuyas reglas se te escapan. Ni un solo libro que pudiera considerarse de crítica, literaria o de cualquier otra asignatura. Le preguntas por qué.

—Los críticos no merecen la pena. Ofrecen siempre el mismo menú de plato único, sopa de lapas.

Te encandila la respuesta pero no le sigues el juego de palabras. Resistes la tentadora grosería de preguntar por alguna de tus novelas y dejas que continúe explayándose en su platónico ideal de vida.

—La clave está en zafarse de la actualidad. En determinados círculos se necesita tener valor para dejar de asistir a un estreno; en otros hace falta una sangre fría excepcional para confesar que no se conoce una novedad literaria a la semana de su aparición, y en cualquiera resulta suicida no haber leído el periódico de la mañana. Aquí no me hace falta nada de eso.

—¿Tiene aquí todo lo que necesita?

—Más o menos, lo suficiente para ser feliz.

Hojeas el libro que tienes entre las manos y das con su ex-libris, una espiga circundada por el lema «soy como un grano de trigo, sabroso, fértil y amigo». Tratas de provocarle.

—¿Y qué periódico lee para estar al día?

Te arrepientes de la pregunta; en sus pupilas brilla la duda de si la charla merece la pena con semejante interlocutor. Su tono se vuelve didáctico, lo tienes merecido.

—Desde que comencé mi relato dejé de leer la prensa. De hecho no leo nada si no es un libro.

—¿Ni siquiera revistas?

—Todo lo que ocurrió, ocurre y pueda ocurrir en un futuro está aquí escrito. Lo sabe, ¿no?

El ampuloso gesto de su mano abraza la biblioteca entera, o sea el universo. Le admiras, es un hombre sabio y suyo es *El libro de arena* de Borges, el unigénito libro de páginas irrepetibles, lo abras por donde lo abras jamas saldrá dos veces la misma página y, por lo tanto, texto infinito donde a la postre toda noticia tendrá su asiento. Balbuceas una pobre afirmación y dejas continúe su discurso, tratas de memorizarlo. «El vértigo de la actualidad en el trabajo nos afana con un cúmulo de conocimientos aislados a expensas de no llegar jamás a la auténtica sabiduría, y en el ocio, la gran trampa para jubilados, nos demanda un constante entretenimiento o sucedáneo del placer a expensas de no estar jamás alegres; el vértigo nos promete un mundo feliz con todos sufriendo de los nervios». Estás de acuerdo con él pero te ofende su prepotencia, sabes que te faltará el valor necesario para seguir su ejemplo de templanza, que nunca cumplirás el proyecto siempre demorado de retirarte al campo. Escuchas su a modo de coda.

—Lo que a mí me enerva es justo lo contrario. Contra el vértigo reglar, releer y reescribir.

De nuevo intentas provocarle.

—¿Le enerva? ¿Quiere decir que le pone nervioso?

—Joven, lo de enervar por ponerse nervioso es un galicismo. En castellano, en términos médicos, la enervación es el agotamiento de la energía nerviosa, justo lo contrario.

Le admiras, pero lo de joven te parece demasiado y no retienes la información que ibas a negarle para no ¿enervarle? En cualquier caso se la merece como se merece el diagnóstico un enfermo terminal.

—¿Sabía que un prestigioso cuentista, Antonio Pereira, lleva más de diez años escribiendo un relato cuyo título es precisamente «Los visigodos»?

Ni pestañea.

—No lo sabía y le agradezco la noticia. Eso quiere decir que los dos estamos en el buen camino; confío en que al final nuestros dos textos resulten idénticos, de ser así dos relatos más o menos aceptables se conformarían en una única obra maestra, ¿no cree?

En realidad no te pregunta. Se ensimisma en las posibilidades de las confluyentes sendas literarias y calla. Te sientes como un personaje de Borges, perdido en el jardín de las múltiples sendas

que se bifurcan. Cómo hubiera disfrutado el visionario ciego charlando con don Jacinto. Desde luego es un hombre sabio, pero crees que por algo más que por haber leído los 20 000 volúmenes (los calculas a ojo de buen agrimensor) de su casa/libro de arena. Respetas su silencio y percibes con inusitada intensidad el olor *sui generis* de la sabiduría que exhalan páginas y flores. Lo que sigues sin explicarte es su fama de raro.

Dubitativa realidad

La arqueta de riego o de refugio, de ladrillo y desconchones, te llama la atención por su puerta, parece hecha por el impacto de un obús. La desnudez de la sirga dista mucho del consejo de Ulloa de «hacer plantíos de árboles que hermoseen la obra y con raíces que aseguren más los fondos del canal y del dique». Lo primero que avistas del poblado es la iglesia, retrancada tras un largo almacén y diáfana, los huecos de la espadaña y del óculos la asemejan a una calcomanía sobre la piel del cielo. Gritas para averiguar si existe el eco y si aún existe alguien sobre la superficie de la tierra. Aquí se interrumpió la excavación en 1755. Cuando años después, en 1792, se abrieron a la navegación todos los tramos ya excavados en los ramales del Norte y de Campos, este lugar adquirió un gran valor estratégico puesto que era el más meridional de la línea navegable y podía convertirse en el principal puerto de embarque de los excedentes cerealistas de la comarca. De ahí que en este pago decidiera fundarse la nueva población de San Fernando o Sahagún el Viejo, también llamada Sahagún el Real, nombre que prevaleció. Visitas los viejos y derruidos edificios del almacén de cereales, del parador para hospedaje de transportistas y empleados del Canal y la casa del fiel. Espantas una bandada de palomas pero persiste el teclear de un terco e invisible pájaro carpintero. Admiras las sólidas estructuras de madera que aún resisten, quizá pudieran retejarse de servir para alguien más que para los pastores sorprendidos por la lluvia y los románticos excursionistas que dibujan en las paredes corazones atravesados por fechas y flechas. Breve fue el esplendor de Sahagún el Real como puerto, los avatares del cambio de siglo lo arruinaron pero aún pueden observarse los restos de su actividad.

Esos bastones cantoneros que aquí oficiaban además como norays para el amarre de las barcazas. Esa ampliación del cauce a modo de dársena donde la vegetación acuática se acumula y como hiedra asciende por los zócalos de piedra. Ese pálpito suspendido en la canícula. Has oído por la radio que quieren convertir este lugar en una zona de recreo cuyo mayor atractivo turístico sería el realizar viajes en barca circunvalando la Nava, aprovechando que es un tramo sin esclusas. La idea te deprime, no te gustaría ver al Canal de Castilla transformado en Disneyworld. Estos proyectos pequeñoburgueses, con ayuda de la Unión Europea, te parecen plan Leader para hoy y hambre para mañana. La primera condición que debiera exigirse al turismo del Canal es que no estuviera dirigido al turista sino al viajero, a alguien capaz de percibir este pálpito suspendido entre la soledad y el silencio. Pasa un rebaño de ovejas con su paso acompasado a una música oriental de suaves tañidos, la de sus cencerros. Nada más subjetivo que la realidad, estás en un encantador poblado que no existe. Al filo de los años del declive de este asentamiento, el sabio Duvivier tradujo así una inscripción cartaginesa: «Aquí reposa Amílcar, padre de Aníbal y como él caro a la patria y terrible con sus enemigos»; los académicos de Bellas Artes variaron ligeramente la traducción: «Este altar está consagrado al dios de los vientos y las tempestades, con el propósito de aplacar su cólera». No preguntes a nadie de por aquí dónde está Sahagún, si lo haces te enviarán al otro, al real, al de la provincia de León.

Esta tierra es mía

La propiedad de la tierra es el más atávico sentimiento de propiedad que existe. La vinculación del hombre con su terruño es el más indisoluble de los matrimonios, una mismidad que no siempre (por no decir nunca) es tenida en cuenta por quien, desde la Administración, confunde el campo con sus planos y escrituras. Para el campesino no hay ofensa como un paso no consentido dentro de las lindes de su propiedad.

Ocupando en parte los términos municipales de Becerril, Villaumbrales, Grijota, Villamartín y Mazariegos, se encuentra durante los meses de invierno y primavera una masa de agua poco profunda, aunque puede alcanzar a veces y según lugares los dos metros, que se extiende temporalmente sobre las partes bajas de la llanura adoptando la forma de una elipse, muy imperfecta, cuya anchura, variable, mide de 4 a 6 kilómetros por otros 15 o 20 de largura. Es la Laguna de la Nava, que ofrece un patente caso de endorreísmo, o sea, una comarca bastante extensa cuyas aguas se detienen en ella sin encontrar un suficiente desagüe extracontinental. Añade al severo paisaje castellano una nota muy extraña y pintoresca. Es la descripción que un lejano pariente tuyo, Justo González Garrido, hacía de este lugar hace medio siglo. Laguna de nombre semipleonásmico, puesto que nava significa terreno inculto, bajo y pantanoso. Estás en medio de su planicie y contemplas en todo lo que tu vista abarca un fértil terreno agrícola surcado por doquier de móviles arcos de riego. Muchas cosas sucedieron para llegar a este punto. El Canal de Castilla circunvala la teórica laguna, en tu deambular descubres un miliario, el del kilómetro 110, contando desde Alar, puentes, almacenes y edificios

varios, pero no el ilustrado puente acueducto de los Cinco Ojos, que salvaba el cauce del antiguo desagüe; construido por Juan de Homar, su única obra de ingeniería, no resistió el paso del tiempo y tuvo que ser demolido poco antes de la guerra civil. Memorizas los primeros planteamientos. Ya Antonio de Ulloa, en su instrucción de 1753, preveía la desecación de la insalubre Laguna de la Nava para evitar el endémico paludismo y aprovechar el terreno resultante en nuevos cultivos de regadío y en pastos para el ganado. Carlos III expresó su voluntad con estas palabras: «… se hagan los experimentos que convengan para persuadir a los naturales del país de las ventajas que pueden conseguir con el uso del regadío, que es uno de los objetos principales a que sirve el Canal, no limitándose a los prados y sembrados de trigo y cebada como se hace ahora, sino extendiéndole a todas las especies útiles y capaces de recibir aquel beneficio».

Cuando Homar, con todos los beneplácitos oficiales y un escaso presupuesto, se puso a negociar con los pueblos aledaños de la laguna el reparto de los costes de las obras de drenaje, se encontró con la oposición irreductible de los vecinos de Becerril y ello impidió su puesta en práctica. Los campesinos no se interesaron en las innovaciones agrarias, lo de comenzar pagando no era un buen argumento y mucho peor el del miedo a la expropiación.

Estás en uno de los improvisados observatorios contemplando el espectáculo. Los humedales que restan de la Nava son periódico reposadero de aves migratorias y asilo perenne para más domesticas aves acuáticas. Te pondrían en un aprieto si tuvieras que llamar a cada una de las que ves por su nombre de pila; distingues garzas, avutardas y grullas y supones que otras serán sisones, espátulas, rabilargos o como se llamen. Lo que más abundan son patos. También cigüeñas. Ahora esto es zona protegida, pero hace años tal proliferación de especies hizo las delicias de los cazadores, entre furtivos y afortunados, más conocidos por los pateros de la Nava.

En el XIX, el Estado hizo entrega de la propiedad de las tierras de la Laguna de la Nava a la empresa privada a la que se había otorgado la concesión del Canal de Castilla, con la condición de que llevase a cabo la desecación y saneamiento de la zona. La Empresa del Canal, pese a las epidemias y a la guerra carlista, terminó las obras en 1834. A la par con los trabajos de obra civil, la empresa

concesionaria entabló negociaciones con los municipios de los pueblos ribereños, sobre la forma de efectuar las operaciones de deslinde y amojonamiento de las tierras desecadas, con el fin de prevenir posibles litigios. Pero no fue posible llegar a un acuerdo. Los municipios afectados entablaron diversos recursos judiciales, mientras que los empresarios trataban de asegurarse al menos la libre disposición de los terrenos que habían estado permanentemente bajo las aguas de la laguna. Consiguieron su objetivo y comenzaron a roturar las tierras desecadas, su meta era una explotación agraria modélica con la introducción de nuevos cultivos y la aplicación de las técnicas más avanzadas de la agricultura europea. Pero una cosa es la legalidad y otra la realidad. Los vecinos de los pueblos del contorno, disconformes con dicha adjudicación, no se limitaron a reclamar por vía judicial sino que, además, causaban daños en las acequias, penetraban con sus ganados en las tierras de cultivo y apaleaban a los guardas de la explotación. La empresa trató de congraciarse con los vecinos, ofreciéndoles en arrendamiento una parte de los problemáticos terrenos, en quiñones de diez obradas, pero no por ello se apaciguaron los ánimos. Por otra parte, los rendimientos de las primeras cosechas fueron inferiores a lo previsto, lo cual originó importantes pérdidas y desencanto. Cuando la Empresa del Canal renegoció su concesión con el Estado, renunció a la propiedad de las tierras de la Nava a cambio de una indemnización. Los pueblos ribereños recuperaron nominalmente el usufructo de las mismas, pero el «esta tierra es mía» no les trajo ninguna felicidad. Los vecinos, que con tanto ahínco habían disputado a la empresa la explotación de aquellas tierras, no se preocuparon del mantenimiento de las obras de drenaje, por lo que muy pronto quedaron fuera de servicio. Volvieron a inundarse, de modo que la Laguna de la Nava volvió a formarse nuevamente, frustrándose así el más ambicioso proyecto de colonización agraria del Canal de Castilla.

Descansas apoyado en una olma muerta, hasta aquí llegó el azote de la grafiosis y recuerdas los hermosos negrillos de tu infancia. Por la radio has oído cómo un grupo ecologista protesta la decisión de instalar un vertedero en las proximidades del humedal, cosas raras veredes. No das crédito a tus ojos pero crees haber visto

una gaviota. Tras los negrillos, recuerdas a los pateros y decides pasar aquí una noche o una página con Miguel Delibes, con quién mejor en semejante lance.

Melecio iluminó al bicho con la linterna. Era un pato real grandote como una avestruz. Había cobrado antes dos azulones hermosos y me preguntó por qué no tiraba más, que me habían pasado más de cien parros rozándome la jeta. Le dije lealmente que la luna me cegaba. Pasamos otras dos horas en silencio hasta la amanecida. El cielo blanqueaba por detrás de los tesos y la islilla de carrizos se empezó a animar. Volaron tres gallinetas y caí una. Luego se arrancó una cerceta y Melecio la derribó. El campo estaba hermoso con los trigos apuntados. En la coquina de la ribera había ya chiribitas y matacandiles tempranos. Una ganga vino a tirarse a la salina y viró al guiparnos. Volaba tan reposada que le vi a la perfección el collarón rojo y las timoneras picudas. La gabusia se despegaba del cieno del fondo. Era un espectáculo y le dije a Melecio que atendiera. Sólo se sentían los silbidos de los alcaravanes al recogerse. Así, como nosotros, debió de sentirse Dios al terminar de crear el mundo.

Una noche arrancada del diario de un cazador. A Delibes lo descubriste en la Librería de Ferrocarriles S. A. de Valladolid una tarde del año sesenta y poco, porque habías oído que una turba de alféreces eternamente provisionales había renovado el viejo rito inquisitorial de la quema de libros, eso sí, pagando. Habían arramplado con todos sus libros que en las librerías de la ciudad encontraron, pagaron el p. v. p con el 10 por 100 de descuento y en la Plaza Mayor emularon una vez más la ceremonia del Farenheit 451. Ellos son *Fachadolid*, piensas, son esos analfabetos morales quienes emporcan su nombre y nada tiene que ver con las personas sencillas y pacientes (demasiado pacientes, crees) que a lo largo del Canal encuentras. Te has tropezado con tipos socarrones, desconfiados y hasta con tipos de mala uva, pero ninguno con el corazón podrido. El aspecto aliñado de la Nava que ahora contemplas no se logró hasta 1968, en el contexto de la política de colonización agraria del franquismo. Dicen que por aquí anidan la mitad de las avutardas que hay en el mundo, cosa que no te extrañaría fuese verdad ni te preocupa sea mentira. Piensas en el siglo XVIII, cuando a la laguna se la llamaba Mar de Campos y

comprendes el desprecio que los ingenieros de la Ilustración les causaba tal apodo. No era ese mar su objetivo. El saneamiento y el regadío eran secundarios ante la necesidad de la navegación: hay que continuar sajando la tierra, abriéndose las venas y hacer que la sangre, el pulso de Castilla, fluya cuesta arriba, hacia el norte, hasta alcanzar el mar, siempre la mar.

La behetría de Becerril

A veces esa atmósfera titilante que el calor provoca, nariz y oídos, hace captar erróneas sensaciones y con los ojos percibir falsas visiones. Sería una de esas veces, pues sobre las aguas del espejismo que prolonga las del Canal viste planear una auténtica gaviota. Cuarenta grados a la sombra pueden explicarlo, aunque quizá no porque ¿qué hace ese velero subido a una farola? La siesta planea sobre Becerril de Campos y en la plaza el silencio sólo es roto por los suaves acordes de los acompasados cuatro más cuatro caños de la barriguda fuente. Lo percibes como pueblo dormido pero no desierto, por el dubitativo cierre de las contraventanas. Es pueblo de solemnes iglesias, pero llama tu atención el elegante edificio decimonónico del Ayuntamiento, en ladrillo rojo, por la serie de cartelas que lo circundan, relieves en panoplia con máximas morales de convivencia. Copias al azar:

—El niño curioso y necio, causa fastidio y desprecio.
—El aseo en la persona, muchos bienes proporciona.
—La mentira es a la vez, testigo, fiscal y juez.
—Quien su bien usurpa al dueño, no tendrá tranquilo el sueño.
—La virtuz es un tesoro, más duradero que el oro.

Esta cetácea virtuz sólo te alarma por estar situada sobre los ventanales, por todas las apariencias, del ala dedicada a escuela. Decides dejarle un aviso al municipal responsable de educación. Enfrente, en lo alto de una farola, una carabela navega airosa en policromado escudo, quizá no soportes el calor tanto como supones.

Becerril de Campos es cabeza de behetría castellana y así consta

en el *Becerro de las Behetrías* que las enumera, un listado a modo de páginas amarillas mandado confeccionar por orden de Pedro I. La behetría era heredad dotada de ciertos privilegios, cuyo dueño era un campesino libre que disfrutaba de la facultad de elegir señor a quien quisiera, o no tenía otra restricción que la de hacerlo entre los descendientes de un determinado linaje. El señor se encargaba de protegerle. A pesar de tan relativa libertad y derecho a la propiedad privada, los hombres de behetría eran envidiados por los solariegos y los sometidos a realengo o abadengo. Aunque, según crónicas, a veces no se sabía qué era peor.

No encuentras una relación lógica entre la behetría y la carabela, y decides refugiarte en el bar de la plaza, que por estar en la plaza se llama de la Fuente. Te habías equivocado en la suposición de la siesta, el bar está abarrotado de público, todos hombres, todos los hombres del pueblo (¿Y la mujer? Bien, gracias, en casa). Gol a gol se agolpan ante el televisor que retransmite el partido nuestro de cada día. Pides una cerveza y te sientas a escribir la minuta referida a la virtud. Los hados te hacen coincidir con Juanma López Vallina, geólogo y farmacéutico consorte de Amusco, persona joven, amable y de intereses varios. Es quien te dice: «las apariencias no engañan si nos fijamos en los detalles con que aparentan»; pide una copa de anís del Mono y ejemplifica su tesis. La botella es un mediocre instrumento musical pero el dibujo de su etiqueta es una obra maestra del cartelismo modernista de Ramón Casas y su símbolo laico es tan profundo como el de un capitel románico, a la vez secreto y manifiesto. La fecha al pie de la imagen es 1870, año de registro de la marca y de polémica entre evolucionistas y creacionistas. El pintor toma partido y trata liminarmente de aproximar la conciencia del bebedor al espíritu científico. El mono no es tal sino figura antropomórfica evolucionada ya hacia hombre como su ombligo demuestra; su rostro es el retrato de Charles Darwin; y el legajo que exhibe en su mano derecha explícita la calidad del anís y también algo más: «es el mejor, la ciencia lo dijo y yo no miento». La explicación merece los aplausos que en realidad están dedicados a un gol de Raúl; cuando tenías sus años nadie se llamaba así.

El Canal se abraza e integra en el casco urbano. Estás con Juanma sentado en el basamento de la cruz de piedra junto al

puente de San Juan, un banzo que oficia de poyo para alivio de caminantes. Allí las aguas se ensanchan en lo que en su día fue fondeadero y en donde un artilugio giratorio permitía cambiar el sentido de marcha de las barcazas. Te señala un turbio punto al otro lado del puente: «ahora no hay ninguna, no son habituales pero sí que se ven gaviotas, penetran desde la costa siguiendo la ruta de los estercoleros y las han avistado hasta en las afueras de Salamanca». Te sorprende tan extraña migración, pero concuerda con otra no menos fastuosa; hasta aquí emigraron las farolas que en la plaza lucen escudo en el cual navega un velero bergantín con los diez paños de sus velas al viento. Cómo te hubiera entusiasmado que tal velamen fuera escudo de Becerril. En realidad es escudo de San Sebastián y la farola procede de un regalo del Ayuntamiento donostiarra al terracampino; en cualquier caso, te consuelas, la presencia del mar es una constante como lo es el que las gaviotas sigan la estela de los barcos.

Astilleros de tierradentro

A la entrada del pueblo está el campo santo con la puerta abierta, echas un vistazo. No hay grandes ni pequeños mausoleos, las lápidas son modestas pero atildadas, en una de ellas riega las flores la vieja con una lata (al hombre enterrado vivo la sed le mata) y en muchas perviven inmarchitables apellidos que de atribuírselos a personajes de novela serían increíbles. Polvorosa Mies, por ejemplo. Vuelves a la ría. A lo largo de la misma se erigieron pequeños artefactos para la construcción naval a modo de astilleros, más bien talleres de reparación, siendo quizá el de Villaumbrales, por tamaño y actividad, el único y auténtico astillero del Canal. Destinado a la fabricación de barcas y chalanas, otro trabajo no desdeñable fue el de compuertas de esclusas. Ahora estás frente al edificio que en las aguas se mira. Es una noble casona de planta rectangular, de dos pisos, herreriana y de ladrillo; sobre la puerta de la fachada principal destaca en piedra el escudo monárquico y sobre él, en el tejado, a modo de estrambote o adorno, una milana. Es la Casa del Rey, así le dicen por el escudo. A su vera, entreverado de maleza y huerta, el solado de sillería de lo que fue el astillero propiamente dicho, en sus días fabriles protegido por una espectacular cubierta para poder así trabajar al aire libre sin temor a las inclemencias del tiempo. Más de cuarenta personas, entre jornaleros y especialistas, llegaron a trabajar en este abandono. Tu ánimo se incorpora a la desolación circundante, nada de cuanto ves apuesta por la reconstrucción imaginativa de una en Castilla tan atípica actividad. Apenas sobrevive un detalle: unos metros más allá, junto a un breve acueducto, una pequeña dársena separada de la caja del Canal; a modo de dique flotante recogía las barcazas para ser reparadas sin

que ello entorpeciera el entonces intenso tráfico de la ría. Al no ser deterioro sino ausencia ni siquiera puedes imaginarlo como una abandonada ficha de dominó. Cómo te hubiera gustado contemplar la botadura de una nave en tierradentro. Ver una proa tajando la piel del agua y las olas sucediéndose en reiterada bienvenida. Quizá debieras recurrir a la tintura de raíz de anchusa recomendada por Carlos Palencia, el boticario de Rioseco: «preparada con aguardiente, no deja subir el veneno al corazón y fortificándolo vuelve alegres a los hombres melancólicos». En una foto de 1930 luce íntegro el astillero, la ausencia no viene de tan lejos. Contemplas la Casa del Rey, tratas de fijarla en tu memoria como si así pudieras protegerla de la turbadora disgregabilidad que el tiempo procura a los edificios cuando los hombres les vuelven la espalda. No es la primera vez que saboreas esta amargura y mucho temes no sea la última.

Siempre segundas partes fueron buenas

Estás concluyendo el amplio y planísimo semicírculo de la Nava, unos treinta kilómetros llevan las aguas del Canal discurriendo al mismo nivel sin necesidad por tanto de esclusa alguna. Caminas hacia un eventual sur, avistando las lomas de la modernidad, repitiendo un panorama cuya única variante consiste en ver salir el sol a tu izquierda y sonríes complacido. El Serrón está donde estaba pero el canalero ha cubierto ya la mitad de su ruta. No crees en el cervantino dicho de nunca segundas partes fueron buenas, opinas justo lo contrario, siempre son señal de buen augurio, si no de éxito si de continuidad y perseverancia, de que sigues vivo. La vida es un cúmulo sistemáticamente incoherente de monótonas repeticiones como los ciclos de la luna y la mujer, se repiten los días y se renuevan repitiéndose el sueño, el hambre y las varias ganas. Una segunda parte, como una segunda edición o versión, es siempre una segunda oportunidad. «El que prueba repite, si el bolsillo se lo permite», decían los barquilleros de tu infancia. De espaldas a la moderna fábrica de ladrillos, encaras los dos álamos gemelos que inspiraron el soliloquio de tu primera visita, cuando acabaste el ramal del Sur. La repetición del gesto te reconforta, pero no quieres demorarte. Disfrutas del triple salto de las esclusas con una fugaz mirada y, por el puentecillo de la 25, cruzas al otro lado del Canal. Reanudas la marcha y el sol, no muy alto todavía, se sitúa de nuevo a tu derecha.

La venta de Valdemudo

En las proximidades del paraje de Valdemudo, la pobeda se hace más frondosa y las aguas parecen más claras, quizá por el reflejo de la vegetación; en cualquier caso lo consideras uno de los tramos más amables que has recorrido. El marjal de la Venta colabora a esta suavidad, sus encharcadas aguas proceden de las filtraciones del Canal y milagrosamente alberga una colonia de garzas imperiales. Muy otro sería su aspecto a mediados del XVIII, páramo de desolación. El cerro de Valdemudo no sería obstáculo infranqueable para el caminante de la época, pero sí más que dificultoso para quien a su través quisiera pasar una vía de agua; el ideal de perfección que dominaba a Antonio de Ulloa, expresado en trazados rectilíneos, hizo que el montículo no se soslayara, lo cual supuso un notable retraso y encarecimiento de las obras. La tierra extraída en la excavación quedó amontonada demasiado cerca de los bordes de la caja del Canal, con el riesgo de que volviese a caer en su interior haciendo baldío el trabajo realizado, y fue preciso retirarla de las orillas, lo cual acabó duplicando los costes previstos. El ideal perfeccionista de la Ilustración se hace más explícito en el puente, el más antiguo del Canal y el único construido por el ingeniero Carlos Lemaur. Su singularidad radica, en palabras de Jovellanos, en el hecho de que «se encuentra fabricado sobre el suelo, ahorrando las cimbras» y, efectivamente, así es. Resuelto en piedra, es de destacar el excelente trabajo de sillería y el bello pretil de losas de arenisca caliza; de una sola luz, de orilla a orilla, su arco levemente apuntado le confiere gran esbeltez y armonía. Más de un turista, piensas, lo confundirá con un puente romano.

A ojo desnudo, el singular cruce ni se adivina y, sin embargo, su

percepción es fundamental para todo canalera que se precie. Ni rastro físico ni letrero avisador de tan curiosa encrucijada. Por este puente, durante años y años, se cruzaron el pretérito y el futuro, la Mesta y la Ilustración. No muy lejos de donde estás, hacia el norte, en la dehesa del Montón de Trigo, hasta hace relativamente pocos años los grandes rebaños de ovejas merinas o moritas tomaban la vera del Canal en su largo peregrinar hacia el centro de la Península. Durante varios kilómetros, tres o cuatro, el Canal de Castilla se convertía en compañero de viaje de los pastores que bajaban miles de cabezas de ganado lanar desde los puertos del Esla y los montes de Riaño a través de la Cañada Real Leonesa Oriental. Canal y Cañada se confundían hasta la Venta de Valdemudo.

En la orilla izquierda, junto al puente, paralela al almacén, se alza la Venta de Valdemudo, también conocida en sus tiempos de esplendor por Venta Nueva. Es un edificio de ladrillo, amplio y alargado, de dos cuerpos, el más corto de dos plantas cuyo estado de conservación deja bastante que desear. Te aproximas a su hospitalaria puerta y cruzas el umbral del tiempo. El comedor rebosa de un público varonil de trashumantes pastores y no menos trashumantes marinos de parva y ría; en sus rostros hay fatiga pero no tristeza, fluyen el vino claro, la sopa de ajo y el chocolate espeso. Las conversaciones son animadas y aunque se producen en voz alta no ahogan la del cantautor junto a la trébede. Se corean sus canciones y se festejan a carcajadas la inocentes barbaridades propias del cante en ausencia de damas. Seguidme al hilo y oído al parche:

El cuerpo de una mujer
es parecido a una huerta,
en medio tiene la noria,
y el perejil, a la puerta.

Quien interpreta, pastor sin duda alguna, tiene un doble gran dominio de las tablas; mientras manipula dos marionetas que bailan sobre una tabla vibrátil, la vibración la consigue pedaleando, actúa y canta con naturalidad, desde luego sabe enardecer a su público. Te encandila con sus explicaciones sobre la percusión, la madre de

la música, la percusión en el origen de la vida, en la jota y el galope, ritmo doble como de campana grande y campana chica. Él lo consigue con las manos desnudas, o con dos cucharas, o con dos trozos de teja, y lo redobla hasta una impensable complejidad con el artificio de los muñecos. Percute un ritmo que musicalmente sólo puede traducirse en frase hecha, en juego de palabras, «chaca, charraca, chaca, zurrón de chivo y albarca albarca». Es música de pastores, gente con las manos libres para la talla o el repique y tiempo por delante. La venta, para pastores y no pastores, para Pepe y la burra (sólo se prohíbe la entrada a tiracantos, flagiciosos y derramasolaces), es un paréntesis; cuando se cierre reanudarán su durísima vida en el punto exacto en que la dejaron. No hay tristeza en sus rostros, pero en sus manos ves demasiadas cicatrices, algunas de heridas aún no recibidas.

Continúan las canciones de taberna y de mientras se espera la cena. Pintoresco personaje el ventero, te consigue un escaño y, considerándote persona principal, requiere tu atención para que leas los versos que ha escrito en la pared, al pie de su retrato: «Muy arrimado al Canal / una venta edificó / el Rey su permiso dio / por ser el Sitio Real. / Fue fundador de esta casa / su nombre era Manuel / de Aragón por siempre / ardió la caridad sin tasa». Fuego, pan y sal garantizados, con y sin qué para pagarlos.

Recruzas el umbral del tiempo y sales a la intemperie, anochece y está refrescando. La escena pasada la calculas hacia 1795, las únicas luces que entonces existían y aún perviven son las de las estrellas. Cuando cayera la noche se haría realidad que aquella era la venta del fin del mundo, hoy del fin de Valdemudo, nadie recuerda tal nombre. No preguntes a nadie por Valdemudo, nadie te dará razón. Añoras lo que no pudiste ver: la despedida de los pastores conduciendo sus rebaños, cruzando el Canal en busca de las aguas del Carrión en Anguarinos; la despedida de los barqueros azuzando a las mulas y enfilando sus naves hacia Calahorra o Sahagún. ¡Salud y hasta la próxima!

Decálogo de la función pública

Comer donde lo hacen los camioneros garantiza algo más que un excelente y económico menú del día. Entras en Casa Paco, en las afueras de Monzón, y atiendes más a la charla de los clientes que a la carta que, amable, te ofrece una desaliñada jovencita. Se pasan de mano en mano un papel y a tus oídos llega una auténtica perla no cultivada: «mira, la patria es lo que me enseñaron en la mili, cuando ves a un francés o a un inglés por ahí, por la calle, ¿no te da rabia?, pues eso es la patria». La definición te parece antológica, pero si tercias en la charla es por otra curiosidad. Cuando te pasan la fotocopia decides que es tu día de suerte, de seguir así enhebrarás un collar entero. El texto de tan volandero (quizá mejor volantista) papel está encabezado por el epígrafe «Decálogo de la Función Pública Española» y es más enjundioso de lo que pueda parecer en una rápida y distraída lectura, bastante más que el de otras cadenas de pasa-la-bola e incluso próxima a la sutil mala baba de los principios de Peter, las *Razones erróneas de por qué las cosas salen mal* y otras filigranas así, anglosajonas. Transcribes sus diez puntos:

—Sensata determinación de objetivos.
—Optimismo ante la bondad del proyecto.
—Desorientación en la puesta en marcha.
—Desconcierto en el *modus operandi*.
—Cachondeo [2] por los primeros resultados fallidos.
—Búsqueda metódica de culpables.
—Sálvese quien pueda.
—Castigo ejemplar de inocentes.

—Recuperación del optimismo.
—Culminación tardía pero defectuosa.
—Merecido ascenso a los no participantes.

Bien podría tomarse por columna vertebral de nuestra sociedad, piensas. Curioso carisma el del número diez y más curiosa su excepción, en ningún deporte de equipo son diez los jugadores que se enfrentan a otros tantos aunque, mano a mano, hagan diez al baloncesto. No dudas en calificar de patriotas a los camioneros, pues en sus corrosivas chanzas contra los políticos se han referido siempre a la España estatal y cual y no al vergonzante apodo de Estado español; puede que sin saberlo formen una ilustrada sociedad de amigos del país. El texto termina con unas intrascendentes generalidades y reserva toda su enjundia para la llamada a pie de página. Consúltese.

Tu pensamiento vuela a otra anécdota. No puedes remediarlo, los funcionarios, sobrenaturales seres con siempre un problema ante cada solución con que se les ofende, no te caen bien. Recuerdas la historia y como te la contaron la cuentas. Por aquello de sólo se dice el pecado, al protagonista le atribuyes el alias de Antonio González Garzón, suena parecido y le colocas en el Servicio de Publicaciones de un ministerio. Escritor vocacional y funcionario vanal, de la vanalidad hizo lucha revolucionaria. Procedente del realismo socialista, con varios títulos en la primitiva Seix-Barral, sacadas las oposiciones, decidió dinamitar el sistema desde dentro, como hacían los topos de CC. OO. con el sindicato vertical; su acción revolucionaria fue una tajante negativa a trabajar, para así enfrentar al aparato administrativo a su más preclara contradicción: la inoperancia. En su despacho los expedientes ni se demoraban ni se traspapelaban, simplemente desaparecían; en su deambular en busca de la máquina de café los abandonaba sobre la primera mesa que le salía al paso. Jamás supo el desenlace de ninguno de ellos, pues ninguno regresó a su escritorio. Nunca le llamaron la atención, ni los franquistas, ni los socialistas, ni los populares; se limitaron a arrinconarle en una salita en donde nadie le incordiaba y en cuyo aislamiento fue feliz escribiendo novelas alegóricas, relatos en los que una y otra vez reincidía en el tema de la caja china o la matrioska, o sea en la vanalidad de un complejo juego de paciencia, cuyos sucesivos receptáculos sólo eran capaces de contenerse a sí

mismos e incapaces de establecer con el mundo exterior ninguna otra función que no fuera la de adorno. Le jubilaron con la escala más baja posible para sus muchos años de servicio, en el mismo Servicio de Publicaciones en donde se inició. Teórico incorregible, a su acción revolucionaria la denominó circunfleja, nadie sabe por qué. Nunca trabajó, pero el sistema resistió incólume.

Excelente la menestra de cordero. Quizá otro día, con estos mismos materiales y un poco de fantasía, tú mismo te decidas a escribir otra historia más romántica, la del funcionario y la joven hebrea. Al salir, compruebas que la puerta de la calle es corrediza y provisional. Los funcionarios encargados de la seguridad en los establecimientos públicos obligan a cambiarla porque ha de abrir hacia fuera y los encargados de la conservación del patrimonio también obligan a cambiarla, pues, para no romper el tipismo, ha de abrir hacia dentro.

Doña Urraca

Juan Antonio Durango, comerciante de Valladolid, en 1780, estableció en Monzón, casi en la confluencia de los ramales del Sur y de Campos, una fábrica de harinas que sobrepasaba las dimensiones de un simple molino de maquila; molturaba 30 000 fanegas de trigo anuales y treinta eran sus obreros. La producción de esta fábrica se transportaba por el Canal hasta Herrera de Pisuerga y desde allí, en carretas, hasta Santander. Fue el primer exportador castellano de harinas que utilizó el Canal para alcanzar la mar.

Habías oído en repetidas ocasiones lo de «más abulto que los nabos de Monzón». Sabes que a los de Monzón les llaman abulto, o sea, persona sin sentido que actúa a lo loco y sin pensar, y que les dicen bultazo y adobe con el mismo significado, pero de su trato no sacas razón lógica para el apodo. Quizá sea venganza de la historia de su elefantina memoria. Aquí, en el castillo, se refugiaron los tres primeros regicidas de Castilla, hijos de don Vela y asesinos de García II; de nada les valió pues aquí mismo, al pie y al abrigaño de su puente levadizo, fueron quemados vivos. «Antes que Dios fuera Dios y las tierras fueran tierras, ya Monzón era Monzón y los Velas eran Velas». Así ardieron, un bultazo de historia.

Paseas por la torre del homenaje, quieres olvidar las palabras grandilocuentes y escuchar lo que las piedras responden a tu tacto, acaricias su áspera superficie y aguardas. Debió ser impresionante fortaleza pues impresionante es lo que aún resiste en pie. Castillo enhiesto de planta regular, lienzos almenados y reductos con cubos angulares. La torre en que te encuentras contenía tres plantas de

estancias lóbregas, quizá para uso de cárcel o depósito de armas, hoy transformadas en cómodas habitaciones. En las crujías del patio de armas ya no hay restos cuarteleros, todo él está restaurado y el conjunto es un confortable y pintoresco hotel. Aquí casó dona Urraca con Alfonso el Batallador: alargada es la sombra de doña Urraca, su penumbra habita por todos los castillos de estos campos. Acaricias la pétrea rugosidad en busca del vértigo de la historia, sabes que el tacto es el más materialista pero también el más imaginativo de los sentidos y que, a tan persuasivo acercamiento, las piedras no se resisten; no suelen revelar su misterio pero sí el complejo pálpito de la ambición y el sacrificio, del coraje y la miseria, del heroísmo y el miedo que en ellas se acumula. En vano aguardas porque la restauración y su uso venal las enmudece.

Paseas por el pueblo y también en vano tratas de localizar a Chus Ordóñez, el logopeda avícola, hablas por lo tanto de oídas. El hombre mantiene su júbilo de pensionista enseñando a hablar a las aves, enseñó a un cuervo ya difunto y ahora convive con su última alumna, una urraca (pega, pigaza o marica, depende dónde) llamada Doña, a la que trata como un hijo porque sospecha que hembra no es, si no ya habría puesto huevos, y que alimenta con macarrones y patatas. La cogió de pollito y, a fuerza de vocalizar y machacar, de repetir las palabras, consiguió que aprendiera un repertorio básico. Doña grazna con voz grave de ave esdrújula el siguiente vocabulario: «pícaro», «pájaro», «rábano», «abulto», «hola» y «adiós». También emite una frase larga, «¿cómo te llamas?», lo cual le permite mantener curiosas conversaciones con los críos del barrio sobre sus respectivos nombres de pila. Lo que desasosiega al animoso Chus es que también emita «gilipollas», vocablo que supone habrá aprendido en la calle, puesto que él jamás enseña los malsonantes a sus criaturas. Los expertos, o sea los zoólogos y los titiriteros, dicen que éste no es fenómeno extraordinario; según ellos los córvidos son políglotas, se les puede enseñar a hablar como a las cotorras y también pueden imitar el habla de otras especies. Debe ser cierto lo que dicen, de hecho Doña también ríe, ladra, croa y pía. Jamás has mantenido charla con contertulio tan avezado y te hubiera hecho ilusión hacerlo, al menos decirle cómo te llamas. Quizá en la próxima.

Antes de abandonar Monzón, tropiezas con la azucarera y el

problema de la remolacha. Ahora, la actual Comunidad Económica reparte las cuotas de producción de azúcar por países y son los gobiernos quienes las distribuyen entre las empresas nacionales, pero, a partir de Maastrich, las cuotas pasan directamente a poder de las empresas y, ahí el problema, las empresas españolas son francesas. El poder pasará de la Moncloa a la General Sucrière. Los agricultores remolacheros no están dispuestos a que les cierren la torga y les dejen sin agua el huerto: sacarán los extractores a la calle. Les llaman así porque, vamos a ver, explican, ¿qué es un tractor sin trabajo? De vuelta al Canal, antes de abandonar el pueblo, una agria voz te despide: «¡Adiós, gilipollas!». Confías en que sea la urraca y sigues tu camino.

Derribos de Ribas

El sol está ya muy bajo, en una hora estalla contra el horizonte, calculas. El agua circula recta, muy recta, como le gustaba al ingeniero naval Ulloa. Has rebasado la esclusa de retención que ceba la ría, flanqueada por dos casetas similares a las arquetas de riego, y tratas de no pensar en nada para absorber como se merece, sin ninguna distracción, el próximo acontecimiento. Sin querer piensas en las innumerables reparaciones que por aquí fueron precisas aun antes de iniciarse la navegación, se repasa la escarpa, se alzan los malecones, se abren banquetas y se pelea contra los taludes de un árido que, cual alma en pena, parece no tener más objetivo que regresar a la fosa de donde procede. La musicalidad del agua pregona y se adelanta a la visión de las esclusas. Es un rumor más sordo que en ocasiones anteriores. De pronto, enmarcada por la abundante vegetación de la sirga, descubres la catarata: no crees que fuera mayor la emoción del primer españolito acorazado que descubrió Iguazú. La imagen sólo es desproporcionada con relación al salto de la corriente líquida, el que aquí ves alcanzará un máximo de diez metros y se articula en los tres escalones consecutivos de las esclusas 24, 23 y 22, antes de hundirse como un cuchillo de plata en la garganta del Carrión. La imagen no es desproporcionada en cuanto a la espectacularidad de su contraste con la geografía que lo enmarca, esto no es una tierra de campos sino un paisaje de Turner. La confluencia del río y el Canal se abre como un lago de rebordes pantanosos, en donde la fronda se cierra sobre sí misma haciendo que te pierdas en su intrincado dédalo. Algo inverosímil. Los álamos se adensan con alisos, sauces, espinos y silvestres árboles frutales y se enredan a ras

de suelo con la zarza y el escaramujo o tapaculos. Espantas nubes de gorriones y una oropéndola. Has de volver sobre tus pasos para recuperar un camino que no puedes llamar de sirga. Una pobeda de tiralíneas, cercada de tela metálica, luce el rótulo de «experiencia populetum», cosas de la
C. H. D.

Asciendes y por entre la fronda emerge una casa con el aspecto de un fotograma de guerra, el mismo de otros edificios más arriba y al fondo. También distingues la espadaña de la iglesia que sirvió de referencia, de punto fijo, al trazado del primer tramo del Canal de Campos, el que acabas de recorrer, al que en un principio llamaron del Mediodía, nombre que no cuajó. Ni un alma a la vista. Estás en Calahorra de Ribas, en donde llegó a establecerse una nueva población con los trabajadores de los dos molinos harineros y del batán de paños, así como con los de las cinco huertas y las tierras de regadío de los alrededores, con sus casas, más otra para el esclusero, y un parador para los viajantes y curiosos que ahora brillan por su ausencia. «Edificio en ruinas, no pasar». Llamas a la puerta, llamas y llamas, ni el más voraz de los incendios haría que alguien acudiera a su retórico gesto. Alcanzas la cumbre de las esclusas y te ensimismas ante tanta belleza, soledad y derribo. Te han hablado de una abadía cisterciense en trance de ruina y de establo, un poco más allá, en Ribas pueblo, pero no vas a visitarla, no quienes disiparte. Encontradas emociones te provoca el monumento de sillería erigido en 1791 para conmemorar el enlace entre el tramo ya construido del ramal de Campos, que llegaba hasta las cercanías de Paredes de Nava, y el recién concluido ramal del Norte, el que aún te falta por explorar. El texto de su lápida tiene una lectura aviesa, el de las entre líneas que separan las ganas de la impotencia, ya lo meditarás. Sobre el monolito, el escudo real y sobre el escudo, la corona. Ni quitas ni pones rey, la frase te remite a los japoneses porque sólo confías en el trabajo. Todo cuanto aquí ves es fruto del trabajo y su estado actual, de la desidia. Quizá lo de los nipones sea una condición extrema, los empleados de Eléctrica Matsushita cantan antes de empezar su jornada laboral: «Juntemos la mente con la fortaleza, promovamos la producción y enviemos nuestros bienes a los pueblos del mundo como el agua mana de una fuente; que crezca la industria, que crezca, que crezca,

armonía y sinceridad, que crezca Matsushita».

Aquí uno de los molinos harineros se transformó en molino de luz, en central hidroeléctrica, pero no es lo mismo, allí, si no vale, ni de balde. La calahorra, en el antiguo régimen, era el edificio público en el que se repartía gratuitamente trigo en época de escasez, dádiva que solía entregarse a través de rejas. En tu imaginaria partida de dominó, te decides por el tres blanca: nada subsiste salvo las tres esclusas, y los arbustos que entre sus sillares crecen no auguran nada bueno. Contemplas cómo el agua se despeña cantarina en una cascada con tres estrofas de espuma. Las esclusas son ovaladas, pero la más alta e inicial, la 22, ofrece una variante inédita y exclusiva. El agua no se derrama por su cara en contacto con el Canal sino por encima de los muros laterales de su cuenco, en los que hay, para previamente acogerla, dos a modo de estanques. El agua los rebosa, se desliza por un ligero plano inclinado de los muros y se desploma al fondo del vaso en una doble, paralela y enfrentada cortina; piensas que así debieron abrirse las aguas del Mar Rojo para ceder al paso de Moisés. Los rociones salpican tu cara y parpadean fugaces arcoíris. Abajo, el Carrión comienza a obscurecerse. Hasta aquí llegaron tus huesos, canalero. Respiras la dulcedumbre de las tierras regadas y cierras los ojos, quieres superponer al paisaje actual, tan de derribo, la descripción pictórica que del mismo hizo Pedro Serrano Robles en un grabado de 1850, tan armónico y laborioso. El torbellino y estruendo de las esclusas te suena a música sinfónica, la conseguida con trabajo suena así. Quizá no tengas remedio.

Las penumbras de la Ilustración

Licántropo meditabundo, con dos tercios del Canal a la espalda, sentado en la base del obelisco conmemorativo de la unión de los ramales del Norte y de Campos, repites la circunstancia pero no el soliloquio como corresponde a un folletón por entregas. Estás más fatigado que la vez anterior y no es noche de luna llena, sopla el corisco y por entre los densos nubarrones las estrellas se deslizan fugaces, ojalá llueva. Enciendes con parsimonia un Condal del n.º 4 y con la misma morosidad contemplas el apesadumbrado paisaje. Es cierto que un buen habano, o un buen canario, adormece el dolor y puebla la soledad de mil graciosas imágenes, pero no es menos cierto que las que ahora se instalan en tu imaginación sólo tendrían gracia si fueras un espectador neutral y no un fanático canalero. Exhalas una larga bocanada de humo y las dejas actuar, ya comentarás más adelante el texto de la lápida en que te apoyas. Las batallas se deciden en los límites y quien no quiebra una frontera no gana. La campaña reformista de los ilustrados tuvo que detenerse ante los privilegios de las clases dominantes, ante las estructuras del régimen absolutista y ante los anatemas de las autoridades eclesiásticas, su programa de modernización no pudo prescindir de la voluntad del soberano; y también en profundidad se limitó su campaña, las luces fueron patrimonio de una élite de intelectuales, mientras la mayor parte de la población seguía moviéndose en un ámbito caracterizado por el atraso económico, la desigualdad social, el analfabetismo y el obscurantismo religioso. Tratas de esbozar la desgraciada paradoja: los ilustrados creyeron en la reforma como instrumento para el advenimiento de una nueva armonía; los monarcas utilizaron el despotismo ilustrado para acometer una

modernización del país que debería dejar intactas las estructuras sociopolíticas del pasado, o sea, su poder absoluto; los primeros no superaron las resistencias de los inmovilistas y los segundos no contuvieron la impaciencia de los radicales; por desgracia el conflicto se resolvió a la española. Quizá nunca se mire inocentemente el pasado ni se elija caprichosamente el espejo donde mirarse, puede que por eso estés aquí ahora, abrazado a la incierta cintura de la noche. Una de las funciones asumidas por la Ilustración oficial fue la remoción de los estorbos que se opusieran a la difusión de las luces, así se suprimió la censura previa y se suprimieron aquellos cuerpos que se juzgaron contrarios a la reforma, como ocurrió, en el caso más dramático, con la expulsión de los jesuitas; también se intentó domeñar el poderío de la Inquisición, a pesar de lo cual el Santo Oficio mantuvo en vigor a lo largo de todo el siglo XVIII su *Indice de libros prohibidos*, un grueso volumen de más de 300 páginas de letra apretada a doble columna, que incluía no sólo las obras de los filósofos y científicos extranjeros de mayor prestigio, sino también cualquier libro que exaltara el análisis crítico de la realidad física y, no digamos, de la metafísica. Un siglo de entreluces. La cultura ilustrada se detuvo ante las puertas de los comportamientos tradicionales o simplemente populistas, por esa vía ni siquiera se atrevió contra la fiesta de los toros. Te divierte recordar la anécdota de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas: antes de que se libere la carrera de Indias, los navieros de la Ilustración nombran primera accionista a la Virgen del Coro, patrona de San Sebastián, para con tan sutil soborno alejar de sí tormentas y malas mareas. Pero el más sangrante ejemplo de ambigüedad procede del mismísimo Jovellanos, quien aboga calurosamente por una educación al alcance de todos y por la proliferación de escuelas públicas, pero al mismo tiempo deja entrever que el buen orden social prescribe la limitación de la enseñanza para muchos a sus niveles elementales y sólo como vía a su capacitación técnica, pues lo contrario provocaría una competencia en los saberes que sería perniciosa para el equilibrio de la sociedad. Todo para el fomento y la felicidad del pueblo pero sin el pueblo. En un siglo concupiscentemente científico, la producción literaria cae bajo mínimos; no obstante, con agridulce memoria, recuerdas un título muy a propósito de este

soliloquio, *Los eruditos a la violeta* (1772), de José Cadalso, una sátira contra la pedantería y el diletantismo, contra las apariencias. El Canal de Castilla sufrió variopintas críticas, quizá la más pintoresca la del obispo Longinos retorciendo uno de los argumentos favoritos de las luces, el de dominar la Naturaleza sin contrariarla: «a los tan respetuosos de la Naturaleza digo que si Dios hubiera querido esa vía de agua nada habrían de excavar pues allí existiría de siempre y en mejor concilio». El humo no ciega tus ojos, son otras las críticas que hubieran debido hacerse. El tándem Lemaur-Ulloa no funcionó tan sincronizadamente como en principio se supuso; amén de los celos jerárquicos, el primero acusó al segundo de incompetente en ingeniería hidráulica y de pretender con su prurito por la línea recta dar al Canal una perfección imaginaria (tan característica, por otra parte, del espíritu geométrico de la Ilustración); mientras el segundo acusó al primero de variar el proyecto original con continuas, curvilíneas e incoherentes modificaciones. Quizá la discusión cumbre tuviera lugar en junio de 1754, cuando ya se había abierto más de una cuarta parte de la longitud del ramal de Campos y Antonio de Ulloa empezó a dudar de si estarían correctamente nivelados todos los tramos excavados, duda que Carlos Lemaur llevó a un extremo límite dudando de si con ese nivel el regadío y la navegación eran compatibles. Los problemas laborales no fueron a la zaga de los técnicos; los campesinos contratados no es que fueran malos trabajadores sino personas poco instruidas y con muchas necesidades; llegado el primer verano la mayoría de ellos se retiraron a sus lugares de origen para recoger las cosechas, y no regresaron en masa hasta octubre; ahora bien, según avanzaba octubre, fueron acortándose los días y, en consecuencia, reduciéndose la jornada de trabajo, de manera que empezó a ocurrir que los anticipos de dos reales y medio por persona y día a menudo superaban el salario del destajo, con lo cual, a la hora de efectuar la liquidación, las cuadrillas quedaban endeudadas con la tesorería del Canal. En la estrategia de los abastecimientos y transportes también pintaban bastos, pero los problemas más radicales procedían de la política, de la continua falta de liquidez de la Hacienda Pública, sangrada con continuas campañas bélicas, una circunstancia tan obvia que aparece machaconamente en todos los escritos de los

viajeros de la Ilustración. Dice Jovellanos, en 1750: «¿Quiere usted industria, comercio y opulencia? No tiene más que abrir la avenida al mar de Cantabria y verá usted que Castilla es otra vez el empeño de España. ¿Duda usted de que acabarán estos canales? Yo no. Ello es fácil. Dediquemos a conquistar nuestras provincias lo que gastamos en invadir las ajenas y verá usted vencido este imposible. ¡Cuándo apreciaremos la paz en lo que vale! ¡Cuándo aborreceremos la guerra tanto como se merece!». Opinión remachada a finales de siglo por el irlandés Bowles: «Todo el gasto anual de este Canal no iguala al de la construcción de un barco de guerra. Incluso me atrevería a decir que los hombres y el dinero gastados por España en la última guerra habrían bastado para acabar cuarenta canales semejantes al que acabo de describir»; y vuelta a remachar en lo mismo, en las mismas fechas, por el inglés Townsed: «Esta empresa, en otro tiempo mirada como un proyecto extravagante, será, con toda probabilidad, acabada, tal vez incluso en una época poco lejana, con tal de que España tenga la prudencia de no meterse en una nueva guerra». Ni en otros dispendios, sonríes melancólico, tan ensimismado que has de volver a encender el puro, error imperdonable.

Carlos III, anfibológico rey alcalde, que amaba la fabricación y padecía viendo cortar un árbol, que amaba al pueblo casi tanto como lo temía, era tan teóricamente sobrio en la administración como *de facto* manirroto en sus gastos personales. Repasas el ejemplo de sus cacerías diarias en palabras del amigo Townsed: «Tampoco hay fiestas que lo aparten de su diversión, excepto dos días en Semana Santa, y entonces, aunque él sea de temperamento plácido, se dice que se pone de tan mal humor que nadie se le acerca. Sus acompañantes habituales son el príncipe de Asturias, el capitán de la guardia, su caballerizo, su gentilhombre de cámara, su médico y su cirujano. Todos éstos ocupan cinco coches, además de los cuales va un carruaje con medicinas, escopetas, municiones, ropa seca, etc.; cada coche lleva seis mulas y, dado que en el camino hay varios relevos para los tiros y para los guardias, el número de caballerías que se necesitan diariamente es de 200. Su ritmo de marcha es de doce millas por hora, por lo cual ocurren con frecuencia accidentes tanto para los hombres como para las mulas [...]. El rey no desdeña ninguna especie de caza, pero le halaga

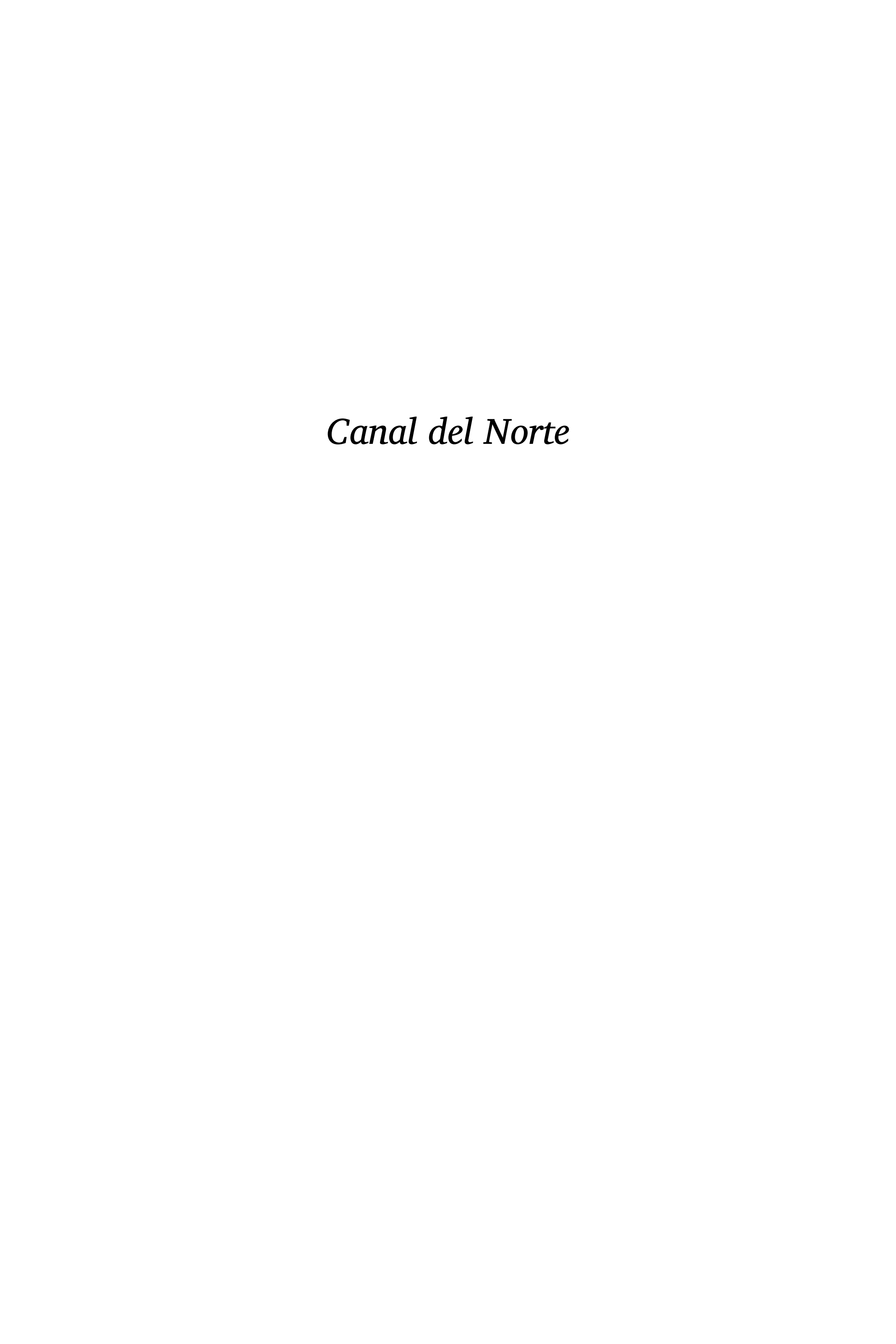
especialmente la idea de liberar de lobos al país. Cuando se tiene noticia de que hay alguno a una razonable distancia, se envía a una muchedumbre (nunca menos de mil quinientas personas) a descubrirlo, rodearlo y llevarlo hacia algún lugar donde el soberano tenga las máximas posibilidades de matarlo. A estas gentes les da seis reales por cabeza, y si mata al lobo les paga el doble». Cinco veces más que si hubieran perdido el día trabajando en el Canal.

Tarareas lo de dale a tu cuerpo alegría, Macarena, hay que tener muy suelto el cuerpo para digerir sapos, y, ahora sí, te encaras a la placa de bronce del obelisco. A pesar de la obscuridad puedes leer un texto que te sabes de memoria. «En el feliz reinado del Señor Carlos IV y de la Señora Doña Luisa María, su augusta esposa, se unieron en este punto los ríos Carrión y Pisuerga en agosto de 1791, a expensas del Real Erario, siendo ministro de él el Excmo. Sr. Conde de Lerena, bajo cuyas órdenes dirigió la obra el coronel D. Juan de Homar Aguirreechea, caballero de Calatrava». Si el tiempo es oro, no es menos cierto que el caos del tesoro alarga el tiempo de sus obras, hasta el absurdo de que las personas citadas en la placa poco hayan tenido que ver con la aventura del Canal; salvo Juan de Homar, por quien tu simpatía se desborda: a partir del monolito dedicaría veinte años de su vida al mismo, será su obsesiva razón de vivir y quizá la causa de su muerte, quizá porque para el mal de amores no hay autopsia reveladora. A partir del monolito se procedió a habilitar lo que hiciera falta para hacer posible la navegación desde Paredes de Nava, en Campos, hasta la cabecera provisional del Norte, en el estrecho de Nogales, o más exactamente, entre las dos nuevas poblaciones de Sahagún el Real y Alar del Rey, núcleos originados por la política de colonización de las zonas más pobres y despobladas a lo largo del Canal: a corregir las excavaciones deterioradas por la ausencia de contrafosos, a colocar las compuertas de las esclusas y a ceder como mano de obra semigratuita los soldados del Regimiento de Infantería de América. Tras los celajes, la luna se enfría como una falsa moneda de plata; aún estaban por llegar los prisioneros que trabajarían como mano de obra esclava. Terminará lloviendo, ojalá.

Además de la navegación, también se inició el aprovechamiento industrial de sus saltos con la instalación de numerosos molinos y batanes, alguno ya en marcha desde hacía tiempo. Juan de Homar

inicia de seguido su proyecto del ramal del Sur, cuya cabecera se situaría en las lomas de El Serrón, cerca de Grijota, y su desagüe último, en el Pisuerga, en Valladolid, enfrente del Espolón Viejo; las obras avanzan a buen ritmo hasta llegar a las proximidades de Palencia (incluso se había redactado el texto de la inscripción de un monumento conmemorativo similar al que acabas de leer), en donde, en noviembre de 1800, los agobios financieros de la Real Hacienda obligan una vez más a suspenderlas. Es tu admirado Agustín de Betancourt quien, con un amplio informe sobre el Canal de Castilla, dirigido al secretario de Estado Pedro Cevallos, consigue que se reanuden un año después. Admirado por su legendaria capacidad técnica; con respecto a la navegación terrestre recuerdas sus infinitos inventos, desde la novísima esclusa de émbolo buzo a la curiosa máquina para cortar la hierba que crece en fondos y riberas, pasando por la draga de vapor y mil ingenios más plasmados en hermosísimas láminas. No es la más navegable de tus sonrisas la que esbozas al recordar un párrafo del salvador informe: «Las empresas de los canales, o se deben empezar con unos fondos capaces de seguirlas con actividad, y ver pronto su conclusión, o no se deben emprender; pues mientras no estén corrientes de un extremo a otro, no pueden producir ni aun para las reparaciones más urgentes de sus obras, y al cabo de algunos años se hallan invertidos una multitud de millones, de los cuales nunca se puede sacar más que un interés sumamente limitado». La sonrisa no sólo la suscita este párrafo, que bien podría figurar como epitafio a la inacabada empresa de los canales de Castilla en el siglo XVIII, sino otro exacto del *Informe del Banco Mundial*, en 1960, referido al Plan de Campos, al Plan Badajoz, a plantas varias que jamás florecieron en la autarquía franquista: por favor, acaben algo antes de empezar otra cosa. Quizá no tengas ni tengamos remedio. Se consiguió abrir la navegación hasta Palencia y a trancas y barrancas las obras continuaron hasta mediados de 1804: a 4000 varas de Dueñas, y cuando se habían comenzado a excavar las tres esclusas unidas en el barranco del Soto de Albúrez, se produjo la interrupción definitiva. Llueve, apenas si es un ligero matapolvos pero recibes sus gotas con alegría, crecerán los pampanitos entre las tejas rotas. Tratas de resumir: de las
320 646

varas proyectadas inicialmente para los tres canales, sólo se habían construido
146 025;
la Real Hacienda debía a la tesorería del Canal cuatro millones y medio de reales. Al bueno de Homar le enviaron al norte, a construir el camino carretero de Quintanilla de las Torres a Herrera de Pisuerga, prolongación del camino de Reinosa: la salida al mar, siempre la mar, seguía siendo imprescindible. Las luces de la Ilustración se habían transformado en llamas revolucionarias, el voraz incendio que prendió en Europa también llegó a España e incluso hasta las riberas del Canal. De las once nuevas poblaciones fundadas a su vera no parece que todas ellas llegaran a poblarse efectivamente, o al menos consolidarse, salvo Alar del Rey. El incendio de la guerra hizo que muchos de sus habitantes las abandonaran, circunstancia que fue aprovechada por los vecinos de los pueblos comarcanos para usurpar las tierras de cultivo y desmantelar las viviendas e instalaciones industriales en un auténtico arrebatacapas. ¿Quién podría tener entonces la fe del maestro cantero que tallando una piedra se sabía constructor de toda la catedral? No vas a dejarte desanimar ni por la penumbra de tales pensamientos ni por la fatiga, ni mucho menos por la lluvia; mañana reanudarás la marcha; el fumador de habanos, como el amante perfecto y el flautista, es un hombre seguro de sus fuerzas.



Canal del Norte

El rayo verde

En muy determinadas circunstancias, la naturaleza parece sensibilizar de forma especial alguno de los sentidos del hombre con un estímulo que eleva su percepción mucho más allá de lo meramente físico. Te ocurre en las puestas de sol, en algunas. Desde el alto terraplén del Canal el campo se abre inmenso a tu alrededor y la bóveda celeste es puro espacio sideral, ya no huele a ozono como ayer. El sol, redondo y rojo, está a punto de hundirse en un horizonte tan longilíneo como el de la mar y así, contra natura, te detienes al acecho del rayo verde. Creías haberlo visto en lugares más o menos exóticos; en Muscat, en un recodo del Golfo Pérsico; en el Viejo San Juan, de espaldas al Caribe; en Biarritz, junto a Eric Rohmer cuando éste lo acechaba para su película; pero los reflejos y matices del verde que intuiste en aquellas ocasiones nada tenían que ver con el auténtico rayo verde: un resplandor luminoso que se desliza en ráfaga pegada al horizonte durante un largo medio segundo, un fragmento de eternidad. Y, lo que son las cosas, lo viste desde casa, en la playa de la Zurriola, hace un par de veranos. Se hunde el sol y, por supuesto, el rayo verde no refulge. Lo que brilla es un fenómeno más sutil: el azul del cielo implosiona con un verdegueante brillo metálico en una especie de instantánea aurora, por utilizar el término de las boreales y australes, aunque en nada se parece a ellas. No alcanzas a comprenderlo, piensas en tu viejo profesor de química, Montequi: «no todo lo que reluce es oro, pero sí tiene electrones libres». No sabes qué partículas de charme o encanto se habrán liberado en la atmósfera, pero sí sientes una extraña sensación de plenitud, de felicidad, de que la vida merece la pena. Te tumbas en la parva para mejor disfrutar de tan benéfico

influjo. Una aurora vista y no vista, oscurece. Ahora que ya ha pasado no sabes si en verdad ocurrió, quizá no tengas remedio.

Pajarón herido

Abandonas el pronunciado talud del Canal por el puente de Amusco. No te detuviste en el pleonasmo de la Laguna de la Toja, por aquí se llaman tojas a estos humedales, salvo unos minutos para admirar el parpadeante arcoíris de las mariposas; tienes prisa por conocer la villa de Amusco. «Entré al desierto sin cerrar la puerta», es de Gerardo Diego y acude a tus labios tras oír la severa afirmación del pastor referida a la inmensidad que os rodea. «La hizo Dios así de plana para tenernos siempre vigilados». Tras lo del rayo verde y las mariposas te sientes como si estuvieras estrenando el mundo y no lo tomas como amenaza. Amusco es adjetivo de musco, pardo obscuro, pero su color no es más pardo perdiz que el de otros pueblos de Campos. «En otros tiempos, dice el pastor, tuvo importantes fábricas de bayetas y paños, de catorcenas y milenas». De quien ni el pastor ni nadie parece tener noticia es del protonovatore Valverde de Amusco, médico del siglo XVI, anatomólogo experimentalista, uno de los primeros españoles que se atrevió a ver el interior del cuerpo humano tal y como era entonces y ahora y a escribirlo en su *De animi et corporis sanitate tuenda*, un texto que acabó con afirmaciones tan peregrinas como «las lágrimas, siendo sangre, son blancas porque se purifican por las vías por donde pasan, que son muy sutiles y angostas». Lo que hoy destaca en Amusco es lo que siempre destacó de lejos entre su caserío, la enorme nave de la iglesia de San Pedro. Víctor de la Serna, romántico correcaminos, la vio a la hora del crepúsculo como un navío fantasmal, movedizo y de color cambiante. Se ve desde muchas leguas a la redonda, sobre la comba augusta de su mal adjetivado entorno; por eso, desde hace siglos, los caminantes

la llaman el Pajarón de Campos. Asturiano sería quien la bautizó. No hay peregrino, canalero o viajante de comercio, desde Saldaña a Villalón, que no la salude. A los hombres de fe les responde siempre pero ha de ser a las horas litúrgicas, en especial a la de ánimas. Eso dicen. El Pajarón disfruta de sendas portadas no carentes de encanto, tardorrománica una y protogótica otra, pero su principal atractivo radica en la desmesura. Hoy, para su desgracia, tal foco de atracción se lo han arrebatado los silos. Los auténticos pajarones de Campos son los silos y lo serán por los silos de los siglos, amén. No es la grieta del fin del mundo, ni siquiera la del fin de los tiempos, pero sí ominosa metáfora de abandono, gravámenes y miserias. La grieta que de arriba abajo hiere el muro de la fachada sur del Pajarón te recuerda a la de la casa Usher; con mirada de Allan Poe y deseando equivocarte pronosticas un similar hundimiento. En cualquier caso, y dado que aún resiste en pie, es otro tu interés por Amusco. Te pierdes en sus calles.

Las catacumbas del miedo

Y la ira abrasó a Valladolid, como mar que se hubiera encendido. Se puso cerco de piedra a la aljama de Toro y por eso mi carne está dolorida. En la aljama de Segovia bajó la cólera de Dios y se pusieron trampas con orgullo. Aljama de Ávila, ¿por qué no retorna la paz? Nos van matando, se nos cuenta diariamente como al ganado del carnicero.

La cuestión judía, que diría Sartre (te dice Jiménez Lozano), no se plantea en España hasta la alta Edad Media, aunque no por eso no existieran previas matanzas y segregación en los guetos, y por influencia europea. Es la reina Catalina de Láncaster, mujer de Enrique III, la que apoya en Castilla el apartamiento de los judíos en sus barrios, pero es más importante señalar que son los clérigos, es decir, hombres romanizados y educados a la europea de entonces, los que prescriben la discriminación local, las señales en el vestido por las que los judíos deben ser reconocidos, la prohibición de comer, bañarse, rezar juntos judíos y cristianos o la de tener relaciones sexuales incluso no matrimoniales. Son los clérigos quienes crean la ideología antisemita y la difunden a través del más poderoso mass media de su tiempo, la leyenda o hagiografía de santos como las de San Gil y San Alejo. Los progroms vendrían como añadidura en pasos contados, como cantos rodados, en amargos cánticos.

Y en Astorga, Mayorga y Palencia hubo consumación de sangre. Están los tabernáculos en la obscuridad y hay que acudir de noche a la oración.

Todo ello acude en tropel a tu mente cuando visitas La Sinagoga. Estás en el restauran así llamado, en los bajos de una noble casa

solariega de Amusco, sita en una plaza de no muy grandes proporciones pero Plaza Mayor. Todas las casas tienen respiraderos al nivel de la acera, observas. No en los bajos sino en el sótano, lo actuales propietarios han tenido que excavar más de dos metros para dar con el suelo de la primitiva catacumba. Amplísimo salón con sucesivas bóvedas de crucería, la cubierta de ladrillo sostenida por nervaduras de piedra paramera, y con laterales receptáculos sostenidos por arco ojival. Bellísimo recinto con aspecto de claustro y algo claustrofóbico, que bien pudiera prolongarse más allá de la pared del fondo, sospechas. Nada te extrañaría que en origen se deslizase como subterránea calle y así circunvalara al núcleo urbano. Tradicionalmente considerado sinagoga, nada hay en él que desmienta o corrobore tal afirmación. La sinagoga es centro de reunión, casa de la asamblea, y al estarle vedada toda imagen y sólo exigírsele estar orientada hacia Jerusalén, cualquier local puede hacer sus veces. La orientación depende de quien la encare, y los imprescindibles tabernáculos, con los rollos de la ley, y pupitre a modo de altar, desde el cual el rabino se dirige a los fieles, son fácilmente transportables. Nada quiere decir, pero nada hay en La Sinagoga que recuerde la presencia judía. Ni símbolos, ni sefarats, ni filacterias perdidas, ni siquiera rastro de la corrosiva ironía poética de tu amigo Kozer: «Gastas el dinero como una chiquilla/ con tu coquetería de morena delgada/y yo, judío agrio y coleccionista/yo judío de pan y de trastienda/extiendo a ti la culpa y el remordimiento/te avasalla imperial el peso y la medida/de estas manos conmovidas de cernir monedas». No quieres participar en la culpa colectiva, los testimonios que acuden a tu mente son pura arqueología ideológica, decides: una judiada sigue siendo una mala faena, pero a nadie se le ocurrirá vincularla con lo hebreo; matar judíos en Viernes Santo, o sea, beberse un vaso de sangría aromatizada con canela, no tiene ningún carácter reivindicativo; el topónimo Castrillo de Matajudíos no hace referencia a ninguna masacre (por más que si pudiera haber existido) sino a mata que es teso, alcor o colina como en Matamoros, Matamorisca o Matamorosa. Quieres creer que hoy por hoy el antisemita es un individuo enfermo y aislado, por más que tu pensamiento no se desvía de cuando la sangre corría con absurda generosidad.

No tienes ninguna documentación conspicua que lo afirme, pero

a la vista de La Sinagoga asocias estos tres conceptos: judíos, miedo y construcciones subterráneas. Todos los pueblos de Castilla se asientan sobre su réplica excavada en la tierra y aunque aún perviven restos con fines utilitarios, como son las bodegas, en principio debieron ser catacumbas mucho más amplias construidas para refugio de la población entera. Túneles de emergencia, de anfibológico simbolismo, enterrarse en vida para evitar la muerte o antes morir que perder la vida. Son muchas las personas que en sucesivos comentarios te proporcionan información sobre la existencia de toda una compleja y tupida red de pasadizos y galerías subterráneas, casi siempre referidos a importantes pueblos judíos como fueron Amusco, Frómista y Astudillo. Los niños que, jugando y por casualidad, descubrieron una entrada secreta, quizá simple respiradero, y sólo dos días después pudieron sus mayores localizarlos en aquel tan intrincado como inesperado dédalo, tras no pocos esfuerzos espeleológicos. La cama, el dormitorio, la casa entera que se le hundió al buen hombre en el mejor de sus sueños, se desplomó sobre un inexistente (eso es lo que él creía) vacío prolongación del de su propia bodega. De estos derrumbamientos son varios los testimonios y muchísimos más los de aquellos a quienes no les extrañaría pudiera ocurrir en su domicilio. Fundamental la del curioso joven con afanes de topo que logró deslizarse hasta dar con una salida que resultó estar al nivel del agua de un profundo pozo, clarísima estructura de avituallamiento. Algunas personas, el párroco de Amusco entre ellas, han tratado de averiguar el catastro de la réplica subterránea de su localidad, pero inundaciones, colmataciones, derribos e intereses particulares (los propios de una compartimentación en habitáculos de propiedad privada) hicieron vano su esfuerzo. Quizá el origen fuera el miedo de los judíos a las razzias de los castellanos viejos, pero es indudable que éstos, tan aficionados a acuchillarse entre sí, prolongaron la ancestral costumbre que ya en el Apocalipsis se describe: «Cuando abrió el sexto sello, oí y hubo un gran terremoto. Los reyes de la tierra, y los magnates y los tribunos y los ricos y los poderosos y todo siervo y todo libre se ocultaron en las cuevas y en las peñas de los montes. Decían a los montes y a las peñas, caed sobre nosotros y ocultadnos». De Capadocia a los refugios antinucleares, el hábito se perpetúa, porque puede que no sólo Dios

quiera tenernos vigilados.

El miedo guarda la viña, dice un refrán popular, pero es tan triste la supervivencia sustentada en el miedo, en el equilibrio del terror. Quieres apuntar como consuelo la existencia de momentos convivenciales más felices. Cuando Alfonso VII vuelve, victorioso en 1139 de su lucha contra los almorávides, cristianos, sarracenos y judíos salen a su encuentro con laúdes y cítaras entonando loas a Dios y al vencedor, cada uno en su idioma y todos en armonía. También podrías citar la Escuela de Traductores de Toledo. Vuelves a las catacumbas, te gustaría dar con una prueba tangible, pero no hay restos de presencia judaica en La Sinagoga como apenas los hay, salvo históricos, en toda Castilla: mínima reliquia y continua cita es el óculos de la iglesia de San Miguel de Arévalo, con su estrella de David enladrillada.

Ya en campo abierto contemplas la recortable silueta de Amusco, nada en principio hace sospechar la existencia de su doble, de un Amusco subterráneo, de su muy *sui generis* Atlántida hundida en un mar de campos de tierra. Cegados los túneles de tan honda espelunca, nadie podrá demostrar su realidad, si es que existe, pero todo visitante atento localizará indicios de ella. Aquí y en otros muchos pueblos.

Nadie es ya persona

Lo habías visto siempre de lejos, su blanca masa almohadillada de balido y campanilleo marchando hacia el horizonte y ahora está aquí. Cruza el puente el rebaño de ovejas y cual náufrago te dejas llevar por las ondas de su mar de lanas. Acaricias testas y lomos tratando de averiguar si son churras o merinas; sólo sabes que las primeras son de pelo liso y largo y que las segundas lo tienen más corto y rizado, pero te falta el modelo para poder comparar y el recuerdo de un anuncio por palabras culmina tu desconcierto: «vendo ovejas cruce assaf con isrraelita». El pastor no es trashumante, lleva el rebaño a la tenada y esta noche dormirá en su lecho conyugal, pero la épica de la trashumancia y el resplandor del Honrado Concejo de la Mesta estimulan tu imaginación. Blanco es el vellón de la lana y de la plata. La lana del ganado merino español fue durante varios siglos uno de los puntos cimeros del comercio con que se gestó la nueva Europa y para ello fue necesario recorrer una y otra vez, dos veces al año, la distancia que separaba las dehesas de la Extrema de las majadas de los montes norteños. Un camino a recorrer, ésa es la forja del hombre. El real de vellón, emblema de una esencial fuente de riqueza, moneda que bien hubiera podido llamarse vellocino de plata, está hoy en entredicho por generar desdichas paralelas. Quizá debieras leer *La Mesta* de Julius Klein, por más que su teoría también está hoy puesta en cuarentena; como buen norteamericano concibió la confrontación como un western, un choque entre buenos y malos, o agricultores y ganaderos, o sedentarios y nómadas, o entre la cotidianidad y la aventura. No eres neutral, siempre estarás con quien esté en el camino y rechazas de raíz el gran mal atribuido a las merinas, la

desertización de un país que por entero recubrían los bosques. No pudieron ser tan mansos animales, entre otras razones porque es una falacia histórica la historieta de la ardilla que podía recorrerlo de un extremo a otro sin descender de las copas de los árboles. Acaricias un mansueto, a éste sí lo distingues de los demás animales. No se necesita ser neutral para saber que la verdad no es unívoca, que las cosas son y no son al mismo tiempo. Recurres al ejemplo de dos coplas que ponen en evidencia el carácter de los pastores, tan descuidados y cuidadosos simultáneamente:

Las ovejuelas, madre
las ovejuelas
como no hay quien las guarde
se guardan ellas.

Con el redil abierto
cuento el ganado
y adornado de muescas
tengo el cayado.

Acaricias la lana y las supones merinas, lamentas no sea verdad una vieja teoría sobre el origen de su nombre: procediendo de allende los mares, «en naves carracas vinieron las pécoras» (en tiempos de Alfonso XI), se les llamó marinas y por corrupción merinas y también mentas. Las imaginas recorriendo cañadas, cordeles y veredas y haces hincapié en que su paso no era el caballo de Atila. La cañada real era siempre un espacio entre dos tierras de cultivo y si bien las ovejas podían por su privilegio de paso pacer y extenderse por baldíos y comunales, tenían prohibida bajo pena de multa en efectivo la entrada en las «cinco cosas vedadas»: los panes o cereales, las viñas, las huertas, las dehesas y los prados de guadaña. Aún queda un recuelo de rebaños trashumantes, pero el espectáculo de su marcha ya no es lo que era, la mecanización ha reducido el organigrama de los pastores cabañiles. El rabadán, o cachicán, era el jefe; el compañero, su segundo de abordo y director de los mansos; el ayudador, el yegüero encargado de los animales de carga; el persona y el sobrao, los arreadores; y el motril, el zagal

aprendiz para lo que hiciera falta. Lo menguante de los rebaños hace que los hatajeros sean prescindibles y así, entre otros personajes, ha desaparecido el persona. ¿Qué virtudes humanas serían necesarias para que a un hombre, en el desempeño de su labor, le llamaran persona? Extrapolas e inviertes, quizá no tengas remedio, piensas que lo que ya no existen son trabajos dignos de ocupar el tiempo de aquel a quien se pueda llamar persona.

Orgulloso desplante te hace el carnero de encorvados cuernos en espiral, con presencia de lana en frente y nuca, marca de la casa. Se aleja y con él desaparece el rebaño difuminando en una nube de polvo al rabadán sin escolta, jefe de sí mismo y responsable como capitán de barco. En 1785 España regaló a Luis XVI treinta y tres de estas ovejas y cuarenta moruecos, rebaño fundador de los merinos de Rambouillet; piensas en cómo se puede ser tan estúpido pero sabes también que, dada la marcha de los tiempos y las ciencias, es imposible el sostener *sine die* un monopolio genético. Las cosas son y no son, te cercioras acariciando el pretil del puente hecho con la porosa piedra del páramo, no toda decrepitud procede de la desidia, la erosión es muy fuerte y las oquedades con aspecto de viruela que la salpican son nichos fósiles. El Canal sigue recto e impertérrito hacia el norte, ajeno a su coincidencia con la ruta de la lana, mientras tú te desvías hacia Piña, quieres conocer su misterioso castillo.

Al menos almenas

Resuena el coro orffico de O Fortuna, velut Luna. Señores de horca y cuchillo, buenos vasallos para el mejor rey, cruzan al galope la era en que anonadado te encuentras.

No deberías citar los castillos, para el nativo la realidad más obvia del país se da por sentada y no se saca a bailar. Lo explícita Borges: «en el libro árabe por excelencia, el Corán, no hay camellos; yo creo que si hubiera alguna duda sobre la autenticidad del Corán bastaría esta ausencia de camello para probar que es árabe». Pero el Corán, replicas, significa y es «la lectura» y en un libro, al escribirlo, puedes omitir cualquier cosa sin que al final al lector le falte nada; por el contrario, Castilla es y significa «tierra de castillos» y sin su redundancia la lectura de un libro sobre Castilla carece de sentido. Para Castilla, insistes, los castillos (aunque no existan) son tan inevitables como la vida.

A pesar de la nada en que deambulas reincides en el hábito de acariciar las piedras; palpas el aire y el vértigo de la historia te traspasa la piel, y lo sientes con más fuerza que en ninguna otra construcción. Era estético el muro, pero hervía por todas sus líneas y la superficie era cambiante como la de los ríos, parecía vivo y sobre tu palma, ahora, llamea el tacto de su ausencia. Para explicar la paradoja de tantas ruinas y tan mayoritarias ausencias, reclamas la ayuda de Gonzalo Anes. Los avances cristianos, desde la vertiente norte de la cordillera Cantábrica hacia el valle del Duero, fueron precedidos de expediciones que no tuvieron por objeto la conquista sino la rapiña. La facilidad con que se organizaban estas razzias, y que hubiera una especie de tierra de nadie entre los núcleos cristianos y Al Andalus, quizá se justifique por el hecho de que los

musulmanes se interesaran sólo por las tierras que les eran más afines en cuanto a clima. Para astures y cántabros la cordillera era un fortaleza natural. Sólo cuando fueron incorporadas al reino de Asturias las tierras del valle del Duero, pudieron los cristianos utilizar los castillos o alcázares musulmanes abandonados y organizar la defensa de los territorios conquistados, mediante la combinación de estos enclaves con fortines que levantaron en lugares estratégicos. Estas fortaleza-fortines debieron de hacerse con troncos de madera y con tapial, cuando escaseaba la piedra o era costoso levantar los muros con mampuestos. Fortificaciones prescindibles fueron abandonadas tan pronto dejaron de necesitarse. De las que se erigieron con tan deleznables materiales no subsisten restos en pie, por eso no quedan castillos cristianos de los siglos XI al XIII. Los castillos roqueros, esos que se ven a la distancia sin que sea a veces posible distinguir si se trata de una excrecencia del altozano o son restos de fábrica erosionados por el tiempo, son de los siglos siguientes. Cuando los cristianos se detienen en la frontera del reino de Granada, y se suspende la acción presuntamente reconquistadora durante dos siglos, el reino de Castilla se puebla de grandes fortalezas con torres almenadas, matacanes y merlones. Serán edificadas por señores de familias enriquecidas por mercedes regias, recibidas como recompensa a sus hechos de armas y tomarán como modelo los grandes castillos transpirenaicos. Esto desmantela un equívoco, el de creer que los castillos fuertes fueron edificados para defenderse de los musulmanes, cuando el motivo que impulsó a los señores a levantar esas fortalezas fue exaltar su poderío y prestigio y apercibirse para la defensa en caso de ataque de otros nobles o de la facción contraria en los casos de guerra civil. Son, sobre toda otra consideración, el orgullo de un apellido. No acaricias una piedra sino la silla de un columpio. Copias no de aquí sino de una lápida de Meneses de Campos:

Si queréis saber quién son
los de dorados arneses
hijos de las hijas son
de los reyes de León
y los Téllez de Meneses.

Se alza *in crescendo* el coro orffico de O Fortuna, velut Luna. Señores de horca y cuchillo, buenos vasallos para el mejor rey, cruzan a la carga la era en donde anonadado te encuentras.

Piensas en tales caballeros y descendientes. Señores de polvo, sudor y fierro capaces de hacer donación gentil de cualquiera de sus derechos pero dispuestos a morir en defensa del más nimio de sus privilegios. Señores de tan ecuánimes derechos como los de luctuosa y pernada. Señores que de levantar cabeza y de entender el significado del grafismo «Tierra Comunera» se partirían la coraza de risa. La guerra de las Comunidades fue una guerra noble, de entre nobles, sin que ninguno de ellos se planteara la más mínima duda sobre los derechos del ciudadano, puesto que el ciudadano aún no existía; para unos y otros el comunero era el pechero y el dilema saber quién debía recaudar sus diezmos. Para el pueblo, Villalar no fue una derrota por más que la tierra se entintara con sangre de villano. El estruendo de coro y armaduras es de heavy metal.

¿Qué fue de tan soberbias fortalezas? La volatilidad de las piedras está ligada a la de los apellidos; cuando el poder de la familia declina el castillo comienza a desmoronarse y no hay erosión comparable a la rapacidad del prójimo. Con el tiempo todo vuelve a su ser: el gusano al sapo, el sapo a la culebra, la culebra al cerdo, el cerdo al hombre y el hombre, ¡ay!, a los gusanos; por paralela senda circulan las piedras desde el polvo de la cantera al polvo de un abandonado erial. Las sillares de un castillo, mochas o esquirladas, pueden acabar en la más insospechada obra. No te disgustaría que las del desvanecido castillo de Piña de Campos, su imposible tacto, reposaran en cualquier obra de fábrica del Canal: facilitar la navegación es un noble destino. En guías no muy bien informadas puede leerse: «llaman la atención en Piña los restos de un hermoso castillo coronado por ocho torres ovales». De tan soberbias fortalezas suelen quedar restos almenados, pero aquí, por entre los columpios del raído espacio verde en que te encuentras, ni una de muestra. No dejaron hiedra sobre piedra. No te aturde el coro de Carmina Burana ni el entrechocar de los metales guerreros sino la radio a todo volumen del coche estacionado junto al parque. En su interior, una pareja de adolescentes se mete mano siguiendo el ritmo de no sabes bien si son los «Celtas Cortos» o las «Spice Girls».

La arquitectura del vacío

Aborreces las definiciones, tuya es la frase: «definamos algo que los dos sabemos bien qué es y ya jamás sabremos si hablamos de la misma cosa», por eso lo enuncias en condicional. Si un objeto es artístico por bello, o por suscitar los afectos del hombre, la esclusa es una obra de arte; la más bella, a la vez clásica y abstracta, escultura que jamás hayas visto. Te estás refiriendo, por supuesto, a estas esclusas basadas en el modelo mitra de Leonardo da Vinci, quien tomó las relaciones espaciales como esencia del mundo tangible y asumió como credo la simetría bilateral del cuerpo humano. Suyos podían haber sido estos versos de Day-Lewis: «Es seguro que no existiremos/hasta que estampemos en la vida/toda, la simetría del cerebro/tan tetragonal y pura». Aborreces también el deslumbrante estilo y las consensuadas falacias de los críticos de arte y vas a procurar decir lo que piensas sin caer en sus excesos. Desde el punto de vista compositivo, una esclusa es una pieza o cuenco de piedra longitudinal caracterizada por la simetría con relación a ese eje, por la especialización de los remates del mismo y por ser una arquitectura del vacío. O sea, un vaso o construcción enterrada, puerta de un recorrido que se abre a otro recorrido, cuya visión especular se corresponde (casi) con el negativo del casco de un buque. Su armonía proviene de una rígida estructura lineal y simétrica. Ahora bien, lo vivo, lo orgánico, nunca llega a tal grado de fría regularidad ni siquiera en lo antropomórfico, nuestras dos manos, por ejemplo; por antinatural, con el paso del tiempo, el prestigio estético de la simetría se fue desmoronando, clamorosamente con la insurgencia de arte abstracto y su parte de guerra: la cualidad de presencia que conceden lo concéntrico y la

confluencia de ejes es algo de lo que hay que desembarazarse. Llegado a este punto, piensas que así es, la complejidad de la vida de siempre imposibilitó la simetría absoluta; con una sonrisa traes a colación la cita de Alan L. Mackay, eminente cristalógrafo: «incluso en una estación de esquí llena de chicas al acecho de marido y de maridos a la caza de chicas, la situación no es tan simétrica como pudiera parecer». Así ocurre en las leonardescas esclusas, donde por necesidades de funcionamiento la simetría axial no es tan rígida como en principio se supone: los elementos auxiliares (puente, cuérnago, cabrestantes, etc.) le conceden una graciosa irregularidad y su vacío, susceptible de modificar el nivel del agua o plano de flotación de la barca, le confiere una insólita geometría variable. La importancia del espacio interior de las formas y la pérdida del centro deciden la estética de la escultura abstracta cuyo carácter expresivo se basa en la evidencia de los materiales y la explotación de sus cualidades más específicas como la compacidad, la textura o la dureza. Simbolismo de la materia potenciado en el modernismo mediante la generación del vacío. La mayor expresión de vaciedad la lleva a cabo Jorge Oteiza a finales de los años cincuenta con sus dos series de esculturas tituladas «Desocupación de la esfera» y «Caja vacía»: el hueco, habitable o funcional, sustituye al centro aunque no siempre lo evita puesto que el espectador puede identificarlo en el espacio deletéreo. La superación del centro se consigue, plena e indiscutiblemente, en aquellas obras en las que la ausencia de límites concretos, reforzada por una ausencia de contorno determinado, se combina con la gran escala. Esto sucede en las obras del llamado land art, como en «Double Negative», de M. Heizer (desierto de Mohave, Nevada, 1969): dos impresionantes desmontes de 45 metros de profundidad por 15 de altura y 9 de anchura, realizados en la parte alta de ambas cornisas de un profundo desfiladero, uno enfrente de otro. Esta arquitectura del vacío, construcción enterrada, reclama la experimentación de su espacio más que su visualización como objeto, cosa que al fin y al cabo no es. Los dos desmontes marcan una linealidad virtual en su enfrentamiento y tienen un centro geométrico que podemos calcular con precisión sobre un plano; se encuentra en la «cuenca» del desfiladero, suspendido en el vacío, y por lo tanto inaccesible. Desde él no podemos experimentar la obra, sólo podemos situarnos

dentro de uno de los huecos, es decir, excéntricamente, y mirar hacia el otro, que nos devuelve la imagen del lugar que ocupamos. Hasta aquí querías llegar. La esclusa, además de gozar del encanto de la simetría clásica, disfruta de cuanto nos han dicho para el «Double Negative» con una ventaja no desdeñable. Como escultura earthwork de dimensiones también muy superiores a las del cuerpo humano, además de la excentricidad, tiene la inédita ventaja de poder facilitar la visión desde su centro suspendido en el vacío, localizado en su «cuenco», mediante el sencillo remedio de instalarse en la barcaza que la atraviesa. El movimiento ascendente o descendente de las aguas pasa de forma inevitable por tan carismático punto. Espléndido móvil nada minimalista, te quitas el sombrero a la mayor gloria de don Leonardo. Quizá hubieras podido ahorrarte tan largo discurso, piensas que lo obvio no necesita explicación y recuerdas cómo la primera enciclopedia polaca definía al caballo: «lo que es un caballo resulta obvio para todo el mundo». La esclusa es una obra de arte escultórico arquitectónica que con su vacío potencia hasta lo insospechado el simbolismo de la piedra, el agua, el aire y el fuego (a ser posible el del crepúsculo) como evidencia el arrobado rostro de quien la contempla, en cuyas facciones los afectos del alma resplandecen.

Tres primeros Pedros

Perdido por los caminos de secano, te pierdes los milagros góticos de Tamara y Santoyo. Si te alejas del Canal es por acudir a la clandestina cita que tanto te ha costado apalabrar con alguien apodado Mientefuerte, mal mote para tomarlo como prístina fuente de información. Has quedado en Astudillo, en el bar contiguo al insólito monumento al farmacéutico rural. Aún tienes una hora y la aprovechas para visitar el convento de Santa Clara y el adjunto palacio museo de Pedro I, residencia que fue de su bien querida pero mal casada María de Padilla. En la visita coincides con una joven turista yanqui; por alguna razón que desconoces, sor Celina, la encargada de informaros, se dirige a ella con especial atención llamándola *miss* Waid o algo así. El palacio, obra mudéjar de las más importantes de Castilla, en los cincuenta de este siglo era desalentador estercolero con reminiscencias de pajar y cuadra; tres metros de inmundicia más el remate de un altillo descascarillado, corral, palomar y hasta zorrera. Cubiertos por escombros, los bellos alfarjes de siete tramos no es que permaneciesen ocultos, es que ni tan siquiera se sospechaban. Fueron las monjitas quienes a mano y toca enjuta, sin más ayuda que su espíritu de empresa, «el amor cuando es crecido, no puede estar sin obra», rehabilitaron cuanto ves. Artesonados de la clausura incluidos. Excepcional ejemplo. Ya al aire libre, comentas tan voluntarioso milagro con la americana. Nélida Carrasco Waid es profesora de español en el Alhambra High School de Martínez (California), pero su verdadera pasión es la historia de España, la medieval. Incluso ha llegado a publicar algunos trabajos sobre la Reconquista. Confidencialmente te cuenta en qué está trabajando ahora, un ensayo que confiesa no tendrá

valor para darlo a la imprenta. Según sus investigaciones, Pedro I el Cruel
(1334-69),
rey de Castilla; Pedro I el Ceremonioso
(1319-87),
rey de Aragón; y Pedro el Justiciero
(1320-67),
rey de Portugal, fueron *irurak bat*, tres Pedros y una única piedra o persona. Argumenta su teoría en cómo los dos primeros sostuvieron la misma política con respecto a los contendientes en la guerra de los Cien Años y con respeto a su nobleza palaciega, y en cómo el tercero siempre fue neutral con respecto a los otros dos. Apoya su argumentación en la inexistencia de iconografía donde estos personaje coincidan como pareja o trío. La tesis te parece sugestiva, salvas el lapsus de numerar al Ceremonioso con I en vez de con IV, y tratas de animarla para que publique tan fastuoso relato gótico. Imposible más hechos de armas ni más amores turbulentos. Sí, sería una buena historia, porque se engaña uno a sí mismo si cree poder hacer constar el más sencillo hecho histórico sin un ingrediente especulativo y, es más, de generación en degeneración, sólo se perpetúa la leyenda. Sin querer piensas en Mientefuerte y en su hazaña de la ermita de los alrededores de Palacios del Alcor. Quizá no sea Nélida quien no tenga remedio, promete enviarte el manuscrito y tú te comprometes a dar una opinión sabiendo que no va a enviarte una novela.

Retablo de desidias y quebrantos

—Lo de zumbarse aquella andana es el curro más importante de mi vida y, ¿sabe usted?, me siento orgulloso de ello, es como tirarse a la jai de un mandamás, que te sientes orgulloso, sí, pero el no poderlo largar te jode cantiduvi. Puede que por eso lo esté largando ahora, más que por la pasta, ¿eh?, que es la primer vez que me voy de la muy con esto. A ver. Llegamos antes del alba y no se distinguía cascote, con un birurges que te helaba los mocos, tan embozados como si fuéramos a dar el palo a un banco pero por el frío. Al entrar, ni cerrojo, figúrese, volaron unas torcaces y punto. Impresionaba la obscuridad, el silencio, sobre todo la friura. Para asentar el campamento tuvimos que despejar de mierda un corro, se conoce que servía de refugio a los rebaños en caso de tormenta o lo que fuera, pero enmerdado sí que estaba. Bueno, concretando, el equipo éramos cinco; yo de cachicán de la mano de obra, de dos acólitos; el especialista, don Antonio, y su ayudante, Toño, así querían que les llamáramos, y punto. Bueno, para mí que habían dejado a alguien fuera gilando, sólo faltara que algún pastor descarriado o alguna pareja nos levantara el muerto.

Tratas de ejercitar una memoria magnetofónica de la que no dispones, y confías en complementarla con el celo del entusiasmo que la entrevista te provoca a boca habrás de reproducirla. Accediste a sus condiciones de nada de fotos, nada de cintas, nada de videos y nada de nombres. Paseas con él por la campa de su elección como si de dos buenos amigos hablando de sus cosas se tratara. Le calculas unos setenta, pero con la zurra bien encajada y con más vida que años brillándole en las pupilas.

—El asunto me lo ofreció el marqués, un pregitador o como se

diga, un tipo que aparecía, cerraba el trato y desaparecía en un visto y no visto. Categoría, ¿eh? Olía a dinero que tiraba para atrás, y los jurdós que no tendría su baranda, su cliente. Un enigma, decían que era coleccionista, no anticuario, un caprichoso, ésos son los mejores. Bueno, al aristócrata le conocía de fama y la superó con el envite, que yo supiera jamás se había dado un golpe de ese tamaño. Ni se ha vuelto a dar, ¿eh? Organización de película, especialista, coches, todo a punto y punto; olvídese de los gitanos de Rioseco, ésos sólo trabajan al detall, como servidor, salvo en lo susodicho. Le pedí un buen pico por la manualidad y ni pestañeó ni regateó, todo un señor el marqués.

Le vas a pagar tres mil duros por el informe, lo mismo que cobró por su ejecución hace un cerro de años, en un año que no te indica. La cifra es un dato a partir del cual quizá un experto en arqueología financiera pueda determinar la fecha exacta del expolio; la devaluación de la moneda es un calendario tan preciso como el carbono catorce, decides. Consultar la hemeroteca puede ser igual de preciso y mucho más rápido, no entiendes esta complementaria prudencia. En cualquier caso, ni le disgusta la prima ni el modo de conseguirla, deduces.

—El encargo lo pudimos ver cuando larachi empezó a desvanecerse. Algo acojonante, como para caerse de culo con sólo pensar que debíamos traginarnos toda aquella madera dorada, pintada y esculpida, pero de coloreo firme o de pan de oro, que a mí ese color no se me despista ni entre dos luces. Un retablo del copón, de arriba a abajo y de pared a pared, y guapo, que los santos tenían caras de simpáticos, parecían guiparme con más coña que reproche. La pedrela era un Infierno o Purgatorio corrido y las cumbreras, por la cantidad de ángeles, supongo que el Cielo. En el cuerpo central, santos a esgalla, simpáticos, ¿eh?, con una sola calle de estatuas pero matadora. Una Virgen en la Anunciación con los brazos abiertos; un Jesús resucitando, también con los brazos abiertos y empuñando un bastón que debió ser una bandera pues aún le colgaba algún trapo; un grupo de personajes menores, también lo digo por el tamaño, con un San José en medio. Le hice San José porque llevaba una garlopa en la mano. Y punto. Hay que levantar todo eso, ¿eh? Como si de una puerta de cuarterones se tratase, levantarlos uno a uno y sin avería; que después otro tiene

que montarlos. Bueno, a desmontar el mecano en cuarenta y ocho horas, tela marinera.

Si pagar las piedras a peso no fuera una coartada, le dirías que ya conoces un robo de superior tonelaje y similar factura; el claustro del monasterio de Santa María de Sacramanía, que ahora luce entre palmeras y turistas en Miami, en el jardín de la Diócesis Episcopal del Sur de Florida. No se lo dices para no amainarle el entusiasmo.

—La verdad es que si el lance era cosa fina las herramientas que nos facilitaron pues también. Unos cortes de categoría y una sierra que parecía un bisturí. Y el don Antonio, un manitas que se las sabía todas, trabajaba sin desconches y sin apenas serrín, cosita de encargo el tío. Montar el andamio nos costó un huevo de la cara y es que el helor no se fue ni con el alipandó; de la cristalera, de los cristales rotos, pendían chupiteles de a metro. Con tanto frío cualquier golpe te manca como si fuera una coz, pero si hay que hacer se hace y punto, ¿no?

Piensas en Castilla como en un puerto de arrebatacapas o de arrampla con lo que puedas y escapa. ¿Dónde fueron tantos Cristos, tantas esgrafías, tantas labras? Lo más patético, o mejor patológico, es que la mayoría reposan en paradero conocido: en los más ilustres museos del primer mundo con el falaz rótulo de «procedencia incierta».

—La única avería grave la tuvimos con la Virgen. Ya le dije que era una Anunciación con los brazos así de abiertos como gritándole al arcángel, «¡qué bien, me caso con José!». Pues bien, se nos fue de guía, se dio un pispajazo de la leche y claro, al estar tan abierta, se le escacharon las manos. Don Antonio se puso hecho un basilisco pero la sangre no llegó al río, punto.

Te escuece otro pensamiento: quien esté libre de culpa que devuelva la primera piedra. Te escuece la de Fuentidueña que ahora luce en tu estudio, mínima esquirla románica, pero sabes que por una herradura se perdió un reino y haces firme el propósito de reintegrarla en su origen. En cuanto puedas. Empedrado está el infierno de estas devoluciones.

—Con una helada pelicana de no te menees la noche fue de garabatillo. Rilaos como burros de tanto sube y baja, de tanto tira y afloja, y con una friura dentro del cuerpo como si nos estuvieran

metiendo un chupitel por donde amargan los pepinos. Sin hacer fuego para no delatarnos. Sin abrigo posible nos pusimos en corro en medio de la entablada del altar mayor. Unos fiambres y a sobar. Me metí bajo la pelosa y de encoritarme nada, no me quité ni las tirajais. Bueno, si no es por la priva no lo cuento. Ni se lo imagina.

Siete duros, siete, le costaron por las tierras de Gomara dos espléndidas tallas de la Virgen; un crucifijo de marfil se marchó con él desde el norte de León por unos treinta y tantos duros; una Piedad, doscientas pesetas; los capiteles ni siquiera a peso, por lo que quisiera dar. Es cita de Gonzalo Santonja en su magnífico memorial de agravios, *Lo que se llevaron de esta tierra*, en donde no está incluido lo que con pasmo pero sin asombro escuchas.

—Al día siguiente, más de lo mismo. Ya sin esculturas, lo más difícil fueron los remates superiores del Cielo, pesaban cantidad y de tan inclinados, bueno, se nos crismó uno. Otra lata con los guardapolvos, eran piezas tan largas que tuvimos que partirlas en dos, pero no por las figuras, por las filacterias, muy fino, seguían siendo legibles por quien las entendiera. Terminamos ahuchemos pero contentos, ¿eh? Los cuarterones de pintura sin un rasguño y en uno un San Pancracio con una cara de cachondeo… A la metida del sol, en punto, temamos el retablo desmontado como un rompecabezas.

¿Quién es más culpable, el expoliador o quien se deja expoliar? Recuerdas las inquietantes palabras de Federico Marés con respecto a su museo: «salvé cuanto pude de lo que otros por necesidad, ignorancia o por desprecio abandonaron; y cuanto recogía lo llevaba a mi hogar para darle el refugio que otros le negaron, la paz a tanto dolor y amargura». Lo que menos crees de Mientefuerte es que nunca trabajara para Erik el Belga, lo del retablo de Losada tiene la misma impronta.

—Terminamos golloritos y satisfechos, yo como si hubiera ganado la copa del Generalísimo, de un trabajo que nadie ha podido repetir, un récord, ¿no? Y en unas condiciones laborales de lo más imposible, por el frío, fue el año más frío del mundo, en que se quedó tieso el mayor de los Chavarros, por querer pasar andando sobre el hielo del Canal en Cabezón de Pisuerga, una apuesta estúpida pesando más de cien kilos. Con larachi apareció el camión, un Henschel enorme, y allí cargamos el piecerío embutiéndolo en

unos edredones que traían preparados. Una organización de película. Don Antonio y su motil se fueron con el marqués en un coche y yo con los míos en otro que nos dejó en la estación de Burgos a las dos de la mañana. Las matrículas de los coches eran de Barcelona, los catalanes por aquellas fechas eran los reyes del mambo.

El hombre desaparece como por arte de magia, como cáliz repujado en sacristía sin cerrojo, sin dejar remite alguno. Vuelves sobre tus pasos.

Camina o revienta

Como en otras ocasiones, el número nomina y bautiza a la esclusa. La número 21 es «La Veintiuno», por el hábito de los habitantes de Frómista que hasta aquí llegan, llegaban, en sus correrías natatorias. Las chicas se bañaban por encima del salto, los chicos por debajo, eso dicen. Has dejado atrás el acueducto de tres ojos sobre el Ucieza y el aviso de «No pastar, está plantado de pinos». Abandonas la espesura de juncos y derramas lágrimas de asombro, desde el cauce inferior la vista de la esclusa no puede ser más lamentable; si su cuenco puede considerarse una olla, la carretera es la tapa que su contenido oculta. Olla, berolla, zarabacatolla, guiso de liebre, beliebre, zarabacaliebre, algo así decía un inolvidable trabalenguas de tu infancia que ahora no recuerdas. De asombro e indignación, nada puede justificar tal desaguisado. La carretera N-611 cruza en vuelo rasante justo por el medio del artilugio hidráulico, partiéndolo en dos, cuando bien podría haberlo salvado con tal de ampliar en pocos metros la curva que allí conforma y cuando espacio hay para ello. La desidia hacia el Canal alcanzó aquí su máxima expresión. Muchos vehículos se detienen para contemplar la maravilla arquitectónica, pero en vano tratan de dar con una perspectiva de conjunto. Hay pescadores, pero ya nadie se baña. Quizá el bañista más famoso de la 21 sea El Lute, su único baño, lo describe el propio Eleuterio Sánchez en su libro de memorias *Camina o revienta*. Corrían los años del desarrollo y el tren que lo llevaba preso lo hacía entre Frómista y Piña de Campos; con un brazo roto decidió que aún le quedaban muchos huesos por romper

y saltó en marcha en busca de la libertad. El cerco que montó la guardia civil para su captura contaba con una barrera teóricamente infranqueable para un herido, el Canal de Castilla. Era casi de noche.

«Me hundí a pique en el agua. Hay por lo menos dos metros de profundidad. La sorpresa me hizo abrir la boca y tragué litros […] con la respiración jadeante me acerco a la otra orilla […] todo el margen es de cemento liso, pendiente, demasiado inclinado para que pueda subirlo en mi lastimoso estado físico. Lo intento una y otra vez y con el desánimo me entra el miedo […] los chopos van a ser la última visión de mi vida. No tengo otro remedio que dejarme llevar por la corriente hasta encontrar una brecha en la ribera […] una mata de juncos que se inclina llegando casi a tocarme […]. Fue todo un lío salir del agua. Estaba malherido y sólo una mano me respondía».

La espectacular fuga le catapulta a la leyenda, su hazaña es una afrenta para la policía franquista y todos los niños palentinos que juegan a policías y ladrones quieren ser El Lute. Los mismos niños, en los mismos años, en su inocencia, creían que los chopos pertenecían a una señora llamada Tafisa. Por aquí debió cruzar el fugitivo, más o menos; lo único que no concuerda con la realidad es lo del cemento. La caja del Canal, de sección curva, está excavada en la tierra y sus taludes son resbaladizos planos inclinados de tierra; la piedra (que no cemento) sólo aparece en las obras de fábrica, en puentes, dársenas y esclusas. No estaba El Lute en la mejor de las condiciones para discernir la naturaleza de una superficie deslizante, concluyes. La Veintiuno designa a la esclusa pero también a todo el ámbito que la rodea.

Paso a nivel

Recuerdas los viejos pasos a nivel, la vía férrea cruzándose con un camino o carretera y, en los de guarda, al guardagujas atento al primer silbido de la locomotora. Bajaba la barrera y para los coches la pausa era una constante con la que contaban de antemano; tan sólo algún suicida ciclista se decidía a atravesar sus raíles deslizándose por entre las cadenas que pendían del mástil caído, antes de que apareciese el inminente tren. Ahora los trenes cruzan veloces, asépticos y diesel sin interrumpir ningún tráfico. Recuerdas tus juveniles viajes en tren, siempre en tercera y siempre una aventura, la inhóspita carbonilla y la hospitalaria largueza con que se compartían las meriendas. Imaginas los primeros trenes que surcaron estas llanuras siguiendo la eterna senda de la salida al mar, siempre la mar, arrastrados por una locomotora tipo 040 Verraco de Sharps-Stewart (Atlas Works, Manchester), locomotora de vapor con caldera de agua, tonelada y media de carbón, tracción en los cuatro ejes, chimenea alta y amplio domo con maquinista, no trabajando como un negro sino tiznado como tal. Caballo de hierro o serpiente férrea y anillosa que en la cabeza el corazón ostenta. Fernando VII se negó al invento, «no será mientras yo viva, no quiero que por este medio acudan a Madrid todos los habitantes de España a pedirme empleos». Su frase es tan reaccionaria como lúcida, pues implica el certero diagnóstico de cómo con el ferrocarril se iban a incrementar y abaratar los transportes. Imposible poner puertas al campo y mucho menos a los grandes negocios en los que intervenían gentes como Rotschild, el marqués de Salamanca y los hermanos Freire. Así, en 1840 circulaba el primer tren por Venta de Baños y, sin que nadie se

apercibiera de ello, el destino firmaba el certificado de defunción del recién nacido Canal de Castilla, o para decirlo más exactamente: los precios con los que el ferrocarril transportaba trigos, harinas y personas eran mucho más económicos que los de la vía acuática. Los Caminos de Hierro del Norte de España acabaron hacia 1860 con el breve esplendor comercial del Canal, como también apuntillaron el «tren a lomo» (la recua de caballerías), a no confundir con el «tren burra» de vía estrecha.

Rememoras nostálgico una nota de Azorín. Indica en ella cómo en 1845 apareció en Madrid una revista literaria, *El Siglo Pintoresco* (dirigida por Navarro Villoslada), en cuyo primer número una viñeta reproducía con dibujos diminutos una imprenta, una almunia, una plaza de toros y un ferrocarril. El tren lo componen un cajón alargado, con una chimenea humeante puesta casi en la parte posterior, y detrás seis vagoncitos que marchan por la tierra sin que se vea señal alguna de carriles, salomónica solución a la disputa del ancho de vía. Quizá sea éste, divagas, el primer dibujo hispano de un tren. Contemplas el puente, el cruce a diferentes alturas, y sonríes recordando los viejos pasos a nivel. Entre vías y cadenas, en madrugadas de hielo, los hombres de pelo en pecho mataban el gusanillo con un «paso a nivel»: coñac González Byass y anís Las Cadenas, mitad y mitad.

En la boca del león

Estás en el centro o grano de trigo, en el exacto punto trigonométrico de un lugar de privilegio. En Frómista, en la antigua Frumesta de los romanos, de frumentum, que significa trigo. En el lugar donde el cauce de las aguas se entrecruza con el camino de las almas; lugar de doble privilegio como la luz, que no es onda ni partícula, sino ambas cosas a la vez, donde lo telúrico se confunde con lo teúrgico. Lo sientes como un inasible abrazo. Desde el puente por donde circulan los peregrinos vuelves tu vista a la obra de fábrica, en donde cuatro esclusas, las 20, 19, 18 y 17, abren poderosa herida en la tierra y tiñen de sangre las curvas paredes de sus labios. Vuelves a admirar la sobria y bella arquitectura del vacío, esta vez con el desasosiego de un temor, el de no poder interpretar su inaudito mensaje. La leonardesca estructura adivina cómo las sanguinolentas luces del crepúsculo se transformarán insensiblemente en placenteras y deleitosas sombras. El articulado desplome del agua, de quince metros de desnivel, el mayor de todo el Canal, dibuja en sus variables ondulaciones la metáfora de la vida. Quizá de la lucha por la vida. El cuádruple salto, a pesar de haber sido insidiosamente depredado (con el desvío de parte de su caudal a una mísera central eléctrica, con la ruina de sus fábricas y batanes, con el expolio de sus compuertas) mantiene íntegra su dignidad. El desasosiego te lleva más allá de la pura percepción física, a la metáfora de esta ondulación, es la última del agua que fue y la primera de la que será, fiel reflejo de la vida: en este instante comienza el resto de lo que de ella te queda. La novedad, la extraña sensibilidad que provoca, hace que pierdas el sentido del tiempo. ¿Cuánto tiempo llevas contemplando estas esclusas?

La formidable apuesta espiritual del Camino de Santiago tiene en Frómista, fin de la sexta etapa según el *Codex Calixtinus*, en la románica iglesia de San Martín, su joya de la corona. ¿Cuánto tiempo llevas contemplando sus canecillos? Sus aurificadas piedras también aguardan complacidas la sombreada matización del crepúsculo. Repasas las figuras, tan fundamentalmente realistas y de tan abstracta interpretación esotérica: el burro músico, compañero constructor que hace bien las cosas sin saber por qué; el mono, mimesis de la lujuria; los pájaros, siempre refinados como corresponde al símbolo del alma; el joven con una muñeca en las rodillas, anacronismo de una mala copia; y el león. Detente bala, decían los escapularios requetés. Detente en el león. La Ruta Jacobea es un camino iniciático y el arte románico, un espejo de símbolos; medita en tan hermoso animal que no es infierno ni infiesto, como tan a menudo se cree, por más que sí sea fiero. Los andrófagos, los devoradores de hombres, casi siempre adoptan la forma del león, raramente la del perro o el lobo, y con frecuencia están ahí, tumbados, esperando, tan plácidos que incluso apoyan la cabeza en una mano. Tu interés se centra en una ilustrativa secuencia de canecillos casi cinematográfica, en tres consecutivas figuras de león: una cabeza; la misma cabeza, más grande, con la boca abierta; la misma, devorando a un hombre entero. El tema es la paciente espera de la muerte iniciática, el león devora al hombre viejo para que así renazca el hombre nuevo, el iniciado.

Estás en el grano de trigo, un lugar cuyo doble privilegio, telúrico y teúrgico, tratas de explicarte con el paralelismo de la metáfora del agua y el simbolismo del león; y con el de sus protagonistas, el novator o innovador y el iniciado, ambos hombres de sabiduría aunque se trate, evidentemente, de muy desiguales formas del conocimiento. Aquí, en Frómista, se cruzan el Canal de Castilla y el Camino de Santiago, la más grande epopeya cívica y la más arriscada apuesta espiritual, dos programas de la lucha por la vida que raramente coinciden en la historia de España. Difíciles de compartir pero no radicalmente incompatibles. El punto resultante de su formidable cruce algún enigmático estímulo ha de contener. Está escrito en el aire, intuyes. Piensas que su circunstancia es excepcional y que no debiera ser desaprovechada. No crees ni en yogas ni en ejercicios espirituales, mucho menos en el brain

storming y te horripila el proselitismo, a pesar de lo cual piensas que todos los españoles, al menos una vez en su vida, deberían peregrinar a la mecanografía aérea de Frómista, para meditar sobre tal coincidencia; en particular los dedicados a la cosa pública. Quizá no tengas remedio, vergonzante regeneracionista.

El santo de la mar océana

Sin duda la historia de una población viene definida por sus monumentos, por sus castillos e iglesias, y por sus fábricas derruidas; y también, sin duda, nada más eficaz para definir su pulso actual que el repaso de los rótulos de su comercio. Te refieres a los que no son franquicia de marcas que se anuncian en TV. Así, en Frómista citas al que más llama tu atención en la calle de La Puñalada: «Almacén de cereales, abonos minerales y paja. Polvorosa S. L.». Deambulas en busca de un personaje casi mítico. Te hubiera gustado poder hablar del santo y de tantos otros temas con don Julio Senador, su iracundo notario. A Frómista los peregrinos renacentistas la llamaban la Villa del Milagro, por el milagro de tipo eucarístico que cuentan aquí tuvo lugar en el siglo XV, con un judío más o menos converso como protagonista. La localidad fue aljama o quizá puebla y por esta razón a sus vecinos aún se les sigue llamando judíos, en menor medida también rabudos, por rabinos, cosa que no les ofende sino enorgullece. De tan abundosa presencia hebrea no resta más que el nombre de una calle, Judería, y una piedra esquinera, redonda y caliza que llaman la del milagro. Continúas tu deambular, despacito y por la sombra, en busca del santo.

Ahí lo tienes, en medio de la plaza, más gallardo imposible. San Pedro González Telmo, natural de Frómista (1184-1246), más conocido por San Telmo y en ambas invocaciones Patrón de Marineros y Navegantes. Meditas sobre los extraños desvaríos de la vocación, de boca en boca, de barco en barco, se difundieron sus merecimientos, sólo así se explica tamaña influencia en alta mar

proviniendo de tan tierra adentro. Una vez más la vocación marinera de esta tierra, una vez más el azar aliándose a la voluntad de supervivencia, una vez más la casualidad provocándote al desvarío teórico. Cíñete a los hechos. Ahí lo tienes, en bronce, su barca varada sobre el pedestal de mármol pero enhiesta figura navegando por otros mares de locura, los de tejas árabes y nubes blanquísimas, por un cielo a *grosso modo* difícilmente azul. De familia bien, su carrera de clérigo es meteórica; sin embargo, mujeres de por medio, mujeres a las que nunca rindió su castidad, abandona el brillo de la corte y el fulgor de la lucha antialbigense, para desplazarse a una remota frontera, a Tuy, para evangelizar a los habitantes de aquella costa, gallegos ilusos. Sigue ciñéndote a los hechos. Con olas de veinte metros y el noroeste arreciando, los bous bacaladeros procedentes de las playas de Newfoundland (o de donde fuera, quizá por entonces no llegaran a Terranova) están a punto de naufragar. Sobre el cantil se alza la providencial figura de San Telmo, sobre su figura, su mano, y sobre su mano, la señal de la cruz: no cesa la galerna pero la piel de la mar se alisa como carretera recién asfaltada y los bous arriban a puerto en una singladura sin más acontecimientos dignos de mención. A partir de ahí el diluvio. Los pescas y pilotos, de bajura o altura, en cabotaje o en las largas rutas que se prolongan más allá de Durban, ante la eminencia del naufragio, invocan a San Telmo y el santo, marinero en tierra, siempre responde. Los milagros se suceden y su fama se desboca a boca como ya has dicho. De no ser así, a nadie se le hubiera ocurrido bautizar al fantasmagórico fuego fatuo que oculto nace, y sólo se manifiesta en los puntales, como fuego de San Telmo. Será electricidad estática, pero la naturaleza del fenómeno en nada empaña el mérito del nombre que lo designa.

«Frómista, esto es Ole». Te desconcertó el rótulo a la entrada del pueblo pero ahora ya entiendes su significado, también folklórico pero sin nada que ver con un olé. La procesión cívica del Ole es el homenaje laico que se une a la festividad religiosa de San Telmo el domingo de abril, víspera del santo. El Ole es a Frómista lo que los Sanfermines a Pamplona, la fiesta desinhibitoria. Te cuentan la curiosa procesión que es baile, que no sigue a la imagen del santo ni a su víctor (su pendón o sin pecado) sino que danza con ella encarándose, o sea, avanzando hacia atrás. Hay toda una liturgia

laica de pasos y cánticos en estas oleadas de la prole. Pasacalles emblemático es el que abre la marcha: «¡Viva San Telmo! Esto no es ole, esto no es ole. Viva San Telmo y su Mayordomo. Esto no es ole y el ole no se quita porque lo ha puesto la tía Majita». No seas malpensado, no pienses que siempre hay una mujer en sus desplazamientos; la tía Majita defendió el ritual cuando en nuestra última posguerra, por irreverente, querían prohibirlo los de las JONS. La marcha se acompasa con tambor, dulzaina y paloteo, con entrecruzados golpes de cachavas, escobas, horcas, rastrillos, o lo que a mano venga, cualquier palo es útil. De entre los lazos de los danzantes del paloteo eliges el más malpensado como muestra:

Tres monjas francesas
van para León.
Ellas buenas mozas eran
ellas buenas mozas son.

Para irse por la calle de Las Francesas desfilarían, nombre no tan infrecuente como parece en el nomenclátor viario del Camino de Santiago, ya que el que por aquí pasa es el llamado Camino Francés. Entre estos lazos y los lances propios de una fiesta dionisíaca discurre la víspera. Meditas sobre la paradoja fundamental, el santo patrón de la marinería, un hombre de la meseta, y sobre la paradoja añadida de festejar el patronazgo marino con un rito esencialmente agrícola. Ese paloteo con aperos de labranza. Ese refresco del Mayordomo de la Cofradía con lechazo y embutidos. La obsesión de Castilla por salir al mar te obsesiona, hay casualidades que más parecen fruto de un denodado esfuerzo. Recuerdas múltiples estampas de San Telmo en barcos de muy distinto pelaje y tonelaje, en taquillas de otros tantos camarotes, pinchadas junto a fotos de familia y páginas de *Play-boy*. La influencia meteorológica del santo parece evidente, ni el más viejo de los fromisteños recuerda que algún año lloviera en el Ole y eso que en abril sí llueve algo por estas tierras. Te acaricia la piel el vértigo horizontal de la llanura, tan semejante al de la mar. Cíñete a los hechos.

Telarañas cuelgan del olvido

—De poco le va a servir, mi memoria es ya una piedra sepultada entre ortigas, entre las hierbas que rodean la casa de mis padres. Qué va a decir una hija de su padre. Era un hombre alto, serio y cumplidor como un militar, con un bigote también de militar. Yo siempre me sentí muy unida a él y desde niña le ayudaba en el papel de la oficina. Era el fiel, el responsable desde aquí a Rioseco, el jefe de los capataces y el responsable de que la navegación no se detuviera pasara lo que pasara ni siquiera en los días más duros del invierno. Un hombre elegante dentro de su uniforme. El de verano era caqui con galones dorados en las mangas; el cuello, de puntas también doradas, con las letras C. C., las de la empresa, Canal de Castilla. El uniforme de invierno era más abrigado, de pana, de color de pana. Algunos inviernos eran tan fríos como ya no hay; con decirle que hasta se helaba el Canal. Entonces el barquero tenía que ir rompiendo el hielo con una pica. Le ayudaban los demás hombres con picos, con lo que fuera, pero la navegación no se interrumpía. A los niños nos entusiasmaba el hielo, la bronca que le echó a Agripino por ponerse a andar en bici sobre el agua helada de su Canal. Por el peligro y, si no me equivoco, por considerarlo una falta de respeto. Mi padre, don Gabriel le llamaban, siempre con el don por delante, también se encargaba de comprar todo lo relacionado con la navegación, hasta las mulas. Pareces un tratante, le decía mamá. Las mulas, los arneses, la cebada, tenía que ir de un lugar a otro como un tratante. La cosa andaba tan corta de dinero, ¿y qué no?, que se vio obligado a sustituir los candiles de las barcas por velas de cera, salía mucho más barato, velas de cirio, menudo disgusto se llevó. Le gustaba tratar bien al personal a sus órdenes y

si le respetaban, también le querían.

Socorro Sevillano es una viejecita pulcra, culta y cariñosa; te recibe en su hogar y te encandila tanto por su presencia como por sus palabras. Te encuentras inmerso en un ámbito de principios de siglo tanto por lo que oyes como por lo que te rodea, esos meticulosos adornos de vidrio y cerámica, esas fotos cuyas cartulinas amarillean pero cuyos marcos de plata lucen recién pulidos. Socorro, decides, es la abuela que todos hubiéramos querido conservar al menos en nuestro recuerdo.

—Decían que ya no tenía importancia la navegación, no tanto como de antiguo con la compañía particular, pero quedaban 16 barcas y a mí la llegada de cada una de ellas me parecía un día de fiesta. A ver si me sale: las españolas eran de dos vagones, que cargaban lo mismo que dos vagones de ferrocarril, quiero decir, y de ellas tiraban dos mulos; las francesas eran de tres vagones y necesitaban un tiro de tres mulos; y las alemanas eran de más de tres vagones, no sé de cuántos, y eran las únicas motorizadas. Como una piedra sepultada entre ortigas y perdone si me repito. Los muleros eran niños de mi edad, de catorce o quince años pero los barqueros no, eran personas adultas, iban uno por barca pero si ese uno estaba casado podía viajar con la mujer, tenían un camarote y allí hacían la vida, también la comida, claro, en una cocinita de carbón. Si tenían un niño también lo podían llevar con ellos, pero dos ya no, lo prohibía el reglamento de régimen interior. Mi padre se preocupaba mucho por el personal y gracias a su gestión añadieron a las barcas un pequeño camarote para que allí pudieran dormir los niños muleros, es que si no tenían que dormir en la cuadra con las bestias y figúrese usted qué plan, con el frío y las enfermedades y con todo. Las barcas llegaban al atardecer y amarraban, estaba prohibido navegar de noche, y su visita para mí era una fiesta. Y para los vecinos del barrio también. Amarraban con un dogal, una soga muy gruesa de esparto, a una estaca de hierro que estaba allí para eso, o a las argollas. En invierno hacíamos la velada en casa, alrededor del brasero, jugábamos a los alfileres y al parchís, pero en verano salíamos al patio o a la calle, según cuántos, y bailábamos a lo suelto. Rosa, la hija de Rosalía, la lavandera, que era viuda, bailaba la jota como los ángeles. También doña Daniela, la de la finca, a la que llamábamos Boquita de Piñón,

y se enfadaba muchísimo si se lo llamábamos. Casi todos los barqueros eran buenos músicos, unos tocaban el acordeón y otros con cucharillas seguían el ritmo de miedo. Casi nunca coincidían dos barcas, lo normal por noche era una o ninguna, a la mañana hacían el cargue o descargue y reanudaban la marcha en cuanto que salía el sol. La verdad es que el barrio del Canal era como una gran familia; las relaciones entre vecinos y también con los obreros de la fábrica de harinas de enfrente no podían ser más afectuosas. Cómo ha cambiado todo. Lo que no ha desaparecido, claro. Cuando se arruinó la fábrica los críos entraban para jugar y a mí me entraba una congoja. Se deslizaban por las tolvas como si fueran toboganes, tan suavecitas las había dejado la harina. Ahora no voy nunca a las esclusas, me da pena verlas, ni compuertas tienen.

Fijas tu mirada en la foto de don Gabriel Sevillano, hombre joven de gesto enérgico, mentón voluntarioso y bigote enmascarador de la ternura que en sus labios florece. Parece un hombre feliz. «No es mi padre, es mi esposo poco después de casarnos», te desengaña Socorro. Decides que ambos debían parecerse, no sólo en lo físico, y callas para no interrumpir su discurso.

—Era un mundo de orden. Los escluseros y los camineros tenían uniformes sencillos con distintos cordones para distinguirse, azul y azul marino. Una o dos veces al año pasaba la draga para desbrozar el Canal. Los camineros lo mantenían limpio como una patena, quitaban las porquerías y segaban los carrizos, si mi padre llega a ver la mansiega que se forma ahora en las orillas es que. No sé, de mucho orden y cuidado. Cada seis meses nos visitaban los señores. Los ingenieros, el director y otros mandamases. Se alojaban en la casa de respeto, la mayor del barrio, la llamábamos la casa de los señores y sólo se abría para ellos. Se calentaba con una salamandra preciosa. Venían en la barca que llamábamos de visita, arrastrada por una gasolinera, era muy vistosa y muy adornada, con banderas, con paños de terciopelo, tenía asientos en el piso inferior y desde la terraza se podía contemplar el paisaje mientras andaba. Me impresionó mucho la vez que me dijeron: «aquí se sentó el rey». Pensar que apoyaba mis nalgas donde las había reposado el rey me impresionó de veras. Los escluseros se encargaban del paso manejando los gatos de las compuertas, y era todo un espectáculo

ver a las barcas en los sucesivos cuencos subiendo o bajando como en un ascensor, tardaban más de una hora en pasar. Por cierto, también se limpiaban las esclusas una vez al año, en verano, se cortaban las aguas y ya en seco se hacían las reparaciones necesarias. Como curiosidad, decirle que en los vasos laterales, al secarlos, aparecían montañas de peces, bueno, de barbos y anguilas, mermejillas pocas; tantos que antes del corte del agua se subastaban los vasos entre los pescadores del pueblo y siempre había puja. Todo muy ordenado. No estaba permitido beber a ningún animal, ni siquiera a las ovejas, aunque sí había lugares destinados para lavar la ropa y la lana del esquileo. Y también para nadar, las chicas lo hacíamos un kilómetro por arriba de la estación para que no nos viera nadie. Recuerdo un agua transparente, cristalina. Cómo han cambiado las cosas, las costumbres más que las cosas, y si no pregúntele a Clarita, es mi nieta, ¿qué le parece?

La nieta de Socorro es una quinceañera bella como una aparición de la Virgen, saluda tímida pero la defines decidida por la forma de producirse. Toma aquello que había venido a buscar y desaparece dejando tras de sí un palpable vacío. Quizá vuelvas a errar en el pronóstico, pero así imaginas a tu interlocutora a esa arcangélica edad.

—Para mí, la personificación de todo aquel mundo de trabajo y orden era mi padre. Le adoraba, era la pequeña de seis hermanos y siempre estuve muy unida a él, me gustaba ayudarle en lo que fuera y ningún juego me divertía tanto como enredar en el fielato. Tanto que con el tiempo eso me convirtió en la primera mujer empleada en el Canal. Sólo una cosa se me hacía insoportable; mi padre era quien marcaba las mulas con un hierro al rojo, con las letras C. C., y el número de la barca, me daban tanta pena, no podía soportar sus relinchos de dolor ni el olor a chamusquina de su carne quemada, huía llorando y esos momentos son los únicos en que me recuerdo enfadada con mi padre. Cuando cumplí catorce fue él quien me envió a una academia para que aprendiera a escribir a máquina y me compró una preciosa, portátil, de segunda mano, marca Corona typewriter inc. En cuanto aprendí me emplearon de meritoria, sin sueldo, como ayudante de mi padre y allí estuve hasta que se jubiló. La jubilación fue el mayor disgusto de su vida y casi también el de la mía, bueno, después vinieron otros. Era una oficina con mucho

que anotar, allí se cobraban los portes y se efectuaba el pago de los trabajadores. Con mucho papeleo. De ahí me viene el gusto por escribir, como apenas duermo mato las noches escribiendo de estas cosas, me desconsuelan pero también me distraen. Ahora tengo que escribir en papel rayado, la vista y el pulso me juegan malas pasadas, que ni la simetría respetan. El agua del Canal no podía ser tan cristalina como la recuerdo, no sé. Lo que más siento es cómo crece el olvido, como una telaraña.

La tumba del templario desconocido

No quieres abandonar Frómista sin hacer antes una escapada gastronómica a Villalcázar de Sirga. Recuerdas al histriónico Pablo Payo a quien los amigos del Camino de Santiago proclamasteis Mesonero Mayor del Camino, por ese vaso de clarete con que siempre obsequia al agónico, amén de por su legendario lechazo churro, cuya relación precio-calidad es inmejorable. Lo supones, si aún sigue en pie, al pie de la escalinata disfrazado con su capa, cayado y venera y recitando su propia gloria: «Sigo aquí, junto al Camino que lleva hasta Compostela, como un centinela, en este lugar palentino donde planté mesón…». En el fondo nada de lo folklórico y deportivo que está jalonando la Ruta Jacobea es de tu interés, ni siquiera apruebas este arcén para peregrinos que cada cierto tiempo se remansa en un descansadero, como si para excursionistas de fin de semana se tratara. Estás en el próximo a Población de Campos (a sus vecinos les llaman cigüeños, no sabes por qué, pues cigüeñas hay en todos los campanarios), con sus mesitas, su pozo seco, sus pinos ducales, sus hierbajos y su zarzarrosa o tapaculos. Cruzas el puente sobre el río Ucieza e ingresas en la ermita de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro; su sombrío y pétreo habitáculo, del siglo XII, parece no tener otra misión que la de dar cobijo a la tumba del templario desconocido. Observas la ineludible lápida, sobria como la laja de donde procede: el bajorrelieve de una espada convertida en cruz y nada más. Lo supones anagrama cargado de complejo simbolismo por más que la primera interpretación resulte obvia, mitad monje y mitad guerrero. La espada es tizona de doble filo y la cruz que configura es patriarcal, con los extremos de sus brazos ligeramente ancorados.

Desde siempre te sentiste atraído por el Temple, al que consideras más interesante que cualquier otra orden de caballería, porque el interés de lo dual siempre supera al de lo unívoco y la dualidad era su esencia. Orgullosos caballeros de la orden en la corte y humildes caballeros de Cristo en la iglesia. Defensores de Occidente y entusiastas orientalistas. Nacidos en Jerusalén para la defensa del Santo Sepulcro y exterminados por la Inquisición a lo largo de toda Europa y hasta los confines del sepulcro del apóstol Santiago. Ocupados en las cuestiones del mundo, inventaron la tarjeta de crédito; una carta firmada por el Gran Maestre era una auténtica «Master Card», que convertía en monedas contantes y sonantes la cifra allí escrita en cualquiera de sus fortificadas sucursales. Celosos de su mundo interior, las reglas de la orden constituyeron un arcano que nadie pudo desvelar, pero al que las malas lenguas atribuían las más diversas perversiones, incluida la de idolatría. Su poder levantaba envidias y cualquiera de sus gestos era perversamente interpretado: en algunas circunstancias, como ejercicio de humildad, eran dos los jinetes que montaban un caballo y de ahí la acusación de sodomía. La suya es una historia con tan enigmáticos como atractivos capítulos que nunca se aclararán; las hogueras de la Inquisición no hicieron sino reforzar su misterio. Tu versión de los templarios siempre será la de los héroes de *El Señor de Bembibre*, de Gil y Carrasco, quizá la más importante novela histórica de nuestra literatura. En vano buscas la tau milagrosa que el ángel del Apocalipsis colocará en la frente de los predestinados, la ermita entera parece querer centrarse sólo en la lápida de tan anónimo templario que ni iniciales tiene. Villalcázar no es de Sirga por el camino del Canal sino por el de Santiago; los peregrinos franceses llamaban sirga al camino francés y así se conserva; tanto que la contracción del nombre del pueblo en el habla popular, tan ahorrativa, es Villasirga. Una inmensa iglesia gótica, encomienda del Temple, se sitúa en su plaza de forma prominente sobre las casas que la circunvalan; en el friso del Pantocrator, una multitud de personajes con temas que se repiten con frecuencia en lugares templarios: de una boca salen dos tallos con una flor y un fruto cada uno, como si de palabras se tratara; esta simbología, de origen musulmán, es de una gran altura iniciática que no alcanzas, te limitas a señalarla. En su interior no encuentras el recogimiento que

venías buscando. Contemplas el sepulcro del infante don Felipe, hermano de Alfonso X el Sabio y viudo de Cristina de Suecia, la de los tristes destinos, que descansa su sueño eterno en la colegiata de Covarrubias. En este sepulcro, dicen, está la Edad Media en todo su esplendor y dramatismo. El yacente infante reposa sobre plañideras, cortesanos y su propio enterramiento. Ese caballo sin jinete y con el escudo vuelto en señal de duelo. No te entusiasman las estatuas fúnebres yacentes, todas por definición de un exhibicionista, y no por el boato ni la pedrería sino porque, sin querer, te recuerdan la del ricohombre Portocarrero en la iglesia de Santa Clara de Moguer; el muy estúpido, en el colmo de la soberbia, yace en piedra empalmado como un berraco presumiendo quizá de una carencia. Frente a la iglesia, al otro lado de la plaza, está el nuevo mesón del amigo Payo, hacia él te diriges. A punto de pisar su umbral, haces un descubrimiento y una honda emoción te embarga. La losa que el umbral conforma es la misma lápida de la ermita de Población de Campos, la de la tumba del templario desconocido. La misma tizona transformada en la misma cruz patriarcal sin rastro alguno ni de nombre ni leyenda. Su ubicuidad te desconcierta, pero más aún la definitiva humildad de quien así a los pies de la indiferencia se abandona. Ningún apresurado comensal repara en ella y todos la pisotean. De entre los epitafios que han llamado tu atención y sin pretenderlo memorizas, le dedicas éste a modo de homenaje: «Aquí yace un hombre incierto, vivió mientras vivió y murió al sentirse muerto». Como en ocasiones anteriores, aún habiendo dejado de ser el centro de tu interés, el lechazo no te defrauda.

Breve vértebra

Como consciente del lugar de privilegio que atraviesa, el Canal no se dirige directamente hacia el norte sino hacia el este, para así coincidir a lo largo de tres breves kilómetros con el Camino de las Estrellas. De Frómista a Boadilla coinciden la epopeya cívica y la apuesta espiritual, distancia más que suficiente para una meditación calma y peripatética. ¿Significa algo tan feliz superposición, la de al andar hacer dos caminos? La sirga es la trocha todoterreno de la
C. H. D.
y se anda bien. El paisaje, desprovisto de la habitual escolta de chopos, se ofrece en un inmenso espacio abierto. El carrizal se amansa en las cajeras. Las aguas, sin sombras, parecen no tan turbias. Todo parece recogerse sobre sí mismo para evitar que cualquier detalle distraiga de su recogimiento al canalera o peregrino que por aquí marcha en busca del conocimiento. Por esta vértebra insólita de la España invertebrada. A lo largo del breve trecho sólo te cruzas con un grupo de cinco jinetes turistas, clientes del picadero de Frómista; si sonríes es por corresponder al sonriente saludo de la juvenil amazona que parece comandarlos. Cabalga un bayo repinto y es la nieta de doña Socorro Sevillano, Clarita. Vuelve a estimularte su rostro de ángel, su carita de agua y jabón. El futuro no puede estar en los remedios remiendo de las miniempresas locales dedicadas al ocio y consumo; no te repitas, no digas lo de plan Leader para hoy, hambre para mañana. El futuro está en la gracia de esta chiquilla que te recuerda una canción llanera aunque de otro llano: «Sobre la tierra la palma/sobre la palma los cielos/sobre mi caballo yo/y sobre yo mi sombrero». El futuro es la gracia de ese sombrero que no se refiere al orgullo sino a la confianza en

uno mismo. La que emana del porte de la juvenil criatura, la misma con la que los ilustrados decidieron la obra del Canal. Desaparecen los jinetes y continúas la marcha abrazado a los hombros de la soledad y el silencio. Los sonidos naturales del campo, el piar, rebuznar o croar, no rompen el silencio. Sí lo hacen los ladridos de unos feroces perros sueltos defensores de vete a saber qué hueso o hacienda; echas de menos el cayado de peregrino, la de espantacanes era su principal función. Poco antes de Boadilla del Camino la senda acuática recupera su norte, pero tú decides girar visita al pueblo. Su rollo merece la pena, el más bello del camino francés, altísimo, gótico, con su fuste plagado de veneras peregrinas y con un remate en donde varios pacientes andrófagos aguardan. Los rollos no sólo eran picota donde encadenar al delincuente sino también insignia de jurisdicción, de ahí su exquisita orfebrería. En la boada o fuente vieja, cuya agua se extrae haciendo girar una rueda metálica, vuelves a sonreír abiertamente ante el guiño de complicidad de la misma: la rueda es el timón de un barco.

Juego de espías

En Requena, la almenara o garita de riego parece garita de guardia a la vera del puente. Cruzas entre pretiles como dentadura de anciano, de sillares silbantes, movedizos, con demasiada holgura. Las bodegas y tapiales a la entrada del pueblo parecen haber sufrido un bombardeo, pero ya en el casco hay casas con su señorío todavía en pie. En una florida plazuela, frente a la casa de cultura Miguel Hernández, otro viejo poeta, Ceferino Puebla, se ha dado el lujo y el gusto de pintar la fachada de su hogar con ocres, verdes y amarillos que forman repetitivos dibujos geométricos. En las persianas ha pintado ánforas. Se ha dado también el capricho de inscribir una cartela con letras y números a modo de jeroglífico que el visitante debe desentrañar. Un rosal rodea esta sorprendente casa. No está don Ceferino, al menos nadie responde a tu llamada; te hubiera gustado preguntarle el por qué de esos colores tan chirriantes, te hubiera gustado oírle un rotundo «porque me apeteció»: qué liberador es tener una intuición así y validarla sin más prejuicios. Copias la cartela:

S2L2 D32S T34N4 S4NT3D2
D4 4T4RN3D5D S3N
PR3NC3P32 N3 F3N D4SD4
T2D2S L2S 4SP5C32S
Y D4SD4 T2D2S L35
T34MP2S

No es un jeroglífico como dicen los vecinos, los jeroglíficos son

dibujos que representan palabras de forma enigmática, sino un mensaje escrito en clave. La frase es numérico alfabética, y al estar las palabras acotadas (al menos aparentemente), en su dimensión exacta, sólo presenta dos variables a desentrañar: el nuevo orden lógico de las letras (aparentemente sólo las consonantes) y el orden del intercambio de números por sólo vocales (en virtud de la misma apariencia). El enmarañamiento es muy ingenuo y la descodificación [3] apenas si te ocupa el tiempo de una segunda lectura. Recuerdas los juveniles juegos de palabras cruzadas, crucigramas y epigramas; el que más te entusiasmaba era el de los palíndromos o frases capicúas y también recuerdas tu obsesión aún insatisfecha por batir el récord longitudinal de «dábale arroz a la zorra el abad». La simetría bilateral, tan del ser humano, es el secreto encanto del palíndromo. Las figuras con simetría bilateral conservan su aspecto al mirarlas por reflexión en un espejo y ésa es la propiedad del capicúa, al invertir el orden de sus símbolos la sucesión resta invariable. «Anita lava la tina». ¿La lava en el Canal? Por una lógica asociación de ideas recuerdas otra, en inglés: «A man, a plan, a canal, Panamá». En los palíndromos normales la unidad es la letra, pero también se pueden formar tomando por unidad la palabra como en: «Rubia joven, de biquini, mirando chico, ve chico mirando biquini de joven rubia». En éstos se pierde la pureza geométrica de la simetría y no son de tu agrado. El inventar claves secretas era otro de tus juegos favoritos, sin ellas no tenía sentido jugar a los espías ni rescatar a la chica. Quizá no tengas remedio, no resistes la tentación y replicas al mensaje mural; respetas su estructura pero complicas un poco más su clave; si añades un signo aleatorio + es para concederle esa mínima complejidad que tanto excita la imaginación del contraespía, para prolongar el juego con otra posible contrarréplica:

G4N+ V349 F32L+
G+LF3V4 +2 +F+NL3V1+
G3L JH+LX+J+4 L3 T+L
V2GV+ F4V+G N+G 2+J1X34G
B V2GV+ F4V+G N3G
F+2MJ4G

Un texto así escrito, en el muro externo del propio hogar, tiene más carga emocional que un mensaje en el interior de una botella a la deriva. Lo consideras presencia de lo invisible, voz de lo inefable y vagorosa señal de identidad, por eso lo has replicado. Con un clavo esclavizas tu versión[4] a la puerta de la casa de don Ceferino; traducirla le costará algo más que una segunda lectura, justo el tiempo que necesitas para huir sin dejar rastro, como huyen los buenos espías.

La balsa de rama

Glafira Santoyo es una sexagenaria solterona de buen porte y humor. Es raposa, o sea natural de Requena, lo cual quiere decir que pasó sus mejores años al hilo de la ría.

—Recuerdo el Canal como un lugar de juego y de transporte. Las barcas eran como un camión hoy, llevaban el trigo a Frómista, a la fábrica, y traían lo que necesitábamos; los baldosines y el cemento con que arreglamos una vez la casa los trajeron desde Aguilar. El recuerdo más divertido es de cuando de chiguitos esperábamos a las barcas para que nos llevaran hasta Boadilla, después volvíamos andando. Tenían una cocina de carbón abajo y solían darnos a probar de lo que tuvieran en la lumbre. Los barqueros hacían la vida en el camarote de proa y en el de popa guardaban el pienso para las mulas. Las chicas solas jugábamos a la taba y a los alfileres, también a la tanguilla con algún chico suelto, pero nunca a la pílora con todos porque había que saltar por encima uno de otro y en casa nos regañaban, más que regañarnos. Con la cuadrilla corríamos la fruta de la huerta que se nos pusiera más a mano. Todavía me sé los lados de la taba, hoyo o aguas, panza o pencas, carne o cara, y culo o llana. De los chiguitos me acuerdo de Macario, vivía en el pueblo y venía a la casa del Canal con su padre para esquilar las mulas. Era muy habilidoso, hizo una especie de lancha con las tablas y las ramas del Canal, una balsa en la que podíamos navegar de dos en dos hasta que, antes de hundirnos, la embarrancábamos en la orilla. Macario solía gritar: «¡Nos vamos para América!» y estoy segura de que todos llegamos alguna vez a América, soñando, claro. La balsa nos gustaba aún más que las barcazas, la de risas que no habré derramado en ella. En el Canal las mujeres eran muy raras, que

éramos pocas quiero decir, aunque fuera jugando. Aquél era un mundo de hombres. Al llegar la barca a la inclusa, como había que desenganchar las mulas se aprovechaba para que éstas comieran hierba. Creo que todos decíamos inclusa e inclusero. También recuerdo el frío, mi padre tenía que levantarse en plena noche para evitar que los gatos con que se abrían las compuertas se helasen y, si se habían helado, romper el hielo; recuerdo cómo Zar, un pastor alemán que teníamos, cruzó a la carrera el Canal persiguiendo a un conejo. Macario era el más espabilado de la cuadrilla, le contrataron de caminero y creo que llegó a capataz o fiel, no lo sé; por Aranda, creo, no lo he vuelto a ver. Ah, una cosa, ya no tengo nada que ver con el Canal pero me da un coraje. Desde que arreglaron el puente no paran de pasar por aquí camiones, sobre todo los de la remolacha, así evitan la báscula de Osorno. Con más de veinte toneladas figúrese, ahora sí que se le están empezando a mover las piedras.

Ciento y pico años de soledad

De pronto, a la vuelta de una curva, echado de bruces sobre la sirga, te encuentras con un muchacho de largas melenas y raídas ropas. Está mirándose en el agua como un Narciso (narcisus sempernarcisus, diría Linneo). Parece no haberte visto ni oído, inmóvil mantiene su mano derecha dentro de la corriente. En el tobillo derecho lleva una pulsera de cobre. Tan quieto como si estuviera muerto. Te acuclillas junto a él y, solícito, preguntas:

—¿Te pasa algo?

—¿A mí?, ¿qué me iba a pasar?

—No lo sé, pero ¿qué haces? ¿Estás pescando?

—No, estoy esperando.

—¿Aquí? ¿Con este calor? —Te intriga su actitud; no te dejas desanimar por su silencio e insistes—. ¿Y se puede saber qué esperas?

—A mi Alma.

—Oye, no es por desanimarte, pero no hay un alma a la redonda en varios kilómetros. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

—Sí, mucho.

—¿Una hora? ¿Dos?

—Muchísimas más.

—¿Un día?

—Muchísimos. Si se los dijera no se lo iba a creer.

—¿Un año?

—Mucho más.

—¿Dos?

—No. Ciento sesenta y ocho.

—Bueno, está bien, como quieras. ¿Ese alma es la de tu novia?

—Es la de la sirena.
—¿Qué?
—Mi Alma es la sirena del canal.
Bueno, repites el suspiro, si los ríos tienen ondinas, lamías, xanas o como se llamen, ¿por qué no iba a tenerlas un canal al que llaman ría? No sabes cómo actuar pero le sigues la corriente.
—¿La has visto alguna vez?
—Nunca desde que se transformó en sirena. Es dificilísimo sorprenderla en la orilla, apenas sale, ¿sabe?
Te está tomando el pelo o está loco. O puede que sea el tonto del pueblo y sea su familia quien esté loca buscándole. Sigues sin saber cómo actuar, pero tratas de sonsacarle alguna información.
—De todas formas es mucho tiempo para estar aquí tumbado, te echarán de menos en casa, ¿no? ¿Eres de Osorno?
—No, qué va, yo soy de Bujalance, me trajeron aquí a la fuerza. Me pillaron robando una gallina y me condenaron a trabajos forzados. No era un ladrón, ¿eh?, sólo robaba para comer y eso no es delito. Estuve trabajando en las obras del Canal hasta que un derrumbe de tierra me mató aquí mismo. Por eso espero aquí, ¿sabe?
Bueno, resoplas más que suspiras, ciento y pico años de soledad, sobre todo si son de pico y pala, son muchos años y un gran absurdo. Te sientes ridículo siguiéndole el juego pero, por si es otra cosa, una insolación por ejemplo, haces una última intentona.
—¿Te encuentras bien?
—Cuando la encuentre me encontraré mejor, no se preocupe.
¿Se refiere a la sirena o a su alma en pena? Es verdad que murieron cientos de presos en las obras del Canal, pero sólo pensar en ese absurdo te irrita. Te levantas suspicaz, como cogido en una trampa e, iracundo, miras a tu alrededor, esperando encontrarte con la cámara de TV de un estúpido programa, tipo objetivo indiscreto o inocente, inocente. No hay nadie y la soledad se torna en bochornoso desasosiego.
No es una pulsera de cobre lo que el muchacho luce en el tobillo sino la huella de una descarnadura, quizá producida por una argolla. Allá él, decides, nadie necesita una excusa para quedarse con la mirada fija en una corriente de agua y de necesitar ayuda ha tenido tiempo de sobra para solicitar la que fuera. Continúas tu

marcha por la parva, para desviar tu atención piensas que la parva es la mies ya trillada y que su color es el color de Castilla. No te atreves a mirar hacia atrás y no por temor a convertirte en estatua de sal sino por puro pánico a que se haya volatilizado el fantasma.

Ova de río

Caminas por un jardín en galería, nunca antes hubieras sospechado esta vegetación en medio del secarral. Tanta que hasta la pirámide remate de la almenara parece un tiesto. Un collage de colores atravesado por la amarilla lanza del gordolobo. Vuela una orquídea, si fueras Nabokov perseguirías a esa mariposa con orquídeas en vez de alas. Por entre los chopos, abismada en la distancia, divisas la pétrea y hermética torre del castillo de las Cabañas de Castilla. Torre de los condes de Osorno, que ha pasado de mano en mano, hasta caer en las de un vecino del pueblo. La ha habilitado como vivienda y ha instalado un ascensor, la caseta del cual luce en la cumbre de la torre como muestra de un mal gusto exquisito. Le sienta al edificio como a Cristo dos pistolas. De nuevo el rumor del agua se adelanta a la visión de la esclusa. A quien no consigues distinguir es al picapino cuyo tableteo de máquina de escribir también oyes. Estás en la 15, esclusa oval en cuyos muros el deterioro se asienta y la vegetación crece desmelenada. Piezas sillares del pretil del puente yacen sobre el camino; como fichas de dominó las imaginas, de bruces puesto que no lucen punto alguno. Es curiosa la selectiva demolición del tiempo, la caseta del esclusero aún se mantiene en pie y, del molino de tres caídas, conocido como La Decimoquinta, no queda más rastro que un profundo socavón encharcado al que los pescadores llaman la Charca. «No importa el tiempo ni las vueltas/canean la limpieza de esa mezcla/de agua y sosiego, de esa tolva monótona/al abrigo del giro del rodezno». Esclusa oval, de alada ova y ovalada, balada del pescador solitario, ova de río, alga verde de agua dulce, de largos y finos filamentos que en otras partes llaman ajomate. Roba un tiempo al pescador y

pídele te explique lo de tan inusual cebo. «La ova es cebo para barbos, en los cuencos y en sitios así, cerrados, como en la Charca, sobre todo cuando remontan por el cuérnago para desovar, entonces entran tontos, les encanta». Los filamentos de la ova de río son el hábitat de múltiples microorganismos, no es pues cebo vegetal sino curioso plancton o cebo vivo. Recuerdas las ovaladas curvas de las garotas del Oba Oba de Río, el de Janeiro, quizá no tengas remedio, ovación cerrada. No es mal respiro la 15, antes de enfrentarse a la cuesta de Cenizales, a los tremendos taludes que encañonan el Canal.

El pueblo fantasma

Sudas como un condenado a trabajos forzados, como quienes excavaron el cauce por cuya ribera caminas. El sol será el mismo pero no el esfuerzo, piensas al avistar el acueducto de Abánades o del Rey. Decides asumir el sudor como una segunda piel y abandonas la parva. Desciendes hasta el río y contemplas en toda su extensión una de las obras de ingeniería más notables del Canal de Castilla. Un auténtico castillo en el aire; estás nada menos que ante el sobrio esplendor del puente acueducto que tu desconocido amigo, el poeta Nelson García Colombani, confundió con el del canal del Duque de Bridgewater, sobre el río Irwell, y cuyo equívoco encendió tu curiosidad. En nada se parecen los dos colosos, pero así son los pies de página. Si el facedor del arco es el arquitecto y el del puente el pontífice, al facedor del acueducto le llamas sumo facedor, pidiendo se te disculpe la blasfemia. Su fábrica confiere un aspecto épico al ámbito en que se asienta, semeja una fortaleza capaz de resistir los más virulentos asaltos y de hecho los ha resistido. Salvar la desproporcionada vaguada del río Abánades o Valdavia fue un arduo problema técnico para el que se sugirieron diversos remedios todos colosales, entre otros el de una mina subterránea; también fue uno de los más sonados rifirrafes entre Lemaur y Ulloa. Por consenso se decidió el acueducto «de cinco ojos de treinta a treinta y seis pies de luz, todo él tendrá una altura de cincuenta pies y como trescientas varas de largo, incluidas las aletas, y el agua del canal irá suspendida a doce pies sobre el suelo». De las dificultades de tamaña obra de cantería es indicio el tiempo que duraron, cinco años, de 1775 a 1780. De su perfecta ejecución, el hecho de que aún hoy en día no deje filtrar ni una

gota. Es una forma de decir, goteras haylas. Paseas por el andén de la margen izquierda del Canal, por donde transitaban las caballerías, y apoyado en el pretil te asomas sobre la espuma torrentera del Valdavia; la simultánea visión de los dos cursos de agua, de la cruz de agua, es un refrescante estímulo. La obra es ciclópea y, sin embargo, aquí arriba, el rectangular y bien medido cauce del Canal, pleno de simetrías, semeja liviano estanque de jardín versallesco.

La política demográfica de la Ilustración combinó el reformismo agrario con el poblacionismo, buscando no tanto el imprescindible incremento de la población como incrementar la población activa. Se enfrentó a un mundo rural estancado, cuya característica dominante era la gran abundancia de campos yermos y lugares despoblados, fomentando la aparición de un campesino que fuera el gestor de una finca agraria de tamaño familiar: un labrador con capital propio suficiente, con ganados y aperos de labranza, para cultivar directamente una extensión de tierra del tamaño adecuado para mantener a su familia y generar algunos excedentes comercializables. Juan de Homar consideró que, en el caso concreto del acueducto, se podían combinar el objetivo colonizador con el de asegurar el mantenimiento de las obras hidráulicas, y apoyó calurosamente la idea de repoblar los tres despoblados de Abánades, los de Suso, Yuso y Comedio, con la fundación de un nuevo enclave al que se le dio el nombre de San Carlos el Real de Abánades. Su estructura se organizó en torno a una única calle, en cuyos costados aparecían sendas hileras de casas de un solo piso, adosadas entre sí, para confluir en uno de sus extremos ante la iglesia parroquial. En vano zascandileas alrededor del acueducto y enfocas tus prismáticos, no detectas casa, lienzo o escombro del pueblo por parte alguna. Tan ausente núcleo, hacia 1800, contaba con ocho vecinos, cuatro de los cuales eran labradores de una yunta; otro, tejedor de lienzos; y los tres restantes, braceros y hortelanos. Narciso Pelaz, uno de los labradores, tenía 150 ovejas y daba trabajo a 10 personas, y constituía para el optimismo de Homar un buen ejemplo de las posibilidades de prosperar que la nueva población ofrecía a los colonos. La realidad le llevó la contraria. Desde un principio Melgar de Fernamental se opuso al asentamiento de San Carlos, argumentando que baldíos y dehesas

de Abánades eran término municipal suyo, con lo cual el desarrollo de la nueva comunidad estuvo plagado de inconvenientes. No sólo de pleitos, también se llegó a la violencia: vecinos de Melgar arrasaron la arboleda de los diques del Canal y llegaron a hundir una barcaza. San Carlos se despobló durante la Guerra de la Independencia y volvió a poblarse con dificultad después de la contienda, pues los mismos vecinos de Melgar habían aprovechado las circunstancias bélicas para ocupar unas tierras que seguían considerando como propias. A partir de ahí el pueblo fue a menos y, como le ocurrió a tantos otros núcleos de repoblación, terminó convirtiéndose en un pueblo fantasma.

En vano rastreas su presencia, por allí el único edificio en pie es una almenara, la arqueta de riego que llaman el Hueso, la más hermosa de cuantas has visto. Como las otras, de planta cuadrangular pero rematada con una airosa cúpula de influencia árabe, lástima no se conserve la cubierta de placas de pizarra que tenía originalmente. San Carlos el Real de Abánades es ya un fantasma de blancas sábanas de papel impreso que sólo se aparece en noches de bibliografía llena. Haces coincidir su óbito con la crisis de la navegación por el Canal. Supones que su último visitante fue Madoz y crees que los ilustrados confiaban tanto en el decreto ley como desconocían la mentalidad del campesino. Te hubiera gustado pasear por entre las veladuras de un pueblo fantasma, qué le vas a hacer. Antes de despedirte del castillo en el aire, del acueducto fortaleza, repasas sus piedras de sillería; las de sus contrafuertes y tajamares resisten incólumes, pero en las bóvedas detectas algunas incurias y más de una ausencia: la ficha de dominó que esta vez te imaginas es el seis doble, ninguna otra incita por igual al ahorcamiento.

Rebaño lustral

La parva de la ría se hace más parva, o sea más pajiza y amarillenta, quizá el verano te esté ganando la carrera, cosa que no te preocupa pues no estás marchando contra ningún reloj. El carrizal se adensa de tal forma que en algunos tramos no alcanzas a ver el curso del agua. Otros tramos se hacen francamente espinosos, contabilizas el espino albar, el espino pincho, la zarza de moras demoradas, todavía verdes, y la zarzaperruna o tapaculos. De pronto, tan pronto como a un kilómetro de Abánades, divisas el puente de Carrecalzada. Es un hermoso puente, como lo son todos los del Canal, con esa pétrea perfección emblemática que a veces los remite a los romanos. En él observas algo diferente por conocido, por ya he estado aquí otra vez o esta escena ya la he interpretado en otra función, no digas *déjà vu*. El volátil misterio, simple error de paralaje, se disipa en cuanto avanzas unos pasos más; el cambio de perspectiva te hace ver que no es una única construcción, que tras él se alza otro puente, el moderno sobre el que se desliza la nacional entre Melgar y Osorno, menuda sorpresa. Estás justo en el lugar en donde se produjo tu bautismo por inmersión y el ángel del Canal te invitó a seguirle; a pesar de tus continuas consultas a planos, guías y notas jamás habías caído en la cuenta de la proximidad de tus dos puntos iniciáticos. Tampoco habías insistido en ello, lo habías tomado como una anécdota curiosa sin mayor importancia. La canícula es la misma de cuando el primer baño, piensas que quizá no fuese mala idea el repetirlo.

Por el puente cruzan ovejas ni trashumantes ni cabañiles, no quieres especular si churras o merinas, si assafes o israelitas, si sefarditas o askenazes, porque siempre yerras el diagnóstico.

Algunas bajan a beber por la escarpa de la orilla y tras ellas, vigilante, su rabadán. Lleva el zurrón en bandolera y en él a un lechazo recién nacido, aún quedan manchas de sangre en su lanilla. Charlas con el pastor, o sea escuchas sus explicaciones: «nos retiramos al sestil, que con esta calor ya es necesario, ¿eh?, pero atento a las cargadas de vientre que con la modorra ni se enteran de cuando paren, a éste le recogí ya tirado en la cuneta; las lecheras las lleva mi padre a la alfalfa y las que no dan, por la sequía, ¿sabe usted?, las saco yo a ramonear por ahí, a lo que encuentren». Te sientes observado por una recelosa cámara de video, vuelves tu rostro y te enfrentas con la aparente mansedumbre de la mirada de una oveja. Sostener la mirada de un animal es creer en la reencarnación, pero si el animal es ovino no hay credo al que aferrarse. Te hundes en las praderas de la historia que sus pupilas acotan, tratas de comprender su resignación y solidarizarte con su vital precariedad y, cuando supones que algún vínculo amistoso se ha establecido entre vosotros, descubres el alveolo de su rencor. Simultáneamente descubres un nuevo aspecto del desasosiego, la insoportable complicidad con las culpas de tu especie, y agradeces su intempestiva fuga. Improvisas: Sus huellas se alejaron por los senderos, de las ovejas sólo, sólo el recuerdo.

Una vez solo, vuelves a la sorpresa de la proximidad geográfica de tus dos motivaciones canaleras, bautizo y acueducto, y a sopesar la idea de ceder a la tentación del baño. El calor es un bochorno sofocante. En traje de Adán evalúas positivamente lo del baño y, con paso precavido, penetras por segunda vez en el agua del Canal de Castilla. Reconoces el tacto del fondo lodoso y el de la caricia de los ranúnculos y de averigua qué otros tentáculos flotantes. El agua está sucia, barrosa, pero no contaminada, es la que beberán mañana en Palencia y Valladolid, sumergirte en ella es un goce indescriptible. Si el primer baño fue iniciático, el segundo, al que bien podrías llamarle rebaño, es lustral. El frescor del agua canalizada consuela tu piel y estimula tu pulso como si de bacanal o cana al aire se tratara. Dilucidas la sorpresa con un chapuzón y el manido refrán de juventud: el amergullo de Cristo, cojo la ropa y me visto.

Donde menos se espera

Estás en el cruce de carreteras de Osorno, en El Navío, restauran que por nada del mundo te hubieras perdido. La decoración no puede ser más náutica, maquetas de veleros, un póster con el código de señales marítimas y un cuadro de nudos marinos. La curiosidad te reconcome y para suavizarla pegas la hebra con tu comensal adjunto. Dice llamarse Nicostrato Vela Lobete, Nico para los amigos, y ser natural de Villamañán. Calvo como un huevo de perdiz e imberbe, su rostro parecería una máscara de no ser por un continuo parpadeo con el que no dudas (por propia experiencia) terminará siempre desconcertando a su interlocutor. Quieres saber el por qué del nombre del restaurán y se lo preguntas, la respuesta es todo un punto de fuga: «por el dueño, veranea en Suances y se ha aficionado a navegar, tiene un barco y todo, pero para mí que su verdadera afición es el juego, por aquí todos somos muy jugadores». A partir de ahí el fuego de las apuestas ocupa toda su ardiente conversación y sus palabras se ovillan con tus divagaciones. Para jugarse los cuartos, el juego más popular son las chapas, dos monedas que se lanzan al aire y con las que se apuesta a todo o nada, a cara o cruz, a cara o lis suelen decir. Antes se lanzaba con dos monedas de cobre, las antediluvianas de diez céntimos pero, desaparecidas por desgaste de uso las últimas reliquias, ahora se lanzan las de 200 pesetas de curso legal, son las más fiables, las más equilibradas de peso. El lanzador apuesta a caras e insiste hasta conseguir dos caras o dos cruces. Con tan expeditivo sistema alguien puede ser capaz de jugarse hasta la mujer; de jugarse la hacienda o la cosecha hay más de una prueba. Quien juega para ganar es un pardillo, la pasión por el juego no radica en el posible

beneficio sino en la perversidad del riesgo, en el ansia por conseguir un instante de plenitud; eso lo explica bien el amigo Nico: «echar las chapas es lo más parecido a echar un buen polvo, ganes o pierdas el orgasmo no hay quien te lo quite». Antes, cuando el juego estaba prohibido, las timbas eran más fuertes, en especial las de Semana Santa, las de trasiglesia, y en particular las de Fernamental. Melgar de Fernamental es la capital del juego de por estos pagos, quién lo iba a decir con un nombre tan bucólico y laborioso. Melgar es campo de mielgas, yerbas parásitas que habitan los sembrados adornándolos con sus azules florecillas, o amelga, franja de tierra adecuada para sembrar en ella. De los de baraja, el juego más popular para pujas serias es el giley, un juego de engaño, descarte y envite entre el mus y el póquer pero mucho más canalla y fulminante, tanto como para que el éxito dependa casi en exclusiva del temperamento del jugador. Como las chapas, es juego que pervive en los lugares que celebran o celebraban importantes ferias de ganado, donde se reúne gente de aluvión y, tras la partida, si te he visto no me acuerdo. Son juegos de tratantes y gitanos, dicen los meapilas. El juego es una pasión soterrada, un freático secreto a voces que deambula por la autonomía castellanoleonesa con la fuerza de un movimiento sísmico y desde tiempo inmemorial; a él se debe, por motivarla, la originalísima y única tabla de la puerta de la sacristía de Nuestra Señora de la Quinta Angustia, en Cacabelos, en el Bierzo. Es una talla del Niño Jesús inmovilizado en el trance de entregar un cinco de oros a San Antonio mientras con la zurda le retira un cuatro de copas. Crees que sólo refleja la afición a las cartas de los feligreses y la complicidad de la Iglesia para un vicio no galante, pero hay quien le atribuye un más complejo significado: las cartas que se manejan son naipes opuestos en el Tarot y números rivales en la Cabala, las copas apuntan al estímulo embriagador de las pasiones y los oros, al metal noble de una sabiduría inoxidable, constante angular de todos los esoterismos. No crees que San Antonio estuviera embriagado de perversas ambiciones, si en su lugar estuviera un catecúmeno en formación, aún sujeto a tentaciones, sí sería viable la teoría. También te irrita lo contrario, la indiferencia ante tan insólita escena: en la tarjeta postal que la representa se define como «San Antonio jugando a las cartas». Es algo tan imbécil como no fijarse en la luna y sí en el dedo que la

señala. Las cosas son como son y así hay que aceptarlas, más o menos es lo que te explicó don Celso, el párroco de la Quinta Angustia, al ilustrarte de adolescente sobre tan increíble envite: «Nunca te extrañes de lo que pueda ocurrir; el Niño Jesús nació en un pesebre, donde menos se espera salta la liebre». Vuelves al desatendido Nicostrato, no sabes de qué habrá estado hablando en estos últimos minutos, piensas que con su desconcertante parpadeo será temible al giley: «… ya no hay timbas de categoría, desde que se legalizó el juego la gente se ha amansado, y eso que las chapas siguen prohibidas, ¿eh?, ahora los ludópatas se divierten con mariconadas como las maquinitas y la primitiva». El cuadro de los nudos marinos siempre te pareció un detestable adorno, pero aquí si te gusta. Volver al origen del nombre de El Navío te cuesta más, divagas e insistes hasta obtener dos caras. «Quizá tengas razón en esa manía del mar, mira, sin ir más lejos, en Villamañán hay una disco que se llama ¡Oh El Mar!». Provocativo nombre, decides.

Matrícula de Bilbao

Con los pensamientos ocurre como con las cerezas y los besos, si tiras del primero salen en racimo. Ves un rojo y polvoriento Peugeot 205 aparcado en medio de la solitaria plaza y llaman tu atención las letras BI de su matrícula. No lleva ninguna de las frecuentes pegatinas con que los propietarios alardean de su origen, viajes o aficiones, con frecuencia escudo protector de las rivalidades autonómicas. Está ahí, inerme, a la intemperie. Parece no tener miedo a que le pinchen las ruedas, ¿y por qué iban a pinchárselas? Lo más probable es que el vehículo pertenezca a un hijo del pueblo pero avecindado en Vizcaya. A un emigrante. Caes en la cuenta de que son muchos los coches con matrícula de Bilbao, incluso de SS o VI, que por aquí circulan y el problema de la inmigración queda en evidencia. Estos pueblos semidesiertos: la más brutal migración interior de nuestra historia reciente, la de los años sesenta, los del desarrollo, los dejó malheridos y con la fuente de la juventud cegada. Aún no se han sobrepuesto y no hay trazas de ello. Vuelven los jubilados a quedarse, pero los jóvenes, de visita; apenas hay pueblos con escuela y en las escuelas apenas hay niños. Se planta un árbol y se seca, abrís una fuente y se agota, cuidáis un pájaro y se muere.

Recurres a Julio Senador para describir un fenómeno que viene de lejos: «Como en el pueblo el trabajo es intermitente y el jornal sólo se ofrece en ciertas épocas del año, todo el que tiene esperanza de encontrar ocupación mejor remunerada marcha a buscarla en la ciudad más próxima. Cuando de ésta le expulsa el desengaño se dirige invariablemente a Gijón, Bilbao o Santander y se emplea en trabajos de mina; hasta que, familiarizado con el espectáculo del

mar, se decide a marchar a América». Inesperada salida al mar, siempre la mar. Lo de América fue entre los dos siglos, después, en los sesenta del tuyo, industrializada la costa del norte, allí se quedaron los castellanos viejos. Fue un contertulio anónimo de nombre Diodoro quien te lo comentó: «Aquello es más moderno, más abierto al mundo, al inglés que es el futuro, no tiene más que fijarse en cómo se llaman sus equipos de fútbol, Sporting, Athletic, Racing; por aquí los seguimos llamando Olímpico o Cultural y así nos pinta». La emigración es siempre el fruto de una violencia. Nadie emigra de poder evitarlo por más que el viajar sí guste, recuerdas la copla:

A veces quisiera hacerme perdiz
para huir a algún país lejano
pero, la verdad, paisano
me gusta el aire de aquí.

No se descifran igual los mensajes escritos en otro viento. Te aproximas al coche rojo y en vano tratas, a través de los sucios cristales, de dar con alguna seña de identidad. Recuerdas el solanesco dibujo de Gómez Iglesias, una pareja de campesinos con sus bártulos a cuestas, con la inevitable maleta de madera; la patética estampa subrayada con este pie: «con el sudor a otros tajos, con el idioma a otras sílabas». La emigración metida en la masa de la sangre, en el tuétano de los huesos y el inconsciente colectivo. Recuerdas una frase del himno de Lantadilla, «canto a tus hijos que fueron a labrar en tierra extraña». Sin cantables no sé qué harías. Hay que imaginarse la dureza de un mundo extraño y de un laboreo industrial que ningún vestigio de la naturaleza guarda: aré lo que pude y haré lo que pueda. Te los imaginas forcejeando cuerpo a cuerpo con el acero al rojo, con el acero fluyendo vivo, solidificándose en tocho y conformándose en varilla, perfil y chapa. Te los imaginas perdiendo diez a cero y sosteniendo el tipo. Te los imaginas forcejeando con las voces mecanicistas (chumacera, mazarota, polipasto), con las voces inglesas del tren de laminación, con el rock siderúrgico de los Blooming Slabbing: the steel is coming!

Se ovillan los pensamientos alrededor del idioma, fue el anónimo Diodoro quien te expuso la idea y enumeró las palabras; los hijos de los emigrantes no volverán a trabajar la tierra y nunca sabrán de cuántas partes se compone un arado de reja. Ante tu interrogativo gesto las enumeró: «Pues del clavijero, que se une a la cama con las vilortas, que son abrazaderas de fierro, después vienen la chaveta, el pescuño y las orejeras, que son para ensanchar el surco; el dental y su refuerzo de chapa para que no se desgaste la madera, y ya sólo quedan la esteva y la mancera, que es el agarradero, y la telera, que sujeta la reja y la reja, que es el alma del arao». Nunca pronunciarán estas palabras y la regresión del idioma en los jóvenes pone en evidencia el debilitamiento del país. Es lo que piensas por más que el ejemplo del arado te resulte excesivo, ahora se ara en tractor y con aire acondicionado en la cabina.

Abandonas la inspección o vigilancia del coche matrícula de Bilbao, no corre el más mínimo riesgo; los castellanos son gente civilizada y saben distinguir. Ojalá su propietario cante con el mismo entusiasmo en días de farra el «por el río Carrión bajaba un submarino» y el «por el río Nervión bajaba una gabarra», la música es la misma y vaya usted a saber quién copió a quién. En las tajaderas y demás elementos de hierro de las esclusas, en relieve de forja, figuran las iniciales

A. H. V.,

de Altos Hornos de Vizcaya. A pesar del lazo azul que ondea en el Ayuntamiento, distinguen muy bien, y de sobra saben que si sus hijos tuvieron que emigrar a Bilbao, la culpa no fue de los vascos.

Los artefactos de las luces

El Canal se complace pensando que los ríos sólo existen para proveerlo de agua. Si este aforismo hindú es cierto, mal le va a sentar al de Castilla que lo sangren en San Llorente de la Vega a favor de otro canal, el del Pisuerga, como si fuera un simple río. Ahora estás en la 13, en Naveros, tragando polvo. El puente de la esclusa es el de acceso al pueblo y por él cruzan los tractores levantando espesas nubes de polvo, parecen fumigadoras. En las esclusas el deterioro va en aumento, en ésta las grietas y desconches son alarmantes, por uno de ellos aflora el tocón de un árbol. Algunos lienzos parecen restaurados, pero es debido a la diferencia de color de la piedra; por aquí debió empezar a utilizarse la de Bañosera, más cálida y rojiza y también con menos huellas de erosión que la de Campos, de ahí su apariencia de más reciente. Alrededor del cuenco han instalado una valla metálica de protección similar a la de las curvas de las carreteras, su presencia te hace caer por primera vez en la cuenta del peligro que encierra el deambular por el filo de estas geométricas simas. No eres supersticioso, pero la suerte del número 13 no pudo ser más nefasta para los protagonistas del accidente que el tío Topamí te describe. «Venían los chavales de recogida tras una noche de juerga, vendrían algo tocados, claro, y se les fue el coche en esta misma curva. De los siete que cayeron al vaso sólo se salvó uno, el conductor. Libró por no tener airbag o como se diga, eso dijo el del seguro, él fue quien recomendó poner la barandilla». Como fichas de dominó ves esparcidos algunos sillares del malherido puente.

Ahora estás en las 12 y 11, esclusas unidas, en el paraje conocido por El Papel en memoria de la Real Fábrica de Papel que

aquí se instaló. El cuérnago del salto es enorme, no digas cuérnago de la abundancia. A partir de aquí, hacia el norte, se instalaron los artefactos más originales del Canal, independientes del trigo y difíciles de imaginar contemplando estas ruinas. Esos artilugios de trasmisiones enlazadas por cintas de piel de camello. A juzgar por el dibujo de Homar, siempre la mar, esta papelera fue una de las industrias más espectaculares en cuanto a su edificio y su proceso fabril. La describe él mismo, hacia 1800: «tiene cuatro baterías con seis pilas (de mazos) cada una (impulsadas por cuatro ruedas hidráulicas verticales), prensa, almacén, sala de contador y caldera para encolar. Se fabrican al año 3800 resmas de papel de todas clases, aprovechando el trapo que antes de este establecimiento se arrojaba a los muladares. Hay un almacén separado para depósito de maderas; y, para doce familias, otras tantas casas que ocupan el administrador, maestre de sala y otros operarios; de suerte que esta sola fábrica, con las doce familias que sostiene, forman ya una pequeña población que es con lo que el Estado se enriquece». Esta fábrica de papel de Olmos fue capaz de sobrevivir a todas las vicisitudes por las que atravesó el Canal de Castilla a lo largo de casi dos siglos hasta que, a finales de 1983, fue demolida por completo, con la autorización de las instituciones oficiales responsables, que así pusieron de manifiesto una lamentable falta de sensibilidad para con el patrimonio histórico artístico de su país. De esta serie, los únicos artefactos de las luces que no han caído a golpe de piqueta de funcionarios miopes son los que jamás pasaron de proyecto; la piqueta previa del político ciego fue aún más feroz, qué duda cabe. Reanudas la marcha a través de un auténtico bosque de ribera, los girasoles no tienen esa suerte y han de conformarse con darle la espalda al sol. Piensas que a los canales, para complacerse, les basta con enfilar esclusas como perlas.

Cuidado, peligro

Estás en la 7. Las esclusas se han ido haciendo cada vez más cálidas y decrépitas, pero es un gran edificio en estado ruinoso lo que llama tu atención; situado al pie del salto, lo imaginas uno de los originales artefactos de la luces, lo que de la Real Fábrica de Curtidos resta. Su diáfano interior se abre abismal a lo que supones fue sala de máquinas, por ahí abajo andarían los mazos de zurrar al cuero; el agua circula por los cárcavos y su cántico resuena alegre y laborioso a pesar de las circunstancias. Pon atención en donde pisas o te crismas el alma. En 1791 aquí sólo existía un simple batán de paños, fue Juan de Homar quien sugirió la idea de que «podría habilitarse, con facilidad y muy poco costo, para batán de pieles de ante, gamuzas y demás» dadas las ventajas locacionales de la zona, «abundante en cenizas, corteza y cal», y la proximidad del desembarco, en Santander, «de los cueros que vienen de las Américas». Se ampliaron considerablemente las instalaciones productivas, de tal forma que dos años después, «con tendederos, pelambres, noques, tinas y prensa, más tahona para moler la corteza y cedazo para cernerla», se pudieron presentar al público las primeras muestras de sus pieles curtidas. La principal ventaja de esta fábrica con respecto a otras del mismo tipo consistía en que toda su maquinaria era impulsada por energía hidráulica, «ahorrando por este medio el gasto de ocho mulas diarias, y como en las demás fábricas, el pelar, descalar y zurrar se hace a brazo y en ésta lo ejecuta el agua, se sigue un considerable ahorro de jornales». Jovellanos se mostró muy pesimista sobre el futuro de esta empresa, por el simple hecho de ser gestionada directamente por el Estado, y no se equivocó. Fue crónicamente deficitaria y no

sobrevivió a las vicisitudes de la Guerra de la Independencia, acabando por transformarse en fábrica de harinas algunos años después. El cálido efecto de la piedra de Brañosera no evita la depresión que el deterioro de las esclusas en tu ánimo provoca. «¡Cuidado, peligro!», rezaba un cartel en la cerrada curva del puente de la 10, como aún no se ha matado nadie no han puesto la valla protectora. Con, el anuncio basta, después ya se verá. En la 9, al puente le falta un pretil, por ahí andan esparcidas sus piedras como fichas de dominó sobre el mármol de un indeciso tablero. La razón de tal expolio no puede ser más mezquina: para ahorrarse un nuevo puente han ampliado su ancho con el expeditivo remedio de desguazarle los brazos, ahora ya pueden cruzarle los tractores. «Prohibido blasfemar sin motivo», ponía en un bar de tu juventud, amplía ahora la prohibición. Recuerdas las no por eficaces menos alevosas grapas de fierro, ortopedia gracias a la cual se mantienen en su lugar los sillares de su cuenco. La acumulación de tanto riesgo te lleva al trasfondo de la imagen subconsciente y obsesiva de las fichas de dominó; sin querer la concebiste en el barranco del Soto de Albúrez y ahora, por fin, esclareces la elipsis. Las fichas representan desalojados sillares pero también algo más, pueden representar esclusas, fábricas, acueductos, cualquier deteriorado elemento del Canal y, de hecho, los representan a todos pero en una muy específica situación. Las fichas están situadas para un fatídico trance que nada tiene que ver ni con la garrafina ni el chamelo. Encaradas una detrás de la otra, aguardan con santa resignación el momento en que el dedo del azar (una riada, un rayo, un decreto ley) desequilibre a una de ellas y todas en cadena se derrumben, el Canal de Castilla en pleno. No sabes cuándo pero sabes que es un destino ineluctable; cuando ocurra proliferarán como setas en tronco podrido los carteles precautorios, las vallas protectoras y las lágrimas de cocodrilo, consuetudinarios emblemas de la inoperancia.

Volar con mis propias alas

Es lo que siempre respondes al ser interrogado sobre cuál, de los incumplidos, es tu más profundo deseo. El globo asciende, se mece, se balancea, pero el movimiento con que tú ganas en altura es aún más imperceptible, podrías confundirlo con el de la levitación, la levítica sensación de atravesar el profundo orden secreto del viento, y con tal audacia aceptar la molestia que la naturaleza se toma de desnudarse ante ti: un mapa que, poco a poco, va disminuyendo su escala para aumentar la extensión de geografía que a tu vista ofrece. Desde la perpendicular de Ventosa de Pisuerga el Canal es ese apenas visible hilo de sutura que une las dos mitades del mapa. En el altímetro los dígitos se aproximan al mil, límite impuesto por Lubián, el globero, por razones que se te escapan y quieres transgredir. El silencio es tan intenso que trizarlo con la palabra seria blasfemia imperdonable, es con la mirada con lo que gritas, ¡más alto!, ¡más alto! La cordillera Cantábrica se alza ante vosotros, al norte, a unos veinte kilómetros de distancia en línea recta, calculas; sobrepasar la altura de sus cumbres no parece objetivo inalcanzable y es parte fundamental de tu incumplido deseo. El tercer hombre de la barquilla es Valentín Carrera, productor, director y hasta, a veces, intérprete del televisivo proyecto en que se ha embarcado: una réplica, con los medios de la época, de las rutas seguidas por los viajeros de la Ilustración. Encantado aceptaste su invitación a volar, *de facto*, tu bautismo aerostático, aeroestupefacto ante tanta belleza. En los paneles de tela ignífuga que a modo de gajos conforman la vela del globo, chillones en rojo y azul, el nombre del proyecto: TV Galizia, «Os viaxeiros da luz». Insistes en tu inaudible ¡más alto!, ¡más alto!, y haces memoria.

La exploración de las tierras y los mares se vería complementada con los inventos iniciales de la conquista del aire. A partir de 1780 hicieron eclosión las primeras experiencias aerostáticas con el ensayo del príncipe Gabriel en Aranjuez, extendiéndose como el polen, nunca mejor dicho, principalmente por Barcelona y Levante. Estos vuelos, más o menos cautivos, dieron lugar a una excelente iconografía, como el famoso cuadro de Antonio Carnicero «Ascensión de un globo montgolfier en Madrid», y a una no tan excelente literatura como el poema del valenciano Pascual Martínez: «Bona delicia és el veure/eixir la bola triunfal/empelent el mongolfer/que en la barqueta ficat/y batint dos banderoles/que ventola a cada instant/de totos los que estan vehenlo/es despedix tan chovial/que sembla que a Déu se enmunten/bola y home en un grapat». La bibliografía también cita la experiencia del francés Rogell con su aparato en forma de pájaro y ahí querías llegar. Te encandila el aventurero vuelo de los hombres-pájaro y te indigna que en parte alguna se cite la existencia del único hombre-pájaro español, el burgalés Diego Marín Aguilera. De estar habituado a la vista de pájaro podrías localizar su torre nido. De entre sus escritos recuerdas una frase, «mi más íntimo anhelo es volar con mis propias alas», con la cual ingresó de inmediato en el club de tus más conspicuos compinches. Tratas de rehacer su peripecia vital.

Llamábase Diego Marín y era natural de Coruña del Conde. Desde muy joven reveló su querencia e ingenio para la mecánica y de entre sus múltiples malabarismos destaca un artefacto especial para aserrar mármoles, el cual instaló en las canteras de Espejón. La idea de poder volar fue la que con más ahínco arraigó en su espíritu, y sin que le arredraran las dificultades, acometió la empresa, dedicándose durante mucho tiempo a estudiar el vuelo de las águilas, observando minuciosamente su anatomía y movimientos, la relación entre su peso y las dimensiones de sus alas, y la estrategia de las plumas. Luengos años dicen que empleó en esta tarea, y durante ellos cazó gran número de dichas aves, a las cuales despojaba de su plumaje guardándolo cuidadosamente clasificado. Con ayuda del herrero del pueblo, construyó luego una especie de pájaro mecánico, conforme al resultado de sus observaciones. El cuerpo era de madera, y las alas, de dos varas y media de largo cada una, estaban formadas por varillas de hierro,

cruzadas de alambres, en los cuales fue colocando las plumas de águila que había reunido, de manera que las imitasen perfectamente. En igual forma dotó al mecanismo de una cola, también recubierta de plumas, y finalmente instaló en la parte inferior del aparato unos estribos o casquillos de hierro para afianzar los pies. Tanto la cola como las alas se movían a voluntad del aviador, por medio de unas manivelas. En todas estas operaciones le animaban prestándole ayuda su amigo Joaquín Barbero y Elpidia, una hermana suya, que eran sus confidentes y tenían fe ciega en el éxito de la empresa. En cambio contaba Marín con muchos enemigos, unos que se reían de su proyecto y le calificaban de loco, y otros que le combatían por distintas consideraciones, en especial por la de contra natura abominable. Cuando tuvo Marín terminado su artilugio, dispúsose a volar, eligiendo para lugar de arranque una lastra caliza que domina el pueblo, y sobre la cual existen aún los restos del antiguo castillo. Acompañado de sus confidentes, dirigióse a aquel lugar la noche del 15 de mayo de 1793, recatándose de sus vecinos y parientes para que no estorbasen el despegue. Preparó su pájaro, montó en él alegre y sereno y se despidió tranquilamente de Joaquín y Elpidia diciéndoles que se proponía ir de un vuelo hasta Burgo de Osma y que desde allí les enviaría recado. Acto seguido se lanzó al espacio, se elevó cinco o seis varas y salió volando en dirección del Burgo. Al de poco rato, cuando había salvado una distancia de 480 varas, el aparato sufrió una avería y descendió mansamente hasta el suelo. Joaquín y su hermana corrieron despavoridos hacia el lugar de la caída, temerosos de una desgracia, y al llegar encontraron a Marín sano y salvo, increpando porque se le había roto un perno del ala derecha, causa de la caída. No desmayó por este percance el arriesgado innovador ni abandonó su propósito, antes bien, cobrando nuevos ánimos se propuso reconstruir el aparato con más perfección. Desgraciadamente, sus parientes y convecinos arreciaron también en sus ataques, hasta el punto de que durante una pequeña ausencia de Marín, con santa cólera, se apoderaron del pájaro mecánico y le prendieron fuego, destrozando luego lo poco que las llamas habían respetado. Marín, tras el auto de fe, viéndose sin recursos para continuar sus experiencias, y entristecido por las sátiras y los desprecios de todo el pueblo, cayó en una honda

melancolía que le ocasionó la muerte a los pocos años, cuando contaba 44 de edad.

Por la ley de los contrarios recuerdas la existencia por aquellas fechas, en la biblioteca del monasterio de San Lorenzo del Escorial, de una de las más disparatadas reliquias del mundo católico europeo. No la más, pues tal honor es difícil de dilucidar en un inventario en el que se incluían doce prepucios de Cristo y los lígnum crucis suponían más de una tonelada de madera. En cofre enjoyado, sólo a disposición de vista para viajeros ilustres, reposaba de sus fatigas aéreas la pluma de un ángel. Así consta en *Sobre la anatomía comparada de los ángeles* (1825), del doctor Mises, seudónimo de Gustav Fechner. De haberla podido ver un experto como Diego Marín Aguilera, hubiera adelantado en un siglo el diagnóstico: pluma remera de un águila real adulta, hembra por más señas. Ahora, alrededor de la torre nido de Diego Marín, en Coruña del Conde, vuela noche y día en secreto homenaje un cazabombardero
T-33
que ya no asusta a los vecinos.

¡Más alto! ¡Más alto! El principal saber del globero es la rosa de los vientos; saber por dónde sopla el viento es don de ubicuidad, seguridad y confort, y el amigo Lubián no parece dispuesto a arriesgar la tríada por satisfacer tu capricho, algo soplará de través por ahí arriba. De la cordillera del norte no podrás salvar la sierra de Peña Labra, con su pico de Valdecebollas
(2136 m)
destacando como atalaya roquera, pero por el hondón del Pozazal, calculas si podrá deslizarse tu vista hasta las tierras de Cantabria y quizá, quizá, vislumbrar la mar. La altura máxima de ese collado, si así puede llamarse, son los 1500, si llegan. Te llevas los prismáticos a la cara y enfocas tu objetivo, la depresión montañosa por donde todas las rutas de Castilla han salido a la mar. El día es de azul bruñido pero allá, a lo lejos, el presunto horizonte se enturbia en gris y tanto puede ser de ola como de roca o nube, no sabrías decir de qué. Colgado del aire disfrutas de un gozoso ánimo, mezcla de bienestar y serenidad, dos sensaciones idénticas pero sutilmente diferenciadas por el verbo que sus palabras incluyen. Tan gozoso como si en verdad, volando con tus propias alas, hubieras

descubierto un océano. Quizá no tengas remedio. El descenso es tan plácido como la ascensión, en la jerga de los globeros un aterrizaje de obispo.

La presa y la maroma

Según te aproximas, desde el sur, parece un castillo de juguete, una de esas arquitecturas que los niños construyen con sueltas piezas de colores, cuyo principal encanto radica en la ausencia de lo útil. Sus piezas son de perfecta fábrica de sillería, piedras de Brañosera con cien matices diferentes del ocre al rosa. Los dos templetes laterales se incorporan al conjunto con aire de almenas, de ahí el parecido. También colaboran al mismo dos enormes compuertas de hierro, similares a las de la 42, pero mayores y con aspecto de puente levadizo. Descansas apoyado en el pretil y hablas con el pescador; eres tú quien le provoca, «ya no son lo que eran», con respecto a los cangrejos de río. Merulo Barcenilla entra al trapo, «ni lo serán, sólo quedan los americanos de repoblación que son cangrejos bravíos, parecen bichos con cabeza como de toro, oye, que te los encuentras bajo una junquera y te reciben de uñas con las pinzas en alto, que si te descuidas te cornean, con decirle que hay que partirles las patas a martillazos». Estás en la presa de retención de San Andrés que forma un azud, igualando el nivel del Pisuerga con el del Canal, para facilitar el cruce de ambos e impedir que las aguas canalizadas sigan el curso natural de las del río. Eso de que el Canal cruce un río sin puente aéreo o sifón subterráneo es algo que no aciertas a comprender a primera vista. De momento disfrutas de la arquitectura en que reposas; tardó ocho años en construirse y se finalizó en 1769, desde entonces visita obligada para los viajeros de la Ilustración. La describes con palabras de uno de ellos, Miguel Sánchez Tarama, las incluidas en el *Tratado de fortificación*, de J. Muller: Una presa robustísima, que entumece las aguas del río Pisuerga hasta la altura necesaria al nivel del Canal en su

nacimiento […] tiene 210 pies de longitud, 34 de base y nueve de altura sin el cimiento. Su fábrica es de piedra cortada y ajustada con todo el primor que se requiere para asegurar su firmeza y duración. A este fin presenta a la corriente una superficie convexa, labrada con sus dos dovelas, que apoyándose sobre tres liseras, comprenden sus hiladas hasta la cima de la propia azud; y en la parte opuesta se pierde en el pendiente que forman trece gradas, sobre las cuales se derraman las aguas sobrantes, sin que puedan recibir daño alguno, por lo bien que quiebran y suavizan la corriente.

Caminas hacia el cruce de las aguas confiando en averiguar cómo se las arregla el Canal; quizá sepa bucear. Lo haces por su orilla derecha, por una parva que más parece trocha de selva, tan espesa es la trama de chopo, espino, zarza, majuelo y agavanzo o tapaculos. Cuando alcanzas su ribera, el Pisuerga te emociona, por su anchura e historia es un río europeo. Sus aguas, comparadas con las compañeras habituales de tu marcha, parecen cristalinas. Tanto que incluso estás dispuesto a creer la hazaña de Merulo, por aquí pescó «una trucha de cinco kilos grande como un bonito». Justo enfrente, el Canal desemboca en el río; el cómo las barcazas podían alcanzar el tramo que en donde te hallas comienza no es un enigma, tiene una explicación y tratas de dar con ella. Te han hablado de un algo o de algún lugar al que llaman la Maroma. Tratas de localizarla. Semioculta entre la pobeda das con una arqueta de riego; la construcción de piedra es similar a una almenara, pero cuando no encuentras ninguna puerta y la sabes maciza como un único bloque, su utilidad se te escapa. Extraña arquitectura, si fueras ufólogo ya estarías pensando en la ovnipotencia de los extraterrestres: bien podría ser testimonio y timbre de alarma como el paralelepípedo de la odisea del espacio 2001. Encuentras un único hueco no habitable, un orificio que en forma de T atraviesa el arca de parte a parte y el rompecabezas cobra forma. La edificación no es habitáculo sino soporte, por su hueco se halaba la maroma de una balsa en la cual las mulas vadeaban el Pisuerga. Una vez en esta orilla, los animales reanudaban el tiro y la barca cruzaba el cauce fluvial en busca del suyo propio; buen pulso debería tener el timonel para no dejarse arrastrar por la corriente. Un objeto volador no identificado ameriza muy lejos de la maroma, con los prismáticos identificas al hermoso azulón.

El reposo del ingeniero

«Ciudad de brazos abiertos y de bien cuidadas pezuñas, que amistad y trabajo no han de estar reñidos». Son cosas de Eutropio, viejo herrero, «se nos temía por manejar el fuego y se nos admiraba por doblegar el hierro». En sus tiempos sabía si una reja de arado estaba en su punto por el sonido que emitía, «si cantaba sano, como campana, estaba bien». Estás en Herrera de Pisuerga y algo hay de nuevo y diferente en esta ciudad que no encontraste en las anteriores palentinas, podían ser las increíbles papeleras de acero inoxidable pero no es eso, es algo más sutil. Buscas un lugar en donde calmar la sed y das con tus huesos en el Covent Garden, en los soportales de la plaza. La ves abierta, veraniega y nada más sentarte, por el alivio, también das con el matiz de la diferencia: las cuestas. Hacía mucho tiempo que para recorrer una calle tuvieras que subirla o bajarla. En Herrera hay cuestas y a partir de Herrera comienza a insinuarse la montaña. La cerveza te sabe a gloria, a vísperas de cambio y de asalto a la barrera infranqueable. Al otro lado de la montaña, el mar; al otro lado de la plaza, frente al café, una placa conmemorativa: «En esta casa nació José Antonio Girón de Velasco». Está fechada en 1944, cuando el prócer tenía poco más de 30 años y se encontraba en el cenit de su carrera como ministro de Trabajo, después de haber cofundado las JONS y haber dirigido las milicias de la Falange. Estás en la romana Pisoraca y por sus campos afloran los mosaicos como alfombras multicolores, testimonios de la cultura más sibarita que por estos lares se afincara. En las recientes excavaciones de Quintanilla de la Villa destacan figuras muy de tu agrado, peces, pulpos, caracolas, un océano del cual sólo se conserva parte de las barbas y un Neptuno

con tridente mocho. La querencia del mar viene de antiguo, piensas. También hay, entre otros dibujos geométricos, una serie de esvásticas. Te sorprende que hubiera nacido aquí el Tigre de Fuengirola, pero tu interés y no digamos simpatía se dirigen hacia otro hijo del pueblo.

Te imaginas a Juan de Homar en su casa solariega aterido por el helor del desencanto y protegiéndose del frío del invierno con la gloria. El sistema romano de calefacción, el hipocausto, pervivió en estas tierras (gracias a la romántica figura del leñador furtivo o leñador de hacha, oficio que ya no está en la agenda) hasta el advenimiento de la bombona de butano. Si se llamó gloria fue por el bienestar que producía, «la enciendes y estás en la gloria». Las brasas del enebro duran más que las de encina, las de encina un poco más que las del roble, y las del roble muchísimo menos que las del tejo: inútil baremo cuando sólo se dispone de unas matas secas. La escasez de carbón y leña obligaba a aprovechar el fuego de la cocina, reforzándolo con sarmientos, pajas y breza a fin de caldear las habitaciones de uso ordinario por medio del aire caliente que corría bajo una parte del pavimento, encerrado en bóvedas de ladrillo o de adobe, con salida o respiradero al aire libre mediante una chimenea embebida en la pared. Lo imaginas sentado en la trébede, quizá extendiendo sus manos hacia el fuego de la hornacha, pero muy lejos de la gloria. Los negros nubarrones del pesimismo obscurecían su ánimo.

Debieron de ser realmente muy amargos los últimos años de la vida de Juan de Homar, que desde su retiro en Herrera de Pisuerga era testigo impotente del abandono y del progresivo deterioro que sufrían las obras de los Canales de Castilla, a las que había dedicado casi la mitad de su existencia. Siendo ya muy anciano, con 74 años, aún tuvo fuerzas para trazar, a finales de 1806, los magníficos planos de estos canales destinados a las más altas instancias, a fin de llamar la atención sobre el lamentable estado en que se encontraban. Lo peor estaba por llegar, vendrán más años malos y nos harán más ciegos. A raíz de producirse el estallido de la Guerra de la Independencia, Homar abandonó enfermo su residencia de Herrera, que se había convertido en punto de tránsito de las tropas francesas de ocupación, para refugiarse en la cercana aldea de Payo de Ojeda. Allí le sorprendió, una noche de diciembre de 1808, un

pelotón de diez soldados franceses, mandado por un sargento y guiado por un lugareño que, según parece, le había denunciado como simpatizante de la guerrilla. Los franceses despertaron a Homar «poniéndole las pistolas al pecho para matarlo, llamándolo general de insurgentes», pero fue el propio sargento que los mandaba quien lo impidió al darse cuenta de que, anciano y enfermo, era completamente inofensivo. Los franceses se retiraron, recriminando al desconocido lugareño la falsedad de su denuncia, pero Homar quedó «tan sobrecogido y asustado» tras esta dramática experiencia que falleció a los pocos días. De tan azaroso modo concluyó la existencia del que, sin duda, fue el ingeniero ilustrado que más contribuyó a que el proyecto del Canal empezara a hacerse realidad.

Vuelves a la realidad. Atiendes somnoliento, algo has hecho mal para que la camarera del Covent Garden te increpe de ese modo: «¿No tiene usted respeto? Haga el favor de dejar esta planta, ¿no le indica la cruz que está puesta a la memoria de un muerto?». Es una interesante mujer de mediana edad, tal y como te la habías imaginado en el punto negro en donde falleció su hijo arrollado por un camión, allá por Grijota, pero no puede haber dicho esa frase ahora. Quizá sea fruto del bochorno y estés viendo visiones, también te parece haber visto un monumento al cangrejo de río. Callas, pagas y abandonas la terraza. Te hubiera gustado hablar, con ella más tranquila y tú, sin agobios.

Adiós a las armas

Las esclusas tiroteadas por el dedo del azar aún se sostienen en pie. Quizá el amor no sea más que eso, interponerse en la trayectoria de la bala. Se sostienen idénticas unas a otras, cada una irrepetible, cualquiera de ellas pieza única y sin que haya dos iguales. En los dos ribazos, e incluso en el cauce, florecen los iris o lirios amarillos con singular ímpetu; en donde abundan, crían los pollos de agua y los ánades reales y, en efecto, son múltiples los patitos que de tu presencia huyen. La heráldica flor de lis, símbolo de la casa de Borbón, tiene su origen en esta planta. Te demoras en el deambular de un martín pescador. Sudas a mares. La sequiza no se ha hecho monte pero sí plano inclinado, las esclusas te salen al paso cada vez con más frecuencia. Calculas a ojo de buen canalero: la media en el ramal del Norte es de una cada 3,1 kms, pero en este último tramo el kilómetro a veces no se cumple; el contraste con la rasura de Campos es espectacular, allí la media es de una cada 11,25 kms. En los saltos de las esclusas 5 y 4 se decidió establecer un artefacto muy especial, una fábrica de armas de fuego ligeras (fusiles, carabinas y pistolas) dotada de barrenas hidráulicas para taladrar sus cañones. Con estos dos establecimientos se lograría, según Homar, «que las Fábricas de Armas estén en el centro del Reino y no en la circunferencia», pero lo cierto fue que ni una ni otra pasaron de la fase de proyecto. Nadie se interpuso en la trayectoria de su bala. Pistolas con percutor, de arzón para los jinetes y de cinto para los infantes: ninguno de los modelos que en diversas vitrinas de museo recuerdas fueron aquí manufacturados. También calculas a ojo de buen canalero otra medida: estas últimas esclusas son de óvalo menor al habitual; quizá obligadas por el

acondicionamiento del terreno, o quizá por la prisa y el ahorro, en cualquier caso no podrían trasvasar dos barcas simultáneamente. Eso crees.

Estás en la 1, para ti la última, en el barrio de San Quirce. Las casas del barrio están habitadas por gente con aspecto de veraneantes, dentro de un par de meses esto será un desierto. No quieres entristecerte con el desaguisado de la esclusa y sigues por su amplio y alargado cuérnago hasta un viejo almacén, edificio hecho astillas en cuyo fondo el agua se remansa; la metalizada capa de verdín que la recubre es puro surrealismo. En este edificio, hacia 1800, comenzó a funcionar un martinete siderúrgico «para la construcción de collares, tenazas, tejuelos, gorrones, gatos, herrajes para carros, clavazones de todas las especies y otros muchos útiles que se necesitan para el surtido de estas Reales Obras y del Público así para la Agricultura como para las Artes». Son palabras de Homar, por supuesto. No sabes a ciencia cierta la fecha en que cesó la actividad del martinete, pero sí que en 1929 se remodeló el edificio para transformarlo en central eléctrica. El destino de los más originales artefactos de las luces se resume en un letrero de madera ilustrado con el ingenuo dibujo de una linterna: «Central Eléctrica». Adiós a todo eso, diría Graves.

Descansas a la sombra de unos ciruelos antes de reanudar la marcha. A partir de la 1, la ribacera del Canal no ofrece ninguna sombra más y vuelves a sudar a mares; cuando dragaron desde aquí hasta la dársena de Alar no dejaron un chopo en pie. Adiós también a los chopos. Quizá no hayas prestado a tan modestos árboles la atención que se merecen, son ellos quienes pueblan de serenidad la parva, y ahora tratas de compensar la deficiencia recitándoles un poema:

Ahí están al borde del camino
los largos holgazanes,
sin nada que hacer,
volviéndose cada vez más largos.

Ahí están con su cuello rígido
los enormes chopos,
y no parecen hacer nada más

que agitarse con sus hojas.

No producen nada, no arrojan sombra,
y roban donde palpitamos
nuestra vista del paisaje
¿A quién pueden gustarle?

Es de Friedricht Rückert y no es disparate si al revés te lo digo para que me entiendas. Los chopos son bellos, arrulladores, dan sombra y además sujetan el suelo disminuyendo así los aterramientos; es cierto que pueden chuparle agua al Canal, pero no es menos cierto que se la devuelven con creces mitigando la evaporación en su lámina. A ti te gustan. Continúas tu marcha bajo la solanera, con el regusto incierto de los finales acalorándote el ánimo. Los lirios siguen acumulándose en las orillas, gualdas y espectaculares. Estás cansado pero de pronto tu corazón se acelera como el de un tigre al acecho; allá, al fondo, por entre demolidos edificios ferroviarios, distingues los dientes en sierra del viejo almacén de Alar del Rey.

Retrato de dársena con mazmorra

Vuela un azor con tu atigrado corazón en su pico. Alar del Rey está por derecho propio en los 40 principales, en la lista de los 40 nombres más eufónicos de las poblaciones españolas. Alar es vocablo de cetrería, designa la alcándara o percha en donde se colocaban los azores, y aquí, según cuentan, estas aves aguardaban las alas. Aquí y por motivos de caza, según el romance de Fernán González, obtuvo Castilla su independencia. Sancho el Craso, monarca de León, se prendó del azor del conde y éste accedió a vendérselo a cambio de un grano de trigo, grano que debería duplicarse geométricamente en cada una de las casillas hasta cubrir todas las de un tablero de ajedrez. La cosecha resultante excedía toda posibilidad y fue resuelta con la independencia del condado.

Alar del Rey es de ayer mismo. En 1759 se iniciaron formalmente las obras de la cabecera del ramal del Norte, en el estrecho de Nogales del río Pisuerga y doce años después, dentro de la política de colonización de despoblados, se fundó Alar, en terrenos adquiridos a las monjas Bernardas del monasterio de San Andrés del Arroyo. Alar, a pesar de su actual estancamiento, siente el orgullo de ser la única población de entre todas las construidas a lo largo de la ría que ha sido capaz de resistir el paso del tiempo y la decadencia del propio Canal. «¿Quién habla de victorias? Lo importante es sobrevivir», dices. «Saber vivir», matiza Pablo Millán, profesor de literatura y amantísimo conocedor de su pueblo. Con mejor guía no podías haber dado. Alar, además de reciente, es fronterizo. Su término municipal fue movediza muga entre las provincias de Palencia y Burgos y de hecho sus Endes no quedaron fijas hasta hace unos treinta años. Aquí se encontraron el Canal y el

ferrocarril y se enconaron es desleal competencia, la más cruel de las luchas fratricidas. Aquí acaba la planicie y comienza la montaña, las lomas que lo flanquean son (según vengas o vayas) las últimas o primeras estribaciones cántabras. Aquí el habla castellana se apropia de modismos santanderinos, el sufijo «ito» se hace «uco» y una casa pequeña no es casita sino casuca. Aquí, quizá por todo ello, la gente es más abierta.

Paseáis por la dársena, Pablo con la nostalgia del tiempo ido y tú con la melancolía que todo final de viaje conlleva. Pablo es autor de un *Poemario alarense* que vale por todo un tratado antropológico histórico, ahora te lo va recitando en prosa. Contemplas el desangelado puerto y tu imaginación se resiste a las imágenes del apogeo de su tráfico fluvial. El agua verdea como prado en los ángulos muertos de la corriente. Los sillares del muelle, por sus junturas, semejan otro prado de incuria no menos frondosa. Sobre el andén de la margen derecha, en la zona de estiba, por el que circulan oxidados raíles, se sostienen aún en pie doce adosados almacenes con sus techumbres semejando dientes de sierra. Al final de este edificio, en la bocana del Canal, hasta no hace mucho aún existía una grúa similar a la de la dársena de Valladolid. No restan cabestrantes ni estachas, ni barcas, ni nada en que la imaginación pueda apoyarse para idealizar la turbamulta de su tráfico naviero. En este ámbito ahora de desolación se descargaban los cereales castellanos, los granos y las harinas molturadas por los más de cuarenta artefactos industriales situados a orillas del Canal, los cuales se despachaban embarrilados hacia las colonias de Ultramar, a las islas de Barlovento; y, a la recíproca, se cargaban los productos provenientes de dichas Antillas Españolas, café, tabaco, aguardiente de caña y sobre todo azúcar. Quizá sean las argollas de amarre que aún penden del muelle los únicos elementos que estimulen la visualización de tamaño trasiego. ¿Quién habla del fin de un viaje? Sin alcanzar el mar todo esto carece de sentido, hay que llegar a Santander como debían hacerlo aquellos barriles, veinte leguas intransitables de un camino carreteril por el que penosamente se arrastraban las reatas de mulas y los carros de bueyes. Hasta nuestras Cuba y Puerto Rico, hoy las dos más disímiles relaciones con Estados Unidos de todo el Caribe. Hay otras argollas en imágenes espeluznantes. En el andén de la orilla izquierda,

semienterrado, hay un almacén de piedra con tres mínimas puertas flanqueadas por contrafuertes; sus tres recintos son bóveda de cañón y fueron mazmorras para la carne de cañón de los prisioneros condenados a los trabajos forzados del Canal, para los pillados en falta de productividad u obediencia. No quieres imaginártelos en un hórrido espacio que sucesivamente se ha ido utilizando como trastero, estercolero, cochiquera y para el cultivo de champiñones.

El silbido y traqueteo del tren es la constante sonora de Alar. Contemplas el veloz paso de la locomotora con el arrobo que estas máquinas producen, quizá las únicas capaces de evocar simultánea y no contradictoriamente progreso y romanticismo. Alar fue cabecera del Ferrocarril de Isabel II, que llegaba hasta Reinosa, y que más tarde llegaría hasta Santander, ya como Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España. Esta condición le salvó de la ruina que hundió el Canal. El tráfico de mercancías se hizo más versátil y Pablo Millán te sorprende con uno inesperado, el de la trashumancia. En vagones en vez de por cañadas aparecían las ovejas, pero su bullicio de balido y lana seguía anunciando al llegar calores y al irse nieves, al menos en las cumbres. Aparecían y desaparecían dirigidas por el meritero con su tralla, agrupadas por los mansos con sus cencerros y protegidas por los mastines de carrancas contraloberas. No recuerda que fueran transportadas nunca en barcazas, ahora suelen hacerlo en camiones. Contemplas el abandono de la dársena y te indigna aunque comprendes el esfuerzo tan tal y cual, tantálico, de su mantenimiento. Hace pocos años drenaron desde aquí hasta la 1; vaciaron la caja y dos fueron las maravillas: poder admirar el ensillado solar de la dársena, «se podía bailar, oye», y admirarse de que el fango de metro y pico de espesor más parecía relleno que colmatación, era un limo fértil como el que tras de sí dejan las crecidas del Nilo. Se regaló a los agricultores comarcanos y aún sobró para venderlo en otros municipios.

No hay derrame en esta dársena sino aporte. Las aguas del Pisuerga entran canalizadas a lo largo de unos 200 metros por lo que en las otras es el fondo de la concha. A la mitad de este recorrido, sobre el puente de la Coneja, hay una presa de retención clónica de la de San Andrés, pero con el desafuero de una vivienda incrustada en la caseta de su margen derecha. La toma se efectúa en

un bello paraje denominado la Tablada, hacia el estrecho de Nogales, y el Pisuerga una vez más se te ofrece espléndido y europeo. Justo en donde se ceba, un no muy agraciado monolito da cuenta del hecho: «Aquí nace el Canal de Castilla, obra de ingeniería hidráulica del siglo XVIII». Hasta aquí llegaron tus huesos, canalero.

Paseas ahora por las amplias, rectas, limpias y también solitarias calles de Alar del Rey, su carácter de ciudad casi recién nacida y fronteriza queda en evidencia. Hay detalles. Su patrón es San Luis, rey de Francia, pues al no existir ninguno previo los ingenieros franceses que trabajaban en el Canal aplacaron así su morriña. La iglesia parroquial de Nuestra Señora del Carmen trata de camuflar su mestiza arquitectura con una perspectiva, desde el ábside, réplica de la divina proporción románica. La gente es muy cordial y a nadie se le ocurre preguntarte de dónde eres. Y un feo detalle, el monumento erigido sólo a los caídos de un bando en la guerra civil. Te escalofría «la muerte es un acto de servicio», hacía tiempo que no leías pintadas de José Antonio. Pablo Millán te habla del pueblo y de sus paisanos, de una tal Auxibia Manterola (lo apuntas porque los nombres palentinos te parecen antologizables), te habla de la lenta decadencia económica, de cómo las fábricas Siro y Palacios trasladaron sus galletas María y de miel tostada a otros aires, llevándose el aroma a vainilla que ilustraba las calles alarenses, y también te habla de cómo los mil habitantes que aún sobreviven saben vivir y defenderse, para lo cual, entre otra cosas, han fundado una especie de sociedad de Amigos del País de Alar nominada Almirantazgo del Pisuerga. Sonríes con recóndita complacencia, la idea del mar, siempre la mar, no es espejismo pues no puede ser sólo casualidad que el Canal de Castilla se inicie aquí con una referencia al almirantazgo y concluya en Rioseco con la misma advocación. La querencia, como la amistad y la sangre, acude a la herida sin necesidad de ser llamada. Quizá no tengas remedio. De vuelta a la dársena, de espaldas a la mazmorra, os hacéis una foto para el recuerdo.

Las cenizas de la Ilustración

Licántropo meditabundo, con todo el Canal a la espalda y sentado en la escalinata de la dársena, vuelves a repetir la escena pero no el soliloquio, por desgracia una última vuelta de tuerca. Tu fatiga no proviene del esfuerzo físico sino de la imposibilidad de alcanzar un cielo empedrado de estrellas, engañadoras luces. Enciendes con parsimonia un Montecristo del n.º 4 y con la misma morosidad contemplas las recortables siluetas de los edificios circundantes. La promesa de voluptuosidad que todo cigarro conlleva se te escapa, el habano es un sustituto voluntario del pensamiento pero es tan difícil no pensar en nada. El incendio de 1789, la Revolución propiciada por tan parpadeantes luces, despertó a nuestra negra bestia nunca del todo dormida. El pánico de Floridablanca ante los sucesos revolucionarios franceses significó el retorno de la Inquisición a su primitivo empleo de aparato represivo al servicio de la monarquía, a la vieja alianza entre el altar y el trono; se creó un férreo cordón de sanidad ideológica en las fronteras terrestres y marítimas y se impuso una severa censura interior con suspensión de todos los periódicos salvo los oficiales. Se dio alas al pensamiento antiilustrado y muchos ilustrados recogieron velas, en algunos incluso se agudizaron patéticamente los fervores absolutista y religioso. Esta actitud llegará a su extremo máximo con Antonio de Capmany quien, en su panfleto *Centinela contra franceses*, se hará el apologista de la España tradicional congratulándose de que «la falta de lectura de nuestro pueblo le haya preservado de este contagio». Ante tan general acongojo no exhalas una triste bocanada de humo. Por supuesto que también prendió la llama del liberalismo, pero al «¡vivan las cadenas!» sólo contrapones el desfile

llevado a cabo en la humilde localidad manchega de Brazatortas al grito de «¡viva la libertad!». ¡Ay de los novatores! La censura y la coyuntura bélica que inauguran el XIX contribuyen al hundimiento de la ciencia española con la quiebra de los centros de estudio, el cierre de los establecimientos industriales y la diáspora de los innovadores, exiliados o perseguidos por motivos políticos. O simplemente hastiados como Agustín de Betancourt, quien emigra a Rusia diciendo «no tengo por qué unir mi destino al de mi país» (¿o dijo «un país como éste no es el mío»?). ¡Ay de la razón! Los afrancesados agonizan con su intránima escindida sin llegar a plantearse la situación de su dualidad con la flema con que Gil-Albert te la expuso en Valencia, en el 50 Aniversario del Congreso de Intelectuales Antifascistas: «no soy afrancesado sino persona razonable». Contemplas al abatido ilustrado del capricho 42 de Goya y coincides con él en que el sueño de la razón produce monstruos: Fernando VII ¡Ay de los que se quedaron! La anécdota es recogida de boca del mismo Juan López de Peñalver, comentando la visita del rey a la Exposición de las Artes, exhibición pública de los productos de la industria española, en 1827, organizada por los novatores ya semiclandestinos: «Todo lo escuchaba Fernando con aire de distraído y fijándose sólo de una vez en cuando en los objetos más baladíes hasta que, llegados que fueron a las salas donde se ostentaban los tejidos de las fábricas catalanas, y redoblando entonces el ministro y el director sus esfuerzos para llamar su atención sobre ellos, contestó desdeñosamente con un “Bah, todas estas cosas son cosas de mujeres” y precipitó su salida para irse a dar un paseo por el Retiro». Abundas en la férrea cadena de yerros. El mahonés Orfila, en pleno éxito, habiendo publicado ya su famoso *Traité des poisons* (1815) y conservando todavía la nacionalidad española, tras la Guerra de la Independencia y desde París, se ofrece al duque de San Carlos para levantar de nuevo en su patria los estudios científicos; el restaurador inquisitorial no aceptó la propuesta porque no consideraba de mayor interés el trasiego de toda aquella «caterva de boticarios, tintoreros, cerveceros, tejedores, cerrajeros y demás “ralea”». A tal desinterés industrial contrapones el entusiasmo de Mariano José de Larra cantando a la ya citada primera Exposición de las Artes Españolas: «la bulla de los talleres/anuncia los trabajos

presurosos/y la lima, la rueda y el martillo/y el rechinar del horno/llenan de alegre ruido su contorno». No soplaba para sus hojas de hierba el mismo viento que para las de Walt Whitman, piensas. Que no se encontrasen los planos del siglo XVIII, cuando en 1831 se reanudaron las obras del Canal del Sur, es tan sólo otra anécdota del caos. No es el trabajo lo que más me desanima, ironizas, son los cafés que tomo en los descansos. Fue la presión del Ayuntamiento de Palencia sobre Fernando VII, aprovechando una casual visita del monarca en 1828 a la ciudad, haciéndole ver el estado de abandono en que se encontraba el Canal, sin navegación y con derrumbes, lo que decidió un Real Decreto en donde se reconocía la necesidad de reanudar las obras hasta concluirlas. Dado que la Real Hacienda carecía de recursos para financiarlas, se encargó a una comisión de notables gestionar la transferencia del Canal a la iniciativa privada; tras un brumoso concurso público se aceptó el pliego de condiciones de Alejandro Aguado, importante financiero afincado en París y agente de la Hacienda española en la suscripción de empréstitos extranjeros, quien actuaba como representante de una compañía de la que formaban parte conocidos hombres de negocios del entorno económico y político de la reina María Cristina: el marqués de Casa Irujo, Gaspar de Remisa y Javier de Burgos. Las extremadamente favorables condiciones para la recién nacida Compañía del Canal de Castilla fuerzan la menos navegable de tus sonrisas.

Sus obligaciones: concluir las obras del Canal y desecar las tierras que inundaba la laguna de la Nava haciéndolas aptas para el cultivo; tramos a construir: Soto de Albúrez a Valladolid, en el Sur,
46 767
varas. Paredes de Nava a Medina de Rioseco, en Campos,
53 560
varas. Alar del Rey a Bolmir, próximo a Reinosa, en el Norte,
75 644
varas.

Sus privilegios: la propiedad de las tierras de la laguna de la Nava que se pudieran cultivar después de su desecación; disponer del trabajo forzado de 2400 presidiarios y del gratuito de los ingenieros civiles o militares que necesitasen para dirigir las obras; una asignación anual de
300 000

reales, más 2,5 reales por presidiario y día, más la recaudación impositiva de 4 maravedises por cántara de vino que se negociase en la provincia de Palencia; la autorización para construir una línea de ferrocarril desde Bolmir a la costa, una vez construido el Canal; la explotación exclusiva de todos los aprovechamientos del Canal (navegación, industria, regadío y pesca) por un periodo de 70 años, a partir de la fecha en que concluyeran las obras.

Sonríes ante tan beatífico momio. La Compañía del Canal de Castilla se constituyó como sociedad anónima con un capital social de
2 000 000
de reales; el que sorprendentemente, a los seis meses de constituida, el amigo Aguado vendiera su parte, la mitad, por
500 000
reales, y al final de otra serie de aguafuertes se quedaran Gaspar de Remisa (75 por 100) y el marqués de Casa Irujo (25 por 100) como únicos accionistas, pone en entredicho la generalizada creencia que atribuye la paternidad de la ingeniería financiera a los Ruiz Mateos y Mario Condes de nuestros días. Deja de sonreír o se te apagará el habano. La sombra de la mazmorra es chata y siniestra. Sacudes la ceniza y sientes su amargo retrogusto en el paladar, la pregunta te la has venido haciendo desde el primer día de marcha, ¿qué fue de aquellos prisioneros?; ¿cómo es posible que no reste el más mínimo vestigio de su presencia en tan largo recorrido? Para mantener bajo control a una masa tan grande de condenados, llegaron a ser 4500, la empresa del Canal adoptó medidas de extrema dureza, aplicándoles un régimen de auténticos trabajos forzados próximo a la esclavitud, en donde los accidentes eran diarios. En condiciones tan precarias de alimentación e higiene como laborales, la enfermedad era una constante y la muerte, una cita diaria. La mortandad en el año del cólera de 1834 fue una masacre que nadie se atrevió a evaluar. Cómo sería lo precario de sus vidas para suscitar en la prensa virulentas campañas en las que se acusaba a la empresa de «tortura, irreligión e inhumanidad». Con el estallido de la primera guerra carlista se provoca una disminución en el ritmo de la obras del Canal, pues un gran número de presidiarios son requeridos por el gobierno para llevar a cabo los trabajos de fortificación de las ciudades amenazadas por el ejército carlista, tal

es el caso de Valladolid, en 1836, que acapara la actividad de 1500 penados. Pese a todo, a finales de ese mismo año, concluida la dársena de Valladolid, se establece la navegación con carácter regular hasta Alar del Rey. En el Canal de Campos, en la laguna de la Nava, las obras se empantanaron, nunca mejor dicho, por la resuelta oposición de los pueblos limítrofes, que se consideraban los legítimos propietarios de las tierras que, una vez desecadas, debían dedicarse al cultivo y no estaban dispuestos ni a baldearlas gratis ni a cederlas de balde. Ante el incumplimiento de los planes de construcción por parte de la empresa, y el de las subvenciones por parte del Estado, se renegoció el contrato con nuevas ventajas para la sociedad anónima. Se reanudaron las obras en Campos, en 1842, pero las más serias dificultades no procedían de a pie de obra sino de los manejos financieros. Cuando en 1844 se fundó el Banco de Isabel II, de cuyo consejo de administración Remisa fue nombrado presidente, la Compañía del Canal tuvo que recurrir con frecuencia a los créditos que esta institución le facilitaba. La posición de Remisa como presidente del banco y como socio mayoritario de la empresa no sólo facilitó la consecución de los créditos sino la realización de otras operaciones financieras más o menos fraudulentas con las acciones del Canal, al calor de la fiebre especulativa que se apoderó de la Bolsa de Madrid en aquel año. Como consecuencia de este tipo de especulaciones y de la falta de liquidez, el Banco de Isabel II entró en crisis y, para salvarle, decretó su fusión con el Banco de San Fernando el presidente del Consejo de Ministros, o sea el marqués de Casa Irujo, el otro socio mayoritario del Canal. Esta crisis no sólo afectó gravemente a la fortuna del marqués de Remisa sino también a su propia salud que «salió quebrantadísima de la tensión y la lucha sostenida para salvar su buen nombre y el del banco». Dicen que falleció a consecuencia de ello. Un detalle, sí señor, dices, al menos los pioneros del pelotazo sabían morir de vergüenza. Sea como fuere, lo cierto es que en 1849 se concluyeron por fin las obras del ramal de Campos; el 8 de noviembre llegaron las aguas hasta Medina de Rioseco, y el acontecimiento se celebró en la iglesia de Santa María de Mediavilla con un solemne Tedeum y la colocación de una lápida conmemorativa. Renunciando a continuar las obras del Norte más allá de Alar del Rey, se dio por concluido el Canal de Castilla y su

S. A. comenzó a disfrutar de la concesión de su explotación durante 70 años, hasta 1919. Los años cincuenta y mitad de los sesenta marcaron la breve prosperidad del Canal, lógico, puesto que se cumplía el pronóstico de los ilustrados: el transporte acuático resultaba cinco veces inferior al carreteril. Por el Canal llegaron a navegar 365 barcas y en sus orillas se alzaron más de cuarenta nuevas industrias, la mayoría de ellas fábricas de harinas. Se cumplió el pronóstico de progreso social pero no el de felicidad individual, puntualizas. La burguesía harinera se convirtió en un grupo dominante, incluso político, en Valladolid, Palencia y Santander, confundiendo sus intereses con los verdaderos intereses de Castilla. Las clases populares concitaron contra esa oligarquía su ira responsabilizándola de la subida del pan en una época de subsistencia precaria, y en 1856 estalló el famoso pandemónium de los motines del Pan, durante los cuales se saquearon fábricas de harinas y se incendiaron almacenes y barcazas. La represión del motín se llevó a cabo con extrema dureza; en consejo de guerra fueron condenados a muerte y ejecutadas 24 personas, fusiladas ante las mismas fábricas que habían arrasado. El fiscal instructor de la causa pronunció estas terribles palabras: «Era tal vez preciso que esas hogueras se encendieran para alumbrar siniestramente el funeral de la anarquía. Debía acaso verificarse esta gran catástrofe para que la sangre de los criminales corriese abundante sobre el teatro mismo de tan horrendas escenas, y así, amasada con las cenizas todavía humeantes de los incendios, cauterizase para siempre las hondas heridas del cuerpo social y produjese en los ilusos un escarmiento superior a sus ilusiones». La larga columna de humo es un suspiro, hacía tiempo que no meditabas en miércoles o en cualquier otro día de ceniza y, por un efecto de rebote, lo que ahora te viene a mientes descaradamente, pero esto es verdad, es esa carpeta del carnaval cortesano intitulada *Los Borbones en pelota*. Un álbum de acuarelas político-satírico-escandalosas firmadas con el seudónimo de SEM y que se creían perdidas. Tuviste la suerte de verlas en el día del descubrimiento y adquisición por Juan Pablo Fusi para la Biblioteca Nacional, imposible más ilustrado lugar. Te sorprendió tanto como te regocijó su corrosiva interpretación de la corte (una perenne orgia palaciega, un empelotado totum revolutum de reina, consorte, gobierno,

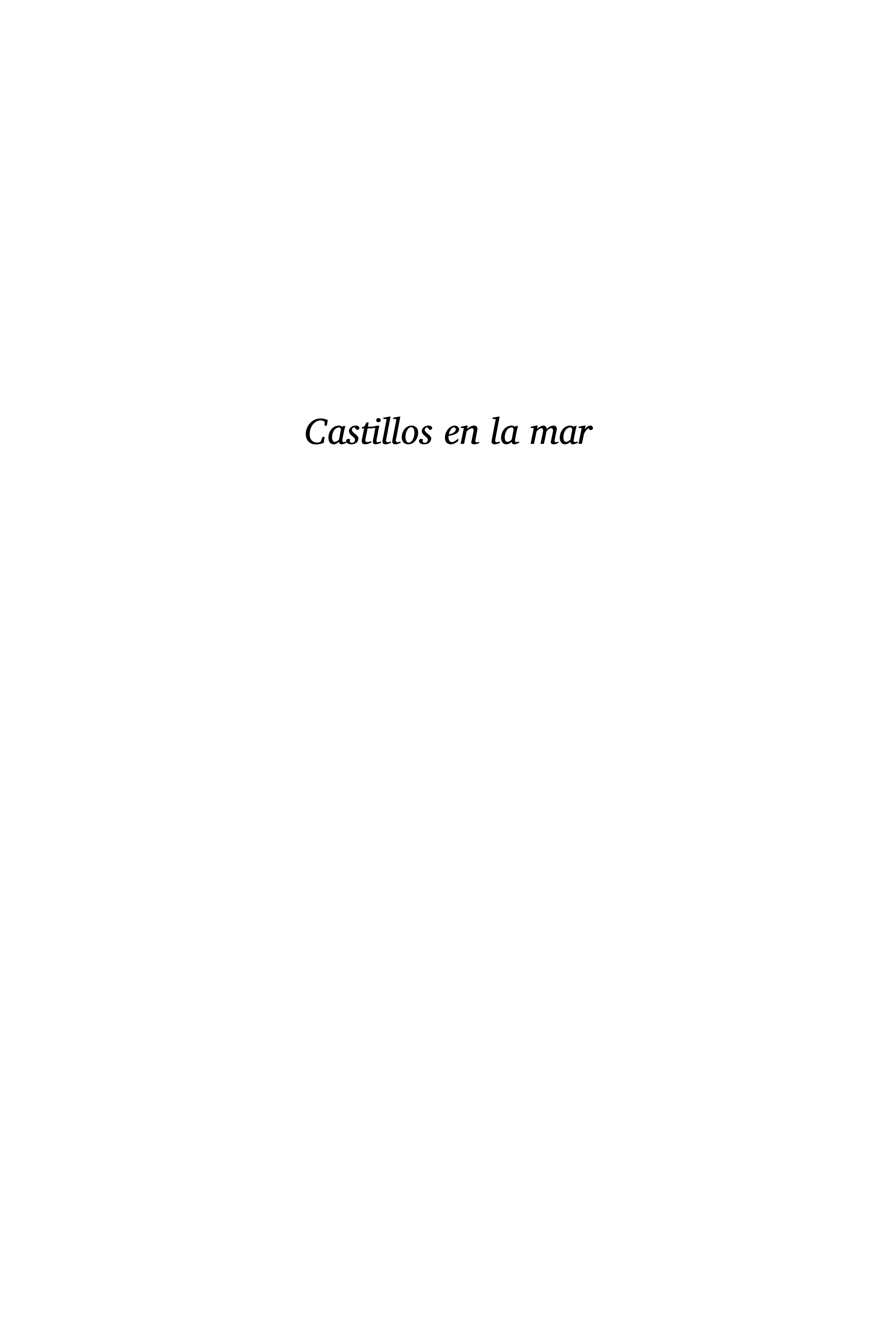
alabarderos, padre Clavet y sor Patrocino, la de las llagas) en especial cuando supiste que bajo el SEM-dónimo (Sevillanos En Madrid) se ocultaban los hermanos Bécquer; Valeriano, el de los delicados paisajes castellanos, y Gustavo Adolfo, el de las no menos delicadas obscuras golondrinas. A título de ejemplo describes la acuarela 59: Isabel II y Carlos Marfiori entrelazados por salva sea la parte, parodian la escena del sofá de don Juan Tenorio: «¡Carlos, Carlos, yo lo espero/de tu hidalgo corazón/mételo sin dilación/que ya por joder me muero!». Podrías clausurar en este punto la historia del alocado proyecto de gigantes con que los novatores quisieron hacer de nuevo realidad el aletargado sueño de Castilla, su salida al mar, siempre la mar, puesto que el proyecto sólo se realizó en parte y lo realizado jamás alcanzó playa alguna. Podrías, pero prefieres rememorar su último fracaso, el por qué de una larga decadencia, rápida en cuanto a la navegación y mucho más lenta con respecto al aprovechamiento industrial. El carril de hierro fue la alternativa al inviable tramo acuático desde Alar del Rey a Reinosa y así, promocionado por las instituciones santanderinas, con apoyo estatal y financiado por industriales harineros castellanos como Cuétara, Pastor, Lecanda y otros, se fundó y puso en marcha, con el buen éxito de los intereses complementarios, el Ferrocarril de Isabel II. Hasta que en 1860 apareció la competencia, la poderosísima y legendaria Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España, cuyo trazado Madrid-Irún contaba con un ramal de Venta de Baños a Santander, mortífero para el Canal, puesto que prácticamente sus trayectos eran paralelos: la secular ruta de la lana. Las tarifas ferroviarias eran muy inferiores a las fluviales y, en consecuencia, el tráfico de trigo, cereales y hasta el del carbón de las minas de Barruelo de Santullán empezó a descender en el Canal de Castilla. Descenso que se hizo espectacular a partir de 1886, motivado por un acuerdo secreto (resistes una arcada y mantienes la sonrisa) mediante el cual la Compañía del Canal, a cambio de recibir anualmente 1,2 millones de reales de los Caminos de Hierro, sindicaba con el ferrocarril su tráfico de mercancías. El soborno hizo que el Canal descuidara su modernización y mantenimiento y perdiera toda capacidad de reacción ante los continuos descensos de la cifra compensatoria. En 1874, con sólo
486 480

reales, su destino como vía de navegación quedó definitivamente sellado. En 1919, cuando tuvo lugar su reversión al Estado, diez eran las barcas que surcaban sus aguas, más o menos las mismas que a comienzos del siglo XIX.

Tras este morderse la cola, ensayas un a modo de resumen. Cuando Ensenada propone a Fernando VI la construcción de una red de carreteras y canales navegables, aunque propone como modelo las realizaciones francesas de la época de Luis XIV, su idea es estrictamente contemporánea (en su puesta en marcha) de la denominada «revolución de los transportes», que tendrá lugar en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVIII. En efecto, es a partir de 1750 cuando empiezan a construirse en la pérfida Albión nuevas carreteras pavimentadas, gracias a las innovaciones técnicas de ingenieros como McAdam, y se inician y concluyen antes de que acabe la década sus dos primeros canales navegables, el de Sankey Brook y el del duque de Bridgewater. Por desgracia, todo el paralelismo se reduce al punto de partida. Mientras en Inglaterra la actividad constructora, impulsada por empresas y compañías privadas, fue muy rápida e intensa, en España las obras públicas promovidas en exclusiva por el Estado avanzaron con gran lentitud y discontinuidad a causa de la burocratización y de la insuficiencia e irregularidades de las dotaciones presupuestarias, de manera que cuando ya en el siglo XIX, hacia 1830, Inglaterra había culminado la primera fase de la revolución de los transportes y entraba de lleno en la era del ferrocarril, España aún distaba mucho de haber completado su red de carreteras principales y todavía estaba en construcción el Canal de Castilla. De este modo, mientras en los países punteros de Europa las dos fases de los transportes fueron cronológicamente sucesivas, en España llegaron a ser casi simultáneas, lo que acarreó una gran dispersión de las inversiones y redujo casi a cero la rentabilidad del Canal, al obligarle a competir en inferioridad de condiciones con el ferrocarril. Te fascinan las cosas cuyo nombre común procede de un hombre propio, como el macadán de McAdam, aunque algunos sólo son pintorescos como Sandwich o Condom; piensas en estos nombres en una vano intento por desviar tu interés de tanto agobio. Por supuesto que se alcanzó la mar, pero en tren y, como ocurre con todos nuestros viajes en tren, se llegó con retraso. Tras un breve apogeo exportador y una

vez suprimidos los monopolios de las grandes carreras de Ultramar, el liberalismo mercantil nos barrió del Atlántico. En el 98, piensas, perdido el mercado cerealista de las Antillas (todavía las agencias de viajes no habían impuesto la denominación de origen Caribe), Castilla poco tenía que perder en Cuba, salvo el honor y la vida de un buen puñados de sus jóvenes. De sus mejores jóvenes, no te resistas al topicazo, se lo merecen. Cuando se produjo el desastre de Santiago de Cuba ya todos los males se habían cumplido, la batalla naval no fue más que el colofón de un acendrado rito funerario de nuestra marina de guerra; tu sonrisa no puede ser más amarga; la historia de nuestra marina de guerra es la ininterrumpida historia de honrosísimas derrotas. Los barcos de la flota made in USA, comandados por Sampson, no eran más veloces que los nuestros, pero su blindaje era infinitamente superior y su potencia y alcance de fuego nos superaba en tal manera que, de producirse, transformarían el encuentro en un concurso de tiro. El almirante Cervera lo sabía pero, hombre de honor, no dudó en cumplir con el acendrado ritual de la marina española. Benevolente, le concedes la gracia de una frase feliz, la que tú hubieras acuñado de estar en su lugar; parafraseando al gringo viejo Ambrose Bierce hubieras dicho: «enfrentarse con el acorazado María Teresa al batlleship New York, eso es eutanasia». Un duro punto y aparte, tan duro como para concebir una generación de intelectuales apocalípticos. E integrados, puntualizas, por más que volvieran sus ojos hacia Castilla en ninguno de ellos la mar fue obsesión. ¿Qué se hizo de los planos, además de prodigios técnicos auténticas obras de arte, de los Ulloa, Homar, Betancourt y tantos otros? ¿Qué fue de las ideas de novatores e ilustrados? La historia de este país tiene la sencillez geométrica y la fuerza de una telaraña, nadie se salva. No citas la horrenda frase de Unamuno, «que inventen ellos», porque está fuera de un sutil contexto y eres miembro de la sociedad de Amigos de Don Miguel, por eso utilizas como remate otra de Menéndez Pelayo, definiendo la técnica como «manjar plebeyo y tabernario reservado a los ínfimos servidores de la ciencia experimental». Se hicieron cenizas, una a una ardieron en un cenicero hasta formar tan ceniciento panorama. La sombra de la mazmorra es chata y siniestra. ¿Quién habla de felicidad cuando lo importante es sobrevivir? Con la meticulosa parsimonia con que los terracampinos

aplastan sus colillas, aplastas la de tu puro contra un suelo de piedra, por donde las cenizas se expanden. Aquí deberías detenerte, canalero insomne, bajo el consuelo de las estrellas y sin preguntarte qué hay de la salida al mar. Piensas en los tantas noches rememorados maestros canteros, constructores de catedrales, personas tan imbuidas por lo que en piedra labraban que también de su vida hicieron un símbolo del conocimiento, privilegiados peregrinos que no culminaron la Ruta Jacobea ante el Pórtico de la Gloria de la catedral de Santiago de Compostela, sino que por su cuenta y riesgo la apuraron hasta alcanzar el mar, siempre la mar, en la costa de la Muerte, su plus ultra o trance supremo. Apurando el paralelismo de Canal y Camino es lo que vas a hacer.



Castillos en la mar

Veinte leguas intransitables

Sabes que un paisaje sólo se conquista con las suelas de los zapatos, pero ahora vas a alternar las adidas con las firestones porque ya no sigues un canal sino el sueño de un canal, su proyección en plano, espíritu y paisaje. No necesitas vivirlo, con conocerlo basta porque lo importante es el punto final del proyecto. Desde Alar del Rey a la mar en línea recta, o sea, a Suances, hay veinte leguas intransitables. Vas a seguir en coche la

N-611

que prácticamente se superpone a las infinitas rutas que por estos andurriales buscaron la misma salida al mar, incluidos los caminos carreteriles del trigo y de la harina, en cuyos bordes de precipicio no crecía ni la escanda. Los desvíos los harás andando. De pronto estás en la montaña, en las primeras estribaciones cántabras y, por entre las oblicuas líneas que verdean, admiras aislados y exornados picachos de blanca caliza, iceberges desprendidos de un glaciar de roca madre. Adiós a las pobedas. Palencia se despide del llano con la mayor concentración de iglesias románicas a lo largo de la Vía Láctea. Por entre sus piedras buscarás, como siempre has buscado, los petroglifos con que los maestros canteros marcaban los sillares por ellos esculpidos. Armonioso y simple garabato que algunos aún insisten en confundir con firma, logotipo o anagrama, señal justificante para el cobro del salario, cuando más se aproxima a *label* de calidad (que con creces supera el valor del trabajo); quizá garantía de la transubstanciación de la materia trabajada. Una mutación que les llevaba a no concluir el Camino ante la tumba del apóstol Santiago, sino en la costa, ante la puesta del sol, y a dar con

sus huesos en el cementerio de Noya. Cientos de lápidas anónimas sin nombre ni fecha, sin ningún otro dato que añadir al petroglifo con que signaban su obra y bajo el cual reposan. A modo de rito de despedida visitas una iglesia, eliges la de Santa Eufemia, no al azar, sino porque, vista desde el ábside, reproduce la divina proporción de San Martín de Frómista, en ti fuerte querencia. En una diáfana nave, improvisado museo, se acumulan interesantes y trizados restos arqueológicos propios del solar que ocupan. Un más improvisado cicerone, ante una estela romana funeraria de incineración, datada en el III a. C., filosofa: «moderno no hay nada bajo el sol, como ustedes pueden ver». Localizas en sus muros nuevas signaturas y, sin querer, las comparas con las señales informativas que los malandros realizan en las paredes de las casas más o menos propicias a sus robos, la comparación es odiosa y la alejas de ti. De regreso al coche renuncias a visitar la Peña Amaya, fortaleza natural en donde según versiones nació Castilla, pero no dejas de apuntar su existencia como una muestra más de la interacción del eusquera en el castellano. Amaya, de la palabra vasca *amai* (fin), es el confín de tan delicuescente frontera verbal, histórica y geográfica. También según versiones, el español es el latín hablado por los vascos y ambos sistemas fonológicos coinciden en sus cinco vocales. Por no desviarte de la ruta.

Marchas hacia el mar, siempre la mar; la comparación de tu marcha con la de los maestros constructores también es irreverente, por más que sean ellos quienes te la han sugerido, pues no vas en busca de un místico Finisterre sino de un laboral Finís Coronat Opus. Ha crecido la montaña y a tus ojos el paisaje se hace finito, un telón de cumbres lo acota. Te aproximas a montes de imprevisible orografía, la propia de un terreno cretácico de estructura cárstica en donde todo accidente tiene su acomodo. Aún antes de llegar, según hábito, recurres a la copla: «Se dijo de Castilla la llanura/no hablaron de Castilla la montaña / aquí el roble y el arbusto es la maraña/que el oso y el jabalí le dan bravura». En Olleros de Pisuerga visitas el primer ejemplo de esta plasticidad, la ermita rupestre de los Santos Justo y Pastor, eremitorio íntegramente excavado en la arenisca siguiendo la forma del más puro románico. Te sorprende su condición de soterrada y también sus dimensiones: dos naves, tres capillas, sacristía, coro, baptisterio

y púlpito. Las columnas nada sostienen, son arenisca sin excavar pero esculpida a imagen y semejanza. Inverosímil cueva, bien podría utilizarse de molde. A partir de aquí, con pasos de buen canalero, vas a descubrir farallones, callejos y simas en donde se puede oír la vida en varios kilómetros a la redonda. En la lora de Las Tuerces (quizá el nombre tenga que ver con el retorcimiento que la erosión provoca), sobre una pradera que tamiza el tomillo, la naturaleza ha conformado un paraje en el que se alzan enormes rocas de formas sugerentes, producto de la disolución de las calizas; como ocurre cuando contemplas las nubes, puedes imaginarte cualquier cosa; como ocurre en la Ciudad Encantada de Cuenca, esas rocas o cosas tienen nombre aunque lo ignores, puede que esa peña bifronte sean los Reyes Católicos. No desfallezcas y apriétate los machos. Tu alma queda en suspenso ante la apoteosis geológica del cañón de La Horadada. Es la hoz más espectacular del Pisuerga y también su mayor salto; a su vera se alzó una fábrica de harinas con ese mismo nombre y, dado lo angosto de la hoz en que se asienta, bien pudo considerársela fábrica rupestre; los edificios están bien conservados y, según los letreros de prohibido el paso, ahora se dedica a Centro Integral de Estudios del Románico. Horadadas están sus paredes por cuevas que en épocas prehistóricas sirvieron de habitáculos y necrópolis, y sobrevuelan sus cumbres los galfarros del primer día de la creación. Sin resuello vuelves a la carretera.

Aguilar de Campóo es un nido de águilas que huele a vainilla. Te guías por el olfato para dar con la fábrica de Fontaneda, arquetipo fabril de adaptación al medio, ejemplo de los harineros que para sobrevivir supieron reconvertirse en galleteros. Su fachada parece un monumento a la galleta María; enorme, redonda y solar remata el edificio una de las tan famosas galletas. María es ya nombre genérico, te gustaría que su origen se hundiera en la tradición castellana pero mucho temes no sea así. María es moneda castellana de plata, de real de a ocho, que inaugura el nuevo sistema monetario tras la decisiva devaluación provocada por Carlos II en 1686. Su verso es escudo cuarteado, coronado y rodeado de toisón, y su reverso monograma de María con la leyenda «virtute protectione». Sería tan hermoso como falso decir que la moneda dio nombre a la galleta, lástima. No estás seguro, pero supones que el

bautizo es francés, puesto que las primeras Marías que por las mesas de España rodaron las fabricó Olibet, en Rentería, hacia 1920. Su nombre quizá proceda de un amor o quizá no, en cualquier caso es ya un genérico de múltiples aplicaciones semánticas; recuerdas el comentario canalla de un roquero a la salida de Las Vegas, disco de Melgar de Fernamental: «esa chica tiene los pezones como galletas María».

En el tajo del puerto del Pozazal, ámbito ameno para la vista pero nefasto para cualquier quehacer, tus ojos se salen de las órbitas. Hasta aquí, hasta el inmediato Olea, se había comprometido a llegar la Compañía del Canal de Castilla en sus primeras conversaciones con el Estado. Fuera de órbita, puesto que si, en vísperas de Alar ya se necesitaba una esclusa cada kilómetro y pico, aquí se necesitaría una cada cien metros escasos. ¿Creería alguien en semejante locura? Dicen que el amor todo lo cura, pero tan escabrosas escenas remiten a un amor fuera de lugar. En capiteles, canecillos y cualquier parte labrada de la iglesia románica de Cervatos, el amor profano se impone con la vigorosa presencia de penes como panes, del pene como dios pan. Una escenificación que supera otras ironías como la del burro magíster de maestros y transforma en nimia irreverencia el juego que nunca antes te habías atrevido a proponer. Dibujas los nobles garabatos de los maestros constructores, mezclados con los repudiables de los malandros amigos de lo ajeno, y preguntas a quien está leyendo, querido amigo, ¿podría distinguir unos de otros?

Nada intentas demostrar salvo lo finito y breve del repertorio del signo y en particular con respecto a los valores fundamentales; en casi todas las civilizaciones primitivas, por poner un ejemplo, la plenitud, el sol, la rueda, el vacío y el fonema se han descrito mediante un círculo. Cervatos remite a liturgias orientales donde a modo de metáfora la ascesis del amor trasciende el carnal a sagrado, en donde la penetración origina la vida y la vida da paso al hombre nuevo. Los hombres itifálicos emergen de la piedra exhibiendo su desmesura como un tótem redentor. Tendría gracia que tan sólo fuera un desahogo de los maestros. Traer el Canal de Castilla hasta Olea fue misión imposible, llegar hasta Reinosa y descender hasta el mar algo inimaginable: vuelves a tu admirado Agustín de Betancourt. En 1796, el ingeniero americano Robert

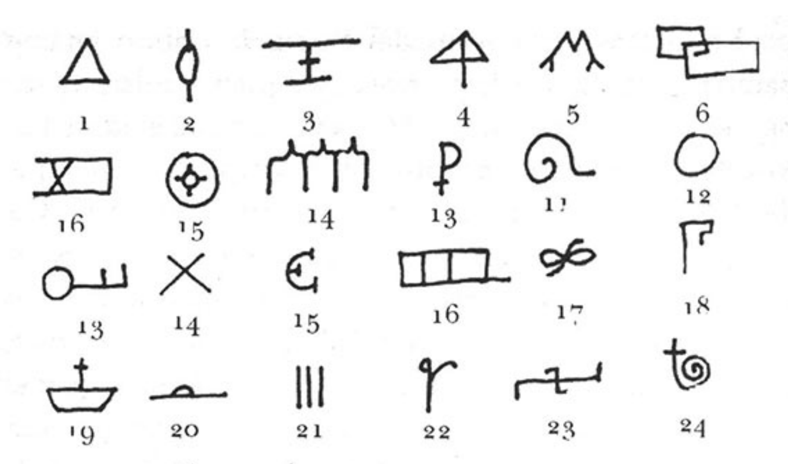
Fulton publicó un libro sobre proyectos de canales que habría de tener gran repercusión en los ambientes técnicos de la época; en él proponía un sistema de navegación a base de canales de pequeñas dimensiones en los que, en las zonas de fuerte pendiente, se desplazaban los barcos por medio de planos inclinados. Esta obra fue acogida con gran interés por Betancourt dado que venía a coincidir con algunas de sus ideas. En línea con la «pequeña navegación» de Fulton, diseñó una esclusa de émbolo buzo, cuyo modelo reducido construyó hacia 1801. A grandes rasgos, puede decirse que el ingenio consiste en disponer de dos vasos paralelos, uno la esclusa propiamente dicha y el otro un pozo, estando ambos comunicados por su parte inferior; sobre el pozo actúa un pontón que tiene un volumen igual al del agua que se necesita evacuar o reponer en la esclusa, para subir o bajar el barco en el vaso principal, y el trasvase se realiza mediante la acción de un émbolo buzo. La innovación y el mérito de Betancourt residen en el diseño del mecanismo, de manera que el émbolo pueda ser manejado con sencillez por una sola persona al proveerle de un original contrapeso. Cuando la Compañía del Canal se encargó de las obras, Betancourt ya estaba en Rusia y nadie mostró el más mínimo interés por su invento.

Suspiras a la vista de una montuosa tierra que ya no volverá a ser de campos, trigales y tumbas de reyes; conduces por una carretera que aprovecha el tajo de todas las rutas que la han precedido; por ahí encima, dicen, aún quedan restos de la calzada romana y discurre un cordel de trashumancia al que llaman la Rociera. No vas a patear más monte, lo dejas para otra ocasión, por más que sí te hubiera gustado llegar andando hasta las minas de Barruelo de Santullán, hasta los robledos de Brañosera (primer pueblo español con carta puebla, o sea primer municipio) y hasta el polémico nombre de San Salvador de Cantamuda, para averiguar si se llama así, do cantó la muda, en virtud de un milagro similar al de la gallina que cantó después de asada o por la corrupción de cantamuga, donde está el canto o mojón de la muga o límite. Muga es otra palabra de origen vasco. El tráfico está fatal, hay obras en varios kilómetros, «trabajamos para usted, disculpe las molestias»; circulas a cámara lenta consolándote con la visión de los espectaculares despeñaperros que bordeas y pensando en con

cuánta más dificultad no marcharan por estos mismos parajes los arrieros de hace uno y dos siglos, por un intransitable camino carreteril al que ningún consuelo proporcionaría la belleza de tan pavorosos precipicios. Más arriba, las vías del tren discurren por un auténtico camino de cabras. Las diligencias que en un principio compitieron con el ferrocarril, todas ya suspendidas sobre resortes y con asientos, eran de tres clases: las de primera, guarnecidas y cerradas con cristales; las de segunda, con rellenos y también cerradas con cristales; y las de tercera, sólo cerradas con cortinas. Cruzas la para los ingenieros del Canal mítica Reinosa. Acude a tu memoria una en verdad memorable ascensión de los años juveniles, desde la venta de Tajahierro a la cumbre del Pico Tres Mares
(2076 m).
Monte de blanca y nutricia roca madre, glaciar calizo del que proceden los iceberges perdidos en las rañas. Monte bien bautizado pues en sus laderas nacen tres ríos, Nalón, Ebro y Pisuerga, que desembocan en los tres diferentes mares que orlan la península. Vuelves al difícil camino de rueda, de infame firme de guijo, de pedreguño o lodazal, según las lluvias. Antes del conde de Floridablanca, no había en España caminos que pudieran recorrerse completos como no fuera a caballo. En ninguno de ellos había más de diez leguas seguidas que pudieran ser transitadas, en todo tiempo, sobre ruedas. Del Pico Tres Mares, pico a pico, la cordillera alcanza los Picos de Europa.

No sabes cuándo has traspasado la frontera, tan artificial como cualquier otra, pero estás ya en Cantabria, cuesta abajo. La comercialización y expediciones de harinas en la plaza de Santander respondía a un tejido mercantil sumamente complejo y bien entramado con las entonces otras provincias castellanas. Los grandes fabricantes no solían recurrir a los servicios de un corredor de comercio, sino montaban sociedad en comandita con un consignatario o especulador santanderino, o aún mejor, abrían despacho propio encargando el mismo a uno de sus vástagos. Así las sagas de los Pombo, Illera, Semprún, Lecanda y Cuétara emplazarían a uno de los miembros de la familia en Santander al frente de sus «negocios y especulaciones», razón por la cual se ha tenido como montañesas a familias terracampinas y, por consiguiente, a los orígenes geográficos de sus fortunas. La

presencia familiar en el negocio de la harina se hace más patente con un particular comportamiento endogámico, los harineros hacían de la matrimonial la más sólida y eficaz sociedad: la boda del hijo de un fabricante con la hija de otro fabricante, gran propietario, consignatario, naviero o especulador, garantizaba la unión de ambos patrimonios y una sólida presencia en el mercado. Te cruzas con un trailer en cuya visera lees «El Norte es mi Sur» y lo recuerdas de inmediato, el camión de por Dueñas, más o menos, y la cita de Cernuda. El tráfico se hace más fluido, lo peor de las veinte leguas intransitables queda atrás y ahora, con un suspiro, enfilas la costa en línea recta. Lo de recta es un decir.



Marcas de maestros constructores:
4, 5, 8, 10, 11, 13, 15, 17, 20, 22, 23 y 24.

Marcas de ladrones:
1: mujer sola. 2: casa deshabitada. 3: comunidad con guardia. 6: nada interesante. 7: fácil de robar. 9: abren con cadena. 14: aquí es el golpe. 16: hay perro. 13: usar palanca. 19: están de vacaciones. 21: casa ya robada.

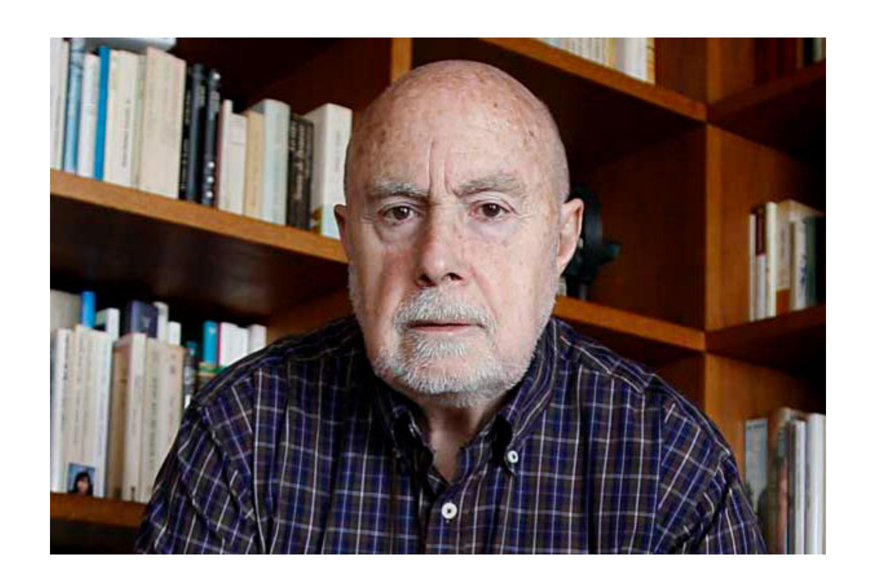
Marca de maestro y ladrón:
12 y 12: inútil insistir.

Un castillo en la mar

El horizonte te rasga los párpados, su línea tiene la sencillez y fuerza del filo de una navaja, te abre los ojos a la eternidad que ante ellos se extiende y te obliga a asumir el fin de tu viaje a un lugar que nunca existió. Estás en Suances. Hombre libre, siempre querrás al mar, el mar es tu espejo, en la sucesión infinita de las olas tu alma se refleja y tu espíritu no es un abismo menos amargo. Aquí, con tu itinerario, no termina un canal sino el sueño del Canal de Castilla. Suances pueblo se asienta sobre los altos cantiles de una recortada costa que inesperadamente se abre al dulzor de la desembocadura del río Besaya, ámbito defendido de las galernas por unos cuantos islotes a la deriva. Suances es pueblo verdiblanco abocado al turismo y al marisco, de casas solariegas en la cumbre y de casas veraniegas en las cuestas que se desploman hacia las playas. También de casas de indiano, mansiones señoriales que adornan el paisaje con el toque exótico de una palmera ante la puerta de respeto; la palmera es el tótem de quién marchó a hacer las Américas, su bastón de mariscal, y con ella parafrasean a Julio César, «fui, triunfé, volví». El puerto de Suances es el Portus Blendium romano, famoso por su importancia comercial y estratégica, por ser la vía de penetración hasta los cereales de Iberia desde la costa cántabra. Aquí nacía la calzada por la cual la Legio IV Macedónica podía marchar hasta Pisoraca o Herrera de Pisuerga; mayor idoneidad para una ruta de montaña no cabe. Hasta aquí hubieran debido llegar todas las rutas castellanas con ansia de mar, siempre la mar, y así Suances fue elegido como punto final en un primer proyecto para el Ferrocarril de Isabel II, luego desechado a favor de Santander, dada la mayor capacidad de las

instalaciones portuarias de la capital. Pero la lógica se impone en las costumbres, la inmensa mayoría de los veraneantes que en agosto inundan este pueblo proceden de Valladolid y Palencia, tantos que dos calles de su marina así se llaman y otras dos, Burgos y Salamanca. Suances es Cantabria, pero en su corazoncito, el cuartel superior izquierdo de su escudo, aún late un castillo. La playa más abierta y arriscada es la de Los Locos, en su barra las olas se encrespan, tiran a campana y es ahí donde precisamente se alzan los surfistas; ceñidos al ingrávido perfil de la espuma, su vida es el fugaz recorrido de un movimiento perenne, una locura sin la cual para ellos el vivir no tendría sentido. «El surf es lo mejor, mejor que las drogas y que conducir con exceso de velocidad», algo así cantan. Ignoras si la playa se llama de Los Locos por los surfistas pero en tu apretada nostalgia a quienes te recuerda es a aquellos que apostaron por un «alocado proyecto de gigantes». Un proyecto que ahora, en vísperas del siglo XXI, perdida la epopeya, es la versión doméstica y pequeño utilitaria de aprovechar lo que se tiene, un manso curso de regadío. Como el capitán Ahab podrían haber dicho: «mis medios son sensatos; mi móvil y meta, locos». Sabes que es pura escenificación, pero de alguna manera has de ritualizar tu homenaje; te agachas y sobre la arena húmeda dibujas las dos entrelazadas ces que los fieles lucían en la gorra y las barcazas en la proa. Si preguntaras qué significan, ni bañistas ni vecinos sabrían explicártelo. El extremo septentrional de Suances es una cuña que hiende las olas con cantiles a modo de tajamar. Desde él ves cómo el horizonte se curva para demostrarte la redondez de la Tierra, el desafío a navegar no puede ser más explícito. La distancia atenúa el movimiento de las olas, ahora se suceden rítmicas y suaves como el vientre de una muchacha en la respiración plácida tras el amor. Esta punta de flecha, más al norte imposible, es la Punta del Dichoso. El nombre parece una burla del destino, pues dichoso es quien con bien y en la realidad culmina su sueño: hasta aquí hubieran debido llegar las dos ces del Canal de Castilla. En el azar de un calendario descubres la fecha, 11 de agosto, santos Tiburcio y Susana, mártires. Una inverosímil ballena blanca se pierde hacia el horizonte, enfocas los prismáticos y compruebas no es cetáceo sino otro coloso del mar, petrolero cuya leuca superestructura se recorta nítida contra el telón de fondo del cielo. Lo despides agitando la

mano, señal que no avistarán. Estás junto al faro, su torre es circular, de piedra caliza, y está adosada a la casa de los fareros, el torreón y la cúpula son de aluminio y su linterna presenta la apariencia de un destello blanco cada 3, 6 y 13 segundos. Su alcance con buen tiempo es de 20 millas, con bruma la mitad. De ser de noche se avistarían sus guiños. A través de los prismáticos demoras tu atención en la enorme superestructura que se alza sobre la despejada cubierta del barco; el castillo de popa es un recinto hermético, replegado sobre sí mismo y, como el castillo de Belmonte de Campos, con un único balcón abierto a la ventura, el de su puente de mando. Castillos de proa y popa. Castillo. Un nombre es la exclusiva huella que de Castilla flota en la mar. Bajas los prismáticos y otra vez suspiras para aliviar el pellizco de la nostalgia. Hasta aquí llegaste, canalero, persiguiendo un sueño de la razón.

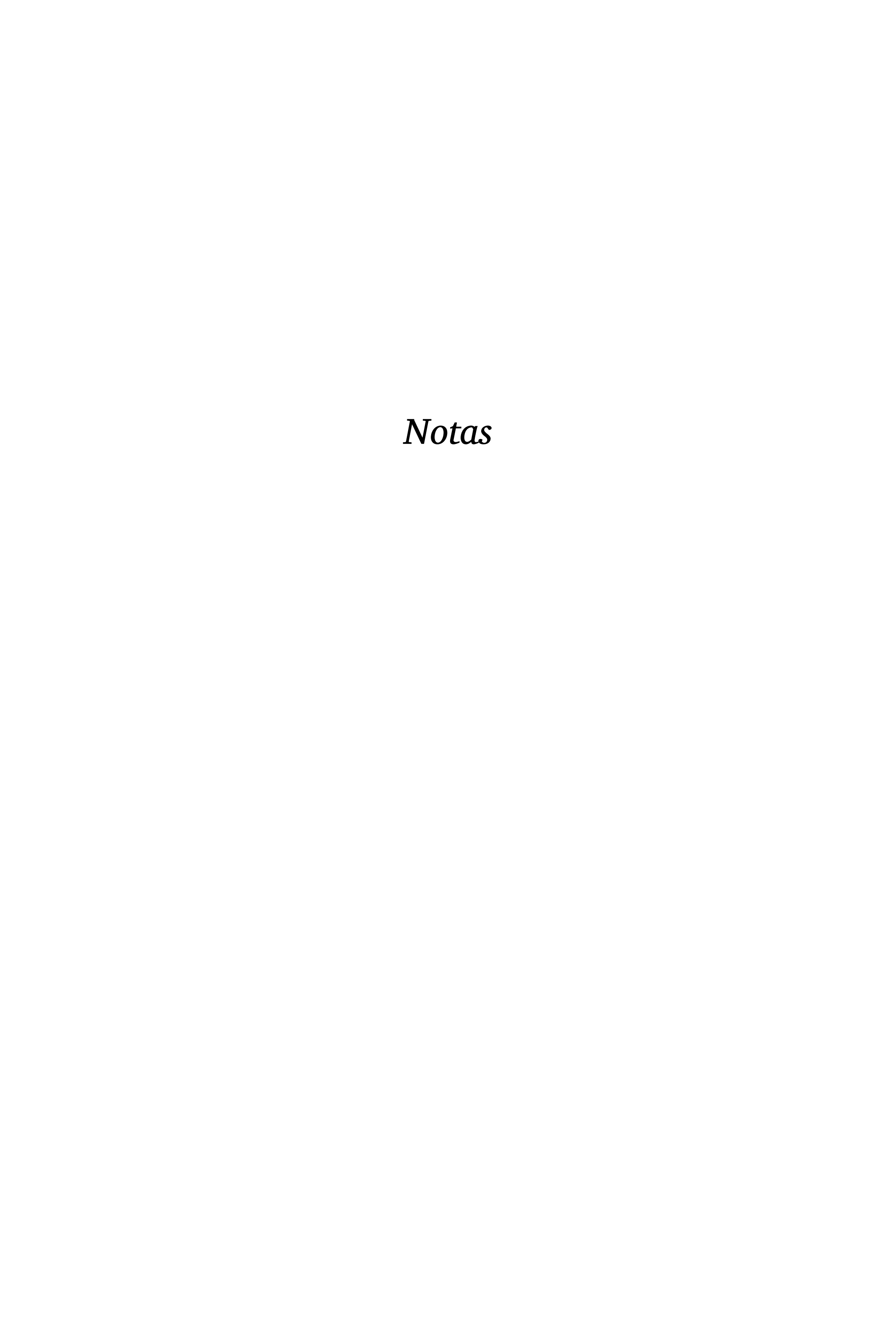


RAUL GUERRA GARRIDO. Nació en Madrid, en 1935.Su verdadero nombre es Raúl Fernández Garrido. Estudió la Licenciatura de Farmacia y se trasladó a San Sebastián, donde abrió su negocio farmacéutico.

Una de sus primera obras fue el cuento «Con tortura», que en 1968 le valió el premio San Sebastián. En 1969 publicó su primera novela, «Cacereño», donde reflexiona sobre la emigración al País Vasco. En 1976 aparece «Lectura insólita de El capital», ganadora del premio Nadal, que refleja la angustia de un secuestro político.

Ha formado parte del colectivo Miguel de Unamuno, una tribuna abierta a la tolerancia y la pluralidad, de Basta ya y del Foro de Ermua.

Con su novela «El año del Wolfram» resultó finalista del premio Planeta en 1984. En 2010 publica «Quien sueña novela».



Notas

[1] Supongamos que dos barcas salen el mismo día y a la misma hora, una de F. hacia A. del R. y otra de A. del R. hacia F. Forzosamente habrán de cruzarse en algún punto del canal, luego sí existe un punto por el cual pasan ambas exactamente a la misma hora. < <

[2] La ley de bronce del decálogo de la función pública es el cachondeo llevado a sus últimas consecuencias; si se molesta en contarlos comprobar que es el único decálogo del mundo con tan sólo nueve mandamientos. <<

[3] Descodificado, este mensaje dice: «Sólo Dios tiene sentido de eternidad sin principio ni fin, desde todos los espacios y desde todos los tiempos». < <

[4] Véase la nota 1. < <